ADRIANO MORENO

SI ME DIJERAS QUE SÍ

SUMA de letras

Adriano Moreno

Si me dijeras que sí

Para Alfonso,
el único chico que subí al número 6 de Valderromán

PRIMERA PARTE

Sus mundos

Capítulo 1

Toma de contacto

Domingo

El obturador de la cámara sonó una vez y se introdujo en lo más profundo de mi sueño como un taladro en el asfalto. Sonó una segunda vez, pero maldije a todos mis antepasados y cambié de postura. No quería despertarme y hacer frente a la descomunal resaca que amenazaba con hacerme el día imposible. Sonó una tercera vez y solté una burrada mientras mis pobres ojos verdes intentaban sobrevivir a la luz del sol.

—Creo que ya tienes material de sobra para Instagram —le dije a mi hermana, que se regocijaba desde el asiento del copiloto.

Estaba tirado en la parte trasera del coche en la postura más lamentable de la historia. Parecía que me habían abatido a tiros. Sin embargo, lo que verdaderamente había estado a punto de acabar conmigo habían sido los siete cubatas y cuatro chupitos de Jäger que mis amigos me habían «obligado» a beberme apenas unas horas antes de embarcarme en una de esas aventuras que te cambian la vida, una de esas que aceptas a ciegas y, a veces, como es mi caso, a la desesperada y de empalmada.

—Despierta, chavalín. Estamos llegando —anunció mi cuñado.

Me incorporé torpemente y un cosquilleo recorrió mi cuerpo. En el horizonte asomaban un montón de edificios concentrados alrededor de cuatro imponentes rascacielos que amenazaban

con romper las nubes. La ciudad estaba atrapada en una cúpula de color marrón, resultado de la alta contaminación que a partir de ahora iba a ser mi oxígeno diario. La idea me produjo un poco de asco, pero igualmente se me dibujó una sonrisa en la cara al ver el que ahora sería mi nuevo hogar: Madrid.

Llegaba a la capital de España, *la capi* para los provincianos como yo, para huir de un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quise acordarme y ser, por primera vez en mi vida, libre. La moto que les vendí a mis padres para justificar mi marcha no era otra que estudiar Periodismo en la Universidad Complutense. Casi, casi, la Harvard española. Y no era trola, quería hacer esa carrera. Además, en una ciudad como Madrid había más salidas profesionales para esta elección de futuro que todos los profesores me desaconsejaron encarecidamente en el instituto. Al final, decidí pasar de sus discursos patocheros y utilizar la nota que saqué en Selectividad para darme la oportunidad de experimentar una vida sin armarios, una en la que pudiera ser cien por cien Benji.

Al cabo de un rato, concretamente tras un par de atascos, unas indicaciones mal dadas de la repelente voz del GPS y varios gritos de mi hermana al santo de su marido, llegamos a Antonio Machado, un barrio situado al norte de Madrid donde cada edificio de ladrillo era una copia del anterior. Eran tan parecidos que nos costó un buen rato encontrar el que iba a ser a partir de ese momento mi humilde morada.

—Pues ya estamos —confirmó la voz temblorosa de mi hermana cuando nos plantamos frente al número 6 de la calle Valderromán.

Estaba a punto de ponerse a llorar y a mí se me daba fatal lo de mostrar las emociones en público, así que decidí adelantar el «momento despedida».

—No os entretengo más, que tenéis que iros si no queréis perder el avión.

Los dos se iban de escapada romántica a París y tuvieron que adelantar el viaje un día por orden expresa de mis padres. Ellos tenían uno de esos compromisos nupciales a los que no puedes decir que no, pero se negaron a dejarme hacer mi primer viaje a Madrid solo y cargado con todos los bártulos. En realidad, para mí mucho mejor. Todo era más fácil sin despedidas.

—Ya sabes que hasta dentro de cuatro horas no sale el vuelo, así que cualquier cosa que necesites nos dices —dijo mi hermana—. Y si te arrepientes y quieres volver al pueblo, me llamas y volvemos a por ti.

—No digas tonterías, Carmen. Aquí va a estar estupendamente.

—Creo que es tarde para arrepentirme.

—Pero esta ciudad es tan grande... y no conoce a nadie. Si es que es un niño, solo tiene diecisiete años.

—¡Tengo dieciocho, Carmen!

—Pero recién cumplidos.

—Vale, me estáis empezando a poner nervioso. Largo.

La abracé con fuerza y ella me picoteó la mejilla con esos besos de abuela que hacen un ruido espantoso. A mi cuñado, que peca de sensiblón, le empezaron a brillar los ojos y le di otro achuchón. Mi hermana me dio cincuenta euros y me dijo que me los gastara en una buena farra. Nos dimos un abrazo a tres bandas. Y entonces se fueron y me quedé solo ante el peligro.

Se me hizo un nudo en la garganta. Al principio pensé que la resaca quizá estaba *digievolucionando* en una nueva forma con la que atormentarme, pero no. Por primera vez en mi vida me sentí solo de verdad. No tenía a nadie a quien ir corriendo a lloriquearle por cualquier tontería. Con recelo, miré el móvil que asomaba en mi bolsillo y tuve la tentación de llamar a mi hermana para que diera media vuelta y me sacara de aquel laberinto de ladrillos.

Conté hasta diez y toqué el timbre.

—¿Dígame? —preguntó por el telefonillo una mujer con un acento canario exagerado.

—Eh..., hola, soy Benji.

—¡Hombre, ya está aquí el polluelo!

La puerta se abrió y agarré las dos maletas de la mejor manera que pude.

—Mierda, mierda y mierda.

Era un cuarto piso sin ascensor, un detalle que pasé por alto en el anuncio y que al casero se le olvidó comentarme.

Cuando conseguí subir al último escalón, con la boca fuera y la resaca recreándose vilmente, me topé con una mujer de unos veintiocho años que me esperaba en el umbral de la puerta. Era bajita y regordeta. «Tendrá un buen parto», hubiera dicho mi abuela Mamen al ver sus caderas anchas. Vestía un camisón blanco y unos pantalones de tela con un estampado de flores nada discreto.

—Pero qué chicarrón más guapo.

Lo dijo por cumplir. Mi aspecto era lamentable.

—Tú debes de ser Marilia.

—Presente. Permíteme que te ayude. —Marilia agarró una de las maletas y con una sonrisa de oreja a oreja me guio al que iba a ser mi hogar en los próximos años—. Bienvenido.

Era una casa pequeña y antigua, pero bastante acogedora. Sobre todo me llamó la atención el espacioso salón, con las paredes pintadas de rojo pasión. E. L. James podría haberse inspirado perfectamente aquí para el cuarto rojo de *Cincuenta sombras de Grey*, de no ser por las dos ratas enormes (que no hámsteres) que descansaban en una jaula de grandes proporciones. Eso también lo pasé por alto en el anuncio. Con un vistazo rápido avisté la cocina (más grande de lo que pensaba) y un cuarto de baño un tanto oscuro, pero funcional. El aseo servía de muro entre las dos habitaciones que tenía la

casa, la de Pablo y Marilia, que compartían lecho como pareja de bien, y la mía, un espacio superreducido donde solo cabía un armario viejo, un escritorio aportillado y una cama de noventa.

—Y esta es tu habitación —dijo—. Es un poco sobria, pero ya te encargarás tú de ponerla a tu gusto. Esta ya es tu casa.

—Muchas gracias. —La verdad es que estaba siendo encantadora—. ¿Pablo no está? Me gustaría saludarlo.

—Ha quedado con sus amigos de la banda. Toca la guitarra eléctrica y todos los domingos quedan en un local para ensayar.

—¿No vas con él?

—Se me ocurren mil cosas mejor que hacer un domingo por la tarde —añadió con toda la sinceridad que le permitía su cada vez más exagerado acento canario—. Pero no temas, mi niño, que mañana lo conocerás.

—Perfecto.

—¿Has avisado a tu mamá de que llegaste? Ya me dijo por teléfono que no iba a poder venir.

—No, todavía no. Quería instalarme y llamarla tranquilamente... ¿Mi madre y tú habláis por teléfono?

Marilia soltó una carcajada.

—Me llamó ayer solo para asegurarse de que todo estaba bien.

Mi nueva compañera de piso no tardó en descifrar mi cara de incredulidad.

—Tranquilo, mi niño. —Marilia me cogió la mano como lo hace una persona que te conoce de toda la vida—. Que no soy una espía y no voy a estar vigilando tus movimientos, ¿ok?

—Ok —contesté, aunque no estaba muy convencido de que fuera a ser así.

—Pues bien, ahora llama a tu mamá y no la hagas esperar.

Asentí y me encerré en mi habitación. No era muy tarde, por lo que supuse que mis padres seguirían en la boda,

seguramente quemando la pista de baile. Bueno, en realidad mi padre estaría dándolo todo sobre la tarima, mientras mi madre lo juzgaría desde algún rincón con vergüenza.

Para hacer tiempo decidí hacerle un poco de caso al móvil. Había pasado de él desde que salimos del pueblo y tenía un montón de wasaps sin leer y varias notificaciones pendientes en Instagram. Me habían etiquetado en varias fotos y temí que fueran de la descontrolada fiesta de anoche, pero no. Solo eran publicaciones que mis amigos me habían dedicado para desearme lo mejor en esta nueva aventura.

José
¿Qué tal el viaje? Menuda fiesta anoche, ehhhh. ¡¡¡No te olvides de nosotros, cabrón!!!
15:06

Zara
Amorrrrr. He publicado en Instagram una foto de los dos.
Espero que no te importe. Eres un valiente. ¡¡¡Te loveo máximo!!!
17:34

Era una foto de las vacaciones en Benidorm. Echaba de menos el verano, con mis ojos, herencia de mi madre, que resaltaban mucho más por el bronceado y mi pelo bien cortito. En la foto, como no podía ser de otra forma, salíamos encima de una tarima, ebrios y dándolo todo con el *Despacito* de Luis Fonsi. De pronto, me invadió una nostalgia tremenda. Sentía que me faltaba algo, pero no era capaz de identificar el qué.

Iba a tirar el móvil por la ventana cuando saltó otra notificación. Jimena me había etiquetado en otra publicación. Mierda. Pinché y ahí estábamos los dos en la playa, en una de esas fotos que piden a gritos un bonito marco. Su dedicatoria me dio de lleno en el corazoncito: «Mi pichón se ha ido a Madrid y me ha abandonado a mi suerte. Te debería odiar,

pero sabes que estoy feliz porque tú vas a estar bien. Te amo, pichón de agua salada».

Era de los que pensaba que un amigo es esa persona con la que puedes pasar las horas en silencio sin llegar a ser incómodo. Jimena y yo podíamos estar días sin hablar, aunque siempre preferíamos invertir nuestro tiempo en fantasear con el futuro y charlar sobre chicos, pues solo ella conocía mi pequeño gran secreto.

«Te voy a echar de menos, pichonza», pensé. Hubiera sido un detalle por mi parte comentarlo en Instagram, pero sentí que estas palabras tan simplonas no cumplían con las reglas de la emotividad que se manejaba en la red social más posturera de todas.

Antes de que la tristeza hiciera replantearme las cosas, decidí despejar la mente deshaciendo las maletas e instalándome en la habitación para sentir que, más o menos, estaba en casa. Pinché en el corcho de la pared todas las fotos de mis sobrinos que mi hermano Fran me había impreso para tenerlos muy presentes, igual que mi abuela Mamen tenía siempre en su regazo la estampita de San Ginés de la Jara. Encima de la cama coloqué el póster de *El caballero oscuro*, la mejor película de la historia. Sí, era un friki empedernido de los superhéroes. Me gustaba todo lo que tenía que ver con Marvel, pero tenía cierta debilidad por DC. Tenía mejor materia prima. Sin embargo, Warner estaba empeñada en tirar la marca a la basura con bodrios como *Batman v. Superman* o *Escuadrón suicida*.

También hice lo impensable: guardar toda la ropa en el armario. Necesitaba orden para hacer la elección más importante: seleccionar el *outfit* para el primer día de universidad. Me tiré un buen rato mirando varias cosas que me había comprado para la ocasión, pero ninguna parecía la adecuada, así que opté por el *look* de siempre: camisa de cuadros, vaqueros y unas Converse blancas.

Y ya se me acabaron las excusas. Había pospuesto la llamada más de lo debido. Marqué a mi señora madre.

Primer tono, segundo tono...

—¡Cariño! ¿Estás bien?

—Sí, mamá. ¿Qué tal la boda?

—Muy bien, muy bien, pero cuéntame tú. ¿Estás bien? ¿Has conocido ya a Pablo y Marilia?

—Solo a Marilia, pero muy maja. Muy canaria.

El nudo en el estómago empezaba a apretar más de la cuenta. Mi cerebro, siempre tan distante con las emociones, me pilló con la guardia baja y estaba a punto de derrumbarme.

—Cuando estaba con las amigas, me he echado una llorera... —Una anécdota que no me ayudaba en absoluto.

—No seas tonta.

—Es que te has ido muy lejos.

—Son solo trescientos kilómetros de distancia —la voz se me empezó a romper— y voy a ir siempre que pueda.

—Más te vale. Tus sobrinos no paran de preguntar por ti.

—Bueno, mamá, te voy a dejar, que tengo mucho que hacer.

—¿Ya? Bueno, hijo, cuídate mucho. Mañana me llamas sin falta y me cuentas qué tal ha ido el primer día, ¿vale?

—Vale, dale un beso a papá de mi parte.

Colgué y, como si de una cuenta atrás se tratase, corrí hacia el baño, me desnudé con la misma rapidez que un *stripper* en una despedida de soltera y me metí en la ducha. Entonces empecé a llorarlo todo: a mis amigos, a mis hermanos, a mis sobrinos, a mis padres; a todos los que había dejado atrás para enfrentarme a una nueva vida sin prejuicios. Estaba triste, muy triste, pero dejé que el agua se llevara ese sentimiento tan amargo por el desagüe.

Capítulo 2

Periodismo, *periolistos* y hormigón

Lunes

Llorar te deja como nuevo. Bueno, llorar y ver antes de dormir cualquier película de Lindsay Lohan o Amanda Bynes. No hay mejor terapia para curar la resaca emocional y *Un sueño para ella,* en este caso, me ayudó a lamer mis propias heridas. Había sobrevivido a mi primera noche en Madrid, así que amanecí con las pilas cargadas y con ganas de comerme el mundo, aunque mi balda de la nevera estaba completamente vacía. Me vestí rápidamente con el *outfit* ganador para el primer día de universidad y me disponía a entrar en el baño, para darme un último vistazo, cuando me topé con mi compañero de piso medio en bolas.

—¡Perdón! —dije, con las mejillas rojas de la vergüenza.

Afortunadamente no había llegado a ver el *asunto,* pero sus pezones se me grabaron a fuego en la cabeza. Se me vino rápidamente el grupo de Facebook *Los Pezones del Señor Cuesta* por la serie *Aquí no hay quién viva*. Eran sospechosamente parecidos.

—Bonita forma de conocernos —me contestó incrédulo.

Unos segundos después, Pablo entró en la cocina, ya vestido, y me dio un apretón de manos.

—Lo siento, tendría que haber llamado a la puerta.

—Y yo haber echado el pestillo.

—Cosas de la convivencia, supongo.

Pablo no tenía nada que ver con Marilia. Rondaría los

treinta, era flacucho, con barba estilo *hipster* y el feo subido. Vestía todo de negro, seguramente consecuencia de una adolescencia atormentada.

—¿Estás nervioso? El primer día de universidad siempre es emocionante.

Asentí con la cabeza.

—Un poco, pero sobre todo estoy expectante por ver lo que me voy a encontrar.

—No sé que hay en la facultad de Periodismo, pero supongo que lo que en todas: pocas ganas de estudiar, muchas ganas de fiesta y las hormonas revolucionadas. El primer año siempre es el mejor, así que ve tranquilo y no llegues tarde, que es el primer día.

Miré el reloj de la cocina por el rabillo del ojo.

—Mierda, es verdad.

—Coge el 132, es la guagua que te va a dejar justo en la puerta de la facultad. —Y así, sin avisar de su llegada, daba los buenos días Marilia.

—Entiendo que la guagua es el autobús, ¿no?

—Exacto, mi niño. —Me cogió las manos y me dio un juego de llaves—. Cuídalas con tu vida, cachorro. Ahora eres una persona independiente en una ciudad muy grande. ¡Y ahora vete, que es tu gran día!

Antes de salir chequeé que estaba en condiciones para hacer mi gran debut como universitario de pleno derecho. Me miré por última vez en el espejo *vintage* de la entrada y me gustó lo que vi. Llevaba el pelo corto, pero peinado con gracia y la camisa de cuadros conseguía potenciar el color de mis ojos. Eran mi baza a jugar con todos los futuros pretendientes que esperaba tener y además ayudaban a olvidarme de la nariz de boxeador que había sacado de mi padre. Lo importante era que me sentía bien conmigo mismo. Tenía un brillo especial y, en estas circunstancias, era mucho más de lo que podía pedir.

En la misma parada pasaban autobuses de varias líneas, lo cual casi consigue hacer cortocircuito en mi cabeza. Por suerte, una anciana simpaticona que pasaba por allí vio mi cara de susto y me salvó de perder la guagua y empezar mi primer día con mal pie.

La llegada al campus fue como siempre me había imaginado que tenía que ser: auriculares a tono con *We found love* de Rihanna y café para llevar del Starbucks (aunque odiaba el sabor con toda mi alma), mientras contemplaba con una fascinación absoluta el universo nuevo que tenía delante de mis narices.

El campus de la Complutense era enorme, con grandes avenidas y muchas zonas verdes. Una estampa bastante idílica de lo que siempre había imaginado. No tenía nada que envidiar a los campus que aparecían en las películas americanas, aunque ese pensamiento me duró exactamente el minuto que tardé en girar la cabeza para situarme justo enfrente del enorme bloque de hormigón que llevaba por título: «Facultad de Ciencias de la Información».

—Pero ¿qué cojones?

Entre los nervios de la solicitud y el verano frenético que viví apenas me puse a mirar cosas de la facultad, pero estaba convencido de que ese no era el edificio diáfano y moderno que había visto en la página web de la universidad cuando me matriculé.

Estaba observando horrorizado el edificio que iba a ser mi facultad en los próximos cuatro años cuando una voz atronadora me hizo volver a la realidad.

—¿Tú también eres nuevo? ¡Ay, Omaíta, que se me sale el chichi de los nervios!

La carcajada me salió del alma y ella se rio todavía más fuerte. Tenía ante mí a una mujer espectacular, de esas que el sector machista de mi pueblo clasificaría de «pura cepa»: rasgos

mestizos, tipazo y una melena morena que le cubría toda la espalda. Hubiese pensado que era la típica modelo repipi de no ser por su verborrea.

—Soy María, María Jiménez.

—Yo, Benji.

—¿De *Oliver y Benji*?

—No, de Benjamín. ¿Tú, María Jiménez como la cantante?

—Mis padres, que son muy fans.

—Pues perfecto. A mi padre también le encanta.

—Pues mira tú qué bien.

Volvimos a reír juntos.

—¿Vas a esta facultad?

—¡Sí! Empiezo Periodismo este año. Estoy nerviosita perdida.

—¡Yo también! Entonces nos veremos mucho por aquí.

—Ay, por favor. Sí, sí, sí. ¿A qué clase vas? —Ponía en cada sílaba todo el énfasis del mundo—. Yo voy al A.

No tenía ni idea del grupo que me habían asignado.

—Pues espera, que no lo sé. —Saqué el teléfono y busqué en el correo electrónico el horario que me enviaron cuando me matriculé y, sí, hubo golpe de suerte—. Pues María Jiménez..., ¡vamos a ser compañeros!

—¡Ay, por favor, que me da algo!

María se me echó a los brazos y yo le correspondí. Oficialmente acababa de firmar el primer contrato de amistad en Madrid.

—¿No te parece el edificio más feo del mundo?

—Es horrible, terrible y apocalíptico. Detrás hay otro, pero creo que ese es para los últimos cursos o algo así.

—Eso lo explica todo.

—Es feote, pero ¿y lo bien que lo vamos a pasar?

Mi recién estrenada amiga me cogió del brazo como cualquier hija de vecino y juntos nos adentramos en aquella

cueva esculpida en cemento.

La fachada de la facultad dejaba mucho que desear. Había barajado varias opciones y, dado que Hogwarts era inviable, esperaba al menos toparme con la típica edificación majestuosa, rollo Princeton o Columbia. Afortunadamente, lo que descubrí en su interior cumplió con todas y cada una de mis expectativas. Las cinco plantas del edificio se alzaban alrededor de un patio interior acristalado que parecía el Amazonas en miniatura. Era imposible abarcarlo todo con la mirada. Había escaleras y pasadizos en cada rincón y todo tenía un aire noventero que me volvía loco.

Lo mejor era la flora y fauna que se reunía en cada esquina. La mayoría solo estaba de palique, aunque algunos exprimían los últimos minutos del verano para darse el lote mientras otros se dedicaban a manifestarse por cien causas distintas. Acostumbrado a ver siempre a la misma gente, se me hacía rarísimo estar rodeado de tantas personas desconocidas que vestían, pensaban y querían diferente.

—Madre mía del amor hermoso. ¡Qué barbaridad! —dijo María Jiménez.

—Esto es increíble, ¿verdad?

—Mira allí, corre.

Fijé la vista en la dirección que María, sin cortarse un pelo, señalaba con el dedo: dos chicos se daban amor sin que nadie, excepto nosotros, reparara en ello. Eso me puso bastante nervioso y me hizo sentir un poco incómodo porque no sabía exactamente qué esperaba María que respondiese.

—Esto en mi pueblo no se ve todos los días. ¡Me encanta! —exclamó ella loca de alegría.

En el mío tampoco. Era la primera vez en mi vida que veía a dos personas del mismo sexo dándose cariño con la tranquilidad de saber que no iba a aparecer ningún orangután al grito de «¡Maricones!». Les tenía cierta envidia, envidia de la

sana, claro, pero eso también me hizo saber que había elegido el sitio correcto para disfrutar del tipo de vida que quería desde hacía tanto tiempo.

—¿Preparada para esta aventura?

—Llevo queriendo ser reportera desde que le quité el micrófono a la alcaldesa de Riolobos con seis años para dar el pregón de las fiestas. Yo nací para esto. ¡Vamos!

María Jiménez, que era casi tan folclórica como la cantante que tanto le gustaba a mi padre, se manejaba como pez en el agua entre los pasillos de la facultad. Me sorprendió lo bien que se orientaba para ser la primera vez que pisaba aquel sitio. Gracias a ella no llegué tarde.

—Benjamín de mi vida, ¿dónde nos sentamos?

La clase era kilométrica y estaba hasta los topes. Observé detenidamente al centenar de personas que teníamos delante y me di cuenta de que en la universidad, como todo en la vida, también había una jerarquía. Las primeras filas, por ejemplo, estaban ocupadas por señoritingos gafapastas que buscaban inventar el periodismo y habían tenido la capacidad casi instintiva de juntarse entre ellos. No lo sabía, pero tampoco tenía dudas. Algo muy parecido pasaba en las últimas hileras de la clase, donde coincidían jóvenes de dieciocho con adultos de treinta y cuarenta años, unidos por dos básicos en la vida: la marihuana y el chándal. El resto de los mortales, los del montón, se concentraban en el centro de la clase.

—Ven *pa' aca*. —me animó María, que había tenido la misma intuición que yo.

Mi nueva amiga divisó dos asientos libres en el área bautizada como *El montón* y corrimos hasta allí como alma que lleva el diablo. A nuestro lado nos esperaban dos compañeros que, a juzgar por sus amplias sonrisas, también estaban ansiosos de hacer nuevas amistades.

—¡Ey! —dijo un chico con los labios exageradamente gruesos

—. Soy Alberto, pero mis amigos me llaman el Murciano, y mis mejores amigos, Murci.

—¡Hola! Yo soy Noemí, pero todos me llaman Naomi.

Ella era la viva imagen de Emma Thompson. Podría ser perfectamente la hija de la actriz británica si no fuera por todos los lunares de la cara y una nariz aguileña que era de todo menos discreta.

—Encantada chicos, yo soy María Jiménez, de un pueblo muy *chico* de Cáceres. Él es Benjamín.

—Mejor Benji. Un placer.

—¿No estáis nerviositos? —preguntó María.

—Pero, hija, esto *e'* la vida padre. ¡Yo estoy motivadísimo! —expresé alegremente, y es que tenía ya un buen rollo encima, que necesitaba compartirlo.

—Tú eres manchego —no era una pregunta, sino una afirmación y sin derecho a réplica.

Me dio la sensación de que Naomi era una chica muy echada para adelante, y eso me gustó.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es por el deje con el que hablas.

—¿En serio? Pues sí, soy manchego. Exactamente de un pueblo muy pequeño de Albacete.

—¡Albacete, caga y vete! —dijo el Murciano.

El destino había tenido la ocurrencia de unir en el mismo día y en el mismo lugar a un manchego, una extremeña, un murciano y una madrileña. Éramos el chiste hecho realidad, pero solo Naomi y un servidor reparamos en ello.

De pronto, una mujer que rondaba los cincuenta entró al aula con paso firme, casi como el de un militar.

—Corred, chicos, pasadme número de teléfono e Instagram, en ese orden —susurró Naomi—. ¿Habrá que organizar nuestra primera fiesta, no?

Tampoco era una pregunta, era una orden.

—¿No quieres que te pase mi Facebook y mi Twitter, zagala?

—No seas anticuado, Murci.

Odiaba los grupos de WhatsApp, pero si quería encajar iba a tener que pasar por el aro. Obedecí y al cabo de unos segundos tenía el teléfono plagado de notificaciones.

Naomi te ha añadido al grupo “Las Cuatro Españas”

Naomi
Ya tenemos grupo, chicos.
10:02

El Murciano
¡¡¡Vamos gente!!!
10:02

María Jiménez
¡¡¡Qué guay!!!
10:03

Benji
:-) :-) :-)
10:03

—Sentaros y relajaros —dijo entonces la profesora, tajante—. Soy Ambrosia y voy a impartir durante todo el curso la asignatura Teoría y práctica del periodismo. Como bien sospecharéis, mi asignatura es una de las más importantes del curso, si no la más importante.

—Cómo no —dijo Naomi, buscando mi mirada cómplice.

Ambrosia bajó de la tarima que le daba exactamente treinta centímetros de superioridad y fue paseando por el pasillo, intentando memorizar las caras de todos los alumnos.

—Si queréis que os vaya bien aquí debéis tener en cuenta

tres cosas —siguió hablando—. Primero: solo el cinco por ciento os vais a dedicar profesionalmente a esto. Y solo la mitad de vosotros terminaréis la carrera. Segundo: no vais a haceros ricos siendo periodistas. Quizá solo uno de vosotros llegue a los informativos nacionales para luego dar el salto a un magacín como chico de los recados de Ana Rosa Quintana. El resto, ese cinco por ciento, se tendrá que conformar con un sueldo mileurista. Y tercero: si habéis aceptado todo lo anterior, os diré que en mi clase pido el máximo de vuestra capacidad. Quien no esté dispuesto a darlo que se vaya a la cafetería a jugar al cinquillo o al césped a tocarse el ombligo.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala y Ambrosia sonrió satisfecha.

—Bien, parece que lo habéis entendido. Empecemos.

Aprovechándose de nuestra inocente ilusión del primer día, Ambrosia arrancó Teoría y práctica del periodismo por el principio. Es decir, dando la chapa, aunque tiraba mucho de su propia experiencia. El Murciano se quejaba por lo bajini, mientras María bostezaba una y otra vez. Yo, sin embargo, no podía evitar sentir una especie de fascinación por todo lo que contaba aquella mujer. Empezó trabajando en un diario pequeño de Sevilla, donde se curtió como periodista, hasta que la fichó TVE para ser corresponsal en Roma. Allí conoció a un italiano que la abandonó tras dejarla embarazada. Tuvo que volver a España para sacar adelante a su hija y eso le cerró todas las puertas. Nadie quería contratar a una madre soltera y terminó doctorándose para poder tener un futuro que estuviera ligado de alguna manera al periodismo. La historia no era nada alentadora y sus palabras dejaban un regusto amargo que echaba para atrás, pero no pude evitar sentir lástima por ella, por lo que podía haber sido y no fue. Con Ambrosia estuvimos un par de horas, pero tuvo el detalle de recompensarnos tanta entrega con una docena de trabajos.

La siguiente clase fue *Sociología*, pero aprovechamos el descanso entre una y otra para conocer el centro neurálgico de la facultad: la cafetería. Allí ejercimos nuestro derecho a ocio, uno muy recurrente entre los universitarios. Y nosotros, porque ya había un *nosotros*, lo empleamos para conocernos a fondo.

María Jiménez confirmó todas mis sospechas: era más bruta que un *arao* y su extremeño requería a veces de subtítulos, pero tenía una gracia natural que estaba calando hondo en el grupo. Le gustaba ser el centro de atención y nosotros le dábamos todo el protagonismo que merecía. Del Murciano saqué varias conclusiones. Primero, que se creía más guapo de lo que realmente era. Y segundo, que no tenía muy claras sus prioridades en la vida. Tras una hora con Ambrosia había decidido que el periodismo no era lo suyo. Tampoco necesité mucho más tiempo para conocer en profundidad a Naomi. Tenía la capacidad de conectar y desconectar del mundo que la rodeaba según lo que le interesaba en cada momento. Su nivel de atención en clase duró aproximadamente unos diez minutos, el resto del tiempo lo aprovechó para planear la que sería nuestra primera juerga universitaria.

Entramos a Teoría y práctica del periodismo como conocidos y salimos de Sociología como amigos de toda la vida, porque en la universidad pasa como en *Gran Hermano*: todo se magnifica. También decidimos no volver más a Sociología, a excepción del Murciano. A mi parecer era una asignatura tediosa e innecesaria, pero él se había reconciliado con el periodismo y eso nos valió a todos.

Estuvimos un buen rato debatiendo sobre esto mientras disfrutábamos de los últimos coletazos del veranillo de San Miguel en el infinito césped de la facultad, la segunda localización más concurrida de la Complutense.

El claxon de un coche puso fin a nuestra conversación en bucle. Frente a nosotros paró un BMW negro espectacular, y a

mí se me olvidó cómo respirar cuando vi al misterioso conductor con su cara de «estoy bueno y lo sé». Era el típico chico del que te enamoras porque así lo marcan las leyes del destino: rubio, ojos azules y unos labios sugerentes que necesitaba probar con urgencia. Mientras reposaba uno de sus brazos sobre el volante, lo observé fijamente y liberé uno de esos suspiros que sueltas cuando la vida te pone delante la mejor de las tentaciones y sabes que no la puedes catar. Era el brazo más bonito que había visto nunca, lo que significaba que echaba horas en el gimnasio y que el resto de su anatomía seguiría el mismo patrón. Mi imaginación hizo el resto.

—¡Chicos, me voy! —dijo de pronto Naomi—. Es mi amigo Tito, que ha tenido la gentileza de venir a por mí.

Nuestras miradas se cruzaron y el pulso se me puso a mil por hora. Las palabras de Naomi se diluyeron en el aire. Solo tenía ojos para él y el tal Tito también mantenía el contacto visual. Un cosquilleo que me era familiar se manifestó en mi interior y comprendí que las jodidas mariposas se habían agarrado a las tripas de mi estómago.

—¡Ha sido el mejor primer día de la universidad! —gritó Naomi, que había dejado de ser mi potencial amiga de la universidad para convertirse en la amiga del hombre de mi vida—. ¿Quedamos mañana para desayunar antes de clase? ¿A las ocho y media en la cafetería?

María Jiménez y el Murciano confirmaron su asistencia enseguida, pero mi cabeza estaba demasiado concentrada en aguantarle la mirada al tío macizo y seguramente heterosexual que había llamado la atención de todo el campus.

—¡Adiós, chicos!

Tito me dedicó una brevísima sonrisa antes de salir escopetado en su cochazo, y yo, un provinciano al uso, acababa de terminar casi sin darme cuenta el primer día de la universidad encontrando al tío de mis sueños.

Capítulo 3

Luces de neón

Jueves

La primera vez que sentí mariposas en el estómago fue con una compañera del colegio. Tenía doce años y le regalé un anillo de papel porque pensaba que cuando estás enamorado hay que ser, además de gilipollas, un poco detallista. Cuando mi padre se olvidaba de su aniversario de bodas, volvía al día siguiente con un anillo que contentara a la santa de mi madre. Era mi versión contemporánea de *El Señor de los Anillos* y un referente distorsionado que asumí por aquel entonces. Mi interés amoroso, por muy niña que fuera, sabía perfectamente diferenciar un anillo de la joyería de uno hecho con la hoja de una libreta, y lo quemó con un mechero delante de mis narices.

Esa fue la primera vez que me rompieron el corazón y seguramente el motivo por el cual se despertó dentro de mí un intenso deseo sexual hacia los hombres. Cuando me quise dar cuenta de que el género masculino, especialmente el sector heterosexual, iba a joderme una y otra vez (y no de manera literal)... ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Tener amores platónicos se convirtió en algo habitual cuando vivía en la Mancha. Por aquel entonces, mi pueblo tenía poco más de diez mil habitantes. No había mucho donde elegir, pero siempre daba con algún capullo heterosexual dispuesto a romperme el corazón sin saber él muy bien por qué, claro. Me prometí no volver a recaer en lo mismo una vez me instalase en Madrid, pero tardé un día en incumplir mi propia promesa.

Tito era más guapo de lo que podía asumir y tan heterosexual que Batman a su lado no tendría nada que hacer en un concurso de hombría. Lo sabía, era muy consciente de ello, pero en ese momento no me convenía tener en cuenta ese pequeño detalle. En otras circunstancias no le hubiese vuelto a ver nunca más, pero en Madrid pasaba como en las películas de Hollywood: nunca había que perder la esperanza, y menos si el susodicho era íntimo de mi mejor amiga de la universidad.

Era noche cerrada y el 132 iba más rápido de lo que decían las señales de tráfico. Dentro, varios jóvenes con la libido disparada habían reconvertido el autobús en una verbena de pueblo, bebiendo cerveza mientras tarareaban al unísono la canción más popular entre los alcohólicos debutantes: «Alcohol, alcohol, alcohol, alcohol, alcohol, alcohol. Hemos venido a emborracharnos y el resultado nos da igual». Yo también me hice con una litrona para ir calentando y seguía los cantos de la multitud mientras buscaba sin éxito las redes sociales de Tito.

Naomi
¡¡¡Benji!!! ¿Qué te has puesto? Dime que llevas zapatos, por favor.
23:45

Benji
¡Hola, baby! Camisa blanca, vaqueros y zapatos, sí.
Había que ponerse pijo, ¿no?
23:46

Naomi
Síííí. Los puertas se suelen poner muy pesados con los chicos. A mí me ha costado muchísimo elegir modelito para esta noche.
23:46

Benji
¿Todavía estás en casa? ¡¡¡¡La madre que te parió!!!!

23:47

Naomi

Llego un poco tarde, pero no me odies. Tampoco os pongáis muy pedo hasta que llegue, *please*.

23:47

Le contesté con unos *emojis* de flamenca, que eran muy recurrentes y una buena forma de cortar la conversación cuando no daba más de sí.

Después de mi primer botellón y la fiesta sorpresa de mi dieciocho cumpleaños, todo parecía indicar que mi primer jueves universitario entraría en el Top 3 de las mejores noches de mi vida. El evento en sí tenía identidad propia, casi como una leyenda de la que solo algunos privilegiados iban a poder disfrutar. No se hablaba de otra cosa en la universidad. No se hablaba de otra cosa en medio Madrid. Y, cómo no, era el único tema de conversación en el grupo de *Las Cuatro Españas*, ya fuera en WhatsApp o en cualquiera de los desayunos que habíamos hecho esa semana entre clase y clase. Asistir era casi obligatorio. No hacerlo, una especie de suicidio social. Por suerte, me topé con unos amigos que, sin ser *influencers*, ansiaban el reconocimiento de los demás. Y yo, por qué no decirlo, también.

El bus llegó a las inmediaciones de Moncloa y frenó en seco en medio de la calzada. El conductor más temerario de *la capi* abrió las puertas en medio de la carretera para deshacerse de nosotros que, presos de nuestra inconsciencia, salimos en estampida hacia nuestro destino: el Uñas Chung Lee. El nombre era, cuanto menos, pretencioso, pero solo la fachada del local rompía con todo lo que mi cabeza había imaginado que podía ser una discoteca de Madrid.

En mi lugar de la Mancha existía una única calle con bares.

De hecho, se bautizó en otra época pasada y falta de imaginación como *La calle de los bares*. A lo largo de una corredera había cuatro tabernas: El rincón de Toni, Casa Pepe, Paco Bar y La cabaña, el único lugar que prescindía del retrato del rey Felipe VI, las máquinas tragaperras y los tapetes del «Se cayó».

Sentí ese cosquilleo de emoción cuando observé el desmadre que tenía ante mis ojos. Los universitarios más novatos, eufóricos, hacían cola para entrar al Uñas Chung Lee, copa en mano y con ganas de vivir nuevas experiencias. De alguna manera parecía que le rendían culto al mastodonte que defendía la enorme puerta del club, iluminada por un cartel hecho con luces de neón. No era nada discreto, pero allí nada lo era por suerte o por desgracia.

Benji
María, Murci, ¿¿¿dónde estáis??? La gente ya va torcida.
00:06

Ninguno de los dos leyó el mensaje, así que me di una vuelta por la calle a ver si los veía. Estuve un rato para arriba y para abajo, pero no había ni rastro de ellos. Tampoco cogían el teléfono. ¿Habían entrado sin mí? Me crucé entonces con *los chicos de la última fila*, los compañeros de clase que fumaban más que vivían. Se habían apropiado de un portal de la calle para apurar uno de esos cigarros de la risa que tanto les gustaba. Había tanto humo que me tuve que acercar para reconocerlos y dar por fin con la versión más elegante del Murciano. Junto a él, un chico me observaba con todo el descaro del mundo mientras se tocaba el *piercing* que llevaba puesto en la nariz. Me puso nervioso y me hizo sentir un poco incómodo. ¿Por qué me miraba de aquella manera?

—¡*Acho*! ¡Benji! —Escapó de la topera y se abalanzó sobre

mí.

Con el Murciano no había punto intermedio. Era radical en absolutamente todos los aspectos de la vida y, como imaginaba, en la primera fiesta universitaria no iba a ser el más discreto. Iba vestido con una camisa blanca y unos chinos negros, el uniforme de camarero de toda la vida. Sin embargo, el *look* de *barman* pasaba inadvertido gracias a la pajarita que le colgaba del cuello. Era casi tan grande como su cuello y en la tela había bordadas unas diminutas lechugas.

—Murciano tenías que ser —dije, y él me contestó con uno de esos abrazos que te cortan la respiración.

—¿Y las niñas?

—Ninguna contesta en el grupo. Estarán ya dentro.

—Toma, bébetelo de un trago.

El Murciano veía en mí ese amigo heterosexual tan necesario para un *barriga verde,* uno con el que compartir confidencias, ir a mear y, en este caso, beber de hidalgo una copa del ron más barato del supermercado. Nos miramos a los ojos con toda la complicidad que nos permitía nuestra larga amistad de cuatro días y vaciamos los vasos de un trago, dejando que nuestras gargantas saboreasen ese agua con misterio que nos iba a dar la confianza justa para desmelenarnos en nuestra primera noche madrileña.

—¡*Iiiiaaa*! —gritó cuando tragó la última gota—. ¡Vamos *pa'* dentro!

—Relájate, Murci. El grandullón nos mira como si fuéramos unos criminales.

Teníamos a cuatro personas por delante de nosotros. Cuatro más y formaríamos parte de ese lugar de luces del que tanto nos había hablado Naomi. El Murciano parecía tenerlo todo bajo control, pero yo estaba al borde de un ataque de nervios. Nervioso por protagonizar mi primera juerga universitaria, sin toque de queda ni llamadas repentinas de mis padres por

pasarme de hora. Nervioso por entrar a una discoteca que, de estar afincada en mi pueblo, muchos confundirían con un local de alterne. Y nervioso por vivir esta experiencia con tres desconocidos en los que ya confiaba ciegamente. Eran nervios de los buenos, pero nervios al fin y al cabo.

—Va a ser la mejor noche de nuestras vidas.

—¡Vamos a partirla! —Y mi amigo volvió a abrazarme con todo el sentimiento de Murcia.

Éramos los siguientes para la gran prueba de fuego. El *puertas* levantó el cordón de seguridad y la adrenalina se escapó como un calambre entre mis piernas. Naomi nos había advertido que en algunos sitios se ponían bastante tiquismiquis, de ahí mis zapatos para ocasiones especiales y la pajarita del Murciano homenaje a su tierra.

El cachas de seguridad me fulminó con la mirada y puse mi cara de niño bueno por si las moscas. Se colocó detrás de mí y tuvo el detalle de palparme los glúteos de la misma forma que un carnicero manosea la carne picada para hacer albóndigas.

—¿Cuántos sois?

—Dos, señor agente —contestó el Murciano por mí.

Mi amigo tenía todas las papeletas para ser considerado persona *non grata* en Uñas Chung Lee. Sin embargo, después de un estudio exhaustivo de su cuerpo, el señor *toca glúteos* asintió con la cabeza y nos dio una pulsera a cada uno que autorizaba nuestra entrada al infierno fluorescente. Porque eso era Uñas Chung Lee, un lugar oscuro que transpiraba vida con luces de todos los colores y una estética asiática que no tenía nada que ver con los antros que solíamos frecuentar mis amigos y yo en nuestros últimos veranos en Benidorm.

Del techo colgaban un centenar de farolillos rosas y azules, acompañados de varios carteles brillantes con formas geométricas que no había visto en mi vida. Cada esquina de la sala tenía una barra y cada una estaba custodiada por el tipo de

camarero postulante al trono de *Mujeres y hombres y viceversa*. Todos estaban de muy buen ver, pero supe mantener mis hormonas a raya, sobre todo porque me gustaban muchísimo más los gatos de la suerte que ocupaban las estanterías que tenían a sus espaldas. En lugar de botellas de alcohol, estos juguetes japoneses movían el brazo de arriba abajo al ritmo de la música y eso era muy, pero que muy guay.

El Murciano murmuró algo en ese dialecto del Levante español que solo él era capaz de entender. Su cara era la de un niño con PlayStation nueva, así que entendí que, como yo, estaba viviendo una especie de sueño lejos de su familia, de sus amigos de toda la vida y, en definitiva, de su hogar. Le di un abrazo de machirulo y juntos nos dejamos guiar hacia la pista en la que los afortunados que habían cumplido con el código de la discoteca se restregaban los unos con los otros al son de *Reggaetón lento*.

—Estoy flipando.

—¡*Acho*, ya te digo! —dijo el Murciano, poniendo a prueba la acústica de la sala—. ¡¿Vamos a buscar a las chicas?!

—Una está más que localizada.

—¿Dónde?

En lo alto de una tarima, una espectacular María Jiménez movía sus prominentes caderas como si fuera su última noche mientras varios pagafantas la veneraban a su alrededor.

—Te doy permiso para que utilices tu prodigiosa garganta.

El Murciano puso su cara de pícaro y cogió aire.

—¡¡¡Zagala!!! ¡¡¡Nenica!!!

Era imposible no acudir a la llamada del Murciano. María salió de su trance y se le iluminó la cara en cuanto nos vio. Saltó de la tarima como un albañil baja de un andamio y, de camino, se quitó de encima a todos los babosos que hacían amago de entablar conversación con ella.

—Quitad *pesaos*, que hoy ya estoy acompañada.

María se me echó a los brazos de un salto y agarró al Murciano del cuello para que se uniera a nosotros en aquella muestra efusiva y excesiva de afecto.

—Ay, mis niños, que me los como yo.

—Vamos a celebrarlo, es nuestra noche —propuse.

—Sí, por favor.

—¡Al lío!

Nos metimos en el cuerpo varios chupitos de Jäger y bebimos unas cuantas copas de un ron del que nunca había oído hablar. Ninguno preguntó cuál era su origen. Nos dio el colocón necesario para quitarnos la poca vergüenza que nos quedaba, y eso ya era más de lo que podíamos pedir. Terminamos conquistando el centro de la pista de baile del Uñas Chung Lee sudando la gota gorda con temitas de la talla de *Mayores, La Gasolina* y *Mi gente*. A esas alturas de la noche, el DJ se había ganado mis respetos y la discoteca ya era uno de mis lugares favoritos de Madrid.

La noche estaba cumpliendo con mis expectativas. Iba ebrio, quizá más de lo debido, pero la ocasión lo merecía. La discoteca era una pasada y pinchaban la música que se llevaba en Spotify. Además estaba en la mejor compañía, con un murciano y una extremeña con los que tenía una complicidad que no había conseguido con amigos míos de toda la vida. Solo faltaba Naomi..., ¡Naomi!

Saqué el móvil a toda prisa y tenía varios mensajes suyos cagándose en todo.

Naomi
Tíío, ¡¡¡¿¿¿dónde estáis???!!!

01:06

Naomi
Eeeeeooooo.

01:13

Naomi

Churri, ¡cógemelo o te mato!! Estoy con Tito.

01:15

Hice una pausa dramática. ¿Por qué Tito venía con ella y por qué no había dicho nada?

Naomi

Os estoy viendo...

01:27

¿Cómo? Alcé la vista y me encontré de frente con Naomi, mirándome con cara de pocos amigos. Detrás de ella iba Tito, con la sonrisa puesta y sus ojos clavados en mí. Ahí me di cuenta de que el conductor del BMW negro, el tío al que llevaba días dedicándole mis pensamientos, era un rompecorazones y yo, si él me dejaba, estaba dispuesto a darle mi consentimiento para que hiciera con el mío lo que le diese la gana.

—Si no fuera porque ya te quiero, te odiaría toda mi vida. —Naomi me besó en la frente y no fui capaz de responder con un simple «perdón, por no contestar».

Y es que en las distancias cortas lo de Tito era de otro planeta. Tenía el cuerpo de un futbolista de primera división, los ojos de Maxi Iglesias y los labios de Channing Tatum, una mezcla explosiva que me nublaba la mente y despertaba mis instintos más primarios.

Me bloqueé y, tal y como estaba temiendo, las mariposas hicieron su aparición estelar. Iban como yo, etílicas perdidas, dando vueltas en mi estómago en modo centrifugado. El alcohol amenazaba con salir violentamente de mi boca, pero le

puse remedio bebiendo los restos del cubata que llevaba en la mano. Me quemó un poco la garganta, pero logré parecer una persona normal.

—¡Ay, tía! Pero si es tu amigo el buenorro —dijo María, sin importarle tres pepinos que Tito estuviera delante de sus narices—. Menudo *bugui* te gastas, amigo.

—Te presento a María Jiménez. Es la chica que te dije que lo tiene todo para ser Miss Extremadura, pero no se atreve a dar el paso.

—Encantado de conocerte —su voz era más grave de lo que había imaginado. «Es tan sexi», pensé—. ¿Y vosotros sois...?

Dijo «vosotros», pero solo me miraba a mí.

—Y estos dos son Zipi y Zape. —Naomi siguió con las presentaciones—. Él es el Murciano. Podrás llamarle Murci cuando te ganes su confianza, pero tranquilo porque no es nada difícil. Y él es el cabrito de Benji, del que me llevo quejando toda la noche.

—¿Qué tal, tíos?

Tito me dio un apretón de manos que duró más de la cuenta, o quizá era yo, que sentía que el tiempo pasaba más despacio.

—Y ahora que ya están hechas las presentaciones, vamos a por unas copas, por favor —ordenó Naomi—. Vais todos pedo menos yo, y eso no puede ser.

—Sí, claro. Vamos —me ofrecí, ansioso.

El ron misterioso del Uñas Chung Lee se presentaba como el único remedio para gestionar la situación y no cometer ninguna estupidez.

—Pero que se queden dos aquí para guardar el sitio, que esto está *petao* —dijo el Murciano.

María, cómo no, ya estaba en la barra haciéndose un hueco.

—Benji, ¿te quedas con Tito?

—Claro, ¿por qué no?

¿Era una jugarreta del destino o acaso Naomi ya sospechaba

que me gustaba Tito? En el grupo de *Las Cuatro Españas* no habíamos hablado todavía sobre nuestras preferencias sexuales, pero si ya daban por hecho que me gustaban los chicos me quitaban un gran peso de encima.

—Tito, sé simpático.

—¿Cuándo no lo soy?

Se fueron y nos dejaron a los dos solos en medio de la pista. El uno frente al otro. Y recé a los dioses de la Mancha a los que la abuela Mamen siempre recurría cuando las cosas se ponían feas porque Tito se acercó a mí con una sonrisa indescifrable. También tenía hoyuelos. Era una especie de Hércules que había bajado del Olimpo al mundo de los mortales para ponerme a prueba y yo ya no sabía ni dónde mirar.

—Eres el chico de los ojos verdes.

—¿Cómo?

—¿No estabas el otro día con Naomi en la puerta de la facultad?

Él también me tenía fichado. ¿No sería...?

—Sí, claro. Yo soy el chico de los ojos verdes y tú el chico de los ojos azules y el BMW. ¿Menudo coche manejas, no? —Soné tan patético que intenté poner remedio antes de que huyera despavorido—. Quiero decir que...

—En realidad es de mi padre. Me lo deja algunas mañanas para ir a clase.

—¿También estudias en la Complu?

—Sí, muy cerquita de vosotros, de hecho.

—¿También estás en nuestra facultad?

—Dios me libre —bromeó, y yo me quedé embobado con su risa—. Estudio Derecho, lo que pasa es que mi facultad está al lado de la vuestra.

Pregunté si estudiaba en nuestra facultad por preguntar. Naomi nos lo hubiera dicho si estuviera en otro grupo de Periodismo o en Publicidad o en Comunicación audiovisual. A

Tito le pegaba más ser bombero, fontanero e incluso *stripper*; nunca me hubiera imaginado que iba para abogado.

—¿Ser abogado todavía da dinero?

—Más que ser un *periolisto* desinformado.

—¡Menudo zasca me has metido!

—Perdona, Benji. ¿He sonado muy borde? No se me da nada bien hacer bromas.

—Qué va, qué va.

Noté cierta química y bastante interés por su parte, así que probé suerte y le eché los bemoles de mirarlo con la misma intensidad que lo hacía él. Clavó la vista al frente, nervioso, y se le volvió a dibujar en la comisura de los labios la sonrisa más irresistible de todo el puñetero planeta.

—Menos mal. No quería que empezáramos con mal pie.

Entonces la luz se apagó y la música dejó de sonar, desencadenando una especie de histeria colectiva. Todos habíamos fundido a negro. Apenas se veían las siluetas de la gente que teníamos a nuestro alrededor y me pegué a Tito para no perderme entre la oscuridad.

—No te me pierdas, Benji —me susurró muy cerquita del oído.

De pronto, en el fondo de la sala, se encendieron los ojos de uno de esos dragones de fuego *made in China* y los sintetizadores marcaron el comienzo de una nueva canción: *«Here's my key. Philosophy. A freak like me. Just needs infinity...»*. Era *Infinity*, de Guru Josh Project. Se me puso la piel de gallina. La figura, que parecía no tener fin, se fue encendiendo en una explosión de luces y colores, moviéndose como una serpiente por la espesura de una jungla.

—Qué pasada, ¿verdad?

Él estaba disfrutando casi tantísimo como yo. Estábamos tan embobados con el numerito que cuando nos quisimos dar cuenta teníamos al dragón encima. Tito reaccionó a tiempo y

me agarró de la cintura para salvarme de la embestida del gigante asiático. Nos quedamos en el centro de la pista, el uno frente al otro, mientras la silueta del ser mitológico nos rodeaba con su larguísimo tronco.

Nos buscamos con la mirada y esta vez ninguno de los dos giró la cara. Reparé en sus labios, sobre todo en el inferior, más gordito y apetecible. Se dio cuenta y sonrió. Había demasiados indicios, de modo que me aproveché de mi condición de alcohólico social para armarme de valor. Tenía muchísimas ganas de besarlo. Me moría de ganas de besar a un chico y él, definitivamente, no era uno cualquiera. Era el chico del BMW negro. El chico sin redes sociales. El chico que rompía corazones. El chico que yo quería para mí. Recé una vez más a los dioses de la Mancha para que me pillasen confesado y fui directo y decidido a meterle boca.

Capítulo 4

Besos

La vida está llena de primeros besos. El primer beso que te da tu madre al nacer por aquella primitiva conexión que tienen las recién paridas con sus bebés. El primer beso que te das en preescolar con la niña que juega contigo a hacer castillos de arena. El primer beso que das a la que piensas que será el amor de tu vida sin tener clara tu orientación sexual. Y, cómo no, el primer beso que das al que crees que te jurará amor eterno. Este último es el que vale y del que imaginas un sinfín de escenarios para el ansiado momento, casi todos prediseñados por las comedias románticas que viste durante la cruda adolescencia.

En mi caso siempre había imaginado un beso como el que recibe Hilary Duff en *Una cenicienta moderna*. Ella, enamoradísima del *quarterback* más popular del instituto, huye despavorida del campo de rugby lloriqueando porque piensa que el chico no la quiere ver ni en pintura. Entonces él para el partido y corre hacia ella para darle un buen morreo justo en el momento en el que empieza a llover. Se moja, se ponen más guapos y se dan otro beso de película. Pero esto en la vida real no pasa. En la vida real, los finales felices son otra cosa. Da igual que vivas en Madrid o en el pueblo más recóndito de Albacete. En la vida real, los primeros besos huelen a ajo, a pota recién echada o, en el peor de los casos, el ansiado beso nunca llega a producirse porque recibes una cobra más humillante que la que le tocó vivir a Chenoa en *OT: el*

reencuentro.

Me acerqué a Tito lentamente, mirándolo fijamente a los ojos para intentar descifrar en el corto trayecto hasta sus labios si él también sentía esas mariposas que a mí me estaban taladrando el estómago. Sus ojos buscaban respuestas en los míos, como si intentara leerme la mente. Di un paso más. Nuestras bocas estaban a punto de encontrarse.

Tito me agarró de los hombros y deslizó sus manos por mis brazos. ¿Era esa la señal definitiva? El corazón me latía con fuerza. No podía pensar con claridad, así que cerré los ojos y dejé que mi boca fuera a ciegas hasta la suya. Esperé, esperé y esperé, pero al final el beso que tanto tiempo llevaba buscando no llegó.

No sé si las coordenadas no eran las correctas, si mis labios no se estaban insinuando lo suficiente o si, para mi desgracia, había malinterpretado las señales de Tito, pero el amigo de Naomi me cogió cariñosamente del cuello y me dio un abrazo.

—Pero ¿cómo has podido beber tanto? No puedes ni abrir los ojos. —Su susurro cómplice hizo que me sintiera todavía peor.

—No voy tan pedo —respondí, avergonzado.

Hasta el enorme dragón del Uñas Chung Lee se cansó de nosotros. Dejó de dar vueltas a nuestro alrededor y desapareció entre la multitud. La discoteca volvió a la normalidad, con las luces de neón más brillantes y el *reggaetón* dictando el ritmo de unos universitarios cada vez más descontrolados.

Tito se separó.

—¿Quieres que te pille una botella de agua?

—¿He oído agua? No me seáis mariquitas.

Naomi apareció con tres copas entre las manos. Unos minutos antes, le hubiera pedido que no interrumpiera nuestra toma de contacto, pero, visto lo visto, su cameo estelar fue lo mejor que me podía pasar dada la humillación que estaba sintiendo en mis propias carnes.

—Tu amigo no debería beber más —dijo Tito.

Cogí una de las copas y le di un buen trago.

—¿Dónde te has dejado al Murciano y a María? —Las palabras tropezaban en mi boca, pero me daba igual.

Quería cambiar de tema y olvidar lo que acababa de pasar. Tenía que salvar la noche de la catástrofe sí o sí.

—María está compitiendo por ser la reina de la tarima.

María Jiménez había reconquistado la plataforma. Bailando, parecía una gogó alcohólica caída en desgracia. No hacía caso de la música. Tampoco a los pagafantas que volvían en busca de un poco de cariño. Ojalá hubiese podido entrar en el mismo trance que ella para que se me hubiera pasado la vergüenza que ni el alcohol conseguía quitarme en ese momento.

—Y Murci se está liando con una chica —añadió Naomi—. De hecho, creo que se está liando con la camarera.

—¿Con la camarera?

—Ese chaval ya me cae bien —dijo Tito.

Los tres miramos hacia la barra que teníamos más cerca. Efectivamente, ahí estaba el Murciano muy acaramelado con una chica mona que le sacaba una cabeza.

—¿Y vosotros qué, no queréis mojar el churro?

—No empieces, Naomi. —Las facciones de Tito se endurecieron.

—Está bien, está bien. ¿Y tú, Benji?

Me hice el loco, haciendo como que la conversación no iba conmigo, pero Naomi insistió.

—¿No has visto a ninguna que te convenza?

Era oficial: mis amigos de la universidad daban por hecho que era hetero. Me hubiese gustado decirle a Naomi que no, que era gay, que ojalá se hubiera dado cuenta desde el principio para no tener que fingir que su amigo Tito me gustaba más de lo que quería admitir. Pero el alcohol no me dejaba pensar con claridad. Ambos me miraban, esperando una

respuesta. De Naomi, lo entendía. Prefería tener todo bajo control, y eso incluía ejercer de casamentera si la ocasión lo merecía. Pero ¿por qué Tito me miraba de aquella manera? ¿Qué esperaba que dijera?

—Esa no está mal. —Señalé a la primera chica que pasó por delante.

—Esto lo arreglo en un momento.

Naomi interceptó a la muchacha y me hizo la 13/14 que Barney siempre le hace a Ted en *Cómo conocí a vuestra a madre*. Busqué en Tito una mirada cómplice, cualquier señal que me dijera: «No lo hagas, ven conmigo», pero ni por esas. Se quedó quieto, disfrutando de la situación.

Su cara de satisfacción me sentó como una patada en el culo. Vine a Madrid con la intención de empezar una vida sin armarios y sin secretos, y él lo estaba echando todo a perder. ¿Por qué no admitía que yo también le gustaba? ¿Por qué se había apartado cuando intenté besarlo?

—Tito, yo...

Lo acababa de conocer y no debía ser la primera persona de Madrid a la que le confesase de qué pie cojeaba, pero quizá él también necesitaba un pequeño empujón. Quizá él también esperaba al chico de sus sueños.

—Dime, Benji.

—Yo...

Naomi nos volvió a interrumpir. Esta vez iba acompañada de la chica que había elegido al azar. No me dejó terminar la frase y se pasó mi oportunidad de ser la persona que quería ser.

—Benji, esta es Clara. Clara, este es Benji.

Nos dimos dos besos.

—Encantado.

Ella no contestó. Tenía la mirada perdida. La tal Clara superaba todos los límites de alcohol en sangre.

—¿Estás bien?

La chica se me echó a los brazos y así, sin pensarlo, me metió boca.

—Uy, aquí ya sobramos —dijo Naomi—. Vamos a echarnos unos bailes, Tito.

Me aparté de Clara bruscamente, pero a ella no pareció importarle.

—No, no os vayáis.

—Que lo pases bien, Benji. —soltó Tito, sin dejar de mirarme.

—Mañana hablamos, churri.

Naomi agarró a Tito del brazo, y me dejaron allí solo sin saber muy bien qué hacer. Ella se subió con María a la tarima. Él se quedó abajo, con los ojos fijos en mí.

Tito no era tan hetero como quería hacer entender. Los dos lo sabíamos. Aun así había provocado toda esta situación, así que decidí tomarme la revancha. Nos cruzamos la mirada una última vez y sonreí con una amarga satisfacción, antes de comerme a Clara a besos con toda la pasión que me permitía la borrachera y la maraña de pensamientos que se daba de bruces en mi cabeza.

Estoy convencido de que si me hubiera visto desde fuera no me hubiese sentido orgulloso de lo que estaba haciendo, pero en ese momento, esos cuatro besos mal dados me supieron a una agridulce victoria personal. Me moría de ganas de abrir los ojos y ver cómo estaba reaccionando Tito. Sin embargo, algo dentro de mí, quizá un resquicio de vergüenza, me impidió hacerlo.

Capítulo 5

Resaca emocional

Viernes

Mi secreto para paliar la resaca consistía en hacer de vientre, darme una ducha de agua bien fría y beberme dos vasos de leche con tres cucharadas de Cola Cao y tres de azúcar. Mi hermana, como fanática del movimiento *realfooding,* me hubiera denunciado a las autoridades de saber que solía meterme entre pecho y espalda esta bomba calórica y ultraprocesada, pero era el antídoto que necesitaba para combatir la peor de las resacas y ningún *influencer* con sus recetas bío, por muy hermana mía que fuera, iba a cambiar eso.

No tenía ningún remedio, sin embargo, para la resaca emocional que me estaba atormentando desde primera hora de la mañana. Contra todo pronóstico, mi primera fiesta universitaria no había entrado en el Top 3 de las mejores noches de mi vida, aunque con toda seguridad iba a encabezar el *ranking* de los momentos más vergonzosos y patéticos de toda mi existencia. Lo peor era que estaba así por pillarme de un tío con el que apenas había cruzado palabra.

Me iba a tirar a la cama a pensar en la mala suerte que tenía en la vida cuando mi Wonder Woman particular acudió al rescate vía Skype. Era Jimena, la única persona sobre la faz de la tierra que podía consolarme en esos angustiosos momentos. Ella hacía del mundo un lugar mejor y conseguía, con mucho trabajo, que yo no fuera un completo desastre.

—Odio la vida.

—Pero ¿qué le pasa a mi Benji?

Desde el otro lado de la cámara, Jimena me miraba con cara de lástima.

—Soy lo peor.

—Cómo te gusta dramatizar. —Ella me conocía mejor que nadie—. ¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre. Me he enamorado del típico hetero que parece hetero, pero que mi cabeza, que no da pie con bola, prefiere pensar que todavía no sabe lo que quiere y que está esperando a que se le cruce el hombre de su vida para dar el paso.

Jimena resopló.

—Siempre te pasa lo mismo, pichón.

—No, esta vez ha sido diferente.

—Siempre dices que es diferente —dijo, compadeciéndose de mí.

—Es que parecía diferente.

—Para ti, todos los chicos que son amables contigo son gais.

—Es un asco que me conozcas tanto. —Jimena tenía la risa más contagiosa del mundo y, por primera vez en lo que llevaba de día, consiguió hacerme reír a mí también—, pero te juro que ha sido diferente de verdad.

—¿Por qué?

—Intenté besarlo.

—¿¡Cómo!?

Los enormes ojos verdes de Jimena se abrieron a todo lo que daban sus párpados.

—¿Y qué pasó?

—Salí de fiesta con mis amigos de la uni. María, Naomi y el Murciano son increíbles. El Murciano de hecho te gustaría, pero seguro que te rompería el corazón, es un poco picaflor. Bueno, y fuimos a una discoteca enorme con...

—Céntrate.

—Tienes razón, perdona —carraspeé—. Naomi tiene un amigo guapísimo. Se llama Tito. Es el típico rubio con ojos azules, cuerpo perfecto...

—Vamos, que es *influencer*.

—Físicamente podría serlo, pero va a la universidad.

—Te estás yendo otra vez por los cerros de Úbeda.

Me tapé la cara con las manos en señal de vergüenza y ella puso los ojos en blanco.

—¿Cómo puedo dar tanta pena?

Jimena volvió a llenar la habitación con sus carcajadas.

—Pero ¡cuéntame el «momento beso»!

—Te juro por mi abuela Mamen que me estaba poniendo los ojos melosos. —No servía de nada justificarme, pero aun así lo hice.

—Y se repite la misma historia.

—*Jurao* que no. Me miraba con los mismos ojos que Damon mira a Elena en *Crónicas vampíricas*.

—Nadie mira tan intensamente.

—Tito, sí.

—Volvamos al tema. Entonces ¿qué pasó?

—Nos dejaron a los dos solos, entonces nos quedamos a oscuras en la discoteca y apareció un dragón enorme con muchas luces que nos rodeó.

—Qué peliculero eres, pichón.

—Sí, sí, como en las películas. El universo me estaba enviando una señal y yo... pues me lancé.

Mi amiga abrió la boca de par en par y se agarró los pechos, incrédula. Siempre lo hacía cuando no podía asimilar alguna noticia.

—No te creo, Benjamín López Gómez.

—Pues es la verdad, Jimena Martínez Martínez.

—¿Y te hizo la cobra? Bueno, da igual. Ha sido un gran paso. —Estaba satisfecha por lo que ella consideraba un importante

progreso en mi carrera como homosexual encerrado en el armario—. No importa que te rechazara.

—No me hizo la cobra exactamente.

—¿Entonces?

Tardé unos segundos en contestar. Me costaba juntar en mi cabeza todas las piezas del puzle. Bueno, eso y que me daba mucha vergüenza verbalizar lo que pasó.

—Me dio un abrazo —solté por fin—, me abrazó como si fuera un pastor alemán.

Jimena lloró de la risa y esta vez yo también la acompañé. Era consciente de lo absurdo que sonaba todo.

—¿La gente ya no hace la cobra de toda la vida? ¿Ahora se dan abrazos?

—Esto es serio.

—No digas tonterías, pichón. Finge que no te acuerdas de nada y punto. Además ibas borracho, tienes la excusa perfecta. No creo que pensara que le estabas metiendo boca.

Me quedé mirando a la pantalla fijamente, dándole vueltas a la idea de Jimena. La verdad es que era una buena forma de salir del paso si a Tito se le ocurría sacar el tema en el caso de que volviésemos a vernos. Mejor dicho, en el caso de que quisiera volver a verme.

—En realidad no creo que piense que soy gay. Supongo que creerá que estoy confundido o que sufro algún tipo de bipolaridad.

—¿Por qué va a pensar eso?

—La historia no ha terminado.

—¡No me digas más, Benjamín! —Jimena ya sabía lo que había hecho sin necesidad de habérselo contado.

—Exacto.

—¿Te liaste con una tía?

Agaché la cabeza avergonzado.

—¡No puedo contigo! ¿Esto sabes lo que es, no?

—Patetismo ilustrado —chillamos los dos al mismo tiempo.

«Patetismo ilustrado» era un concepto que utilizábamos Jimena y yo más veces de las que nos hubiera gustado admitir. Esas dos palabras, básicamente, definían cualquier acción patética que se saliera de la vida modélica de las redes sociales. Era un concepto que nos definía mucho a ambos.

—¿Lo hiciste para darle celos?

—No, lo hice para ver si reaccionaba de alguna manera.

—Eso es lo mismo que dar celos, pero si te sientes bien reinterpretando palabras no seré yo quien te lleve la contraria. —Tenía una amiga que era una genialidad—. ¿Y reaccionó?

Hice una pausa, intentando recordar los últimos coletazos de la noche.

—Tengo varias lagunas, la verdad —confesé, agachando de nuevo la cabeza.

Doble ración de vergüenza para mí. Jimena tocó la cámara de su portátil para llamar mi atención.

—Benji, mírame a los ojos y escucha lo que te voy a decir. —Era difícil no hacerle caso cuando se ponía seria—. Estás en Madrid, hay mil tíos esperándote que van a flipar contigo cuando te conozcan. Solo tienes que cambiar el chip. Y, sobre todo..., ¡no más heteros!

—A veces creo que todos los heteros de este país se han puesto de acuerdo para joderme la vida.

—No seas *drama queen*.

—No lo soy, y también estoy rayado porque María, Naomi y el Murciano ya dan por hecho que me gustan las chicas. Otra vez metido en el puto armario de ochenta por uno noventa.

Jimena pegó un bufido.

—No dejes que esto se te haga bola. Cuéntales la verdad cuanto antes y punto. ¿Para qué te fuiste del pueblo?

—Para estudiar una carrera, Jimena.

—¿Para qué te fuiste del pueblo?

—Para estudiar una carrera y ¿tener una vida sexual plena?

—Exacto. Ahora te tengo que dejar, pichón. Mis padres me reclaman en la cocina.

Jimena era muy buena cocinera y dedicaba parte de su tiempo a alimentar a toda su familia.

—Mi querido Benji, no le des tantas vueltas a las cosas y relativiza todo un poco más. Hay muchos Titos por el mundo, solo necesitas encontrar al tuyo.

—Gracias, pichonza. Ahora odio la vida un poco menos.

Intercambiamos un par de miradas cómplices y cerramos la conexión. Justo en ese instante, alguien tocó a la puerta de mi dormitorio.

—Cachorro, ¿te apetece ver una peli? Acabamos de sacar a pasear a las ratas y queremos ver algo en familia. ¿Te apuntas?

Llevaba prácticamente toda la semana sin hablar con mis compañeros de piso. Entre unas cosas y otras no habíamos pasado tiempo juntos para intercambiar impresiones y conocernos mejor. Sustituimos el método tradicional de comunicación por los *post-its:* «Me han sobrado lentejas y te he dejado un plato». «Pequeño, los platos sucios se lavan después de usarlos». «¿Puedes echar de comer a las ratas?». «Te hemos comprado un helado. Lo tienes en la nevera».

—Entra, Marilia.

Pero no pasó del umbral de la puerta. Echó un vistazo rápido y resopló.

—Menuda leonera tienes montada aquí.

Tenía toda la razón. La cama estaba sin hacer y la ropa de anoche, incluidos los calzoncillos, estaba tirada por el suelo.

—*Jurao* que lo ordenaré todo.

Puso esa cara que ponen las madres cuando saben que mientes.

—Entonces ¿te unes al plan?

No tenía el cuerpo para socializar, pero tampoco quería que

pensaran que era un borde que no quería hacer vida con ellos.

—¿Qué película vais a ver?

—Estamos abiertos a sugerencias.

Hice un repaso rápido por el catálogo cinematográfico de mi cabeza y di con varias opciones, aunque al final me decanté por una película que me iba a ayudar a conciliar el sueño.

—Mmmm..., ¿*Chicas malas*?

—Esa no la hemos visto.

—¿En serio? Pero ¡si es una película de culto!

Marilia sonrió apaciblemente.

—Está bien, está bien: vemos *Chicas malas*. —Alcé los brazos en señal de victoria—. Anda, vamos.

Lunes

Me flipaba la cafetería de la facultad. Era la definición gráfica de la decadencia, con sus sillas y mesas oxidadas y sus camareros sacados de una película sobre el crimen organizado. El ruido era ensordecedor y el olor a fritanga se te pegaba a la ropa como la resina a las manos. Me encantaba, sin embargo, la atmósfera que se generaba cuando estaba hasta los topes, lo cual era casi siempre.

Cada uno, como en el instituto de *Chicas malas*, tenía su sitio. *Los chicos de la última fila,* los porretas, solían sentarse en las mesas que daban a la calle, siempre con el piti preparado en la oreja. Los *periolistos* de primero y segundo hacían piña en el centro de la cafetería con el sentimiento de glorificación por hacer del periodismo una profesión mejor. Nosotros, *Las Cuatro Españas,* íbamos por libre y nos sentábamos básicamente donde había sitio. Sí éramos conscientes de que formábamos parte de algo grande, aunque todavía no sabíamos muy bien en qué consistía. De momento, nos conformábamos con seguir

hablando de la juerga de nuestro primer jueves universitario, que todavía daba de sí.

—Te liaste con una tía y no te vi. ¡Somos unos triunfadores!

Le di un sorbo al café y se me revolvió todo el cuerpo. Era un café espantoso.

—Ni siquiera me acuerdo, Murci —mentí. Para mi desgracia seguía recordando la fatídica noche—. En realidad, la culpable de todo fue Naomi, que me trajo a la chica y al final me lie de mala manera.

—¿Mi culpa? Encima que te busco un rollete.

—Claro, Benji. No seas así. Se lo tienes que agradecer.

—¿Y tu amigo? ¿También triunfó? —pregunté.

—¿Tito? Qué va. Ahora mismo está en un momento de su vida en el que no quiere complicaciones. —De eso ya me había dado cuenta—. Terminamos la noche en El Brillante de Atocha desayunando un bocadillo de calamares.

—No es mala forma de acabar la noche —dijo María.

—Pues es el tipo de tío que siempre tiene novia, ¿verdad, Murci? —le pregunté, pícaro.

—Hombre, el chaval es un guaperas. Eso es así. ¿No lo quieres de novio, María?

—El niño es muy guapo, pero no es mi tipo. No me fijo mucho en el físico, pero tampoco lo veo subiéndome al techo.

—¿Al techo *pa* qué, burra?

—Qué tontino eres a veces, hijo. ¿Tú qué crees?

Naomi se rio y se dirigió a mí.

—¿Os pareció majo? Contigo hizo muy buenas migas, ¿no, Benji?

Casi escupo el café.

—Sí, es muy simpático —intenté aparentar que hablar de él no me ponía nervioso.

—El Tito es una máquina, tiene que venir más veces con nosotros —soltó el Murciano.

—Pues seguro que quiere —dijo Naomi—. Le caísteis todos genial, sobre todo Benji.

—¿Y por qué yo?

—Me estuvo preguntando cosas de ti. Al final fue con el que más habló. ¡Estabas tan gracioso!

—El alcohol...

Noté un calor intenso en las mejillas y sabía que eso me iba a delatar.

—Bueno, ¿cómo lleváis el trabajo de *Teoría y práctica*?

El cambio de tema fue brusco, pero necesario.

—Fatal.

María se puso a comer una napolitana de chocolate con cara de acelga.

—Pero ¿qué pasa?

—Pues que no entiendo el trabajo que ha mandado la Ambrosia. No he sido capaz de hacer una cosa decente en todo el fin de semana.

—¿El de la noticia ficticia? —le pregunté.

—¡Qué lerda! —se burló el Murciano, entre carcajadas—. Si es facilísimo. Redactas cualquier cosa que se te ocurra y marcas las 5W.

María le dedicó una mirada asesina.

—El último que me llamó lerda en Riolobos estuvo varios días sin poder caminar decentemente.

—Tranquila, chiquilla. Solo era una broma.

—Calla, Murci —dijo Naomi—. Así no ayudas.

—Eso, cállate, que estás más guapo —insistió María, un poco cabreada.

—Si quieres, nos saltamos *Historia* y nos vamos a la biblioteca. Seguro que sacamos el ejercicio en un momento.

—¿En serio? Eres la mejor, tía.

María se tiró a los brazos de Naomi después de hacerle una pedorreta al Murciano, y la tensión se esfumó. No es que María

fuera tonta, ni mucho menos. Lo que pasa es que ella llegó a la Complutense en busca de un micrófono y una cámara, y lo que se encontró fue mucho que leer y ejercicios de redacción más sesudos.

Nos quedamos allí sentados un rato desmenuzando cada momento de la noche del jueves hasta que el tema no dio más de sí. Cuando llegamos a ese punto, Naomi propuso pensar en un nuevo plan que no estuviera sujeto a luces de neón y ron *made in El Infierno*. A mí se me ocurrió que estaría bien conocernos un poco más a través de nuestros gustos y, por eso, propuse hacer una maratón de la trilogía de *El caballero oscuro*. Rechazaron mi oferta categóricamente después de llamarme friki un montón de veces. María y el Murciano, para nuestra sorpresa, coincidieron en quedar en una casa para ver el estreno de *Operación Triunfo 2017*. Afortunadamente, Naomi odiaba los *talent* musicales tanto como yo, así que después de mucho insistir, conseguimos ponernos de acuerdo para tomar unas cañas en el 100 Montaditos.

Brindamos con café para celebrar que había una nueva fecha en nuestro calendario universitario. Había que seguir cultivando esta bonita amistad que nos había condenado a entendernos para la posteridad.

Capítulo 6

Dicharacheros

Martes

Ese día de octubre hacía un frío de tres pares de narices. El otoño se hartó de darnos tanta tregua y nos pilló a todos sin haber hecho el cambio de armario. Naomi iba con tirantes, pero aguantaba el tipo sin rechistar. No era la primera vez que el mal tiempo la sorprendía en *la capi*. María escondió los hombros debajo del mono que llevaba. Tiritaba tanto que sus dientes rechinaban con fuerza, aunque tampoco se quejó. En la larga avenida que unía los colegios mayores de Metropolitano con Ciudad Universitaria solo se nos escuchaba al Murciano y a mí protestando.

—Seguro que la *jodía* de Ambrosia nos ha mandado hacer este trabajo sabiendo que iba a hacer este frío polar —dijo el Murciano.

—Tiene mala leche, la tía —añadí.

—Chicos, esto no es nada comparado con el frío que va a hacer aquí dentro de nada.

Ayudé a Naomi a colocar el trípode y a ajustar la cámara de vídeo que nos habían prestado en la facultad.

—Echo de menos el calorcito de mi Extremadura.

—Para calorcito del bueno el que hace en Mazarrón.

—La culpa es nuestra por no mirar el tiempo. Podríamos haber hecho este ejercicio en algún estudio del sótano y no estaríamos pasando penurias.

—Eres un quejica, Benji. Hace frío, pero ¿y los ojazos que te

van a salir en la cámara con esta luz? —me rebatió Naomi.

—Si tú lo dices.

—Verás como sí. —Me ofreció el micrófono—. Ponte justo enfrente de la cámara, que voy a coger el plano.

—¿Tengo que ser yo el primero?

En cuanto agarré el micrófono sentí mucha angustia. Las manos me sudaban y me movía de un lado a otro intentando disimular que tanto meneo era por el frío y no porque estaba a punto de desmayarme.

—María todavía se está poniendo guapa y el Murciano no le quita ojo al móvil.

—Vale, lo intento.

Se me quedó mirando, esforzándose por interpretar mi cara de póquer.

—¿No me digas que te da vergüenza?

—No me gusta. No se me da bien ser el centro de atención.

—¿Desde cuándo?

Conté hasta diez, eligiendo bien las palabras para no balbucear otra vez.

—Pues creo que desde siempre. La última vez que hice el ridículo fue en una clase de Psicología. Tenía que leer un relato que nos habían mandado escribir sobre la interpretación de los sueños y parecía tartamudo.

Todavía recordaba la sensación de vértigo al ponerme frente a toda la clase. Las palabras salían a trompicones de mi boca. Veía ojos por todos lados y escuchaba las risas maliciosas de algunos de mis compañeros cada vez que vocalizaba mal o repetía la misma frase dos veces. No vomité de milagro.

—Solo estamos nosotros, no te preocupes.

—Nosotros y toda la gente que pasa por la calle.

—No digas tonterías. Esto está chupado para ti.

—Bueno, lo intento.

No se lo conté, pero el origen de todo eso venía de antes de

esa clase de Psicología. Odiaba leer en público. Odiaba hacer cualquier cosa en público desde que en segundo de la ESO el profesor de Educación Física me ridiculizó delante de todo el mundo por no saber jugar al fútbol. Sentó a toda la clase en la grada de la pista para que fuera testigo de un espectáculo lamentable. Me lanzaba balones sin parar. Solo tenía que chutar uno a la portería y meter gol. No había portero, pero ni por esas. Hice un ridículo espantoso. No metí un solo gol y el profesor, además de suspenderme la evaluación, me dijo maricón sin necesidad de utilizar el término. Para eso ya estaban los más chungos del pueblo.

—Churri, quédate quieto porque te sales de plano todo el rato.

—Lo intento, pero es que no me concentro.

—¿Quieres que lo haga María primero? Creo que ya se ha tuneado lo suficiente.

—Claro, Benjamín. Así aprendes de la reportera más dicharachera de Riolobos.

—Venga, pues sí.

Le pasé el micrófono a María y lo cogió con la misma soltura que una de esas periodistas de la tele. Meneó la cabeza para que su pelo cayera con gracia sobre la espalda, se apretó los muslos con las manos para entrar en calor y le ofreció a la cámara la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué tengo que decir?

Naomi se llevó las manos a la cabeza.

—¿No te has preparado la entradilla?

—¡Dios, se me ha olvidado!

—A este paso no hacemos el maldito trabajo.

—Tanta pose para nada —dijo el Murciano.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Toma, quédate la mía. —Le di el papel arrugado que guardaba en el bolsillo.

—No digas tonterías. Si hago la tuya, ¿qué haces tú?

—Hago una sobre la marcha, no te preocupes.

—¿En serio?

—En serio, María. De verdad, haz la mía y ahora redacto en un momento otra en el móvil.

—Te adoro.

—Lo sé.

—Pero no sabes cuánto.

Le costó un rato memorizar el texto. En esos momentos creo que era la única persona del mundo que no tenía ni idea de lo que había hecho Puigdemont en Cataluña. Se inventaba nombres y mezclaba conceptos, pero al final, con un estudiado acento neutro, resolvió la papeleta bastante bien.

El siguiente en hacerlo fue el Murciano. Él, al contrario que María, dejó que su acento sonara con más fuerza. Hacía muchos aspavientos y la gente que pasaba a nuestro alrededor no tardó en acercarse preguntando por el *showman*. «¿Sois de algún programa de la tele?», me preguntó un hombre que pasaba por allí. Dos chicas de Biología se ofrecieron para ser entrevistadas y el Murciano, aunque no tenía nada que ver con el ejercicio, les siguió el juego. Utilizaba las mismas armas de seducción que un adolescente y eso a María la irritaba profundamente.

—¿Murci, qué tal está tu novia? —le preguntó María—. ¿Sabe lo que haces entre clase y clase?

La magia de mi amigo se esfumó en el aire. Ellas perdieron el interés en cuanto supieron que aquel chico con encanto ni era famoso ni estaba en el mercado, al menos no de manera oficial.

—Eres una aguafiestas —refunfuñó el Murciano—. Solo estaba siendo simpático.

—A los simpáticos como tú los huelo a kilómetros.

—*Acho*, ¿qué dices? Yo soy un tío decente.

—Lo mismo decía mi ex.

—Y he sido fiel a todas mis novias.

—Eso también.

Naomi se puso entre los dos y pidió un alto el fuego.

—Chicos, que no somos unos críos. Dejad de pelear.

—Ha empezado ella.

—Me da igual quién ha empezado. Creo que ya tenemos todos el pelo negro ahí abajo, ¿no? —María y el Murciano asintieron con la cabeza agachada, arrepentidos—. Encima se ha acabado la batería de la cámara, así que como os habéis portado mal vais a ir a la facultad a por otra.

—Es un pateo ir hasta allí —se quejó María.

—Mejor, así entráis en calor.

Los dos aceptaron sin gruñir. Nadie le llevaba la contraria a Naomi.

—Y de paso comprad chuches para todos.

Rodeé a Naomi con el brazo como hacen los novios que se quieren.

—Eres la única que puede controlar a esos dos. Solo a ti te respetan.

A lo lejos, María y el Murciano caminaban a paso ligero sin dirigirse la palabra.

—Venga, pongámonos manos a la obra.

—¿Cómo?

—Vas a hacer ahora tu entradilla.

—Si no le queda batería a la cámara.

—Era mentira.

—¡Naomi!

—¿Qué pasa? Tienes un poco de trauma y te cuesta hablar en público. No pasa nada, no hagamos drama del drama. Lo único que he hecho es librarme de estos dos para que puedas hacer el ejercicio. Llaman mucho la atención y ahora vas a estar más tranquilo.

—Seguimos estando en medio de la calle y le he dado mi

texto a María.

—Pues esperamos a que no pase nadie e improvisas con cualquier noticia que hayas leído esta semana, pero como que me llamo Noemí Calatayud que tú le llevas el trabajo a Ambrosia.

—¿Lo ves? A ti es imposible no decirte a todo que sí. Das miedo.

Con Naomi uno acababa resignándose. Era imposible decirle que no porque poseía dos facultades buenísimas: el espíritu de líder muy interiorizado y la capacidad de empatizar inmediatamente con los demás. Solo ella sabía cómo quitarte los complejos cuando tenías un mal día o hacerte cambiar de opinión si alguno de nosotros se ofuscaba en algo que no le hacía ningún bien. Hablaba de una forma directa y sin filtros, y ninguno de nosotros nos atrevíamos a llevarle la contraria porque el noventa y nueve por ciento de las veces tenía razón.

Hice el ejercicio, qué remedio. Después de varios intentos (once para ser exactos) quedó una cosa medio decente. Naomi celebró que me había quitado el miedo escénico, pero ni de coña. Me dio un poquito de confianza y consiguió que me abstrajera de todo metiéndome en una burbuja en la que solo estábamos ella y yo. Eso no evitó que me temblaran las piernas solo de pensar que mi trabajo podría proyectarse delante de toda la clase.

Miércoles

Dejamos septiembre muy atrás y los días se hacían cada vez más cortos. Entre semana solía volver a mi casa de ladrillos antes de la hora de la cena, siempre apurando los últimos rayos de luz. Esa semana, sin embargo, decidimos darnos un descanso para hacer todos los trabajos que teníamos pendientes de la

universidad y de paso ahorrar un poco, que falta nos hacía. Pasábamos tanto tiempo deambulando de aquí para allá que, sin quererlo, gastábamos más de lo moralmente permitido a unos chavales de dieciocho años.

Intentaba entender algo de *Sociología* cuando escuché a Marilia bufar y soltar por la boca todo tipo de improperios canarios. La tenía justo enfrente, cada uno con su ordenador. Aparté la mirada de la pantalla y me quedé observándola hasta que se dio cuenta.

—¿Te estoy molestando?

—Qué va. —Un poco sí, la verdad—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué tanto cabreo?

—Quiero pasar Halloween en mi tierra, pero los billetes están carísimos. Doscientos euros los más baratos. ¡Es una burrada!

—¿Has mirado para otro finde?

—Cuestan más o menos lo mismo y tampoco quiero esperar más. No voy a Lanzarote desde Navidad.

—Eso es mucho tiempo.

—Diez meses para ser exactos. Diez meses sin ver a mis padres y a mi hermana.

—¿Y Pablo no te puede prestar el dinero?

Marilia arqueó sus finísimas cejas y me miró por encima de sus gafas de pasta.

—¿Tengo pinta de mantenida?

—No, claro que no. Pero te falta dinero y tienes un novio que trabaja... —¿Se había molestado?—. ¡Menudos humos!

—¿He sonado borde?

—Un poco.

—Perdona, cachorro —resopló—. Me pongo de muy mala leche cuando no puedo hacer lo que quiero por culpa del dinero. Se lo pediría a Pablo, pero ya me paga la comida, el alquiler, los gastos de luz, internet...

—¿Para eso están las parejas, no? Para lo bueno y para lo malo.

—Eso dicen.

El tintineo de unas llaves avisaron de la llegada de Pablo. Marilia se puso un dedo en la boca para mandarme callar, y ambos volvimos a fijar la vista en nuestros ordenadores. Mi compañero de piso llegó con el único traje de ejecutivo que tiene en el armario. No le favorecía en absoluto, pero a él tampoco le importaban mucho las apariencias. Besó a Marilia en la frente, se interesó un rato por mis cosas de periodista y se puso a charlar tranquilamente con las ratas. Había aprendido a ignorarlas, pero Pablo se empeñaba en recordarme que también vivía con dos roedores.

—Tienes mala cara, amor. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, solo que no he dormido muy bien.

Marilia abrió mucho los ojos cuando se dio cuenta de que iba a hablar.

—Y tampoco encuentra billetes baratos para irse a Canarias.

—No me habías dicho que querías ir.

—Se me ha ocurrido que estaría bien ir para Halloween, pero los billetes están carísimos.

Pablo dejó de manosear a la rata de pelaje blanco, cerró la jaula y se puso detrás de Marilia. Leyó en alto todos los resultados de la búsqueda y cuando terminó, dijo solamente:

—Ya irás en Navidad, no te preocupes.

Volvió a darle un beso en la frente y se confinó en su habitación para darle duro al *League of Legends*. Marilia tenía todas las ganas del mundo de echarme la bronca por interceder por ella, pero otra persona, a muchísimos kilómetros de allí, ya me tenía reservada una buena reprimenda. Dejé que el teléfono sonara, esperando que se cansara, pero Marilia se tomó la revancha.

—¿Por qué no le coges el teléfono a tu padre?

—Porque me va a caer una buena.

—¿En serio?

Marilia me quitó el móvil de las manos y cogió la llamada antes de que pudiera impedírselo.

—¿Qué tal, señor? Soy Marilia. Justo tengo a Benji aquí al lado. Te lo paso, ¿vale? Un besito.

—Menuda cabronada.

Marilia me sacó la lengua, satisfecha.

—¿Qué tal, papá?

Al otro lado del teléfono, la carraspera de mi padre.

—¡Por fin me coges el teléfono!

—Es que ando muy liado.

—Dirás que estás todo el día de fiesta.

—No.

—¿No? ¿Te parece normal haberte llevado en solo unas semanas el sueldo de una persona?

—En Madrid todo cuesta mucho dinero, papá. Tengo que hacer la compra, pagar el abono del metro y el autobús, imprimir un montón de cosas en reprografía...

—¡Y una mierda! Lo que vale dinero es ir a discotecas y estar todo el día haciendo el gandul por ahí.

—Si te parece me encierro y no hago nada.

—Pues si sigues gastando así, te cierro el grifo y se acaba la tontería. Y si no haberte ido a estudiar a Cuenca o a Albacete como tu hermana. La culpa es mía por hacer caso a tu madre y darte el capricho de los cojones. A Madrid, nada menos. A Madrid a estudiar una carrera que no sirve para nada.

—No servirá para nada, pero es lo que quería hacer, y en Albacete y en Cuenca no hay Periodismo. Además, ¿qué hago yo allí?

—Pues buscarte la vida, como todo el mundo. Mira a tus hermanos.

—Álex hace zapatos y Fran se dedica a timar a la gente en

una inmobiliaria. La única que se salva es Carmen.

—¡Encima no te pongas chulito! Ninguno se lleva lo que tú y ya tienen sus trabajos y sus parejas. ¿Y tú? De momento no te has echado ni una novia.

—Vale, papá. Me ha quedado claro.

—Eso espero.

Colgó así, sin decirme adiós ni buenas noches. Lo de siempre, vamos.

Fui a tirar el móvil al otro lado del salón cuando recibí una notificación de WhatsApp. No tenía el número guardado, pero el remitente se presentó él solito.

Tito
Benji, soy Tito
11:26

Capítulo 7

Truco o trato

Martes

Estaba a punto de cumplir un mes como hijo adoptivo de Madrid y me entraban sudores fríos solo de pensar en cómo había cambiado mi vida en apenas unas semanas. Sí, seguía siendo un cobarde que prefería estar encerrado en un armario que dejarme llevar por lo que la ciudad me tenía reservado entre las calles de Chueca. Sin embargo, ya no era aquel crío asustadizo que se puso a llorar a cántaros cuando se dio cuenta de que sus amigos estaban a trescientos kilómetros de distancia. Había madurado y, aunque Marilia no estaba del todo de acuerdo, me había convertido en una persona independiente, con todo lo que eso conllevaba para un chaval de dieciocho años recién llegado a la capital de España.

Para empezar, había cambiado los guisos, pucheros y pasteles de carne de mi madre por dos platos básicos en cualquier dieta de un universitario: macarrones con tomate para comer y pizzas congeladas para cenar. También hacía la colada. Ponía la ropa de color por un lado y la blanca por otro. Esto lo aprendí después de estropearle a mi compañero de piso su camiseta favorita de los Beatles.

También había aprendido que las distancias en Madrid eran muy relativas y, sin coche, era necesario utilizar el metro si quería salir de Antonio Machado. Al principio pensaba que era una buena idea meterme en aquellos vagones subterráneos con gente desconocida. «¿Encontraré a mi príncipe azul?», pensaba,

incrédulo de mí. En los primeros viajes, aun a riesgo de parecer un pervertido, intentaba establecer contacto visual con cualquier tío que me pareciera mínimamente interesante, pero pronto descubrí que bajo las calles de *la capi* abundaban las caras largas, las prisas y los malos modales.

En cuanto a las amistades, Naomi, María y el Murciano habían dejado de ser mis amigos de la universidad para convertirse en mi familia. Juntos habíamos superado ese último escalón de confianza que nos permitía discutir por todo y reírnos minutos después de la última ocurrencia del Murciano. Ellos también habían madurado de una u otra forma. Lo del Murci con la camarera del Uñas Chung Lee iba en serio y se pasaba el día colgando historias en Instagram para que todos sus seguidores se enteraran de lo mucho que quería a su «galletita de la suerte». María, la pobre, se había perdido varios días de clase después de romperse la muñeca en una aparatosa caída en las escaleras mecánicas del centro comercial de Príncipe Pío. Pensaba que la perdíamos cuando la vi dando volteretas hacia atrás por aquellos peldaños de metal, pero la extremeña tenía una flor en el culo, o mejor dicho dos amortiguadores que la protegían de cualquier impacto. Naomi, en cambio, seguía entera, de una pieza, incluso había salido elegida delegada de la clase después de impresionar al profesor de Ciencias políticas en un debate sobre el conflicto catalán. No había reto que se le resistiera.

En lo referente a Tito, bueno, no había mucha novedad. No lo había vuelto a ver desde aquella fatídica noche en la que tuve la mala idea de intentar comerle los morros, pero, como me dijo Jimena, la borrachera me sirvió como coartada. A juzgar por los mensajes que nos intercambiábamos, no se había dado cuenta de que estaba loco por sus huesos y pretendía estrechar conmigo unos bonitos lazos de amistad.

Había leído nuestra breve conversación de WhatsApp más de

cincuenta veces, y cada una de esas veces hacía una lectura diferente. Más o menos igual que cuando era pequeño y le quitaba los pétalos a una flor haciendo aquello de «me quiere o no me quiere». Rememoré nuestro casi beso más de lo que me hubiera gustado admitir, y las semanas posteriores las pasé jugando a un juego que a mí me gustaba mucho: *y si…* ¿Y si nos hubiéramos besado? ¿Y si él también estaba encerrado en el armario? ¿Y si yo le gustaba a él? ¿Y si? ¿Y si? ¿Y si?…

Tito
Benji, soy Tito.
11:26

Todavía se me erizaba la piel cuando leía esta frase.

Benji
¡¡¡Ey, tío!!! ¡¡¡Qué tal??? ¿¿¿Cómo te va la vida???
11:26

Mi contestación excesivamente heterosexual.

Tito
Supongo que mejor que tú. La resaca te ha tenido que durar días con el pedo que te pillaste, jajajá.
11:27

Benji
Jajajá, mucha resaca, sí. Se me fue de las manos…
11:28

Tito
Ya me ha dicho Naomi que llegaste bien a casa, pero yo no tenía muy claro que fueras a poder 😂😂😂
11:28

Esta parte me tenía muy desconcertado. ¿Se preocupaba por mí porque me amaba locamente o simplemente porque era buena persona? Yo ya me veía subido al altar del Ayuntamiento de Madrid con Manuela Carmena oficiando nuestra boda.

Benji
Sí, muchas gracias por preocuparte, señor.
11:28

Él tan mono y yo tan patético.

Tito
Le he pedido tu número a Naomi, espero que no te importe, pero es que quería comentarte una cosa.
11:28

Benji
Claro, dispara.
11:29

Seguía resoplando cada vez que leía el siguiente mensaje.

Tito
Es que cada Halloween celebro una fiesta en mi casa.
Mis padres siempre se van con unos amigos a Londres a pasar el puente y me gustaría que vinierais.
11:29

Benji
¿¿Vayamos??
11:29

Tito
Sí, El Murcianico, María y tú. Bueno, y Naomi, claro.

11:30

No era una invitación exclusiva solo para mí y eso me sentó como una patada en el culo.

Tito
¿¿Te apuntas??
11:30

Benji
Claro, cuenta conmigo.
11:30

Tito
Vale, pues me meto a clase. ¡Un abrazo, tío!
11:31

Benji
Jajajá, yo también. ¡¡¡Abrazo!!!
11:31

Nadie en su sano juicio rechazaría una invitación del chico que le gusta, y menos si esa invitación incluía una fiesta en su casa y una visita guiada por su perfecta anatomía. Lo último era cosa de mi mente calenturienta, pero soñar es gratis, y con Tito me tomaba la licencia de soñar hasta despierto.

A los chicos también les entusiasmó la idea de pasar juntos nuestro primer Halloween en una casa ubicada en el barrio más pijo de Madrid, aunque antes de eso Naomi sufrió un cortocircuito cuando le dije que Tito me había invitado personalmente. «¿No me querrá robar a los amigos?», bromeó. Nos apuntamos sin darle muchas vueltas, aunque nos costó Dios y ayuda ponernos de acuerdo con el disfraz. María y el Murciano querían vestirse de concursantes de *Operación*

Triunfo. Les había dado fuerte con el *concursito* y lo tenían todo pensado.

—Naomi, tú eres rubia, así que tienes que elegir entre Mimi y Miriam. Benji, como es castaño y tiene los ojos bonitos, que sea Raoul, y yo, Aitana, claro.

—¡Ja! Ya te gustaría. —Se rio el Murciano—. Como mucho eres Ana Guerra.

—¿Y tú te pareces a Cepeda? Yo soy Aitana porque me da la gana, ¿te enteras?

—Mejor pensemos otra cosa —dije al final—. Disfrazarnos de concursantes de *Operación Triunfo* no es muy de Halloween.

—Menos mal que tú pones un poco de cordura —me secundó Naomi.

Tuvimos que aguantar la pataleta de María y los desvaríos del Murciano, que también propuso disfrazarnos de presentadores de televisión o del jurado de *MasterChef*. Naomi, gracias a Dios, intervino para poner un poco de orden a todo este asunto y consiguió que nos pusiéramos de acuerdo. A todos nos gustaba *Stranger Things,* de modo que nos plantamos en la casa de Tito disfrazados de los cazafantasmas. Lo que no tuvimos en cuenta es que, al igual que nosotros, el resto de invitados de la fiesta también se había zampado en un par de días la segunda temporada de la serie y nos juntamos en el salón de Tito un montón de borrachos vestidos con un mono verde y una mochila con pistola colgada de la espalda.

—¿En serio? ¿No hay más disfraces en el mundo? —Naomi contemplaba horrorizada cómo un montón de chavales con el mismo disfraz engullían litros y litros de cerveza.

—Bueno, María parece más bien el Demogorgon con el brazo escayolado, así que punto extra para nosotros —bromeé.

El Murciano rio con ganas y María le dio un calmante en el hombro.

—Tú mejor no bebas hoy —le dijo Naomi.

—Pero ¿qué estás diciendo, tía? Me caí por las escaleras porque pisé mal.

—Casi te partes la crisma.

—Anda, *pai*. —María visualizó a lo lejos una barra llena de botellas y con un suave movimiento de melena desapareció entre la multitud, seguida por el Murciano.

Naomi y yo imitamos su paso de folclórica, ya estudiado y practicado, y nos echamos unas risas.

—¿Somos igual de alcohólicos que ella?

—Creo que vamos camino de serlo, pero ya habrá tiempo para cambiar y ser personas de provecho —dije.

Naomi me abrazó buscando consuelo de mártir y le di un achuchón.

—¿Por qué estás tan ñoña últimamente?

—Reflexiono sobre la vida —contestó.

—¿Sobre el futuro? Somos muy jóvenes todavía para pensar en esas cosas.

—La vida son dos días, Benji.

—No te pongas intensa, anda.

—Tienes razón, tienes razón. Ya paro.

Mi amiga sacó un pintalabios rojo pasión y se repasó los morros.

—Hoy quiero hincharme a follar.

—No te pongas basta, que no te pega.

—Vale, pues voy a darme una vuelta a ver si encuentro a esa persona que me haga sentir mariposas en el estómago y quiera que tengamos un encuentro pasional. ¿Mejor?

—¿Lo ves? Así de recatada pegas más en esta fiesta.

—Me da igual ser recatada o verdulera. Necesito pillar cacho, que llevo mucho tiempo sin hacer nada. Y tú deberías hacer lo mismo.

Ganas no me faltaban, pero en esa fiesta, precisamente, veía complicado encontrar a un chaval que cojeara de la misma pata

que yo. A pesar de los disfraces estrafalarios y el ejército de cazafantasmas, los que tenían lo mismo que yo entre las piernas llevaban pegado el cartel de heterosexual en la frente. Aspirantes a la abogacía, futboleros, pijos del barrio Salamanca... Allí se había dado cita la *crème de la crème* y me di cuenta en ese momento de que Tito, el hombre que me visitaba en sueños, tenía muy poco que ver conmigo.

—No sabía que Tito fuera tan popular.

—Bueno, ha tenido sus épocas. Pero, al final, a un chico guapo y con pasta como él le resulta fácil hacer amigos.

—Ya veo, ya. ¿Vosotros sois amigos de toda la vida?

—Más o menos. Hemos ido toda la vida al mismo colegio, pero nos hicimos íntimos cuando coincidimos en segundo de bachillerato.

—Eso fue el año pasado, ¿no?

—Sí, repitió curso e hicimos muy buenas migas.

—¿Repitió curso? Nunca lo hubiese dicho. Parece el típico chico perfecto.

—Bueno, un año malo lo tiene todo el mundo. Me gusta ver que vuelve a ser el Tito de antes. —Naomi me dio un beso en la mejilla y se perdió entre la gente.

Vi a Tito al lado del gigantesco televisor conversando con unas chicas. Él sonreía tan encantador, que me compadecí de ellas por caer en su embrujo tan rápido. Me miró un instante, justo cuando fingía que le interesaba lo que tenía que decir una de esas amigas con derecho a roce, mientras algunos amigos suyos, desde la esquina, comentaban la jugada. El más bajito del grupo, de piel tostada y mirada oscura, parecía ser el típico que ansiaba convertirse en el nuevo macho dominante. Miraba a Tito con cierta envidia y admiración, muy pendiente de las técnicas de seducción que estaba poniendo en práctica. Aparté la vista antes de caer yo también en su hechizo. Ya me había dejado claro que él no estaba interesado en mí.

Hice un esfuerzo por recomponerme. Estábamos de fiesta, mi primera fiesta de Halloween en Madrid, y lo último que me apetecía era ponerme en plan mártir, así que hice la de curar las penas con alcohol. Me uní a María y el Murciano en la barra del salón. Discutían, muy a mi pesar, sobre *Operación Triunfo 2017*. Tenían todo el día el programa en la boca.

—A Cepeda se le cae la baba con Aitana, pero la zagala pasa de él —dijo el Murciano, haciendo muchos aspavientos—. Además los dos tienen pareja, no pueden hacer nada.

—¡Y dale! Es cosa de los dos. Tú no entiendes la sensibilidad que tiene la música. Han cantado juntos *No puedo vivir sin ti* y se han *enamorao,* y contra eso no hay novio o novia que pueda hacer nada. ¿Tan difícil es que se te meta en la cabezota?

—Pero ¿qué tonterías dices, chiquilla?

—Digo que se han *enamorao* y punto en boca. ¡Que me tienes frita ya!

Era muy difícil llevar la contraria a María cuando tenía una opinión formada de algo. Ella dictaba sentencia como si fuera la mismísima jueza del Tribunal Supremo y no había quien la sacara de ahí.

—Chicos, no os peleéis. El tiempo dará la razón a uno de los dos, ¿no?

—Benji, amigo, el tiempo ya me ha dado la razón.

—Pero si solo se han emitido dos galas, ¡por el amor de Dios! —María hizo un suave pero efectivo movimiento con la cabeza y le dio al Murciano en la cara con su pelo Pantene—. Me voy, que no te soporto.

—¡*Acho*! A mí no me vas a dejar con la palabra en la boca. —Y así, a paso brusco, el Murciano se fue tras ella.

La chispa entre ellos estaba a punto de encenderse, lo que no tenía muy claro es si sería para darse amor o para darse de hostias.

Me serví un cubata de ron y me quedé un rato allí solo,

pensativo. No serían ni las doce de la noche, pero el setenta por ciento de la gente ya no se tenía en pie y el otro treinta iba por el mismo camino.

Divisé en una esquina a Naomi, que conversaba con la única persona que no iba disfrazada, lo cual me pareció una falta de respeto para los treinta y tantos cazafantasmas que estábamos allí con él. Odiaba cuando la gente no cumplía con las reglas del juego. Si vas a una fiesta de disfraces, ¡disfrázate! A Naomi, sin embargo, se la veía a gusto con el muchacho. Me guiñó un ojo en la distancia y le hice el mete/saca con los dedos.

Al otro lado del salón, justo debajo de una foto de Tito vestido de marinero el día de su primera comunión, un grupo de chicos flirteaban con las mismas armas de seducción que un chimpancé. Ellas les dieron la espalda. Ninguno de ellos era Tito y, además, tenían un entretenimiento mejor en el centro de la sala. Casi escupo el ron con limón cuando vi al Murciano y a María bailando tan acaramelados como los protagonistas de cualquier peli mala de los noventa en el baile de primavera del instituto.

—¿Buscas a alguien? —La voz de Tito me sacó de golpe de mi absurdo ensimismamiento.

Di media vuelta y ahí estaba él, con su sonrisa irresistible y su mirada magnética.

—¿Qué tal? —El corazón me golpeaba el pecho con fuerza—. Estaba observando el percal.

—¿Y qué te parece?

—Un fiestón y tu casa mola todo.

—Yo observo que estás en mejores condiciones que la última vez que nos vimos —dijo Tito, sonriendo más de la cuenta. Apestaba a whisky.

—No me lo tengas en cuenta. En realidad soy un chico serio. Bueno, en realidad no lo soy.

No me quitaba ojo de encima y consiguió sacarme los

colores. Miré a otra parte antes de cometer una estupidez. Parecía ansioso y ¿un poco nervioso?

—Veo que vienes bien equipado —dije sin darme cuenta—. Me refiero al disfraz, claro.

Se había disfrazado de *quarterback* zombi. «Menudo topicazo», pensé cuando vi el jersey manchado de sangre, aunque me subieron los calores de la muerte al bajar la vista y encontrarme con unas mallas reglamentarias tan ajustadas, que insinuaban su secreto mejor guardado.

Abrí la boca y suspiré. Después le eché un buen trago a la copa.

—¿A qué te vas a referir si no?

Tito se lo bebió todo y un par de gotas se escurrieron por su barbilla.

—¿Eres fan de *Los cazafantasmas* o también has visto la segunda temporada de *Stranger Things*?

—Lo segundo —admití, un poco avergonzado—. Netflix nos está arrebatando cualquier atisbo de creatividad.

—¿Y tienes la pistola a punto?

Me miré el paquete inconscientemente, pero no se refería a eso. Claro que no.

—¡Dices la pistola de cazafantasmas, claro! Pensaba que...

—¿A qué me iba a referir si no, Benji?

¿Era yo que me había montado otra vez una película en mi cabeza o estaba tonteando conmigo?

—Creo que me estoy meando. ¿El baño?

La sonrisa se borró de su cara.

—Mmm..., por el pasillo... —dudó unos segundos—, por el pasillo, la primera puerta a la derecha.

Escapé sin despedirme, sorteando a todas las personas que se interponían en mi camino. Tenía que encontrar el cuarto de baño y encerrarme un buen rato para pensar qué estaba pasando, porque algo raro pasaba con Tito y esta vez el alcohol

no me estaba nublando la mente.

Salí al kilométrico pasillo. Esquivé a dos que se estaban metiendo la lengua hasta la campanilla y, por fin, vislumbré la puerta de mi refugio. Sentí una sombra detrás de mí y aceleré el paso antes de que alguno se me adelantara. Abrí la puerta y lo que me encontré no fue un lavabo, un retrete y una ducha, sino una enorme cama, un escritorio sobre el que reposaban enormes volúmenes de Derecho constitucional y un montón de pósteres del Real Madrid empapelando las paredes. Hasta donde sabía, Tito no tenía hermanos, por lo que...

La puerta se cerró de golpe y di un brinco.

—¿Te has perdido?

—¡Joder, qué susto!

Tito se echó a reír, acortando distancias conmigo.

—He hecho lo que me has dicho, pero he terminado aquí.

—¿Estás seguro? Está claro que este no es el cuarto de baño.

—Me has dicho la primera puerta a la derecha, ¿no?

—Efectivamente.

—Esta es la primera puerta a la derecha.

—¿Estás insinuando que te he engañado para traerte a mi habitación?

Su sonrisa se transformó en una mueca de deseo.

—Tú dirás.

—¿Yo diré? Mira, ¿por qué no jugamos a un juego?

—¿A cuál? —le seguí el rollo.

Ya puestos, quería ver adónde llegaba todo esto.

—Truco o trato —dijo, dando un paso hacia mí.

—¿Cómo?

—Estamos en Halloween, ¿no? Truco o trato.

—Creo que trato, aunque nunca he entendido muy bien este juego. ¿Ahora se supone que me vas a dar caramelos?

—De caramelos va la cosa. —Escuchamos unos pasos por el pasillo y se puso rígido. Corrió a la puerta y echó el pestillo—.

Vamos a hacer un trato. Yo te doy a ti una cosa que quieres y tú me das a mí una cosa que quiero.

—¿Qué voy a querer yo de ti?

Tito dio otro paso hacia adelante y me agarró de las asas de la mochila de cazafantasmas. Pegó un fuerte estirón y me arrastró hacia él.

—Me da que queremos lo mismo.

Volvió a tirar de las asas y nuestros cuerpos se quedaron a escasos centímetros, impacientes. Me estremecí al sentir el bulto que sobresalía entre sus piernas. Las mariposas revolotearon violentamente dentro de mi estómago y me empalmé tanto como él. Estábamos tan cerca que me moría de ganas de besarlo. Le acaricié la mejilla y él arrastró sus manos por mi cintura.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunté.

—Estamos dejándonos de tonterías.

Cerré los ojos, esperando ansioso ese primer beso. Tito también los cerró. No me hizo falta verlo. Me cogió de la nuca y posó sus labios sobre los míos. Sentí un cosquilleo que por poco me parte en dos. Casi por instinto, inclinamos la cabeza y abrimos la boca ligeramente para que nuestras lenguas se dieran el gusto de conocerse. Me cogió el culo con fuerza y jadeó mientras la intensidad de nuestro beso iba *in crescendo.*

Nos despegamos un segundo para recuperar el aliento y Tito miró con recelo la cama.

—¿Quieres?

Quería y no quería. Experimenté un estado de euforia tan extremo que perdí el control de todas las partes de mi cuerpo. Mi cabeza se llenó de dudas. ¿Le gustaré desnudo? ¿Estará satisfecho con el tamaño de mi polla? ¿Qué querrá hacer? ¿Qué me hará? Por suerte para los dos, la cabeza pensante en ese momento estaba justo en mi bragueta.

—Claro que quiero.

Caímos en la cama como bestias. Nuestros cuerpos se sincronizaron perfectamente. Casi por instinto puse mi mano sobre su paquete, que empezaba a presionar más de la cuenta. Se mordió el labio cuando se la agarré por encima de la tela. Soltó un gemido y buscó mi boca por segunda vez, besándome con más ganas, con más energía. Por nada del mundo queríamos que nuestros labios se despegaran.

No sé exactamente cuánto tiempo estuvimos magreándonos de aquella manera, pero el cuerpo nos pedía más a los dos. Tito se apartó de mí e hice amago de ir hacia él, pero me alejó de un empujón.

—¿Pasa algo?

Otra vez esa sonrisa juguetona se volvió a perfilar en sus labios.

—Todavía no.

Tito se quitó el jersey y tuve que contener el impulso de ir a por él. Tenía los brazos torneados y el abdomen más duro que había visto en la vida. Quería levantarme y chupar cada centímetro de su cuerpo, pero no me dejó. Su casa, sus normas.

—¿Me quito las mallas?

—Tú sabrás.

—Creo que me las voy a quitar, que aprietan mucho.

—¿Son las mallas lo que te aprieta?

Tito se bajó las mallas muy lentamente, recreándose vilmente. Me puse cachondo en cuanto le vi los *slips* negros, que dejaban poco a la imaginación. Necesitaba acercarme, tocarlo, quitarle los calzoncillos y hacer lo que llevaba queriendo hacer desde que vi en una página porno lo que un chico es capaz de hacerle a otro. Tito se abalanzó sobre mí, y me bajó la cremallera del mono de cazafantasmas. No me quitó la camiseta corta que llevaba debajo, lo cual agradecí. Demasiado tenía con lo que lidiar como para preocuparme también del pecholata que había heredado de la familia de mi

padre. De cintura para abajo estaba de buen ver. Piernas de futbolista y el tipo de culo que rellena el vaquero.

—Ven ahora mismo —me dijo.

Volvimos a la cama y nuestros cuerpos se pegaron en cuanto caímos sobre el colchón. Nos besamos con ganas mientras nos frotábamos sin ningún pudor. Así, entre jadeos, nos dejamos llevar por el descontrol y el morbo del momento.

Capítulo 8

¿Qué cojones?

Se supone que la primera vez tiene que ser especial, romántica y húmeda. Hollywood así nos lo había hecho creer a los miembros de la generación Z con sus películas facilonas para adolescentes y su ansia por hacer que todo lo difícil pareciera fácil. Pero yo venía del lugar más recóndito de la Mancha, un pueblo de unos pocos miles de habitantes en el que nada era como debía ser. Allí, los más chulos del parque perdían la virginidad con trece años. Si pasabas de los dieciséis sin haber mojado el churro, eras considerado un don nadie. Y si cumplías dieciocho y seguías a pan y agua, recibías una bonita etiqueta de recuerdo que decía (muy educadamente): «Maricón».

Siempre preferí ignorar las desastrosas experiencias de los amigos que habían sucumbido a la presión y esperar esa primera vez que tantas veces había recreado en mi cabeza. ¿Acaso era un imposible follar con el chico de mis sueños a la luz de unas pocas velas y poniendo en práctica las lecciones tan sabias que había recopilado durante años en las mejores páginas porno de internet?

Esa noche de Halloween lo tenía todo para conseguirlo. Me había llevado a su habitación el tío del que me había pillado con ganas. Faltaban las velas y una música ambiente más acorde con las circunstancias, pero tenía bien aprendidas las lecciones de Xvídeos, Pornhub y Redtube. ¿Qué podía salir mal?

—Me estás poniendo a mil, Benji. —Tito se deshizo del *slip*,

ya húmedo, y no pude disimular mi cara de sorpresa—. Cógela.

Acaté la orden de buena gana. Era grande. No tan grande como los tiarrones del cine para adultos, pero mucho más grande que la polla de Sergio Villa. El pobre chaval se empalmó en el vestuario de las piscinas del pueblo y tuvo que soportar las burlas de todo el mundo durante años. Por eso yo nunca me duchaba delante de los chicos.

—¿Y ahora qué quieres que haga?

No podía dejar de mirarla. Me gustaba la forma que tenía y era tan suave...

—Seguro que se te ocurre qué puedes hacer con ella.

Me puse manos a la obra. Empecé por lo básico, realizando pequeños movimientos de arriba abajo y de abajo arriba, mientras apretaba bien fuerte con mi puño.

—Esto se te da de fábula.

Sonreí para mis adentros, satisfecho con el juego de manos que estaba poniendo en práctica. Él también intentó masturbarme, pero no le dejé. En ese momento estaba disfrutando muchísimo viendo cómo se retorcía de placer.

—A ti también te gusta llevar el control, ¿eh?

—De vez en cuando está bien —dije, haciéndole creer que tenía experiencia en el terreno sexual cuando en realidad esa paja era lo primero que hacía en mi vida.

—¿Por qué no me la chupas? —Llevaba queriéndolo hacer desde que se la sacó. Quería hacerlo bien y por nada del mundo quería morderle—. Ojalá las tías pusieran las mismas ganas que tú.

Paré justo cuando mi lengua iba a tocar la punta.

—Sigue, sigue —dijo, respirando con dificultad—. Métetela en la boca.

—¿Las tías? Pero ¿tú no eres gay? —Para nada fue mi intención sonar borde, pero me salió así.

—Claro que no. —Tito se puso los calzoncillos, todavía

empalmado, y yo me senté sobre la cama, de espaldas a él—. No soy gay, Benji. No te equivoques.

Me puse de pie y di vueltas en la habitación, confundido.

—Entonces ¿qué cojones estamos haciendo?

—Pasar un buen rato. Solo eso.

—Pero yo soy un chico. Lo acabas de comprobar hace un momento.

—Me gusta pasarlo bien, pero eso no significa que me molen los tíos. ¿A ti no te pasa lo mismo? El otro día te enrollaste con una tía en la discoteca, ¿no? Esto es solo un juego, pasar un buen rato entre colegas.

Mi cara ya decía suficiente, pero necesitaba verbalizar lo que me rondaba en la cabeza por una cuestión de orgullo.

—¿Se te pone durísima conmigo y no eres gay?

—Es lo que te digo, Benji. De vez en cuando me gusta hacer esto con tíos, pero es solo por vicio. Me gustan las chicas.

Le gustaba pasar ratos con tíos, en plural... Y yo que me había sentido único y especial, el elegido de Tito para salir juntos del armario y vivir una bonita historia de amor. ¡Si hasta Anastasia Steele había conseguido su final feliz con el perturbado de Christian Grey! Me dolió en el alma, y no solo tenía celos, también envidia porque a pesar de su fachada de machote alfa, él ya había experimentado con otros hombres, mientras que yo me acababa de estrenar en el convulso mundo homosexual con un tío que decía que hacía lo que hacía por vicio.

—Yo pensaba...

Se me hizo un nudo en el estómago que me oprimía el pecho.

—¿Pensabas que nos íbamos a dar unos besos y te iba a pedir que te casaras conmigo? Benji, que ya somos mayorcitos y en la universidad estas cosas son de lo más normal.

—Pero...

Tito se situó detrás de mí y me puso la mano en el hombro.

—Oye, Benji. Lo estábamos pasando bien y eso es lo que importa, ¿no?

Me aparté bruscamente.

—Déjame.

La rabia y la vergüenza me zarandearon como a una marioneta y se me llenaron los ojos de lágrimas. Busqué mi estúpido disfraz de cazafantasmas y me vestí lo más rápido que pude mientras hacía un esfuerzo descomunal para no romperme delante de él. Por nada del mundo quería darle la razón. Porque sí, ese era yo, un niñato fantasioso que buscaba al tío con el que pasar el resto de mis días.

—Benji, no te pongas así.

No lo miré. Me dirigí a la puerta para escapar del escenario del crimen, pero me agarró antes de salir. Esa vez no buscaba consolarme, buscaba cubrirse las espaldas.

—No se lo digas a nadie, ¿vale? Que esto quede entre tú y yo. —Por primera vez percibí en su voz un tono asustadizo—. Nadie puede enterarse de esto.

Ni contesté ni lo miré. Todos mis esfuerzos estaban concentrados en mantener la poca dignidad que me quedaba, pero ni eso conseguí. Solté una primera lágrima, que cayó directamente al suelo. Una segunda se resbaló por la mejilla y la tercera terminó de abrir la veda.

Salí de la habitación en estampida, corriendo por el pasillo desorientado. La música estaba a todo trapo, lo que quería decir que en el salón la fiesta seguía su curso. Los invitados desfasaban, ajenos a lo que había ocurrido en el cuarto de su anfitrión. ¿Conocería alguno las actividades extraescolares de Tito?

Busqué a mis amigos entre la multitud. No había ni rastro ni del Murciano ni de María. Se los había comido la tierra. Me pareció ver a Naomi morreándose en el sofá con el chico sin disfraz.

— ¡Benji! ¡Benji, espera!

Tito iba tras de mí, esquivando a los alcohólicos que se imponían en su camino entre cánticos y vómitos. Estaba a punto de alcanzarme. ¿Acaso quería darse el gusto de verme llorar? La barra se interpuso en mi camino y mi cerebro hizo ese clic tan necesario en las situaciones más desesperadas. Me armé de orgullo y despecho y tiré al suelo una cubeta hasta arriba de calimocho. Es lo que en el dicho popular se conoce como «ojo por ojo, diente por diente», o lo que viene a ser lo mismo: «Si tú me partes el corazón, yo te fastidio la fiesta».

El vino se derramó por todo el salón, pringando a unos cazafantasmas eufóricos que se tiraron al suelo para beber como animales. La imagen era lamentable, pero me invadió una sensación de satisfacción que me hizo olvidar durante unos segundos todo lo que acababa de pasar.

—Benji, ¡¿dónde estabas?! —Naomi me gritaba desde el otro lado del salón—. ¡¿Qué te pasa?!

Se levantó del sofá, directa hacia mí por la derecha. Tito venía justo por la izquierda y me agobié. Por suerte, una de las chicas que horas antes había intentado coquetear con él se resbaló con el charco de calimocho y cayó sobre una mesa de cristal que se hizo añicos. Una amiga suya, al ver la sangre, se puso a vomitar como si le fuera la vida en ello y yo aproveché el caos para escapar de la casa de Tito.

Decidí ir caminando hasta Cibeles para coger desde allí un búho que me llevase a casa. En el trayecto me harté a llorar, repasando cada momento de la fiesta, reviviendo cada sensación con Tito. Aquella noche había sentido por fin lo que era ser correspondido, y no por un tío cualquiera, sino por el hombre que en mi primer día de universidad apareció a cámara lenta, como lo hace el protagonista de cualquier comedia romántica.

En mi particular película absurda no hubiera pasado nada

más. Un chico más en mi larga lista de amores platónicos. Pero no. Había probado sus labios, jugado con su lengua y manoseado lo que escondía entre las piernas. Había dado un paso de gigante en mi currículo como *marica* novel, pero, a pesar de todo, no podía dejar de pensar en lo mal que había acabado todo cuando parecía que no podía ir mejor. La atracción entre los dos era tan evidente que di por hecho que esa sería nuestra noche de bodas, que después de perder la virginidad nos amaríamos en la salud y en la enfermedad hasta el fin de nuestros días. ¡Imbéciles los dos! Él, por jugar al despiste, y yo, por creer en historias de amor.

Me subí al autobús, me escondí en la última fila, lejos de la muchedumbre, y me puse los auriculares. Busqué en Spotify la lista *Canciones para días tristes*, le di al *play* y me recreé en mi desgracia.

Capítulo 9

Mal de amores

Miércoles

No recuerdo con exactitud cuántas horas me quedé mirando el techo de mi habitación, pero fueron muchas, demasiadas. Estaba a oscuras, repantigado sobre la cama mientras mi mente trabajaba a toda velocidad buscando desesperada alguna explicación a todo lo que había sucedido la noche anterior. No dejaba de pensar en Tito, en cómo me había engañado para llevarme a su habitación, en lo fácil que le resultó conseguir lo que quería. Tampoco me quitaba de la cabeza la forma en la que me miró, con tantas ganas de probarme. Y su cuerpo. Tenía buena memoria fotográfica y había captado perfectamente todas y cada una de las partes de su anatomía. Me ponía cachondo solo de pensar en el tamaño de su...

De alguna manera, encontré consuelo por el hecho de haber intimado de esa manera con Tito, pero me moría de pena cada vez que mi mente reconocía que me había enamorado de un tío con unas ideas tan claras como confusas. Me costó horrores no escribirle en WhatsApp todo lo que se me pasaba por la cabeza.

Benji
Eres una persona de mierda.
13:03

Benji
Has jugado conmigo.

13:03

Benji

No eres gay, pero te follas a todos los tíos que van detrás de ti. ¿Eso es normal?

13:03

Benji

Eres un capullo integral y un cobarde.

13:03

Por supuesto, no mandé ninguno de esos mensajes. Mi parte más racional, que a veces la tenía, sabía que de alguna manera había exagerado mi reacción. Tito no me debía nada. Nos habíamos visto tres veces en la vida y una ni llegamos a hablar. Él, desde su coche y yo, babeando desde unas escaleras. No tenía que darme explicaciones. Al fin y al cabo, él solo quería echar un polvo y dudo que se imaginara en algún momento que yo estaba tan pillado. Normal, ¡si ni nos conocíamos!

Me puse a espiar su perfil de WhatsApp. Me gustaba verlo en línea porque así lo sentía un poco más cerca. En la foto aparecía de espaldas, vestido con la equipación del Real Madrid. Tenía la percha de un futbolista, así que el modelito le sentaba igual de bien que a Cristiano Ronaldo y compañía. Y qué culazo tenía... Me imaginé a su lado, contemplando el atardecer después de su partido de fútbol con los colegas. Él estaría cabreado por la derrota y yo le consolaría dándole un poco de amor. También tenía bío: «No temas la perfección, nunca la alcanzarás».

Pasé tanto tiempo encerrado en mi diminuto cuarto de Antonio Machado que vi a Tito hasta en el gotelé de las paredes. Sus ojos, sus labios..., su todo. Cuando el drama me dio un respiro, mi mente calenturienta se recreó en cada detalle de nuestro encuentro furtivo en su habitación. El problema era

que no había comido nada en todo el día y estuve a punto de desmayarme cuando me distraje con una buena sesión de masturbación.

Jueves

Durante la clase de Teoría y práctica de periodismo de ese jueves esquivé a Naomi, quien con toda seguridad me tenía reservada una retahíla de preguntas. Me senté con María. Ella nunca hacía preguntas y, además, tampoco estaba de humor. Huía descaradamente del Murciano, lo que me dio por pensar que yo no había sido el único al que se le había ido de las manos la fiestecita de Halloween. La última vez que los vi bailaban tan cerca que si hubiesen sido otros, me hubiese apostado el cuello a que se habían liado. Con ellos, sin embargo, todavía no sabía bien qué pensar.

—Tío, ¿dónde te metiste en la fiesta de Tito? —Fallé en mi predicción... María sí me preguntó.

Escuchar su nombre en boca de otra persona me puso tenso, sacando mi lado más paranoico.

—¿Cómo que dónde me metí? Me fui a casa. Naomi iba a lo suyo y el Murciano y tú estabais a lo vuestro...

—No me hables de ese insensato. —María apretó la mandíbula.

—Pero ¿ha pasado algo?

María miró al Murciano y puso los ojos en blanco.

—Nada que merezca la pena recordar. Además me va a explotar la cabeza. ¿Tienes un ibuprofeno?

María Jiménez era de esas personas que se te cruzan en el camino una sola vez en la vida. Su personalidad *made in Badajoz* y su cuerpo de modelo no casaban bien, al menos no dentro de los estándares superficiales que dictaba la sociedad,

pero para mí representaba la mejor versión de una mujer todoterreno. Era una mal hablada y difícilmente podías llevarle la contraria en cualquier discusión, pero desbordaba carisma.

—No te cabrees que te pones fea.

—Es que esto me pasa por tonta.

—¿El qué?

—Es que no puedo contártelo, me da vergüenza. Si fueras marica pues sí, pero no lo eres. ¿Verdad que no?

La pregunta me pilló con la guardia baja y me entró la risa nerviosa.

—No, no —dije—, pero me lo puedes contar. Somos amigos.

—Ya lo sé, corazón, pero él también es tu amigo y los chicos os apoyáis entre vosotros.

—Pero ¡qué tonterías dices, María! Él es mi amigo tanto como tú. Además tú y yo nos conocimos primero. En todo caso, tú estás antes en la escala de prioridades.

—Tienes razón —contestó, apoyando su cabeza en mi hombro—. Si es que ya me lo dice mi madre, que estoy chapada a la antigua.

—Entonces ¿me lo vas a decir?

—Pues que no entiendo cómo le funciona la cabeza a ese chiquillo, pero nada más. A veces parece que sí y a veces parece que no.

—Pero ¿te gusta el Murci?

—Nada, nada. No vamos a darle más vueltas al tema que me pongo mala.

No hicieron falta más palabras. Conociendo a los dos, deduje que el Murciano le metió ficha cuando se puso contento en la fiesta. Le dijo cuatro tonterías románticas que ablandaron el corazón de María, ella entró al trapo y después le soltó alguna de sus burradas. Seguro que no lo hizo con malicia, pero ella primero sentenciaba y luego, si eso, perdonaba.

—Sea lo que sea, no se lo tengas muy en cuenta. Ya sabes

cómo es.

Saqué un ibuprofeno de la cartera y se lo puse en los labios. Ella lo masticó como si fuera un torrezno y se lo tragó sin una gota de agua.

—Qué bestia eres.

—Gracias, mi *colita*.

Le toqué una teta para ponerla de buen humor y ella me picoteó la mejilla a besos hasta que Ambrosia nos llamó la atención.

—Señores, estáis en clase, no en uno de esos prostíbulos para adolescentes que soléis frecuentar.

El aula se echó a reír, incluidos nosotros, y olvidamos por unos instantes la fatídica noche de Halloween.

Viernes

El fin de semana no podía ser más desolador. María había huido a su pueblo para ver a su familia y de paso curar las penas con el macarra que le daba consuelo cuando ella así lo requería. «Me voy a que me rasquen bien el chichi», me dijo al salir de clase. El Murciano tenía una cita con su novia, una de esas en las que se juega uno la relación. No pasaban por su mejor momento y se le ocurrió llevarla a cenar a un kebab para arreglar las pocas semanas de noviazgo que tenían a sus espaldas. Le advertí que reconquistarla mientras se le escurría la salsa de yogur por la barbilla no era muy romántico, pero no era fácil que el Murciano entrase en vereda.

Naomi tenía planes con sus amigos del colegio, creo que un cumpleaños. Habían quedado en el parque Eva Duarte de Perón para hacer botellón y salir después a Gabana, una discoteca a la que iban universitarios de polo y mocasines. Me escribió para que fuera con ellos, pero iba a estar Tito y no quería ni

arruinarle la fiesta a él ni yo llevarme otro disgusto. Opté por quedarme en casa viendo *Gossip Girl*. Ya que mi fin de semana estaba abocado al fracaso, prefería fantasear con vivir en el Upper East Side, ser el mejor amigo de Blair Waldorf, echarme de novio a Nate Archibald y vestir como Chuck Bass, es decir, como si fuera el chapero de algún multimillonario.

También busqué desesperadamente remedios para el mal de amores. Escribí en Google: «Cómo curar el mal de amores», y di con un artículo que no decía más que sandeces: «Céntrate en ti mismo», «Descarga toda esa energía negativa», «La evolución será gradual», «Este dolor pasará con el tiempo»... ¿Quién escribía estos consejos de mierda? Al final me decanté por el remedio tradicional y me metí entre pecho y espalda una tarrina enorme de helado de vainilla con nueces de macadamia. Dijera lo que dijera Google, ese era el único antídoto efectivo contra la resaca emocional.

—A ti te pasa algo, cachorro —dijo Marilia mientras removía con mimo su guiso de papas con carne.

—Eso huele muy bien.

—Un buen plato de cuchara es lo que necesitas y no hartarte de helado.

Agarró la olla con las dos manos y la agitó con gracia, como lo hacen los de *MasterChef*.

—Esto está listo. —Retiró la olla del fuego y se quitó el delantal—. Así que ven conmigo.

—¿Adónde? —Intenté disimular mi desidia comiendo helado a cucharazos.

Salimos al descansillo y subimos por una escalera hasta el último piso. Pensaba que era un simple almacén para guardar trastos, pero tras esa puerta se escondían las mejores vistas de Madrid.

—Eres el primer inquilino que traigo aquí.

—Eso me convierte en el mejor que has tenido, ¿no?

Abrió la puerta y el aire frío del exterior me puso el vello de punta. Crucé con cierto escepticismo, pero cuando descubrí el rincón más bonito de Madrid, se me pasaron todos los males de golpe. El sitio no era nada del otro mundo. Mucho ladrillo rojo y algunas cuerdas para tender. Sin embargo, desde allí, desde lo más alto del número 6 de Valderromán, los cuatro rascacielos que vi el primer día que llegué a la ciudad sobresalían por encima del resto de edificios. Me gustaba lo que representaban esas cuatro torres, sin orden ni lógica, cada una por su lado, pero al mismo tiempo formando un todo, como María, Naomi, el Murciano y yo. Cada uno de su padre y de su madre, pero juntos éramos *Las Cuatro Españas*.

—¡Qué pasada de sitio!

—¿Te gusta?

—Me encanta. ¿Por qué no me habías traído antes?

—Solo pueden subir propietarios, pero hoy necesitabas que te diera un poco el aire, ¿verdad?

—La verdad es que sí, aunque prefiero no hablar del tema.

—Y yo no quiero que hables de nada. Solo quiero que respires y eches todo lo malo.

—Qué *hippy* te pones a veces.

—De vez en cuando, soy un poco intensa.

Me quedé un rato admirando las vistas, reflexionando un poco sobre todo lo que me estaba pasando. Al final, el lugar era tan mágico que se me soltó la lengua.

—¿Por qué la vida del adolescente es tan difícil?

—¿Y yo soy la intensa? —dijo Marilia imitando mi acento neutro.

—Oye, no te rías, que me estoy abriendo.

—Es broma, cachorro. Tienes razón, la vida se empieza a poner difícil a partir de los dieciséis años.

—Pero tú estás genial y me sacas diez tacos.

—Haré como que no he oído que me estás llamando vieja...

—refunfuñó—. Puede parecer que estoy feliz de la vida porque los canarios llevamos la pena por dentro, pero no. Estoy segura de que no me pasa lo mismo que a ti porque las preocupaciones cambian con los años, pero también tengo mis problemas.

—¿Con Pablo?

—Hasta tú lo has notado.

Desterré a Tito de mi cabeza y Marilia consiguió captar toda mi atención.

—A Pablo solo le falta dejarse de tanto juego y tanta guitarra y hacerte un poco más de caso, pero sois la pareja perfecta.

—No existe la pareja perfecta y nosotros ahora no estamos viviendo nuestro mejor momento.

—Entonces ¿estáis mal?

—Pablo dice que no, pero yo creo que se acabó el amor, y esta vez no ha sido de tanto usarlo como dice la canción —lo dijo tranquila, relajada, como si se hubiese quitado un peso de encima contándomelo—. Llevo dos años haciendo lo mismo día a día, Benji. Me levanto. Desayuno. Hago la comida. Salgo a hacer la compra. Vuelvo. Me echo la siesta. Veo algo en Netflix...

—Tampoco es una mala vida, ¿no?

—Hago todo eso mientras espero que Pablo llegue a casa después de trabajar. Mi vida se reduce a eso. Y cuando llega a casa, me da un beso, le dice cuatro tonterías a las ratas y se mete a la habitación a jugar al ordenador o a tocar la guitarra y no nos vemos hasta la hora de la cena. Y así cada día.

—Es verdad que no se le ve mucho el pelo.

La miré con pena, no lo pude evitar, y ella lo notó enseguida.

—Sé lo que estás pensando. Sí, tengo veintiocho años y mi vida se ha convertido en una rutina espantosa.

—No, no. Es solo que no sabía que estabas tan mal. —Tampoco sabía qué decir para hacerla sentir bien—. Pensaba que los mayores lo teníais todo más fácil.

Marilia negó con la cabeza.

—Y por eso te cuento esto. Aunque no tengo ni idea de lo que te ronda en esa cabezota, tienes solo dieciocho años y toda la vida por delante. No te martirices porque ahora las cosas no te salen como quieres. Si una cosa no te gusta, busca otra. Si la vida te da un palo, devuélveselo. Pero no te estanques. No te estanques como me he estancado yo. A mí me ha costado abrir los ojos, pero ahora, después de mucho tiempo, no tengo miedo de tomar mis propias decisiones, vengan las consecuencias que vengan.

Hablaba como Ambrosia. Con un acento canario descontrolado, sí, pero con una madurez que no supe valorar hasta pasado un tiempo.

—¿Vas a dejar a Pablo?

—Necesitamos darnos un tiempo, aunque él todavía no lo sepa.

—Pero ¿si dejas a Pablo te tendrás que ir de aquí, no? Es la casa de sus padres.

No me hacía ninguna gracia la idea de vivir en una casa en la que no estuviera ella regañándome porque tenía la habitación como un estercolero o contándome sus anécdotas en las islas, mientras preparaba lentejas o carne en salsa. Si a algo olía nuestro pisito de Antonio Machado era a guisos de los buenos.

—Sí, pero es lo que necesito hacer ahora.

Se le escapó una lagrimilla, aunque parecía aliviada. Le di un beso en la mejilla y nos enredamos en uno de esos abrazos que lo hacen todo más fácil.

—Aunque no me acostumbro a tu acento canario, tengo que admitir que te has convertido en una especie de mami para mí —dije.

—Tu mami de Madrid.

Ambos reímos bajo la brillante luna y nos quedamos unos minutos más observando el espectacular paisaje de luces que

nos vigilaba a lo lejos. Gracias a Marilia había conseguido olvidarme de Tito un ratito, pero sobre todo había logrado relativizarlo todo y darle la importancia que merecía..., o eso pensaba yo.

SEGUNDA PARTE

Su mundo

Capítulo 10

Menuda papeleta

Lunes

Ese lunes me levanté empeñado en tener un buen día. Dormí ocho horas del tirón y me espabilé antes de que sonara el despertador. Coincidí con Pablo en el desayuno y estuvimos debatiendo sobre la reproducción de los roedores mientras comíamos una tarta de zanahoria que había hecho Marilia. Él estaba entusiasmado con la idea de criar más ratas y convertir nuestro salón rojo en una alcantarilla llena de pequeños seres de pelo y colas viscosas. Le planteé el peor de los escenarios para quitarle semejante barbaridad de la cabeza. Con dos ratas teníamos más que suficiente. Hablamos más de la cuenta, era la primera vez que charlábamos tanto, y al final se me hizo tarde.

Las cosas empezaron a ir mal cuando perdí el 132 en las narices y tuve que esperar al siguiente autobús. No tardó mucho, pero iba tan a rebosar de gente que nos olimos el sobaco los unos a los otros. Menos mal que tenía mis auriculares para evadirme de todo cuanto me rodeaba y pensar un poco en lo bueno que me tenía preparado el día. Pero no fue así para nada. Llegué a la facultad tardísimo. Apenas quedaba gente en la puerta, pues ya prácticamente todos estaban en clase. Algún que otro alumno apuraba el piti antes de comenzar la jornada. Salí corriendo, pero me paré en seco cuando vi aparecer el inconfundible BMW de Tito por la carretera que rodeaba el edificio. Me escondí detrás de un matorral, nervioso y sin saber qué hacer. Naomi salió del coche y se puso a hablar

con él. No alcanzaba a verlo bien, pero seguro que estaba tan guapo como siempre. Me pareció escuchar mi nombre. Quizá fueron paranoias mías, pero me dieron ganas de aparecer por sorpresa y ver su reacción después de todo lo que había pasado en Halloween.

Deseché la idea inmediatamente y tracé un plan bastante evidente, aunque en ese momento me pareció algo magistral. No quería ver a Tito, pero tampoco me apetecía toparme con Naomi. Llevaba días evitándola. Tenía demasiadas dudas sobre Halloween y me daba mucha pereza ponerme a inventar excusas baratas cuando lo que deseaba de verdad era desenmascarar a su amigo. Lo que hice fue dar la vuelta, escondido entre la maleza y los árboles que rodeaban la estructura de hormigón como si fuera un fugitivo, y entrar por la parte de atrás, por la cafetería.

—¡Benji! —El corazón me dio un vuelvo—. ¿A ti tampoco te han dejado entrar en clase?

¡Maldito Murciano!

—¿Qué haces aquí?

—He llegado tarde y el de Sociología me ha mandado a la *cafe*.

—¿En serio? Entonces ni lo intento.

—Claro, amigo mío. Siéntate.

—No, voy a aprovechar para ir a reprografía. Tengo que imprimir un montón de apuntes... ¿Qué es esa agua sucia que estás tomando?

—Té negro.

—¿Y estás leyendo a...? —Pausa dramática—. ¿Dostoyevski?

—*El idiota*. Te lo recomiendo.

—Yo soy más de *Harry Potter, Juego de tronos* y esas cosas.

—¿En serio? Qué zagal, menudo friki.

Encogí los hombros y le fulminé con la mirada.

—Murci, ¿desde cuándo lees a Dostoyevski? Es más, ¿desde

cuándo tomas té?

—Benji, querido amigo, hay que cultivar la mente. Por eso estoy leyendo los grandes clásicos de la literatura.

—Entonces ¿te gusta?

—Bueno, es diferente.

—¿Te gusta o no?

—Me acabará gustando.

—Eres un caso aparte.

—Gracias, Benji.

Dio un sorbo de la taza de té y volvió a la lectura. ¿A quién quería impresionar? ¿A María? ¿A su novia del Uñas Chung Lee? Lo dejé allí, cultivando la mente como decía él, y me fui a reprografía para no dar por perdida toda la mañana. La cola llegaba hasta los ascensores que estaban al fondo del pasillo. Odiaba la reprografía con todas mis fuerzas. Su luz blanca de hospital. Sus empleados con caras largas. Y, por supuesto, las interminables horas que pasábamos allí.

Me coloqué en la fila, armado de toda la paciencia del mundo. Saqué el móvil y eché un vistazo a Instagram. Di un par de *likes,* puse un comentario cariñoso a una foto de mi hermana con mi abuela Mamen y me metí en el perfil de Naomi por si había colgado alguna historia con Tito en el coche. No había nada de nada, pero me pilló de lleno.

—¿Ya me estás cotilleando el Instagram?

—¡Coño, Naomi! Qué susto me has dado.

—¿Tampoco te ha dejado entrar el de Sociología, no?

—Ni lo he intentado.

—Mira, mejor. Así podemos hablar.

—¿Hablar de qué?

Mierda, mierda, mierda.

—Estás superpasota. Ni contestas mis mensajes ni hablamos en clase. ¿Qué sucede?

—No pasa nada. Solo que necesitaba desconectar un poco,

pero te sigo queriendo igual.

—¿Seguro? Sabes que a mí me puedes contar lo que sea.

—Ya lo sé, churri.

Nos abrazamos y respiré profundamente.

—Te perdono, pero hazme más caso.

—Claro que sí.

Naomi se separó y se quedó enfrente de mí, rumiando algo. Todavía no había terminado conmigo.

—Para recompensar me tienes que hacer un favor.

—Miedo me das.

—Ya sé que no se te da muy bien el fútbol.

—No me gusta por dónde vas.

—Pero Tito juega un partido con algunos amigos este fin de semana y les falta gente.

—Naomi —me puse serio—, sabes perfectamente que no sé jugar al fútbol.

—Lo sé, y se lo he dicho a Tito, pero se ha puesto cabezón.

—¿Él lo sabe?

—Claro, ha sido él quien me ha dicho que os lo dijera al Murciano y a ti.

—Naomi, no sé jugar al fútbol. Se van a reír todos de mí.

—No digas tonterías. Es un partido entre colegas y son todos muy buena gente. Además, puedes probar y si no estás a gusto pues te vienes con María y conmigo de público.

—¿Vosotras también vais a estar?

—Claro, de animadoras. Va a ser genial. Los hombres jugáis un poco al fútbol, nosotras comemos pipas y luego nos vamos todos a tomarnos unas cañas. Es un planazo. Además no le puedes hacer ese feo a Tito.

Salí de la cola de reprografía y me puse a dar vueltas de un lado a otro, confundido con mis pensamientos, que iban y venían de la forma menos nítida. ¿Qué pretendía Tito? ¿Por qué hacía esto? Se me daba fatal jugar a fútbol, pero no era lo

que más me preocupaba en ese momento. ¿Y el tema de los vestuarios? ¿Tendría que ducharme luego con Tito y sus amigotes? ¿Y si se me ponía dura? No podía pensar con claridad, y menos con Naomi esperando ansiosa una respuesta.

Capítulo 11

Fútbol, futbolistas y *cheerleaders*

Sábado

El cielo estaba oscuro y amenazaba tormenta, pero el chaparrón que estaba a punto de caer no les iba a suponer ningún impedimento a Tito y a la horda de tíos que esperaban ansiosos a que diera comienzo el partido. Allí estaba yo, sobre el césped de un campo de fútbol de Moratalaz, vestido con un ridículo pantalón corto y una camiseta de *El caballero oscuro,* preparado para demostrar que era la clase de hombre que suda testosterona y se cree Sergio Ramos cuando le ponen una pelota delante.

—*Acho*, estás *to* pálido.

Había dos cosas que se le daban francamente mal al Murciano: gestionar sus relaciones sentimentales y empatizar con los demás.

—Creo que ha sido una mala idea venir aquí.

—No digas tonterías. —Me dio un sopapo en el brazo a modo de caricia—. Con la percha que tienes no puedes jugar mal.

Me miré de arriba abajo en busca de esa percha de la que hablaba, pero solo veía a un tirillas con los muslos de Nicki Minaj.

—¿Estáis preparados, chicos?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando escuché la voz de Tito. No, no estaba preparado. Ni siquiera entendía cómo había dejado que Naomi me convenciera para jugar un partido de fútbol con él y sus amigotes del colegio. En realidad, sí. Quería

verlo otra vez y saber por qué me había invitado después de nuestro *momento* en Halloween. Cuando me vio, hizo como si no pasara nada. Asignó al Murciano la portería y me preguntó que en qué posición jugaba mejor. Qué machotes éramos. No me gustaba el fútbol en ninguna de sus modalidades. Solo veía los partidos del Mundial y la Eurocopa por aquello de socializar. El resto los pasaba de espaldas al televisor ingiriendo grandes cantidades de alcohol. Bastante tuve con el ridículo que hice en Educación Física. Lo volví a intentar años después para impresionar a un *crush* superhetero de mi clase de primero de bachillerato por si sonaba la flauta, y también salió mal.

Más o menos por la misma razón me vi acorralado en esa misma situación. Quería demostrarle a Tito que era lo suficientemente maduro para hacer como si no hubiera pasado nada entre nosotros y ser lo que teníamos que ser: dos amigos de Naomi que se llevaban bien. También lo hice para demostrarme a mí mismo que lo de Tito ya era cosa del pasado. ¡Ja!

—Estamos en un periquete —dijo el Murciano.

Tito asintió y se dio la vuelta para volver con sus amigos. Me dio la espalda y mis ojos se fueron rápidamente a su trasero. El pantalón blanco que llevaba puesto era de tela fina y se le marcaban los cachetes, tan apretados y redonditos como un melocotón. Nos imaginé a los dos en el vestuario, en las duchas, follando salvajemente. La imagen en mi cabeza me gustó tanto que noté un pequeño movimiento en mis partes. Gracias a Dios no hubo erección. Empalmarme en un campo de fútbol lleno de heteros hubiera sido mi fin.

Imágenes tórridas aparte, me gustó mucho la forma que tenía Tito de relacionarse con la gente. Parecía el tipo de líder que tiene un magnetismo especial. Sus colegas lo escuchaban con

atención cuando hablaba y se reían si le daba por contar algún chiste malo.

—Acercaos, vamos a empezar.

Le di un buen apretón de manos al que llevaba la voz cantante. Me costó reconocerlo con la equipación de fútbol puesta, pero no tardé mucho en darme cuenta de que era el amigo de Tito con el que coincidí en la fiesta de Halloween. Me miraba como si hubiera matado a su gato, si es que tenía gato.

—Nos vamos a dividir en dos equipos, ¿vale? —Todos (incluido yo) le escuchaban con la misma veneración con la que los creyentes escuchan al cura en la iglesia—. Óscar y yo vamos a ser los capitanes, así que seremos nosotros los encargados de formar los equipos. ¿Estamos?

Óscar, el chico que me odiaba, al contrario que Tito, era menudo y moreno de piel, pero sentía por el fútbol la misma devoción que su amigo. Organizaron sus equipos en un pispás. Tito fue el primero y eligió al Murciano para defender la portería. Óscar se decantó por un chaval de dos metros que estaba a por uvas. Tito no me escogió en la segunda ronda. Tampoco en la tercera. En resumidas cuentas, no me quiso en ningún momento. Al final, como tenía un jugador menos, Óscar no tuvo más remedio que aceptarme en su equipo.

—Oye, tú, ponte de defensa —me dijo—. Tienes buenas piernas y podrás despejar el balón si las cosas se ponen feas.

—Vale, yo despejo.

—¿Sabes lo que tienes que hacer, no?

Óscar ya veía en mí esas inseguridades que yo con tanto esfuerzo intentaba disimular. Me hablaba de una manera tan desagradable que me desarmó en un segundo.

—No te preocupes, de verdad. No soy Hierro, pero me las apañaré.

—¿Sabes que Hierro se retiró hace años, verdad?

—¿En serio?

—Claro que sí. Va, vamos a jugar.

¿Por qué no estaba en casa viendo *Gossip Girl?* Maldije a Naomi por la encerrona. Maldije al Murciano por ser cómplice de Naomi. Maldije a María Jiménez por estar en la grada comiendo pipas y bebiendo cerveza tranquilamente, sin preocupaciones. Y, evidentemente, maldije a Tito por haberme invitado a este juego absurdo y no haberme elegido en su equipo.

—¡Vamos, mi Benji! —gritó María, que se tiró un eructo que escandalizó a las novias de los otros jugadores que estaban a su lado.

—¡Churri, lo vas a hacer genial! —exclamó Naomi con entusiasmo.

El árbitro pitó y nos pusimos a jugar. Me santigüé sin recordar muy bien cómo se hacía y creí escuchar la risa de Tito.

Durante los primeros minutos del partido resulté ser un estorbo, torpe e inútil, un auténtico cuadro. Y Óscar tampoco ayudaba. «¿Quieres dejar de jugar como una niñita asustada?». «Espabila, coño». «Si no sabes jugar, ¿a qué has venido?». No le caí en gracia y se pasó medio partido haciéndome la vida imposible. El resto del equipo, sin embargo, no quería perder por nada del mundo y me ayudó a sacar al futbolista que tenía dentro. Me fueron dando algunas indicaciones. «No chutes tan fuerte». «Corre». «Ponte de barrera». «Dale». «Pásamela». Poco a poco la pelota y yo nos llevamos bien. Descubrí que no era tan malo como me había hecho creer ese odioso profesor de gimnasia y, sin quererlo ni buscarlo, me convertí en un grano en el culo para Tito. Entorpecí su juego de delantero y evité varias veces que lanzara la pelota a portería.

Tito se puso eufórico. Se notaba que disfrutaba viéndome jugar, incluso hubiera asegurado que se puso un poco cachondo cuando le agarré de la cintura para intentar quitarle el balón.

Pero eso solo fue al principio. Cuando empezaron a perder, se le puso un humor de perros y yo me recreé en su frustración.

—Estás siendo muy invasivo, contrólate —me dijo.

—Estoy jugando a fútbol. ¿Para eso me habías invitado, no?

—Esto no es fútbol.

—Entonces ¿qué es?

—Paso de ti.

Esas tres palabras llenas de bilis me sacaron de quicio. Después de que Óscar metiera el tercer gol, Tito, muy enfadado, corrió decidido hacia nuestra portería. Consiguió torear a los centrocampistas, pero le faltaba hacerme frente a mí. Venía directo, hecho una furia y sin tomar atajos. Quería vacilarme, dejarme mal delante de todos, pero no se lo iba a permitir. Fui hacia él, corriendo como alma que lleva el diablo, y, de repente, me paré en medio del campo. Me despisté con sus ojos azules, clavados en mí. Sabía el poder que tenían y los usó en consecuencia. Intentaba engatusarme como esos malos de película que utilizan sus armas de seducción (ojos, culo y/o paquete) para confundirte. Le delató la sonrisa de capullo que se le puso en la boca. Me enfadé tanto que descargué toda mi rabia sobre el balón. Golpeamos la bola al mismo tiempo y caímos rodando por el suelo.

Entonces se fue todo a la mierda.

—¡Gilipollas! —Tito se puso encima de mí. Me cogió de los brazos y me zarandeó—. ¡¿Cuál es tu problema, eh?! ¡¿Cuál?! —Estaba fuera de sí y no supe reaccionar—. ¿Ahora no hablas? ¿Ahora no pones esa cara de gilipollas?

—Tito, yo no quería...

—¿No querías qué? ¿A qué coño has venido?

Se me hizo un nudo en la boca del estómago y noté cómo mis ojos se iban empañando. Dejó de agitarme. No sé si arrepentido por lo que acababa de hacer o porque tenía miedo de que dijera algo que nos delatara. Llegaron todos los demás para

separarnos como cuando en mi pueblo los *chungos* protagonizan batallas campales en medio del parque. Ya no hacía falta. Entre nosotros ya no había nada que hacer.

El estruendo de un relámpago anunció por fin el chaparrón, que había esperado el momento más oportuno para dejar caer sus propias lágrimas de resentimiento. Encontré una salida al otro lado del campo y fui directo hacia ella, llorando otra vez como un niño pequeño. Me pareció escuchar a Naomi gritar desde la grada y el Murciano hizo amago de venir a por mí, pero lo mandé a la mierda. Tenía que salir de allí fuera como fuera. Aceleré el paso entre la lluvia torrencial. Recorrí la mitad del campo, crucé la grada lateral y me metí a un callejón sin salida. Mierda. Di media vuelta y allí estaba él, con la equipación de fútbol pegada al cuerpo.

—¿Qué coño te pasa?

—Déjame, Tito.

—¿Es que siempre haces eso?

—¿Siempre hago el qué?

—Cuando las cosas se ponen feas sales por patas, lloriqueando como un crío. Esto es fútbol.

—Esto es una mierda.

—Entonces ¿para qué vienes? Le dije a Naomi que vinieras porque pensaba que esto era una buena oportunidad para empezar de cero, no para montar un numerito.

¿Que por qué estaba allí? Estaba allí para verlo. Porque lo que yo quería era eso, verlo todos los días, tocarlo, besarlo..., quería todo con él. Llevaba varios días consolándome con excusas tontas y ya estaba harto de fingir que no me afectaba *esto*.

—¿Por qué crees que estoy aquí, Tito? Hasta mi sobrino de cuatro años se habría dado cuenta, joder.

—Benji, yo no sé...

Se quedó callado. Esta vez era él quien no encontraba las

palabras adecuadas. Yo, en cambio, sabía perfectamente lo que quería decirle y bien sabe Hollywood que ese escenario, con la lluvia cayendo sobre nosotros, era el idóneo para abrir mi corazón de una vez por todas.

—Me gustas. —Las palabras salieron de mi boca casi sin esfuerzo, con los sentimientos apretándome bien fuerte el pecho—. Me gustas muchísimo, pero eso tú ya lo sabes.

Las facciones de su cara se relajaron y en la comisura de sus labios se dibujó esa sonrisa que me hacía estremecer.

—Escúchame, Benji.

—No, escúchame tú a mí —le interrumpí—. Llevo toda mi puñetera vida en el armario, pillándome por tíos que me utilizan para follarse a alguna amiga mía o que simplemente me siguen la corriente porque les gusta gustar. Cuando te vi el primer día de universidad, pensé: «Otro hetero más en mi lista de amores imposibles». Pero pasó lo que pasó, y ahora no puedo dejar de pensar en ti.

—Benji, ya sabes que no soy...

—Me la pela que digas que no te gustan los tíos, que para ti echar un par de polvos es un juego. Me-la-pe-la. Me miras con ganas. Me miras con ganas de más y yo quiero más contigo. Ale, ya lo he dicho.

Estuve a punto de besarlo, aunque finalmente abandoné aquel callejón oscuro, dejando a Tito reflexionando sobre mi patética, pero sincera declaración de amor.

Capítulo 12

Secretos de familia

Domingo

«Me la pela que digas que no te gustan los tíos, que para ti echar un par de polvos es un juego. Me-la-pe-la. Me miras con ganas. Me miras con ganas de más y yo quiero más contigo». La frase de Benji se repetía una y otra vez en mi cabeza. Por más que mirara los apuntes de Derecho romano no podía dejar de pensar en él y en esa maldita frase que llevaba todo el día atormentándome. Me arrepentí al momento de dejarle marchar, pero por mucho que me jodiera él no iba a entender mi vida y mi vida no tenía ninguna intención de entender la suya.

Recuerdo el primer día que lo vi, sentado en la facultad de Ciencias de la Información con la cara de un niño con juguetes nuevos. Recuerdo sus ojos verdes, mirándome como si solo estuviéramos él y yo en el mundo y todo lo demás fuera un decorado hecho expresamente para nosotros. Nos conocimos días después, entre luces de neón y dragones asiáticos. Recuerdo sus ojos, esa vez de un verde oscuro e intenso, insinuantes, buscándome y pidiéndome probar mis labios.

En otras circunstancias, en otro lugar, me hubiera dado el gusto. Probarlo, usarlo y tirarlo. Pero él no era como los demás. A él, todavía no sabía muy bien por qué, no podía hacerle eso. No pude, sin embargo, resistirme en nuestro tercer encuentro. En la fiesta de Halloween perdí el control y fui directo a por él. Tenía sus ojos grabados en mi mente, tan brillantes y salvajes. Sabía que le iba a romper el corazón, que él, a pesar de desearme tanto, no querría solo un polvo, pero me pasé por el arco del triunfo todos los códigos morales que conocía y jugué a ser el cabrón que tan bien se me daba ser.

—¿Tito?

Alguien tocó a la puerta y mis hombros se pusieron rígidos. Me acoplé a la silla y fingí estar concentrado.

—Pasad.

Mi madre fue la primera en entrar. Se colocó en el centro de la

habitación, asegurándose de que todo estaba en su sitio. Abrió algunos cajones y echó un vistazo en la papelera, supongo que buscando la colilla de algún porro o el rastro blanco de una raya de coca. Tenía el convencimiento de que era un drogadicto. Durante algún tiempo incluso me hizo tests de orina al llegar a casa. Le gustaba tenerlo todo bajo control, pero yo, muy a su pesar, me escapaba de su autoridad cada vez que podía.

—Si sigues esforzándote tanto, el año que viene podrás entrar en el bufete con contrato de prácticas —dijo mi padre, orgulloso.

Entró tímidamente en la habitación y se colocó detrás de mí, posando sus manos sobre mis hombros.

—Claro que lo hará. ¿Verdad, Fernando?

Me limité a asentir con la cabeza. Mi padre estaba empeñado en que siguiera sus pasos y me convirtiera en uno de esos abogados que tienen hora de entrada, pero no de salida. Y mi madre, educada para la perfección, no veía otro destino laboral mejor. No quería ni pensar que siguiera el mismo camino de su hermano.

—A los veinticinco años te convertirás en el asociado más joven de la plantilla. ¡Qué ganas de verles las caras a todos esos idiotas!

—Si a los veinticinco años he sobrevivido a Derecho romano me daré con un canto en los dientes, papá.

—¿Qué tonterías dices? Claro que sobrevivirás. —Mi madre me miraba desde la esquina, estudiando mi expresión, intentando desesperadamente adivinar mis pensamientos—. Solo tienes que concentrarte.

—Lo hago. Llevo casi cuatro horas sin parar.

—¿Por qué no te tomas un respiro? —propuso mi padre, sin perder ese gesto tan campechano.

—Sí, me voy a ir al gimnasio dentro de un rato y después quiero pasar la tarde con Olivia.

—Me parece estupendo.

—Hoy no puedes quedar con Olivia, cielo. —La voz de mi madre estaba disfrazaba de amabilidad—. Hoy tenemos cena en el club, ya lo sabías. Vete al gimnasio y despéjate un poco si quieres, pero ni se te ocurra venir tarde.

Conté hasta diez, tal y como me había aconsejado Naomi. Mi padre, sin embargo, no confiaba mucho en los límites de mi paciencia e intentó torpemente tomar las riendas de la conversación.

—Es verdad, es verdad. Hemos quedado con los Rubio, Fer. La hija pequeña está empeñada en conocerte y creemos que es una buena

oportunidad para ti.

—¿Una buena oportunidad para mí?

—Han sido muy comprensivos con todo el tema de Olivia. —Mi madre volvió a la carga—. Deberías estar agradecido. Después de lo que hiciste, que aún haya gente de su posición que todavía se tome la molestia de presentarte a su hija...

Mi padre le pidió que parase, ella lo mandó callar y él agachó la cabeza como un perro asustadizo. Noté que me empezaba a faltar el aire. Me asfixiaba. Una casa tan grande y me ahogaba vivir allí con ella. La odiaba tanto que ya no hacía ni el esfuerzo de disimularlo. Ella tampoco disimulaba. Se había obsesionado tanto con que no terminara como su hermano que se había olvidado de ser madre.

Le sostuve la mirada, desafiante.

—Allí estaré.

A pesar de ser domingo, el gimnasio estaba hasta los topes. En el mundo del culto al cuerpo y a los anabolizantes nadie celebraba el Día del Señor, y yo, para qué engañarnos, también prefería exhumar mis pecados sudando la gota gorda. Corrí en la cinta durante una hora. No había nada mejor para despejar mi cabeza de todo lo que me producía ansiedad, y eso incluía a mi madre y también a Benji.

A unos pocos metros de mí, un latino de unos veinticinco años me desnudaba con la mirada. Lo hacía mientras subía y bajaba la pesa más grande de la sala y se recreaba gustosamente frente al espejo. No era la primera vez que lo veía. Habíamos coincidido en el vestuario en varias ocasiones, pero siempre había gente merodeando y eso le impedía venir y hacerme todas las guarradas que se le pasaban por su mente calenturienta.

Ese día parecía decidido a hacérmelas todas, una detrás de otra. No disimulaba sus intenciones y yo, en honor a la verdad, tampoco. Estaba esperando mi señal, un cruce de miradas y estaríamos en las duchas quitándonos el calentón.

Le hice un gesto con la cabeza y me dirigí al vestuario, excitado por lo que sabía que iba a suceder allí, algo por lo que mi madre no dudaría en llevarme a algún centro de salud mental para quitarme «la enfermedad». Me desnudé y me puse en la última ducha. Encendí el grifo y dejé que el agua cayera sobre mí. Él apareció un minuto después. Lo cronometré. Me ponía a mil saber lo ansioso que estaba por probarme. Se colocó en la

ducha de enfrente. Era más bajo que yo, bastante guapo y su cuerpo pedía sexo duro y sin compromiso. Justo lo que necesitaba.

Se acarició el glande, abriendo la boca y emitiendo pequeños gemidos que se amortiguaban con el ruido de las duchas y la música machacona del gimnasio. Después se puso contra la pared, arqueando la espalda y agarrándose los cachetes con las dos manos. Era pasivo y quería que lo supiera. Menudo descarado. Quise mostrar cierta indiferencia para que enloqueciera del gusto, pero mi polla ya no aguantaba más.

Me la estrujé con fuerza y me masturbé mientras veía a aquel hombre frotándose contra los azulejos blancos de la ducha con su cuerpo desnudo, tan ansioso que me dio hasta cierto pudor.

Di un vistazo rápido para comprobar que no había nadie a nuestro alrededor. Estábamos solos, y esa fue la señal definitiva. Salté a su ducha sin taparme la erección. Él ya no me miraba. Me esperaba de espaldas, sacando culo y con la cara desencajada por el placer. Quería que lo follase a pelo. La idea me gustó, pero me la saqué rápidamente de la cabeza. Le di la vuelta bruscamente. Posé mis manos sobre sus hombros y le obligué a agacharse. Obedeció como un buen sumiso. Se puso de rodillas y me la chupó concienzudamente. No tardé mucho en correrme. Tampoco en sentirme sucio y confuso por lo que acababa de pasar.

Sentado en el parque me fijé en las parejas que andaban tranquilas de la mano mientras disfrutaban de la pequeña tregua que nos estaba dando el otoño. Quizá estuvieran hablando de la película que verían por la noche o de las últimas vacaciones en Alicante. Alguna que otra sonreía más de la cuenta, seguramente ese fin de semana se habían encontrado bajo las sábanas después de meses en barbecho. Qué lástima.

Me imaginé con Benji así dentro de unos años, caminando por el parque mientras el sol se perdía en la sierra de Madrid. Haciendo planes de futuro, compartiendo el cepillo de dientes en nuestro pisito de sesenta metros cuadrados... Viviendo juntos. «¡Otro escándalo en esta familia!», gritaría mi madre, histérica. Mi tío Lucas, en cambio, hubiera estado encantado de la vida. Benji le hubiera caído muy bien. Tenía carisma y era muy echado para adelante, dos cualidades que él valoraba muchísimo. Cómo lo echaba de menos. Cómo echaba de menos pasar el verano con él en Asturias o tenerlo a una simple llamada de teléfono para contarle cualquier cosa. Él me había dado los mejores consejos, y lo hubiera hecho también cuando mi vida cambió para siempre.

Recuerdo ese otro escándalo que tanto me echaba en cara mi madre y con el que, según ella, había deshonrado a mi familia. No sé si había sido exactamente así, pero la verdad es que perdí amigos y eché a perder un curso entero en el instituto. Habían pasado dos años desde aquello y ahora ese «escándalo» corría hacia mí convertido en una preciosa niña por la que haría lo imposible con tal de hacerla feliz.

—¡Papá!

La agarré de los brazos y empecé a voltearla en el aire, escuchando su risa y queriéndola infinito.

—¿Cómo puede ser que estés hoy más bonita que ayer?

Me perdí en sus ojos color miel y ella se quedó concentrada mirando los míos. A veces creía que podía leerme el pensamiento. Probé suerte: «¿Qué hago con Benji, Olivia?».

Me costó una multa y un par de broncas aparcar en el centro. Llegué tarde al Casino de Sol, donde me habían citado mis padres para demostrar a la *jet set* de Madrid que, a pesar de mi desliz de la adolescencia, era el tipo de hombre que espera a su hija en el altar.

Seguí al *maître* por aquel majestuoso edificio del siglo XIX en el que se concentraba la *crème de la crème* de la sociedad madrileña. Los pasillos eran kilométricos, decorados con obras de arte que valían una fortuna, y los techos parecían no tener final. En cada sala se reunían mujeronas que se me insinuaban mientras los aburridos de sus maridos me maldecían por lo bajini. Otros, en cambio, tenían pensamientos más impuros que los de sus esposas.

Por fin, entramos al salón principal y allí me esperaba mi familia, aparentemente perfecta, con los ricachones que estaban dispuestos a pagar mis servicios de buen marido con su hija consentida y caprichosa.

—Buenas tardes, familia.

—Buenas noches, dirás —se adelantó mi madre con una media sonrisa —. Llegas tarde.

La ignoré. Saludé de forma muy educada a los Rubio y fui especialmente simpático con la muchacha que me miraba entre fascinada y sofocada. No tendría más de dieciséis, pero vestía como una de cuarenta e iba maquillada como una de cincuenta.

—Estás muy guapo, Tito —dijo la chiquilla entre siseos.

Quería causar buena impresión, así que me puse el uniforme para ocasiones especiales: polo y chino muy ajustado. También me repeiné el

pelo, por aquello de parecer un chico bueno. Todos en la sala me miraban.

—Justo le estaba contando a Francisco que el verano que viene harás las prácticas en el bufete —dijo mi padre.

—Esa es la idea —confirmé.

—¡Increíble! Estudiante de primero y ya te vas a hacer un hueco en el mejor despacho de la ciudad.

Francisco era el tipo de hombre que no solo tenía cara de corrupto, sino que lo era.

—Estoy muy centrado en los estudios y me encantaría entrar en verano en el bufete de mi padre. Estoy estudiando mucho.

—Ahora es lo que toca: vivir solo para la universidad.

—Bueno, los estudios son importantes, pero en la vida hay otras cosas.

—La educación es crucial, hijo —intervino mi madre—. ¿No querrás que los Rubio tengan una impresión equivocada?

—Claro que son importantes, no he dicho lo contrario. Pero hay otras cosas que también lo son. Otras prioridades.

—¿Otras prioridades? —preguntó la hija.

—No seas impertinente, Violeta —le increpó la madre.

—No te preocupes.

Mi madre carraspeó. Sabía lo que iba a decir. Todos, excepto la hijita consentida, sabían lo que iba a decir.

—Voy a llamar al camarero para que nos tome nota de una vez.

Intentaba desviar la atención, pero no le iba a dar el gusto.

—Mi carrera es importante, claro. Pero soy joven y también quiero disfrutar del primer año de universidad como cualquier otro chaval de mi edad. Estoy conociendo a gente...

—Hombre, claro. No te hemos educado para que seas un antisocial. ¡Dios me libre de ser ese tipo de madre!

—Claro, mamá. Y además, como tú bien sabes, ahora mismo tengo otras responsabilidades...

—Que sí, que sí, que ya te hemos entendido...

—Como, por ejemplo, mi hija. —Sus rostros amables se endurecieron. Se estaban revolviendo por dentro, aunque se esforzaron por disimularlo —. Tiene solo dos añitos y necesita que esté a su lado —continué—. Eso no quiere decir que vaya a dejar los estudios o que no quiera entrar en el bufete. Quiero hacerlo y me estoy esforzando, pero dadme un respiro.

—No sabía que tenías una hija —dijo Violeta, sorprendida—. ¿Solo tienes dieciocho años, no?

—Tengo diecinueve.

Tardó un rato, pero hizo los cálculos con la cabeza y no dijo nada más. Solo tragó saliva y se limitó a mirarme entre alucinada y cachonda por mi desliz de la adolescencia. Le ponía pensar que podía follarse a un papá de diecinueve años.

—Seguro que está preciosa, ¿verdad? —apuntó la madre.

—Es una pasada de niña y...

—No sigas. Creo que a los Rubio no les interesan en absoluto las tonterías que hiciste cuando, evidentemente, no estabas en tus cabales.

—Quizá no estaba en mis cabales, como dices, pero no me arrepiento en absoluto de tenerla.

—¡Nos avergonzaste a todos!

—Deja de pensar que voy a terminar como tu hermano. Si viera en qué te has convertido se revolvería en su tumba.

—¡Cómo te atreves! —Sus ojos se salían de sus órbitas.

—Vamos, vamos, no os peléis. —Francisco intentaba calmar los ánimos.

Mi padre le cogió la mano para tranquilizarla, pero ella lo rechazó tan bruscamente que terminó de sacarme de mis casillas.

—Esto es tu culpa. ¡Lo tienes demasiado consentido!

—¡Deja de tratarlo así!

—¡A mí no me digas cómo tengo que tratar a tu padre!

Di un puñetazo en la mesa y un silencio incómodo se instaló en el restaurante. Todos me miraban, algunos asustados y otros con desprecio. No me importaba. Estaba colérico, con las pulsaciones disparadas y las manos llenas de heridas de apretar tanto los dedos.

—Cálmate, Fernando —me pidió mi padre—, por favor.

Me levanté de la mesa y ella se echó para atrás haciendo aspavientos.

—Yo intento ser un buen padre y desde luego llevo mucho tiempo tratando de ser un buen hijo, por mucho que te cueste creerlo. Aplícate el cuento y empieza a ser mejor esposa, porque lo de ser madre y una buena abuela lo doy por perdido.

Escapé de allí con el corazón golpeándome el pecho con fuerza y la adrenalina burbujeando en cada nervio de mi cuerpo. Estaba enfurecido, enfadado conmigo mismo por haber montado una escenita que seguro había incomodado a mi padre. No debería importarme. Al fin y al cabo estaba de parte de mi madre, pero no podía evitar sentir lástima por él.

Aquel no era mi mundo. No encajaba con aquellas personas y mucho menos aceptaba sus reglas y sus formas de hacer las cosas. Llevaba tiempo esforzándome por ser lo que querían que fuera, pero estaba harto

de fingir. Tampoco sabía en qué mundo podría encontrar mi sitio. En ese momento, lo único que sabía a ciencia cierta era que necesitaba ver a Benji.

Era noche cerrada y apenas se veía nada. La luz de unas pocas farolas me guio por un laberinto de ladrillos caravista hasta llegar a una cancha de baloncesto, el único punto de referencia que me había dado el Google Maps. Recorrí toda la calle y arrinconado en una esquina encontré el número 6 de Valderromán. Me coloqué frente al portal, nervioso y dubitativo. Todo mi cuerpo temblaba y anduve en círculos, pensando, reflexionando..., martirizándome. Quería salir corriendo, pero por alguna razón tenía la necesidad casi vital de verlo.

Busqué en el panel el piso y toqué el timbre. Ya no había marcha atrás.

—¿Dígame? —Era una chica con un exagerado acento canario.

Balbuceé algo, no recuerdo qué exactamente.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Hola..., ¿está Benji?

Se hizo el silencio y se me pasó por la cabeza marcharme y olvidarme de todo.

—¡Cachorro, es para ti!

Estaba en casa. Benji estaba en casa y yo estaba abajo, en su portal, esperando para decirle que lo nuestro era imposible, una locura que lo iba a cambiar todo para siempre y que no tenía claro que fuera a funcionar. Las dudas que tenía empezaron a cobrar fuerza en mi cabeza, pero ya era demasiado tarde.

—¿Sí? —Era él.

—Benji, soy yo.

—¿Quién?

—Soy Tito.

Capítulo 13

Love Story

Bien sabía Taylor Swift que me había llorado toda su discografía soñando con que el día menos pensado aparecería algún loco enamorado bajo mi ventana para jurarme amor eterno. La historia de *Romeo y Julieta,* solo que sin víctimas mortales y cambiando a Julieta por otro hombre de pelo en pecho. Aquella fría noche de noviembre un tío se había plantado bajo mi ventana, había tocado a mi timbre y me esperaba en el rellano de la escalera para hablar conmigo. «Querida, Taylor, no me falles», pensé antes de abrir la puerta y encontrarme cara a cara con Tito.

—¿Qué haces aquí?

—¿Podemos hablar?

Frente a mí no tenía al Tito de sonrisa irresistible y mirada penetrante, sino a un Tito confundido y frágil, que se las estaba viendo canutas para manejar la situación.

—¿Estás bien?

—¿Podemos hablar?

—Sí, claro.

Abrí la puerta y le invité a entrar. Por el rabillo del ojo cacé a Marilia observándonos desde el salón, así que consideré rápidamente otra alternativa.

—Tengo una idea mejor.

Cogí las llaves de la mesa y le pedí que me siguiera por la estrecha escalera que daba al último piso. Me tomé mi tiempo para introducir la llave, pensando si había elegido el lugar más

idóneo para mantener una conversación que no sabía los derroteros que iba a tomar. Demasiado tarde para echarse atrás.

Salimos a la maravillosa azotea que Marilia tuvo la generosidad de compartir conmigo cuando Tito me rompió el corazón en mil pedazos. Desde aquel día, también me dio permiso para subir siempre que necesitara despejar la mente. Si pretendía reconquistarlo, ese era el lugar indicado.

Todo estaba exactamente igual que la última vez: el suelo de ladrillo, las viejas cuerdas para tender y a lo lejos, los cuatro impresionantes rascacielos de Madrid emitiendo una gran luz sobre la noche oscura.

—¿Y este sitio? Qué vistas tienes.

—Lo descubrí hace poco. Nadie suele subir, así que he pensado que aquí podríamos hablar tranquilamente.

—Pues es perfecto —dijo—. Incluso para una cita.

—Una cita aquí sería la hostia.

—¿Una cita conmigo?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Tito se encogió de hombros.

—Todavía no lo tengo muy claro.

—Pero ¿estás a gusto aquí o quieres que bajemos?

—Aquí estoy perfecto. Necesito que me dé un poco el aire. —Me sonrió y me hizo un gesto con la mano—. Ven, acércate.

Estaba en una esquina de la azotea, apoyado contra el muro sin quitarme ojo. Yo deambulaba de aquí para allá, rezando para que no se diera cuenta de que me temblaba todo el cuerpo.

—Prefiero andar, que hace un poco de frío.

—¿No sabes qué hago aquí?

—Ahora mismo solo estoy pensando en cómo has conseguido la dirección de mi casa. ¿Debería preocuparme?

—Naomi ha sido la culpable.

—¿Sin hacer preguntas?

—Sin hacer preguntas... más o menos.

—No es típico de ella.

—Bueno, al principio puso esa cara que pone ella cuando no entiende las cosas y sufre un cortocircuito.

—Sé qué cara dices. —Reí.

—Se puso un poco pesada porque no termina de entender nuestra «gran» amistad, pero al final llegó ella solita a la conclusión de que venía a disculparme por lo que pasó en el partido.

—¿Y no vienes a eso?

Una sonrisa asomó por la comisura de sus labios. Se había liberado de toda la tensión del principio y ahora parecía más relajado, disfrutando de ese momento juntos. Yo seguía tenso. Tenía miedo de que una palabra mal dicha o un gesto raro se lo cargara todo.

—No exactamente.

Se dio la vuelta y se apoyó sobre el saliente del terrado.

—Ven, ponte a mi lado.

Me acerqué a él, lo suficiente como para generar un ambiente íntimo entre los dos. No nos mirábamos, pero sabía que no había dejado de sonreír. Yo tampoco. Se movió hacia mí dando pequeños pasos hasta que su brazo rozó el mío. Me puse rojo como un tomate y clavé la vista al frente para disimular el sofocón. Nos quedamos un rato callados, sin movernos, mientras las luces de los edificios curioseaban nuestra idílica y romántica postal.

—Benji —murmuró—, he estado pensando en lo que me dijiste en el campo de fútbol.

—¿Te refieres a cuando estuviste a punto de pegarme?

—No digas tonterías. ¿Cómo te iba a pegar? Me tocaste mucho los huevos, pero no soy ningún *hooligan*. Además tenías motivos para estar cabreado conmigo.

Mis ojos continuaban fijos en el horizonte. Todavía no me creía que Tito y yo estuviésemos en la azotea de mi casa hablando de nuestras cosas, de nuestros sentimientos, de *nosotros*.

—No, no los tenía —dije sin pensar—. Solo quería que me hicieras caso.

—Entiendo.

Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que acababa de decir.

—Vale, acabo de sonar muy patético.

—No has sonado patético.

—¿No lo soy?

—Claro que no.

Se giró hacia mí, pero yo seguía refugiándome en la nada. Si nuestros ojos se encontraban, me volvería mudo para siempre y no podría hablarle de lo que sentía, de los sentimientos que tenía por él.

—¿No soy patético por estar pillado de un tío al que he visto cuatro veces en mi vida? —lo solté así, a bocajarro.

—No, no lo eres.

A él también le estaba costando Dios y ayuda encontrar las palabras adecuadas para decir lo que quería.

—¿Acaso yo soy patético por presentarme aquí para decirte que no te equivocabas sobre nosotros? —Ese *nosotros* sonaba tan bien en su boca que se me puso cara de bobo.

—¿Sobre *nosotros*?

—Me lo vas a poner difícil, ¿verdad? —Todo mi cuerpo se estremeció. Sentí esa sensación que uno tiene cuando sabe que ha sacado sobresaliente en un examen, pero prefiere martirizarse con la incertidumbre para saborear mejor la victoria. Me armé del poco valor que me quedaba y lo miré con los ojos del que está dispuesto a todo por saber qué se siente cuando das con la persona adecuada—. Vale, me lo vas a poner

difícil.

Se produjo un larguísimo silencio, pero no había segundos incómodos, solo miradas impacientes a nuestros labios e intentos vagos por colarnos en nuestros pensamientos. Los dos queríamos ahorrarnos las palabras que tanta vergüenza nos daba verbalizar. A veces, así es el amor, ¿no?

—A la mierda. ¿Sabes? Yo también quiero más contigo. —Rompió el contacto visual y buscó, como yo, refugio en los rascacielos mientras se volvía a dibujar en su boca esa sonrisa tan bonita—. Es lo más cursi que me oirás decir nunca, pero es la verdad. He intentado autoconvencerme de que lo que sentía por ti era solo algo físico, pero no es así y estoy harto de luchar contra mí y mis puñeteros prejuicios. ¿Tienes algo que decir?

Casi sin darme cuenta, me coloqué detrás de Tito y lo abracé, aferrándome a su cuerpo como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para estar así.

—Joder, qué bien sienta esto —dijo.

—¿Esto está... pasando de verdad? —Noté el calor en mis mejillas.

Tito se dio media vuelta y se arrimó a mí. Las mariposas, que ya tenían contrato fijo en mi estómago, enloquecieron.

—Esto está pasando —susurró antes de darme un pequeño beso en la comisura de los labios.

Suspiré, soltando toda la tensión que tenía acumulada desde mucho antes de que Tito se cruzara en mi camino. Antes de que el chico guay del instituto me hiciera creer que bebía los vientos por mí. Antes incluso de que mi cuerpo y mi mente sexualizasen a los hombres. Llevaba toda mi vida detrás de una declaración como esa. Me lo merecía y aquel tío se había despojado de todos sus fantasmas para darnos la oportunidad de vivir una bonita historia de amor, o al menos intentarlo.

Mientras sus labios caminaban por mi cuello, en mi cabeza comenzaba a sonar el estribillo de *Love Story*, de Taylor Swift:

Romeo, take me,
somewhere we can be alone. I'll be waiting,
all that's left to do is run.
You be the prince
and I'll be the princess.
It's a love story.
Baby, just say yes.[1]

Lo conseguimos, Taylor.

Capítulo 14

Operación, ¿triunfo?

Lunes

Me gustaba sentarme en el sofá y pasar horas y horas viendo series que ya habían pasado de moda. En las últimas semanas me había dado fuerte con *Gossip Girl, Crónicas vampíricas* y *Vis a vis*. Sin embargo, no podía comentarlas con nadie porque de lo único que hablaba todo el mundo era de *Operación Triunfo*.

De pequeño tuve que tragarme unos cuantos *talents* por culpa de mi hermana. Por eso los odiaba y ese era el motivo por el que no mostré ningún interés por *Operación Triunfo*, a pesar de que María y el Murciano no hablaban de otra cosa prácticamente desde que comenzaron las clases. Incluso Naomi no aguantó y al final terminó cediendo a la presión. Le dije que no tenía personalidad, que éramos la resistencia y me había fallado. Lo peor de todo fue que me tuve que comer mis palabras.

Marilia no estaba pasando una buena racha. Las cosas con Pablo no mejoraban y andaba tristona todo el día por la casa, deambulando de un lado a otro sin hacer nada. Odiaba verla así y, de algún modo, me sentía culpable porque ahora era a mí al que le iban las cosas bien. Me pilló con la guardia baja y me convenció para cenar unas riquísimas papas con mojo picón mientras veíamos *Operación Triunfo*, aprovechando que Pablo se había escapado unos días al pueblo con sus padres (y sin ella). Cuando me lo propuso, estuve a punto de mandarla a tomar viento, pero acepté porque en ese momento Marilia

merecía (casi) toda mi atención.

También a mí me venía bien distraerme para no pensar en Tito. Se había convertido en el centro de todo mi universo, aunque todavía no tenía asimilado lo que había pasado en la azotea. Ahora me acechaban otras dudas. No sabía lo que éramos, pero intentaba no darle muchas vueltas y soñar despierto recordando la manera en la que me miró, la forma en la que me abrazó y ese beso que nos dimos sin labios. Porque esa noche no hubo beso, pero tampoco hizo falta. Todo fue tan perfecto que ambos, sin decirlo, decidimos que nuestros labios podrían esperar un poquito más para (re)encontrarse.

Llevaba varios días con Tito en la boca..., en la boca de mi pensamiento, porque a pesar de que estaba decidido a salir del armario de una vez por todas, necesitaba un poco más de tiempo para ordenar mis ideas y, sobre todo, perfeccionar mi discurso de «Hola, soy gay y tengo un novio buenorro». No había nada que pudiera quitarme a Tito de la cabeza, pero *Operación Triunfo*, contra todo pronóstico, lo consiguió durante un rato.

No sé cuántas actuaciones de karaoke habían sonado en el programa, pero solo una muchacha consiguió que la parte más racional de mi cerebro pusiera en su sitio a mi blandengue corazón y a mi impaciente entrepierna, centrando toda mi atención en ella. Enfundada en un espectacular vestido rojo, la misteriosa chica cantaba *Issues* mientras andaba sobre unos cubos gigantes colocados en perfecto orden sobre el escenario. Tenía la voz más bonita que había escuchado en mucho tiempo, pero sobre todo proyectaba muchísimo carisma. Su nombre era Aitana y, desde ese preciso instante, había entrado en el Top 5 de mis artistas favoritas.

La muchacha había conseguido acaparar toda mi atención. Al menos, hasta que recibí un wasap de Tito que me iba a quitar el sueño:

Tito

Oye, ¿¿quieres que pasemos mañana la tarde en mi casa??

23:55

Benji

¿¿En tu casa?? ¿¿Los dos solos??

23:56

Tito

Si quieres le digo a mis padres que nos acompañen, jajajá.

23:56

Benji

Vale, jajajá, no lo había entendido.

23:57

Benji

¿¿Me estás proponiendo una cita, Tito??

23:57

Tito

Algo así. Digamos que podría ser una cita casera.

23:57

Benji

Me parece buen plan.

23:58

Tito

Entonces ¿¿quieres??

23:58

Benji

Claro que quiero.

00:00

Mientras yo saboreaba mi triunfo personal con Tito y me regodeaba en mi nuevo *guilty pleasure* televisivo, María Jiménez había llegado a la conclusión de que el periodismo no le iba a traer ningún éxito en la vida y que prefería coger los atajos necesarios para alcanzar la fama con poco esfuerzo y mucha cara. De entre todo lo que le ofrecía el mundo había decidido ser modelo, convencida de que sus afortunados genes la subirían a todas las pasarelas del planeta. Aquella fría mañana me pidió que hiciésemos pellas para acompañarla a hacer una prueba en una reputada agencia. Era imposible decirle que no, así que accedí a su petición sin rechistar.

Salimos corriendo de la estación del metro de Sevilla. Hacía mucho frío y teníamos encima una nube a punto de explotar.

—Es allí. Corre que como empiece a llover se me jode el peinado.

Señaló un edificio antiguo que hacía esquina con un Starbucks. No tenía mucha pinta de agencia de modelos, pero allí que nos metimos buscando cumplir el sueño de mi amiga, buscando su particular *Operación Triunfo*.

—Estás temblando.

—Tengo lo de abajo tiritando de los nervios.

—Evita decir palabras como chocho o coño en la entrevista.

Subíamos solos en el ascensor. Yo, echando un vistazo al móvil por si recibía algún mensaje de Tito; ella, mordiéndose las uñas como si se le fuera la vida en ello.

—No te muerdas las uñas e intenta ser más natural. Trata de ser más tú.

—No me pongas más nerviosita, Benjamín. Y para ya con el dichoso teléfono, que llevas toda la santa mañana sin quitarle ojo. ¿Tienes una novia por ahí o qué?

Me hice el loco y le respondí algo tan recurrente como:

«¿Qué dices, tía?», antes de guardar el móvil en el bolsillo del pantalón.

Salimos del ascensor y nos adentramos en un apartamento de un blanco inmaculado, con sus muebles de diseño y su personal de facciones perfectas.

—Hola, ¿en qué puedo ayudaros? —La recepcionista estaba tan polioperada que apenas podía abrir la boca.

—Venimos al *casting*. Bueno, mi amiga, yo no.

—¡Sí, señorita! —me secundó María—. Ay, *mamasita*, qué nervios.

La de la agencia puso los ojos en blanco.

—¿Tenían cita?

Escudriñé a María con la mirada, esperando que se hubiera tomado la molestia de haber pedido cita antes de obligarme a saltarme las clases. Ella solo negó con la cabeza, muerta de vergüenza.

—No tenemos cita. Pensábamos que no hacía falta —respondí yo por ella.

—Sin cita no puedo dejaros pasar, lo siento. De todas formas, pronto abriremos nuevas convocatorias —dijo ella con tono triunfal.

—Por favor, señorita, hemos venido desde muy lejos —me encantaba cuando María se esforzaba por ocultar su extremeño y el resultado era una especie de acento cursi y repelente—. Llevo toda mi vida preparándome para esto.

—Le he dicho que no puede. Ya saben dónde está la salida.

De ser por la azafata de turno, el futuro como modelo de María habría durado exactamente unos cinco minutos. Sin embargo, justo antes de marcharnos con todo el bajón, apareció un hombre de unos cuarenta años, uno de esos poderosos y de carisma desbordante, dispuesto a cambiar nuestra suerte. Surgió de la nada y antes de que abriese la boca pensé en lo caprichoso que era el destino y la flor en el culo

que tenía mi querida amiga.

—¿Dónde crees que vas? —Su voz era áspera y profunda.

María miró a su alrededor.

—¿Me dices a mí?

—Sí. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hacer una prueba.

El hombre me miró de pasada y después le hizo un repaso a María de arriba abajo. Cuando terminó el chequeo, sus ojos se encendieron como los de un pirata a punto de hacerse con el tesoro.

—¿Y qué haces que no la estás haciendo?

María me miró desconcertada.

—La de recepción me ha dicho que sin cita no puedo.

—¿Te ha dicho eso?

Chasqueó los dedos para llamar la atención de la repelente azafata.

—Dime, *Boss*.

—¿Por qué le has dicho que necesita una cita para hacer el *casting*?

—Porque es así, ¿no? —Su sonrisa maquiavélica se había convertido en una mueca de terror.

—¡Cómo puedes ser tan imbécil!

María y yo nos compadecimos de ella. La muchacha era una imbécil, pero tampoco merecía que le hablasen de esa forma delante de todos.

—Perdóneme, señor. No volverá a ocurrir.

—Piérdete de mi vista. —El *Boss* hizo un gesto con la mano y ella agachó la cabeza, compungida.

El atractivo cuarentón nos pidió que fuésemos con él hasta una de las salas que custodiaba otra de las empleadas de la agencia. Justo antes de entrar salió una familia. Los padres sonreían orgullosos, mientras que la hija, que no tendría más de catorce, se puso a hacer un directo en Instagram para

contarles a todos sus seguidores que la prueba había salido bien y que pronto tendrían noticias suyas. María se puso bizca solo de escucharla. Le irritaban las *influencers* de pacotilla. De lo que no se había dado cuenta es que ella, en cierto modo, buscaba lo mismo que aquella niña.

Cuando entramos a la habitación, los dos sonreímos de la emoción al ver una enorme y larguísima pasarela blanca rodeada por un montón de espejos.

—¿Cuál es tu nombre, querida?

—María, María Jiménez.

—Tendremos que buscarte un nombre con más gancho.

—Me gusta mi nombre —murmuró, pero el ejecutivo sexi no la escuchó.

Eso, o hizo como que no la había escuchado.

—Vale, querida. Yo soy Valentín, aunque aquí todos me conocen como el *Boss*. Ahora quiero que te subas a la pasarela y me demuestres de lo que eres capaz.

—¿No me vas a hacer ninguna pregunta?

—¿Qué quieres que te pregunte?

—Pues lo típico. ¿Cuál es tu sueño? ¿Qué quiero ser de mayor?

Reí para mis adentros. Me encantaba lo natural que resultaba a veces, y la admiraba todavía más por no dejarse fascinar por la arrolladora presencia del *Boss*.

—No me interesan tus sueños, al menos no hasta que te vea desfilar. ¿Entiendes?

María asintió y se subió a la plataforma hecha un manojo de nervios.

—¿Eres el novio?

—No, *Boss*.

—¿El amigo gay?

Se me revolvió el estómago.

—Soy su amigo, nada más.

—Está bien, ven conmigo.

El *Boss* y yo nos acomodamos en unos sillones que estaban situados justo enfrente de la pasarela. María se colocó en el primer tramo de la plataforma, angustiada.

—Tranquila, María. Esto es pan comido.

—Veo que confías en tu amiga. —El *Boss* me miraba con curiosidad.

—Por supuesto.

—Había olvidado lo ingenuos que sois los adolescentes.

Chasqueó dos veces los dedos y las luces de la sala se apagaron. De pronto, unos focos se encendieron e iluminaron la pasarela. Volvió a chasquear los dedos y empezó a sonar *Me & My Girls* de Selena Gomez. «Demuéstrale lo que vales a este cabrón», pensé. Y María, que no había ido allí a hacerse la tonta, actuó en consecuencia.

Primero se desprendió del abrigo, dejando a la vista un minivestido de lentejuelas que realzaba su figura de Kardashian. A continuación se soltó el pelo, clavó la vista al frente e irrumpió en la pasarela con tal fuerza que casi se me saltan las lágrimas. Sus largas piernas iban perfectamente al compás de la canción, sincronizadas con gracia, mientras el resto de su cuerpo centelleaba por las láminas de su vestimenta. Parecía que María llevaba toda la vida siendo modelo.

—Bendita la ingenuidad de los adolescentes, *Boss* —le susurré al señor, que miraba a María como lo hace un ladrón cuando sabe que va a dar el golpe perfecto.

Jueves

El cielo estaba encapotado y llovía con ganas. Tenía el paraguas en la mochila, pero preferí mojarme y tener la excusa

de poder quitarme la ropa en cuanto llegase a casa de Tito. Bendito otoño en Madrid.

Conocía el camino por aquella agridulce fiesta de Halloween a la que fui con la única pretensión de volver a ver su cara de tipo duro y terminé probando su lengua y manoseándolo de arriba abajo. No me había olvidado del sentimiento amargo de después, cuando me sentí como un trozo de carne que se había comido antes de hacer aquello de «si te he visto no me acuerdo». Pero el destino es tan caprichoso que solo unas semanas después había conseguido que Tito cambiase el chip. Ninguno de los dos éramos los mismos que entonces y en ese momento volvía a la misma casa con unas sensaciones bien distintas a las que tuve la última vez.

—¿Quién es? —Una risita nerviosa se instaló en mis labios cuando escuché su voz por el telefonillo.

—Soy Benji, ¿te acuerdas de mí?

—Anda, sube.

Acudía a su encuentro en unas condiciones lamentables. Me había mojado más de la cuenta y tenía la cara pálida porque no había comido nada en todo el día. Los nervios por nuestra cita me habían quitado el apetito, aunque tuve la precaución de engullir una manzana por si en algún momento de la velada subía la temperatura y tenía que echar mano de mi poca resistencia física. Era la primera vez que iba a estar a solas con él sabiendo que, esta vez sí, ambos aceptábamos las reglas de nuestro juego especial para dos. Por eso había tomado todas las precauciones necesarias: chicles mentolados, una limpieza concienzuda de todas las partes del cuerpo que pueden ser recurrentes al tacto y los calzoncillos para las ocasiones especiales.

Salí del ascensor con la garganta tan apretada por los nervios que me costaba hasta respirar. Allí estaba él, apoyado sobre el marco de la puerta como si no pasara nada.

—¿Sabes lo que es un paraguas? —me dijo cuando me vio con la chaqueta y los pantalones empapados.

—Tengo la cabeza en otra parte —respondí, sin quitarle el ojo a su paquete.

Sonrió.

—Pasa, que te vas a enfriar.

Para mi sorpresa, no reconocí la casa. De día y sin toda la decoración de Halloween parecía distinta, aunque seguía siendo, eso sí, la de una familia con mucha pasta.

—¿Quieres comer algo? Fruta o dulce.

—No, gracias. No tengo hambre.

—Vale, pues veamos. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres ver una peli?

—Como quieras.

Tito se apoyó en la pared.

—¿Prefieres que vayamos a mi habitación, no?

—Creo que esa sí es una buena idea.

Se relamió los labios.

—A mi habitación entonces.

Iba delante de mí, tocándose el pelo de la forma más sexi. Seguro que lo hizo adrede para que me fijara en lo congestionados que tenía los brazos tras una, imagino, dura sesión en el gimnasio. Después se ajustó el pantalón de deporte y el corte de sus *slips* se marcaron como por arte de magia. Él caminaba, pero no necesitaba darse la vuelta para comprobar que, por supuesto, yo analizaba cada uno de sus movimientos. Se puso a un lado y me invitó a entrar.

—Adelante, guapo.

Pasé por su lado, desafiante. Sus ojos azules se habían vuelto más oscuros y buscaban mi boca. Reprimí el impulso de lanzarme a él como un mamífero salvaje que llevaba meses sin aparearse. Él se dio cuenta y dejó escapar una risotada.

—Bienvenido a mi habitación... otra vez.

El cuarto de Tito estaba exactamente igual que la última vez que tuve el atrevimiento de entrar sin permiso: la misma cama para dos, los carteles del Real Madrid empapelando las paredes y enormes tochos de derecho sobre el escritorio. Eché un vistazo rápido y cuando quise darme cuenta nuestros ojos se encontraron. Estaban hambrientos.

—¿Tienes un pantalón para dejarme? —dije, fingiendo una timidez que, curiosamente, no sentía—. No me quiero constipar.

—Claro. ¿Uno de chándal te sirve?

—Sí.

Buscó en una cajonera y me lanzó el pantalón.

—Aquí está. ¿Quieres que me dé la vuelta?

—No hace falta.

Me desabroché los vaqueros y Tito clavó sus ojos en mis calzoncillos. Eran negros, ajustados, y a juzgar por su cara habían cumplido con el objetivo. No me leyó el pensamiento, pero sabía lo que quería.

—Se suponía que esto iba a ser una cita de peli y manta. Ya sabes, acurrucados en el sofá y comiendo palomitas.

—¿No tienes ganas de...? —dije, un poco despistado.

—Lo de la cita romántica lo propuse por ti. Sé muy bien jugar a ese juego.

Tito se quitó el pantalón.

—¿Estamos jugando a ver quién es el mejor *stripper?* —le interrogué pícaro.

—Tú sabrás.

—Está bien.

Sin pensarlo dos veces, me bajé los calzoncillos hasta los pies. Me subió la adrenalina por el cuerpo y me quedé ahí parado, con el pito fuera, sin saber muy bien qué hacer. La vergüenza estuvo a punto de echarlo todo a perder, pero para eso estaba Tito, para tomar las riendas. Vino directo y me

empujó contra la pared. Me lamió el cuello al mismo tiempo que me agarraba el culo con las manos. Me estrujó contra él y jadeé cuando noté su paquete haciendo presión.

—¿Qué pasa, demasiado para ti?

—Qué más quisieras.

Le agarré de la camiseta con tanta fuerza que se la rajé. No dijo nada. Me rodeó, se puso detrás de mí, sin soltarme, y se quitó los calzoncillos. La sentí enseguida, dura y ansiosa. Menudo descontrol.

—¿Y ahora qué? —me retó.

Me di la vuelta y dejé que nuestros labios se tentaran.

—Tranquilo..., shhh... —le susurré.

Me puse de rodillas, se la agarré y me la metí en la boca. Se la chupé teniendo muchísimo cuidado con los dientes. Un movimiento en falso y la magia se esfumaría en un segundo. Comenzó a gemir, por lo que asumí que lo estaba haciendo bien y seguí con mis «manualidades». Me recreé en la punta, apretándola con los labios mientras seguía moviendo la mano de arriba abajo.

—Si continúas así me voy a correr.

—¿Y no es lo que quieres?

—Claro que no.

Tito se incorporó de repente y cuando me quise dar cuenta yo estaba tumbado sobre la cama y él encima de mí, poniéndose un condón para metérmela.

—¿Qué haces?

—Voy a follarte.

—Espera, espera.

—¿Qué pasa?

Pasaban muchas cosas. Muchas dudas. Muchas preguntas. ¿Y si no le gustaba mi culo en pompa? ¿Y si me dolía? ¿Y si no sabía hacerlo bien?

No hubo tiempo para explicaciones. Tampoco para culminar

el gran polvo que se avecinaba. Justo en ese preciso instante, el destino se sacó un as de la manga. La puerta de la entrada se abrió con un sonoro chirrido y la voz de un hombre nos sacó de una buena hostia de aquel coito reconvertido en un *coitus interruptus*.

—¿Tito, estás en casa?

—Mierda, mis padres.

Capítulo 15

Etiquetas

En los pueblos de España, las etiquetas facilitan la convivencia. *El chungo. La pija. El cornudo. La zorra. El maricón.* Todos, queramos o no, tenemos una etiqueta que nos identifica a ojos de los demás. Durante mis últimos años en la Mancha tuve que aprender a convivir con varias, pues mi facilidad de hacerme amigo de las chicas junto a mi ambigüedad sexual desconcertaba a todos esos que necesitaban que todo estuviera dentro de una jerarquía, perfectamente ordenada por sexo, edad y condición social.

En *la capi*, las etiquetas también eran recurrentes, pero se utilizaban de una manera más sutil, excepto cuando tocaba esclarecer en qué punto se encontraban dos personas dentro de una relación. En asuntos de amor, las etiquetas eran igual de válidas en un pueblo de diez mil habitantes que en una gran ciudad como Madrid con sus más de tres millones de personas. Existe el mismo miedo al compromiso y a Tito, a pesar de su prometedora declaración de amor, le entraban los sudores fríos solo de pensar en la pregunta que más temían los lobos solitarios y los maricas que empuñaban el escudo del heterosexual: «¿Qué somos?».

—Así que soy tu amigo —dije con la única intención de llenar el silencio del ascensor.

—Benji, ¿qué esperabas que respondiese? —Todavía no había recuperado el aliento—. Suerte que no nos han pillado.

De no ser por la kilométrica casa, que nos dio unos segundos

para esconder la erección y la vergüenza, los padres de Tito nos hubieran pillado con las manos en la masa.

—Hubiese sido un puntazo. —Me reí.

—No digas eso ni en broma. ¿No has visto la cara de mi madre? Seguro que se ha pensado que eres mi camello.

—Pero si he sido encantador.

—Eso te crees tú.

El ascensor paró en la planta menos uno y aparecimos en el garaje.

—¿Qué hacemos aquí?

—Te voy a llevar a casa.

A pesar de su humor de perros, no pude evitar sentir una punzada de satisfacción. Me había imaginado sentado a su lado del coche desde que lo vi por primera vez aparecer por la carretera de la facultad para recoger a Naomi.

—¿Qué te pasa, Tito?

—Nada, sube al coche.

Obedecí y ocupé el asiento del copiloto.

—Pero ¿por qué te has puesto así de repente? No nos han pillado y hemos pasado un buen rato, ¿no? Eso sí, tendremos que culminar en algún momento.

—¿A ti te da igual todo o qué?

Arrancó el coche y salimos del aparcamiento a toda velocidad para dejarnos arrastrar por la noche madrileña. A cien kilómetros por hora, la ciudad se veía muy diferente. Las carreteras se presentaban más caóticas, pero de las aceras desaparecía esa sensación de estrés que imperaba siempre entre los viandantes. Era otra perspectiva de la ciudad y me quedé un buen rato observándola mientras huía del incómodo silencio que se había interpuesto entre nosotros.

—Tito, solo era una broma. Tampoco esperaba que dijeras: «Papá, mamá, este es Benji, mi novio».

—¿Novios? ¿Quién ha hablado de novios?

Y otra vez ahí estaba, el Tito huidizo al que le horrorizaba el compromiso, el Tito al que le angustiaba llamar a las cosas por su nombre cuando se trataba de sentimientos. En otras circunstancias me hubiera gustado tener la paciencia y la decencia para no darle importancia y esperar al día siguiente a que todo volviese a la normalidad, pero él seguía siendo para mí un rompecabezas y no estaba dispuesto a irme a la cama con la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—Entonces ¿qué somos tú y yo?

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Poner una etiqueta a lo *nuestro*.

—A veces, las etiquetas son útiles. Si no fuera por las etiquetas este mundo se iría al traste.

En realidad las odiaba, pero dadas las circunstancias, en lo que se refería a Tito las necesitaba para saber si esto era amor o solo una historia de fantasía que me había montado yo en mi cabeza.

—Las etiquetas son una mierda, Benji. Por las putas etiquetas no puedo tener una relación sincera con mis padres. ¿Tú crees que dos personas que quieren que me case a los diecinueve años con cualquier niña de bien va a entender lo que tengo contigo? Si todavía no lo entiendo ni yo.

—Tampoco te pases.

—Me refiero —se explicó— a que estamos empezando algo, es verdad. Nunca antes había tenido con un tío lo que tengo contigo. Me flipa esto que tenemos, pero también me agobia. ¿A ti no te pasa?

—A mí me encanta lo que tenemos. ¿Por qué iba a agobiarme? Lo pasamos bien y nos sentimos a gusto cuando estamos juntos.

—¿No te agobia todo lo que hay a nuestro alrededor? A mí me angustia muchísimo intentar echar un polvo contigo en mi

casa y que mis padres entren de repente y tengamos que vestirnos corriendo como si fuéramos dos delincuentes. Me preocupa que por esa calle pueda aparecer Naomi y te vea conmigo en el coche. ¿Qué diría si ahora se para en este semáforo y nos ve juntos? Haría tantas preguntas que al final alguno de los dos terminaría confesando.

—Pues sí que te fastidian cosas.

—Claro que sí, y me agobia que hagas como que no te molesta nada y que quieras etiquetarnos como si fuéramos un paquete de galletas del supermercado.

—Pues deja de sufrir tanto. Intenta no pensar en todo y relativizar un poco las cosas.

—¿Como tú?

—Pues sí, como yo.

—Entonces ¿por qué no le has dicho a nadie que eres gay? Conmigo pareces el abanderado de los homosexuales. Estás deseando que le diga a todo el mundo que estoy contigo, pero ¿y tú? ¿Por qué no lo cuentas?

Tenía razón y eso me hizo sentir como una mierda. Pero yo era de esos que necesitaban tener la última palabra, luchando incansablemente por la razón, así que dejé que sus preguntas se diluyeran en el aire para concederme unos segundos más de ventaja y meditar bien la respuesta.

—Cuesta dar el paso, por eso quiero estar muy seguro.

—¿Y para eso hace falta una petición formal de noviazgo? Pensaba que en la azotea de tu casa quedó bien claro lo que sentía, lo que sentíamos los dos.

Él, al igual que yo, recordó nuestra escena a lo *Tres metros sobre el cielo* en lo más alto de mi casa de ladrillos. Me di cuenta entonces del tipo de conversación que estábamos teniendo, el grado de intimidad que había en nuestras palabras, y las mejillas me delataron. Un mes atrás lo único que podía hacer era endiosarlo en la distancia y ahora estábamos dentro

de su coche dando forma a lo nuestro sin etiquetas.

—¿Qué pasa, Benjamín, ahora te pones colorado?

—No...

El cabrón salió victorioso de este amago de pelea. Se manejaba mucho mejor que yo en este tipo de discusiones.

—Anda, tonto. No pongas esa cara.

—No es que quiera poner una etiqueta —dije, tapándome la cara, avergonzado—. Si he sacado el tema, es porque quiero saber si solo vamos a hacer guarradas o podemos plantearnos otro tipo de cosas.

Se rio a carcajadas y me quedé embobado mirando sus hoyuelos. ¿Cómo podía ser tan jodidamente guapo?

—A ver, ¿qué tipo de cosas te apetecen hacer?

—Pues una cita como Dios manda. Ir al cine a ver una película y hacer manitas. Ir a un buen restaurante a cenar, con sus velas y su vino blanco. Una cita de las de toda la vida, vamos.

—Hecho.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Así de fácil?

—Que no quiera poner una etiqueta a lo nuestro no significa que no quiera hacer más cosas contigo, además de follar. Aunque tengo muchas ganas de follar. Y muchas son muchas, pero también me apetece que nos conozcamos en otros ambientes.

El pecho estuvo a punto de explotarme de la inmensa alegría que me daba escucharle decir eso.

—Entonces vamos a tener una cita en un sitio público como la gente normal.

—Eso he dicho.

Le di un beso en la mejilla y él me lo devolvió en los labios.

—Ahora no vale echarse atrás.

—Benji, contigo no me voy a echar atrás nunca.

Ambos sonreímos y continuamos nuestro paseo nocturno por Madrid siendo Benji y Tito, dos jóvenes que se tenían ganas, que se empezaban a querer sin saberlo y que preferían dejarle al tiempo la responsabilidad de etiquetar lo que eran y lo que serían.

Capítulo 16

Planes

Sábado

A los dieciocho años pensamos que la amistad se cultiva saliendo mucho de fiesta. Durante la noche, cuando todos los gatos son pardos y el alcohol nos despoja de todos los complejos, mostramos una parte de nosotros mismos que ayuda a estrechar lazos con la gente que nos vamos encontrando en el camino. Sin embargo, para que una amistad dure y sea de verdad hay que hacer más cosas que empinar el codo y bailar sin ritmo ni vergüenza. En *Las Cuatro Españas* teníamos eso muy presente. Disfrutábamos mucho de la fiesta, pero el cuerpo nos pedía vernos en otros escenarios que no fueran la facultad, el 100 Montaditos y la tarima de una discoteca.

En medio de mi apasionante romance con Tito se me ocurrió invitarlos al número 6 de Valderromán. Abrirles las puertas de mi casa de ladrillos para mostrarles mi pequeño lugar en el mundo, y de paso resguardarnos de la ola de frío que nos ponía cada vez más difícil lo de beber por las esquinas de Madrid. Lo de ser anfitrión era algo nuevo para mí. Mi abuela Mamen siempre decía que para tener contentos a tus invitados había que poner cuatro tonterías para llenar el buche y jugar al cinquillo hasta las tantas. Para mis amigos tenía pensado algo mucho mejor.

—¿Has montado un cine en el salón? —dijo el Murciano, agitando mucho los brazos.

—Más o menos.

Me ayudó a enganchar la sábana blanca en la pared que iba a hacer de pantalla para la única película de miedo que Pablo tenía en el proyector que me había prestado.

—*Acho*, menuda pasada. Pero ¿tenemos que ver *El resplandor*? Esa peli es viejísima.

—Es *El resplandor* o *Desayuno con diamantes*. Tú me dirás.

—No seas cagueta, Murci —dijo Naomi mientras llenaba de palomitas dulces algunos cuencos de cristal—. Además acaba de llegar María. Con ella ya estás a salvo.

—Mejor que se cuide él solito.

María entró, dejó el abrigo en el primer sitio que pilló y repartió besos para todo el mundo (el Murciano incluido).

—¿Solo hay palomitas? —preguntó el Murci.

—He comprado también patatas. Y para beber tengo Coca-Cola.

—No, no. Solo quiero agua, Benji.

—¿Por? ¿Estás a dieta o qué?

—Pues sí. Quiero estar un par de semanas sin comer grasas saturadas ni beber alcohol. Mi madre me ha pagado una nutricionista y no sabéis la mierda que nos metemos en el cuerpo. ¿Sabéis el azúcar que lleva un cubata de ron? Es una locura, chicos. Tenemos que cuidarnos un poquito que la salud es importante.

—Pero ¿qué tontería te ha entrado ahora, Murci? Estás estupendo y por beber unos cubatas cada semana no pasa nada. Estamos en la edad. —Mi amigo me dejaba alucinado, la verdad.

—Bueno, perder unos kilitos no le viene nada mal —apuntó María.

El Murciano fingió una sonrisa y agachó la cabeza.

—Si no quieres comer palomitas no comas, pero no te rayes la cabeza pensando que estás gordo o que necesitas una dieta porque no es así. —Naomi le echó una mirada inquisitiva a

María, que hizo como que con ella no iba la cosa y se acomodó en el sofá—. No podemos ser modelos internacionales como María, pero aquí todos estamos estupendos.

Le guiñé el ojo a mi amiga por hacerlo tan bien.

—María, ¿has visto las compañeras de película que vas a tener hoy?

—¡Ay, madre! ¿Eso qué son, ratas? —Se levantó del sofá, horrorizada.

—Te dije que tenía animales de compañía.

—Qué asco por Dios. Si mi madre las ve, le da un *jari*.

—Pero si son preciosas —dijo el Murciano, más animado—. Míralas. Con su *pelico* fino y sus ojos rojos.

—Calla, calla, que vomito.

—Qué exagerada eres. Anda, vamos a sentarnos que mis compañeros de piso no van a estar de cena romántica toda la noche.

Nos apretujamos los cuatro en el sofá de tres plazas. Había otro, pero a nosotros nos gustaba vivirlo todo tan intensamente que nuestra primera película de terror tenía que ser así. Naomi y yo compartíamos el mismo interés por el género. Sufríamos viéndolas, pero no podíamos dejar de mirar. Nos abrazábamos cada vez que la tensión avisaba de que venía un buen susto. El pobre Murciano tuvo que apañárselas él solo desde la otra esquina, aunque tampoco le fue tan mal. María se durmió en su hombro al poco de empezar y no se quejó hasta que en uno de esos momentos de terror, la extremeña se puso de pie de repente y se nos quedó mirando con todo el pelo sobre la cara.

—*Acho*, ¿qué hace esta tía? No hagas bromas con estas cosas.

—Es sonámbula, Murci. —Naomi se encargó de ella—. No hay que despertarla.

—Esta chiquilla está fatal. Menudo susto me ha dado.

María volvió a dormirse. Accioné la palanquita del proyector para continuar viendo la película cuando tuvimos otro

sobresalto. Un teléfono sonó de pronto. Naomi pegó un grito ensordecedor y el Murciano dio un bote, dejando a María desnucarse con el brazo del sofá.

—Pero ¿qué pasa aquí?

—Joder, es una videollamada de mi amiga Jimena —acepté —. Pichonza, nos has dado un susto de muerte.

—Ay, lo siento. Me dijiste que te llamara hoy para que me contaras lo de...

—Sí, para que te contara cómo me ha ido la semana —la interrumpí, nervioso—. Estoy con *estos*. Mirad, chicos, es mi amiga del pueblo.

—¡Jimena! —gritaron los tres a la vez.

—Hola, chicos, qué ilusión poneros cara. Benji no para de hablar de vosotros.

—Por fin hablamos —dijo Naomi—. ¿Cuándo vas a venir de fiesta con nosotros a Madrid? Nos tienes que contar todos los secretos de Benji.

—Benji no tiene secretos —mintió.

—Alguno tendrá el *jodío* —insistió María con su cara de recién levantada—. No suelta prenda de las novias que se echa en el pueblo. ¡Menudo tiene que ser!

—¿Sabéis que sigo aquí, no? Ya vale hablar de mí. Jimena, te llamo mañana y hablamos tranquilamente, ¿vale?

El Murciano, que tenía una miopía importante, se acercó a la pantalla de mi móvil para apreciar de cerca los encantos de mi amiga.

—Pues Jimena está bien buena.

—Todavía no ha colgado —le recriminó María.

—Vale, se acabó la videollamada. ¡Adiós, pichonza!

—¡Adiós, chicos!

María se puso sola en el otro sofá. El Murciano intentó sentarse a su lado y ella se repantingó.

—¿Cómo puedes ser tan *desaboría*?

—¿Y tú cómo puedes ser tan baboso? ¿No hay ni una sola tía a la que no le metas fichas?

—Solo he dicho que la chica es guapa. ¿Qué tiene eso de malo?

—Que tienes novia, *alelao*.

—Bueno, las cosas no nos van muy bien ahora.

—Normal. Es que para aguantarte a ti hay que armarse de paciencia.

—¿Por qué siempre tienes que dejarme mal?

Naomi movió la cabeza de lado a lado, apiadándose de ellos dos. Se había convertido en una costumbre que se tiraran los trastos a la cabeza y se hicieran de menos a la primera de cambio, pues eran incapaces de reconocer que se morían de ganas de estar juntos.

—No van a dejar de discutir.

—¿Qué hacemos con la película? —pregunté.

—Vamos a terminarla. Sube el volumen y ya se callarán.

Mi teléfono volvió a sonar.

—¿Otra vez Jimena? Ya le he dicho que... Espera, no cojas el móvil.

Demasiado tarde.

—¿Qué hace Tito escribiéndote?

Cogí el teléfono, nervioso.

—Querrá saber si hemos salido.

—¿Y por qué no me pregunta a mí?

Tito

Mis padres tienen cena el próximo sábado, pero estaba pensando que invitarte otra vez a mi casa no sería buena idea porque terminaríamos haciendo guarradas, así que he pensado que estaría guay ir al cine. Eliges tú la peli.

23:23

—Pues efectivamente me pregunta si tenemos plan para esta noche.

—Qué raro.

—¿Raro por qué? Ahora también somos amigos.

—Ya veo ya...

Benji
Se me acaba de poner una sonrisa de tonto...
23:24

Tito
Entonces ¿¿¿quieres???
23:24

Benji
¡Claro que quiero!
23:24

Tito
Avísame cuando se vayan estos y te pego un toque...
Tengo ganas de escucharte...
23:25

Naomi seguía dándole forma a un pensamiento en su cabeza. Se le notaba, no podía disimularlo, y yo no conseguía quitar mi cara de bobo por lo que acababa de pasar. ¡Tito proponiéndome una cita! Perdía la noción del tiempo y el espacio cada vez que entraba en escena. Cuando se trataba de Tito, solo tenía ojos, oídos y manos para él. Se me olvidaba hasta respirar. No era consciente de que fuera de ese mundo idílico que había creado para los dos, la gente seguía observando a su alrededor. Y Naomi, además de ser muy buena observadora, era muy rápida sacando conclusiones.

Capítulo 17

La primera cita

Sábado

El metro de Madrid es el lugar recóndito más masificado que conozco. A más de cuarenta metros de profundidad se congrega en los andenes y trenes una multitud que no entiende de raza, género o clase social. En estas cabinas subterráneas se reúne lo mejor y lo peor de *la capi*, esa masa de ciudadanos que se traslada de un sitio a otro mientras escapan por unos minutos del reloj y sus angustiosas rutinas.

La idea de añadir este medio de transporte a mi vida me fascinaba cuando planeé mi mudanza a la gran ciudad. Pensaba que sería muy *cool* poder contar a mis amigos las apasionantes aventuras que se vivían bajo tierra. Pero en este caso, lamentablemente, la realidad no superaba a la ficción. La iluminación era blanca como la sala de espera de un ambulatorio y los pasajeros tenían las mismas caras que un niño con varicela. En el metro no había miradas cómplices ni sonrisas alegres. Tampoco amores a primera vista. Ahí era costumbre poner cara de seta y no mirar otra cosa que no fuera tu móvil. También servía como taller de lectura. Había gente que se tiraba horas encerrada en esos trenes subterráneos y, ya puestos a perder el tiempo, leer era el mejor de los pasatiempos, leyeses a Stephenie Meyer o a Ortega y Gasset.

Intentaba rehuir del metro siempre que me era posible, pero en Madrid estabas condenado a entenderte con los abonos, los tornos y toda la jungla que se concentraba bajo los cimientos

de la ciudad. Por suerte, me adaptaba rápido a los cambios y sí, adquirí el gesto serio y desagradable, pero también aproveché para devorar toda la bibliografía de Laura Gallego. Me leí la trilogía de *Memorias de Idhún* en un par de semanas. Le siguieron *La emperatriz de los Etéreos, Dos velas para el diablo* y *El libro de los Portales*. En ese momento estaba enganchado a *Donde los árboles cantan,* la historia de una princesa cuya vida se va al traste cuando los bárbaros conquistan su reino y huye a un bosque encantado donde se encuentra con un chico un poco raro. Se me vino Tito a la cabeza y deseé que Viana, la protagonista de la novela, tuviera el final feliz que yo estaba saboreando en esos momentos.

«Próxima parada: Príncipe Pío. Al salir, tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén». La sobria voz del altavoz del metro me avisó que había llegado a mi destino. Guardé el libro en la bandolera y me coloqué frente a las puertas del vagón. El tren frenó en seco con un escandaloso chirrido y las puertas se abrieron de par en par, liberando a todas las almas ansiosas que salieron en estampida por las escaleras mecánicas. Conseguí abrirme paso y subir después de que dos marujas remiradas casi me tirasen a las vías de un empujón. Maldijeron en alto a la juventud de hoy en día. Me quedé con ganas de decirles algo, pero se parecían demasiado a Encarna y Elena, las íntimas amigas de mi abuela Mamen, y no me lo hubiese perdonado.

Sí, se me puso un humor de perros, pero se esfumó en cuanto divisé al final de la escalera al chico más guapo de Madrid, de España y seguramente de todo el planeta Tierra. El corazón me latió con fuerza, la garganta se me secó en cuestión de segundos y en el estómago las mariposas iniciaron su ritual de apareamiento. Por fin íbamos a tener nuestra primera cita, sin etiquetas y sin muestras de cariño en público, pero una cita al fin y al cabo.

Tito me esperaba apoyado en una columna. Se había tomado la molestia de pararse unos minutos a pensar lo que se iba a poner. Llevaba una camisa a juego con sus ojos azules y los vaqueros estrechos no le podían sentar mejor. Me miré de arriba abajo para comprobar por enésima vez que la camisa que había elegido no me hacía un tirillas y que los pantalones ocultaban el culo pollo que había heredado de mi madre. Asentí, haciéndome a mí mismo un gesto de aprobación.

Me encontré frente a frente con él. Me observaba con atención y esa sonrisa suya, que tenía el poder de hacer conmigo lo que quisiera.

—Llegas tarde —dijo antes de ofrecerme su mano para saludarme.

Se la estreché con fuerza, como hacen los colegas entre sí, pero me permití el lujo de alargar el saludo más de lo que dictaba el protocolo para una simple amistad.

—Qué bien aprietas las manos.

—No seas travieso, Benji. —Los dos sonreímos y nos pusimos en marcha—. Bueno, ¿qué película vas a querer que veamos? ¿Una romántica? ¿Un drama de esos de llorar a moco tendido?

—¿Te gustan las comedias románticas?

—No mucho, la verdad.

—Ya me imaginaba. Reconozco que soy bastante fan de ese tipo de pelis, pero hoy no. Hoy vamos a ver *La liga de la justicia*.

—Así que eres de esos a los que les gustan los superhéroes... —vaciló—. Bueno, no me parece mala opción.

—¿Has visto las demás?

—Creo que me dormí con *Batman v Superman*.

—¿Cómo es posible?

—Es malísima. ¿Cómo puede ser que toda la movida que hay entre Batman y Superman se resuelva porque las madres de los dos se llaman Martha? Es ridículo.

—Hay que mirar más allá. La película es superentretenida y

sale Wonder Woman, que es lo mejor que le ha pasado a DC desde la trilogía de *El caballero oscuro*.

—Pero ¿hay más películas de esto?

—¡Claro! *El hombre de acero, Batman v Superman, Escuadrón suicida* y *Wonder Woman*.

—Eres más friki de lo que pensaba.

—Solo un poco.

Le tuvo que parecer tierno porque me estrujó el hombro en lo que entendí como una muestra de cariño.

—Pero ¿entonces puedo ver *La liga de la justicia* si no he visto las otras, no?

Le puse al día mientras hacíamos la kilométrica cola que había para comprar las entradas. También le expliqué la enorme diferencia que hay entre el universo cinematográfico de Marvel y el universo cinematográfico de DC, aunque me demostró que sabía más de lo que decía. Me sorprendió su faceta cinéfila. Hasta tenía directores de referencia. ¡Y yo que creía que era de esos que solo pensaban en fútbol, fútbol y más fútbol! Entendía de superhéroes, pero prefería cualquier película de Tarantino antes que ver «a tíos en mallas salvando el mundo». Su Top 3 era: *Pulp Fiction, Django desencadenado* y *Malditos bastardos* (en ese orden).

—Pensaba que solo te gustaba el fútbol.

—Pensaste mal, Benjamín.

Como buen caballero andante que era, Tito tuvo el detalle de pagar las entradas, haciendo caso omiso de mis intentos vagos por ser cortés.

—Todavía queda media hora para que empiece la película —dijo—. ¿Tomamos algo? Conozco un sitio en el que hacen unos batidos increíbles.

—¿En serio?

Y tan en serio. Nos sentamos uno enfrente del otro, cada uno con su vaso alto hasta arriba de nata.

—¿Esto parece una cita de verdad, no? —No me lo podía creer.

—Eso parece. —Tito me observaba desde el otro lado, sosegado. No era consciente de lo que me imponía tenerlo delante.

—¿No es tu primera cita, verdad?

—No lo es. He tenido alguna que otra.

—¿Siempre con chicas?

—Siempre con chicas. ¿Y tú?

—Bueno, quedé una vez con una chica de mi pueblo. Tenía un año menos que yo. Nos tomamos unas cervezas y después me invitó a ver una película en su casa.

—Más o menos lo que estamos haciendo nosotros ahora. —Asentí—. ¿Y pasó algo?

—Ella quería y le puso ganas, pero salí corriendo de allí. Lo intenté....

—Pero no se te puso dura.

—Exacto.

—Te estás poniendo rojo.

—Pues entonces no me mires más porque me voy a poner peor.

Se rio con todas las ganas y me acarició la mano con mucho disimulo.

—¿Y esa es toda tu experiencia con mujeres?

—Me lie con una de Alicante en las fiestas de mi pueblo. Bebí tanto que me dio un coma etílico.

—¡Benji!

—¿Qué pasa? En mi pueblo si estás con una chica guapa y no te la follas...

—Eres marica.

—¿Con cuántas chicas has estado tú?

—Con bastantes, la verdad.

—¿Y has tenido novia?

—Un par. Con una estuve un par de meses y con la última un año.

—¿Dos novias con lo joven que eres? Bueno, eres un año mayor que yo.

Su cara amable se esfumó.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Naomi?

—Sí, pero no pasa nada.

—¿Qué te ha contado?

—Solo que repetiste un curso, nada más. Por eso tienes tantos amigos.

Toqué un tema delicado para Tito. A punto estuve de cargarme toda la magia de la cita.

—Vale, vale. No importa. No fue una buena época y no me gusta recordarla. Perdona si he sonado borde.

—No te preocupes..., ¿y te pones cachondo?

—¿Cómo dices?

—¿Que si te pones igual de cachondo con las chicas que con los chicos?

Apretó los labios para contener una sonrisa.

—¿Quieres decir que si se me pone igual de dura cuando estoy con una tía que cuando estoy contigo?

—Más o menos es lo que estoy queriendo decir, sí.

—Alguna vez no he estado a la altura, pero no suelo tener problemas.

—Entonces eres bisexual.

—¿Ya estamos con las etiquetas?

—Dios me libre de poner etiquetas a nada.

—Te quejarás. Estamos tomando un batido mientras hablamos de nuestras cosas. Y sabes muy bien lo que me pasa ahí abajo cuando te tengo cerca, así que...

—Así visto no hay más preguntas, señoría.

—Menos mal, porque llegamos tarde a la película.

Tenía muchas más preguntas para Tito, pero nuestra charla

llegó a su fin. Corrimos por los pasillos del centro comercial, empujándonos y haciéndonos rabiar como dos niños en el patio de un colegio. Estaba tan a gusto con él que no pude disimular mi cara de felicidad cada vez que sus ojos buscaban en los míos un guiño de complicidad.

Entramos a la sala a oscuras y con la película ya empezada. Le dije que odiaba perderme los tráileres. Formaba parte de la magia del cine. Me contestó que los veríamos la próxima vez, lo que significaba que todo estaba yendo sobre ruedas. Y esto solo fue el principio. Por más que intenté prestar atención a *La liga de la justicia,* Tito no paró quieto. Eligió la última fila adrede. Apartados de todo el mundo ganábamos intimidad para pasar al siguiente nivel. Primero fueron los roces. Puso su mano junto a la mía y me tocó con el dedo meñique. Una pequeña caricia que para mí significó un mundo entero. Después vino el beso en la mejilla. Rápido, corto, pero de los de verdad. Algo fugaz que manifestaba las ganas que teníamos de tenernos cerca. Entrelazamos los dedos de las manos mientras nuestras miradas furtivas se aseguraban de que todo el mundo estaba a lo que tenía que estar. Eso le dio alas a Tito. Soltó mi mano y dejó caer la suya sobre mi pierna, deslizándose hasta mi bragueta. Di un pequeño brinco en mi asiento y a él se le escapó una carcajada que llamó la atención de unas chicas que estaban unas filas más adelante. Volvimos a colocarnos en nuestro sitio.

—Nos va a ver la gente.

—Qué va. Está todo el mundo muy pendiente de *Batman* y la chica *Wonder*.

—*Wonder Woman*.

—Eso, eso.

Puso su mano otra vez en mi paquete, que comenzaba a entonarse. El suyo ya tenía vida propia bajo la tela de los vaqueros. Me excitó tanto que hice lo mismo que él, incluso fui

un poco más allá. Le bajé la cremallera y metí la mano sin avisar. La agarré por encima del calzoncillo y su cara de gusto me hizo querer más. Teníamos una cuenta pendiente, una tensión sexual no resuelta que nos pedía a gritos pasar a la acción

—Voy al baño a mear. ¿Te vienes? —preguntó.

—¿A mear?

—A mear y lo que surja.

Dicho y hecho. Entramos en el primer baño que nos cruzamos por el camino. Tito fue directo al meadero, que estaba bastante ocupado. Esperé mi turno, impaciente. El destino o simplemente la casualidad quiso que se quedara libre el urinario que estaba justo a su lado. Me la saqué, todavía en forma, y evité mirar la suya. Había gente a nuestro alrededor. Giré disimuladamente la cabeza y aparté la vista. ¡Se estaba masturbando! Fui a agarrársela, pero un hombre de unos cincuenta años rompió la magia cuando entró y se puso a mi derecha. Guardé a la bestia, le dediqué a Tito una mirada cómplice y me alejé de allí antes de que algún votante de Vox nos pillara con las manos en la masa y tuviéramos algún problema. Tito salió detrás de mí.

—Muy interesante lo que ha pasado ahí dentro. —Asentí con la cabeza—. ¿Quieres volver a entrar a la sala?

—¿Qué sugieres que hagamos...?

Apretó la mandíbula y su mirada me penetró, ansiosa.

—Tengo una idea mejor.

—¿Cuál?

—Sígueme.

Salimos de nuevo a la planta principal del centro comercial y la imagen con la que nos topamos me recordó a la mítica secuencia de *Chicas malas* en la que Lindsay Lohan se queda loca cuando ve a sus compañeros de instituto en un perturbador ritual de apareamiento. Quizá fuera yo, que tenía

la libido por las nubes y era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en follar. Tito iba delante de mí, a paso ligero y esquivando a la muchedumbre. Sus ganas de sexo eran tan evidentes como las mías. Llegamos a una zona poco concurrida. Tito se metió por un pasillo que no daba a ninguna parte y se perdió.

—¿En serio? —dije, dirigiendo mis pasos hacia la boca del lobo.

Otro cuarto de baño. Me asomé al de los chicos. No había nadie. Salí y miré también en el de chicas. Nada. Reparé entonces en una tercera puerta: el baño de minusválidos. Toqué dos veces, pero nadie respondió. Volví a tocar.

—¿Tito?

Abrí la puerta despacio y ahí estaba él, apoyado sobre el lavabo.

—¿No se supone que en las citas primero se va al cine, se ve la película, y luego se hace lo que se tenga que hacer? No hemos aguantado ni quince minutos.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que nosotros hacemos todo al revés?

Se puso frente a mí, dejando una distancia muy corta entre nosotros.

—Esto está mal —dije, mientras Tito, sin quitarme los ojos de encima, se desabrochaba el pantalón—. ¿Y si nos pillan?

Mis ojos se clavaron enseguida en lo que en mi pueblo llaman «la merienda». Los calzoncillos le iban a explotar y a mí me habían inculcado que siempre hay que ayudar al prójimo. No fui capaz de dejar al pobre chico con el calentón. Me relamí los labios y Tito sonrió. Sabía que había ganado la batalla. Intentó besarme antes de dejarme hacerle, pero esquivé el beso y me puse de rodillas.

—¿No es esto lo que querías?

Le bajé los calzoncillos de un tirón y salió con la misma

energía que un conejo sale de la chistera. Trató de metérmela en la boca. No le dejé. Esta vez, las riendas las llevaba yo... o eso pensé durante los escasos segundos que me permitió poner en práctica mi juego de manos.

Cambiamos los roles. Yo me levanté y él se agachó. Me la chupó, mi primera mamada, y se me puso tan dura que nunca en mis dieciocho años de vida me la había visto tan grande. Se le daba francamente bien, la experiencia supongo, y no duré mucho.

—Me voy a correr.

—Todavía no. —Se levantó y, sin limpiarse la boca, nuestras lenguas se saborearon con ansia—. Pajéate.

Nos quedamos el uno enfrente del otro, pegados por nuestros besos húmedos y bruscos mientras nos manoseábamos todas las partes del cuerpo. Nos teníamos tantas ganas que el clímax no se hizo de rogar. Me corrí en sus pantalones y apoyé mi cabeza en su pecho, escuchando su corazón latiendo a mil por hora.

Capítulo 18

Fiesta en el infierno

Lunes

—¿Y esa sonrisa? Ha pasado algo.

Mi cara era un poema y Jimena, como mi mejor amiga, tenía la capacidad de adivinar todo lo que se escondía detrás de cada uno de mis gestos, a pesar de estar viéndonos por Skype y haber entre nosotros más de trescientos kilómetros de distancia.

—Cómo me conoces, pichonza.

—Se podría decir que casi te he parido.

—Vas a flipar con lo que te voy a contar.

Jimena abrió mucho los ojos, esforzándose por darme el protagonismo que en ese momento merecía.

—¿Hay novedades en los mundos de Benji?

—Hay novedades —dije, sin parar de sonreír.

—¡Ay, pichón! ¿Qué ha pasado?

—Digamos que... —Me encantaba hacerme el interesante— ... Soy un hombre nuevo.

—¡No te creo! ¿Habéis follado?

—Casi.

—En el sexo no hay casis.

—Nos pajeamos. Él a mí y yo a él.

Jimena abrió la boca después de comprobar que mis ojos no mentían.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo pasó? Qué *heavy*, pichón.

Agarré el portátil y me espatarré sobre la cama.

—No puedo hablar muy fuerte, que están Pablo y Marilia en casa.

—Vale..., pero ¡cuenta!

—El sábado fuimos al cine a ver *La liga de la justicia*.

—Qué... ¿romántico?

Le saqué la lengua. Jimena odiaba mi faceta más friki y tenía razones para ello. Desde que me dio por el cine de superhéroes a ella le había tocado acompañarme a ver muchas de esas películas. Solía salir horrorizada, pero las amistades de verdad hacen eso: hoy por ti, mañana por mí.

—¿Te gustó?

—No duramos ni un cuarto de hora viendo la peli. Iré a verla otra vez, aunque sea solo.

—Tenías la cabeza puesta en lo que iba a pasar después, ¿no? —Dejó escapar una fuerte risotada.

—Más bien estaba pensando en el durante.

—¿Cómo? Me estoy perdiendo, pichoncito.

—No paramos de meternos mano en el cine. En la vida me había puesto tan cachondo y al final terminamos en un baño...

—*What?*!

— Terminamos en los baños de un centro comercial.

—*WHAT*?! ¡¿Que hicisteis *eso* en un sitio público?!

A Jimena le encantaba echar mano de expresiones inglesas cuando no encontraba en el vocabulario español las palabras adecuadas para mostrar su nivel de sorpresa. Era tan entregada a la causa...

—En el baño de minusválidos... —puntualicé.

—¡No te creo! Te estás despendolando en los *madriles*.

—Es Tito el que me está llevando por el mal camino.

—Madre mía. ¿Y no follasteis? Bueno, así mejor. No te veo perdiendo la virginidad en un cuarto de baño con el olor a pis y todo.

—A ver, espero que cuando eso tenga que pasar sea en una

cama, con unas velas y la música de fondo. Lo del otro día surgió y estábamos tan calientes que no lo pudimos evitar. Teníamos que culminar de una vez el tema pajas.

Hizo un gesto de aprobación.

—Pues claro, pichón. Hoy una *gayola* y mañana un folleteo. No tengáis prisa.

—Fue una pasada, la verdad. Me sentí como si estuviera en mi propia película porno.

—¿Y después, no te dio cosa estar con él?

—Pensaba que me iba a morir de la vergüenza, pero cuando salimos del baño, me hizo sentir muy a gusto. Me llevó a casa y estuvo supercariñoso. No paró de hacerme carantoñas todo el rato.

Jimena me miraba con fascinación, como una madre mira a su hijo de primaria cuando en el boletín de notas hay muchos «progresa adecuadamente». Se alegraba de mis avances con Tito, pero en sus ojos detecté un atisbo de tristeza que hizo que esta victoria personal se volviera un poco agridulce. Juntos habíamos soñado durante años con encontrar a ese chico perfecto que nos hiciese vivir la historia de amor que tanto ansiábamos. Yo, escondido en un armario, se lo ponía jodido a Cupido. Sin embargo, el *Tira flechas*, como lo llamaba mi sobrino el mayor, no llegaba a acertar con Jimena. Al final, los que la rondaban solo le regalaban los oídos con el único propósito de enrollarse con ella y poder así tocarle las tetas.

—Cuánto me alegro. ¿Cuándo le vas a volver a ver?

—Pues espero que pronto, pero cuéntame tú. ¿Qué tal por Cuenca? ¿Algún pretendiente nuevo que merezca la pena?

Se acabó hablar de mí. Jimena había seguido de cerca mi historia con Tito, soportando todos mis momentos de bajón, que no habían sido pocos precisamente. Ahora que por primera vez estaba saboreando lo que era la felicidad completa, no iba a regodearme en ella. Me tocaba escuchar a mi amiga y rezar

por ella a los dioses de la Mancha.

Martes

En Madrid, el otoño nos había dado una tregua y el sol nos invitaba a pasar de las soporíferas lecciones del profesor de Documentación informativa. Estábamos tumbados a la bartola sobre el césped recién cortado. Naomi casi nos hizo sentir mal por arrastrarla al fracaso universitario, pero ella era más leal a la amistad que a su propia educación y nos siguió sin rechistar.

—Creo que voy a ir a uno de esos programas de televisión para reconquistar a mi churri —dijo el Murciano en cuanto pusimos el trasero en el suelo.

Lo del Murciano con la camarera del Uñas Chung Lee estaba condenado al fracaso. No se había dignado a presentárnosla en todo este tiempo y eso ya decía mucho del tipo de relación que tenían. Intentaba adornarnos la historia relatando los bonitos paseos que daban por el Templo de Debod y lo bien que se entendían en la cama, pero Naomi y yo, que ya lo conocíamos como si le hubiésemos parido, sabíamos perfectamente que eran intentos vagos por llamar la atención de María. Ella ya se había hartado de su inmadurez y le vacilaba siempre que tenía la ocasión.

—Claro, puedes ir a *Sálvame* a contarle a Paz Padilla lo mal que estás con una tía a la que has visto cuatro veces en toda tu vida —le dijo María—. De verdad, cada día que pasa estás más *atontao*.

—¿Por qué dices eso? Deja de echar por tierra todo lo que hago.

—¿Tu sueño es ir a la televisión a hacer el ridículo?

María se cansó de escucharlo. Se tumbó, extendió sobre la hierba su pelazo Pantene, y desconectó de las ocurrencias del

Murciano. Naomi y yo suspiramos al mismo tiempo. A los dos nos rondaba por la cabeza la misma pregunta: «¿Cuándo coño se van a enrollar?».

—María, ¿alguna noticia del *casting*?

—No, tío. No paro de llamarlos y no cogen el teléfono.

—Qué raro.

—¿Verdad? Mi madre dice que es una red de tráfico de personas.

—¡Qué bestia, tía! —dijo Naomi.

—Eso le he dicho yo, aunque es muy raro. Le encanté al *Boss*. Lo vi en sus ojos. ¿Verdad, Benji?

—Estas cosas llevan su tiempo, así que no te desesperes.

Me tumbé al lado de María, respiré profundamente y estiré los brazos y las piernas para desperezarme. Podía tirarme horas y horas así, tumbado a la bartola y hablando de nuestros problemas del primer mundo. Podía hacerlo siempre y cuando el Benji *enchochado* me diera un poco de tregua.

Saqué el móvil para ver si tenía algún wasap de Tito y la decepción fue mayúscula. Me gustaba silenciarlo de vez en cuando para sorprenderme con algún mensaje suyo, aunque empezaba a entender que él no era un romántico empedernido como yo y tampoco era muy dado a utilizar el móvil en horas de clase. En mi interior se produjo un dilema existencial porque no sabía qué hacer: ¿me tragaba el orgullo y le escribía o tiraba el teléfono y me ponía a hablar con Naomi sobre la próxima fiesta?

Benji

Me estás haciendo el vacío porque sabes que la chupo mejor que tú.

12:43

Benji

Nos hemos saltado Documentación y nos hemos venido un rato a tomar

el solecito.

12:43

Benji
¡Guapo!

12:44

Tito se puso en línea y un cosquilleo me subió del estómago a la boca. Leyó el mensaje y se desconectó sin contestar. Por un momento me sentí el tío más triste de toda la Complutense, pero la sensación duró poco.

Dos chicos con pinta de pijos resabiados se plantaron de pie a mi lado, mirándome desde arriba con descaro.

—¿Qué tal estáis, chavales? —dijo el más bajito.

Tendrían veintitantos años y hablaban como esos políticos entusiastas que dicen todo muy rápido para intentar tapar las mentiras que esconden.

—¡Queremos invitaros al fiestón del año! —dijo el otro.

—¿He oído fiesta? ¡Contad zagales! —El Murciano se puso de pie enseguida.

María no les hizo ni caso. Siguió tumbada como lo haría Kendall Jenner, supongo que pensando en alternativas para su carrera como modelo. Naomi y yo, por educación, escuchamos la oferta.

—Este jueves es la Nochevieja universitaria y...

—¿Nochevieja universitaria? —le interrumpí—. ¿Eso qué es?

—Es una fiesta que hacen todos los años —se adelantó Naomi, dejando al chico con la palabra en la boca—. Es solo para universitarios y te tienes que vestir igual que en Nochevieja.

—Exacto —confirmó el relaciones públicas.

—Qué buena pinta, ¿no? —dijo el Murciano.

—Sí, pinta bien, pero tenemos exámenes, es una mala

semana.

—¿Desde cuándo te importan tanto los exámenes, Naomi? —le pregunté extrañado.

—Para eso estamos en la universidad, ¿no?

¿Naomi rechazando una fiesta? Teníamos un par de exámenes la semana siguiente, pero carecían de importancia. Algunos profesores querían que no nos pillara el toro después de Navidades y nos pusieron estos controles para evitar dramas futuros.

—No digas tonterías.

—Coged estos *flyers* —dijo el relaciones—. Lo único que tenéis que hacer es enviar un wasap al número que pone para que os metan en listas, ¿vale?

Naomi se tumbó al lado de María sin decir nada más. Dejé que el Murciano y su verborrea terminaran la conversación y fui a hablar con ella. Quería saber qué le rondaba en la cabeza, pero tenía un mensaje de Tito que me hizo olvidarme de todo.

Tito
¡¡¡Feo!!!
12:57

Tito
¿Vas a ir a la Nochevieja universitaria??
12:57

Releí el último wasap como cinco veces, como siempre. Después me giré hacia mis amigos para ser la persona más egoísta de la historia.

—A la fiesta esa hay que ir sí o sí.

Miércoles

Solía sentir un rechazo absoluto por las películas antiguas, pero *Pretty Woman* era un clásico que las mujeres de mi casa, mi madre, mi hermana y mi abuela Mamen, tenían en alta estima. Por eso, cada vez que nos juntábamos en vacaciones y la echaban por la tele tocaba apretarnos en el sofá y hacer plan familiar. Mi condición de homosexual y fan empedernido de las comedias románticas hacía que la disfrutara más que mi padre y mis hermanos, pero aun así tampoco conseguía fascinarme tanto como a ellas. Me encantaba, eso sí, el momento en el que Julia Roberts se hacía dueña y señora de los probadores de la tienda, presumiendo en pantalla de lo bien que le quedaba la ropa cara.

Naomi y yo nos habíamos citado esa tarde en Gran Vía para ser un poco Julia Roberts y comprarnos ropa que nos hiciera destacar en la Nochevieja universitaria. El único impedimento era que contábamos con un presupuesto muy reducido. Estar en Madrid no salía barato y mi padre me amenazaba cada dos por tres con cerrar el grifo si seguía viviendo por encima de mis posibilidades. Si volvía a llamarle para pedirle dinero, seguramente me colgase el teléfono sin dirigirme la palabra nunca más. Me conformé con los cincuenta euros que me dio mi hermana Carmen para ocasiones especiales. Ni siquiera intentamos entrar a una de esas tiendas en las que te miran por encima del hombro. Nos fuimos directamente al Zara.

Allí, como en toda la Gran Vía, reinaba el caos. Había tanta gente que resultaba imposible no olerle el sobaco al de al lado o escuchar las guarradas que se decía una pareja en un probador. Echaba de menos las tiendas de mi pueblo. En Modas Pascual y New Manhattan había aforo completo cuando más de diez personas coincidían en el local. Además, te trataban como a cualquier hijo de vecino. Me gustaba ir de compras, pero odiaba hacerlo en Madrid. Naomi parecía que compartía mi opinión, porque no había abierto la boca desde que entramos

en el imperio de Amancio Ortega.

Subimos a la segunda planta, la de caballeros, y eché un vistazo rápido buscando algo que me apañara para la fiesta. No quería ni ponerme un traje ni ir con una camisa normal y corriente. Al final, cogí un par de jerséis de cuello alto, varios chinos entallados y unos zapatos de vestir marrones. Naomi iba detrás de mí sin decir nada.

—Tú hoy estás muy rara —dije desde el probador. Ella esperaba fuera—. Bueno, llevas toda la semana rara de cojones.

—No seas tonto. ¿Por qué dices eso?

—¿Te parece poco no querer ir a la Nochevieja universitaria?

No contestó. Abrí la cortina, con el pantalón a medio abrochar y el pecho al descubierto.

—Benji, que hay gente.

Tenía los ojos empañados y sospeché entonces que Naomi tenía algo más que una mala semana.

—Naomi, ¿qué pasa? Tienes los ojos...

Naomi rompió a llorar, y el *eyeliner* resbaló por sus mejillas dibujando ríos de agua negra. Iba a abrazarla cuando me di cuenta de que la gente no nos quitaba ojo.

—¿Qué cojones miráis?

Agarré a Naomi por la muñeca y la metí conmigo al probador.

—Tranquila, tranquila. ¿Qué pasa?

—Gracias —consiguió decir mientras se sonaba la nariz con un clínex usado—. Gracias de verdad, Benji.

—No me des las gracias, hija. Si tampoco sé qué te pasa.

—No lo sabes, pero siempre estás ahí.

—Para eso estamos los amigos.

—Qué haría yo sin vosotros.

—Los amigos están para cuidarse, Naomi. Solo quiero que estés bien y seguro que todo se va a arreglar, sea lo que sea.

—Pinta muy mal.

—Naomi, me estás asustando. ¿Qué te pasa?

—A mí no me pasa nada.

—¿Entonces? ¿Ha pasado algo malo?

Agachó la cabeza.

—Mi madre tiene cáncer.

Aunque fuera el ruido era atronador, en el probador se hizo un silencio sepulcral.

—¿Cómo...? ¿Pero...?

Todo se me removió por dentro y descubrí una nueva sensación en mí que no conseguía descifrar. Del cáncer sabía lo que todo el mundo: que era una enfermedad chunga, muy chunga. La conocía de oídas, la vi alguna vez de lejos, pero nunca me había tocado tan de cerca.

—Llevaba mucho tiempo tosiendo. Yo veía que no se encontraba bien, pero ella no quería ir al médico. Decía que era alergia, que todo estaba bien.

—Pero ¿tu madre era enfermera o algo de eso, no?

—Sí, pero no se quiso hacer nada.

—Joder.

—Hace unas semanas se desmayó en el centro de salud y le hicieron un montón de pruebas. Tiene metástasis, Benji. Tiene metástasis. Se va a morir y yo no sé qué hacer.

No dije nada más porque no tenía las palabras necesarias para un momento así. Me puse tan triste que me olvidé de la ropa, de Tito y de la maldita Nochevieja universitaria. Solamente la estreché entre mis brazos y dejé que lo llorara todo.

Jueves

Salí corriendo al pasillo, intentando encajar el pie en el zapato izquierdo mientras introducía los brazos por el chaquetón color

berenjena que había comprado en el último momento. Me miré de reojo en el espejo de la entrada y mi ego se multiplicó por diez. Tito se iba a tener que controlar para no besarme delante de todo el mundo.

—¿Ya te vas, polluelo?

Marilia salió de la cocina, con el delantal puesto y el pelo recogido en un moño.

—¿Voy guapo? —más que preguntarlo, lo estaba afirmando.

—Sabes que sí.

Después hizo lo que hacen todas las madres. Me colocó el abrigo correctamente y con un poco de saliva enderezó el remolino que tenía en el cogote.

—Sabes que te quiero, ¿no?

Le encantaba presumir de sentimientos, y no me molestaba, aunque por aquel entonces yo no era muy dado a regalar «te quieros».

—Lo sé.

Le di la espalda y me eché un último vistazo en el espejo.

—No lo sabes. Hoy es el día que más te quiero.

—Claro, porque cada día me quieres más.

—No es eso.

Me di la vuelta y me la encontré con la cabeza gacha, sollozando.

—Oye, que yo también... Ey, pero ¿qué pasa? Que sí que te quiero.

La abracé y ella refugió su cabeza en mi pecho.

—Pues que Pablo y yo...

Primero Naomi y ahora Marilia. ¿Qué cojones estaba pasando?

—Joder, lo siento.

La ruptura se iba a producir tarde o temprano. Me quedó claro después de nuestra última conversación en la azotea. Pero Marilia se había convertido en un pilar muy importante para

mí en Madrid y, aunque era un cambio que ella necesitaba, no sé si estaba preparado para vivir sin ella.

—A la mierda la fiesta. Lo que necesitas es un nuevo pase de *Chicas malas* y un buen cuenco de helado de vainilla.

—¿Qué dices, cachorro?

—Si no quieres ver *Chicas malas* podemos ver otra. *500 días juntos, Cómo perder a un chico en 10 días, Novia por contrato*…

—¡No digas tonterías! —Me agarró por los hombros y clavó sus ojos llorosos en los míos—. Ahora mismo te vas a la Nochevieja universitaria esa y te tomas un par de chupitos a mi salud.

—Pero…

—Ni peros ni peras. Ya hablaremos más tranquilamente.

—Pero vas a estar cuando vuelva, ¿no?

—Claro que sí. Ve y diviértete, bobo.

Algo en su voz me decía que me estaba mintiendo. Antes de que pudiese insistirle, Marilia dio por terminada la conversación y, como una buena madre, se quedó quietecita en el umbral de la puerta hasta que me metí en el ascensor.

El Florida Retiro era un palacete situado en el pulmón de Madrid. Un sitio que, como temía, estaba perfectamente ideado para que los ricachones más jóvenes pudiesen dejar de ser los chicos buenos que eran delante de papá y mamá. Por dentro parecía un prostíbulo, cubierto por tapices rojos y lleno de sillones de cuero negro. Encima de un escenario, mujeres semidesnudas bailaban al ritmo de una música que invitaba a la ingesta masiva de estupefacientes.

—¿Qué es este sitio? —dijo María, intentando imponerse al atronador sonido que escupían los altavoces.

Ella, como el resto, no entendía qué hacíamos allí. Aunque nos habíamos vestido «de etiqueta» como los demás, ese no era

un sitio para nosotros. Éramos *Las Cuatro Españas* y en aquel lugar solo cabía una, la de los repeinados que buscaban en la *fariña* escapar de sus vidas aparentemente perfectas y encorsetadas. ¿Sabría Tito al tipo de fiesta que habíamos venido?

Lo busqué sin éxito entre el gentío. Miré el WhatsApp por si me había escrito, pero no había ni rastro de él en aquel infierno de terciopelo rojo.

—¿Qué hacemos? —dijo Naomi, con el ánimo por los suelos.

Tenía claro que la Nochevieja universitaria haría que desconectase de todo el drama que estaba viviendo en casa, pero aquella fiesta no era la que ella necesitaba en esos momentos y me sentí superculpable.

—Hagamos una cosa —improvisé—, vamos a echarnos unos chupitos, nos tomamos unas copas y, si el alcohol no ayuda, cogemos nuestras chaquetas y nos vamos al McDonalds a comernos una hamburguesa llena de grasa y carne de perro.

—¡Voto a favor! —me apoyó el Murciano.

—Ole tu *pilila* morena —dijo María.

Naomi esbozó una sonrisa, más animada. Nos agarramos como la piña que éramos y nos dirigimos a la barra más cercana para bebérnoslo todo.

Tres copas después seguíamos horrorizados con la estampa que teníamos ante nosotros, pero los chupitos de absenta, además de calentarnos el morro, nos quitaron la vergüenza a María y a mí lo justo como para poder mantener una conversación con el DJ del Florida Retiro. Era calvo, musculoso y tenía la cara del típico al que no le gusta que le hablen en horas de trabajo.

—¡Perdona, ¿te puedo pedir una canción?!

—¿Cuál? —No quitaba ojo a la mesa de mezcla.

—Mmm..., ¡*Robarte un beso*, de Sebastián Yatra!

—No la tengo.

—Pues la de Shakira con Carlos Vives.

—Tampoco.

—¿Cualquiera de Daddy Yankee?

Negó con la cabeza.

—Pues nada.

Me di por vencido, pero María Jiménez estaba guerrera. Se puso a mi lado y con todo su extremeño le soltó:

—¿Me pones la de *Tírate por un balcón,* de J Balvin?

—¿Cómo...?

—¿Que si tienes la de *Me pego un tiro con la música de mierda que pones*?

Y más panchos que anchos volvimos a la pista abrazados y riéndonos de la cara de tonto que se le había quedado al DJ, que nos maldecía en la distancia.

—Tienes el *chichi* más valiente de España.

María se me echó a los brazos y tuvimos un momento de exaltación de la amistad que fue interrumpido por el único hombre al que quería encontrarme esa noche.

—¿Cuánto amor, no?

A pesar del chunda chunda reconocí la voz de Tito y me ruboricé como el niñato que era cada vez que se cruzaba en mi camino.

—Pero ¡si es el guaperas!

María le marcó la mejilla con su pintalabios rojo y yo le tendí mi mano para estrechárnoslas como los dos hombres que debíamos ser entre tanto pijo heterosexual. Tito, sin embargo, me dio un manotazo y me ofreció la otra mejilla.

—¿No te apetece marcarme la otra mejilla?

María soltó una carcajada y yo, que estaba sintiendo los efectos secundarios de la absenta, le agarré la mandíbula con las dos manos y le planté un beso en el mentón.

—Volvamos con estos —dije, dándome la vuelta para que ninguno de los dos se diera cuenta de mi cara de tonto

enamorado.

Encontramos al Murciano y Naomi en todo el meollo, dando saltos como locos.

—¿Qué te has tomado? —le preguntó Tito a Naomi mientras le daba un abrazo.

—Solo dos o tres chupitos. —Rio el Murciano.

—Estáis fatal —dije—, pero me gusta vuestro rollo.

Agarré a María de las manos y saltamos, con los brazos arriba y pisando el suelo con fuerza. Se unió Naomi, que se abrazó a María. Después el Murciano y por último Tito que, tras mirarnos entre admirado y avergonzado, se sumó a la causa. El tiempo pasaba más despacio y me fijé en sus caras de disfrute. De repente me sentí pletórico, feliz por la familia que había hecho en Madrid, contento por ver a Naomi abstrayéndose de todo y muriendo de amor al ver con nosotros al tío que me estaba haciendo sentir cosas tan bonitas.

—Quiero darte un beso —le susurré bajito.

—¿Vamos a tomar el aire?

—Claro.

Nos liberamos de la maraña de brazos y les dejamos que siguieran cuestionando las leyes de la física con aquel baile imposible y falto de coordinación. Toreamos a las almas descarriadas que se tomaban demasiado en serio todo aquello y salimos al frío exterior buscando un poco de intimidad.

Dirigimos nuestros pasos a las profundidades del Retiro, tan oscuro que apenas se distinguía nada. Nos movíamos a paso ligero, deseosos de encontrar un sitio en el que darnos un poco de cariño. Caminamos sin decir nada, intercambiándonos sonrisas y miradas de afecto. Nuestros labios se estaban llamando a gritos, pero todavía tenían que esperar un poco más. Anduvimos un rato hasta que el camino se abrió y nos topamos con una fuente blanca encabezada por una inquietante estatua.

—Es la fuente del Ángel Caído. —Tito me leyó el pensamiento.

—¿Es conocida?

—Es un zona de *cru*...

—¿De qué?

—De *cruising*.

Solté una risita sarcástica.

—Ahora entiendo por qué me has traído aquí.

—Solo quiero que estemos a gusto, que nadie nos moleste.

Tito me cogió de las manos y se quedó mirándome, diciéndome cosas bonitas sin palabras. Nuestras narices se rozaron y él se mordió el labio. Quería posponer el momento beso un poco más.

—Me estás complicando mucho la vida —dijo.

—¿Por qué?

—Porque empiezas a ser imprescindible.

Se estaba poniendo tierno y al Benji enamoradizo le quedaba poco para explotar de la emoción. Me controlé. Sabía que la culpa de que Tito sacara su lado más sensiblero la tenía el alcohol, pero me lo callé. Mejor eso que hablar, ponerme cursi y cagarla.

—¿Te estás enamorando? —le lancé la pregunta intencionadamente, aunque puse en mis palabras todo el sarcasmo del mundo para que no lo notase.

Exageró su risa, aunque en la oscuridad de la noche pude apreciar que se había puesto rojo. De pronto, una idea asomó en mi cabeza y la solté por la boca sin masticarla siquiera.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche? Si te apetece...

—¿Y tus compañeros de piso?

—Hablaré con ellos al día siguiente. Creo que ya va siendo hora de que cuente quién soy realmente.

La magia se esfumó de golpe. Tito frunció el ceño y se apartó.

—No me puedes arrastrar contigo.

—¿Cómo? No, lo que quería decir...

—Me parece bien si quieres salir del armario, pero no sacándome a mí también.

—Tito, no quería decir eso. No me estás entendiendo.

Me angustié y las palabras salieron atropelladas de mi boca. No era capaz de explicarme. Los nervios me lo impedían y también la rabia por haber estropeado aquel momento de película.

—Entonces ¿qué querías decir?

Le agarré las manos y me acerqué a él, con la mirada suplicante.

—Nada, olvídalo, ¿vale?

Y casi lo olvidamos. Sin embargo, mi cuento de hadas estaba a punto de convertirse en la peor de mis pesadillas.

—Ey, ¿qué cojones estáis haciendo? —Una voz nos sorprendió a lo lejos.

Tito me empujó y se echó a un lado.

—Quítame las manos de encima.

No entendía qué estaba pasando. Me sentía confundido y no sabía muy bien qué hacer. Cuando me quise dar cuenta, un individuo pasado de tuerca apareció entre la espesura de los árboles.

—Coño, eres tú Tito.

Tito estrechó la mano a un chico moreno y menudo. Con los nervios y el traje reglamentario de la Nochevieja universitaria me costó reconocerlo.

—Óscar, joder. Qué susto me has dado. ¿Qué haces por aquí?

Respiré, aliviado.

—¿Este es el amigo ese de Naomi, no? —Su pregunta sonó a amenaza y me estremecí.

—Volvamos a la fiesta, anda. Solo le he acompañado a que tomara un poco el aire. Va pedo y...

—¿Va pedo e intenta besarte?

Óscar esquivó a Tito y se me puso de frente, con la cara desencajada por la rabia, por la droga o ambas cosas.

—¿Te mola mi amigo, mariconazo? ¿Qué hacías cogiéndole la mano? —Me pegó un empujón y me caí al suelo—. Maricón de mierda.

Levantó el puño, amenazante, pero Tito lo paró.

—Vámonos, anda. No merece la pena.

—Qué asco de maricones —dijo antes de escupirme en la cara.

El miedo me paralizó. Tito le dedicó una sonrisa aprobatoria a su amigo y abrazados como colegas volvieron a la fiesta, dejándome allí tirado, a oscuras y sin saber qué hacer. Sin entender cómo en un segundo lo que parecía el comienzo de mi gran historia de amor se había convertido en un mal sueño del que no podía despertar.

—¿Qué haces aquí tirado? ¿Tan pedo te has puesto? —Me estremecí cuando escuché unos pasos a lo lejos, acercándose a mí. Me cubrí la cara con las manos—. ¡Benji!

—¿Naomi?

—¿Benji, qué ha pasado?

—Naomi, ayúdame.

Se lo supliqué sin darme cuenta de que las lágrimas salían de mis ojos sin control.

Capítulo 19

La Mancha después de Madrid

Viernes

Mis padres siempre me habían dicho, en una de sus muchísimas lecciones de vida, que a los problemas había que mirarlos de frente. Escurrir el bulto o darles de lado no era una opción. Huir, tampoco. «Si no, serás un cobarde», me dijo mi padre el día que llegué a casa lloriqueando porque un repetidor de 2º B me había robado el bocadillo y no me había liado a tortas con él. También recordé cuando me encerré en mi habitación durante todo un fin de semana porque no quería contarles que llevaba cuatro asignaturas suspensas para septiembre en cuarto de la ESO. Por lo general, huir del problema era mi opción favorita. ¿Qué mejor que darle tiempo al tiempo para que todo volviese a su sitio? Con el paso de los años aprendí que las cosas no se arreglan solas y que la mayoría de las veces hay que coger el toro por los cuernos para que el problema no se haga bola. Con Tito, sin embargo, no me veía capaz ni de darle tiempo a mi corazón para que se lamiera las heridas ni de facilitar un respiro a mi cabeza, que trabajaba a toda velocidad buscando alguna explicación a todo lo que había pasado.

No quería ni sus disculpas ni sus excusas de chico atormentado. Le bloqueé en WhatsApp, lo metí en la lista negra de mi agenda de contactos y hui despavorido de Madrid. Adelanté mi vuelta a casa por Navidad, me salté un par de semanas de clases y regresé a ese lugar de la Mancha del que me marché con tantas ganas para poner en *off* a Tito y todo lo

que estuviera relacionado con él. Eso también incluía a *Las Cuatro Españas*, que estuvieron los días siguientes a la fiesta en el Florida Retiro intentando sonsacarme por qué había desaparecido del mapa, literalmente. Para colmo, no sabía si las cosas en Antonio Machado iban a seguir igual. Marilia ya no estaba cuando llegué a casa aquella fatídica noche y no tenía ni idea de si a mi regreso la volvería a ver o, por el contrario, tendría que apañármelas yo solo con Pablo y las ratas del salón para siempre.

El viaje en bus se me hizo eterno. Demasiado tiempo para pensar. Escuché dos veces la *playlist Canciones machaconas para mentes sufridoras*. Un poco de ruido en mi cabeza no me venía nada mal en ese momento. Más tarde me entraron ganas de melodrama y me quité la espinita viendo *Una cuestión de amor*. Película gay. Película francesa. Final deprimente. También fui un rato observando el paisaje tras el asfalto. Mala idea. Entre tanto campo amarillento y gasolineras, su nombre amenazaba con volver. Cogí el teléfono con las manos temblorosas y marqué el número de Naomi. «Si te pones mal, me llamas. Si te entran ganas de escribirle, me llamas. Si necesitas llorar, me llamas. Benji, para cualquier cosa me llamas». No quería. Bastante tenía ella con lo de su madre, pero no podía parar de pensar en él. No podía, y estar encerrado en aquel autobús de hojalata me estaba consumiendo. Marqué y le di al botón de llamada. Primer tono. Segundo tono... y nada, colgué.

—Nenico, ¿estás bien?

La señora que estaba a mi lado se incorporó. Pelo canoso, mirada triste y sonrisa entrañable. Se echó un *cheeto* a la boca y lo saboreó como si fuera una *delicatessen*.

—Sí, claro. Solo un poco harto de tanto bus.

—¿Vas a Alicante?

—No, no. Me bajo en la siguiente parada.

—¿Para ver a la familia? —Agité la cabeza en señal de

afirmación—. Eso está muy bien. Yo sí voy a Alicante. Allí ahora hace una temperatura estupenda. Estaré unos días. Bueno, quizá me quede más. Depende de lo que me acuerde de mi Manolo.

—¿Su marido?

—Mi todo. Se murió hace unas semanas, el pobre. Pensaba que iba a llegar a los cien y a los setenta se lo ha cargado una neumonía muy fea.

—Lo siento mucho. De verdad.

La mujer me ofreció la bolsa de *Cheetos*.

—Antes no comía estas cosas, pero la vida son dos días y ahora hago lo que me da la gana.

—¿No tiene hijos?

—Tengo dos, uno en Santander y otro en Barcelona. No me dan nietos y poco se acuerdan de mí.

—No diga eso, mujer. Los hijos a veces somos un poco egoístas, pero siempre nos acordamos de los padres.

—Eso espero, pero ya me da igual. Yo también voy a hacer mi vida. Mírame. Ahora me ha dado un arrebato y a Alicante que me voy a pasear por la playa de San Juan. Qué cosas más bonitas me decía mi Manolo allí.

—Parece que se quisieron mucho.

—Muchísimo. Ya te digo, toda una vida juntos. Y no todo fue color de rosa, pero mi Manolo me lo dio todo. Ojalá tú encuentres a una chica que te haga tan feliz. En esta vida hay que conocer el amor al menos una vez. Antes de Manolo tuve un par de pretendientes, pero ninguno como él. Ninguno como él.

Ignoré lo de «una chica».

—No tengo ningunas ganas de complicarme, créame.

—Ay, jovenzuelo, ¿a qué viene esa cara entonces? Te lo veo en los ojos. Tú ya lo has conocido.

—¿Conocido el qué?

—¿El qué va a ser? El amor.

El autobús hizo sonar el claxon. De la nada apareció un castillo hecho de piedra en lo alto de una montaña. Me despedí de la señora. Antes de bajar me ofreció otra vez su bolsa de *Cheetos* y tuve que reprimir el impulso de abrazarla. Nos dimos las buenas noches y nos deseamos lo mejor.

Abajo, al pie de la marquesina, justo al lado del restaurante Los Gabrieles y un cartel que decía «Los mejores montados de la provincia» me esperaba el comité de bienvenida. En fila india, uno detrás de otro, estaban mi padre, mi madre, mis tres hermanos con sus queridos y mis dos sobrinos. Los niños se abalanzaron sobre mí en cuanto puse un pie en la acera. Les siguió mi hermana Carmen, que me aprisionó entre sus brazos y comenzó a picotearme la mejilla con esos besos que tanto echaba de menos. Fran y Álex me chocaron la mano. Entre nosotros, desde que volaron del nido y pasé a tener por fin mi propia habitación, no había demasiadas muestras de cariño. Mi padre me dio el abrazo más largo que me había dado nunca, después de reprocharme que le costaba todos los meses la nómina de un mileurista. La última fue mi madre. Me acurruqué en sus brazos y por primera vez en mucho tiempo sentí que no me podía pasar nada malo. La misma sensación que cuando era un niño y me metía con ella en la cama después de una pesadilla.

—Ya estás en casa, cariño.

Respiré hondo. No quería ponerme a llorar delante de todos.

Sábado

Esa noche soñé con Tito. Estábamos dando un paseo por la Gran Vía cogidos de la mano. Me miraba con esos ojos que dicen más que las palabras. Me sentía el chico más afortunado

del mundo andando por aquella calle infinita con el hombre con el que pasaría el resto de mi vida. Sin embargo, como muchas veces pasa, el cielo se tiñó de negro y su amigo Óscar apareció. Nos pilló *in fraganti* y lo primero que hizo fue pegarme un puñetazo en la cara. Caí al suelo y le pedí ayuda a Tito, pero se quedó quieto, señalándome con el dedo acusador, riéndose de mí tan fuerte que todo el mundo se acercó a ver lo que pasaba. Óscar se preparaba para darme el golpe de gracia cuando desperté.

Al principio me sentí totalmente desorientado. Estaba en mi habitación y, a efectos prácticos, seguía siéndolo: la misma cama con las mismas sábanas de Superman. La misma estantería con los mismos libros (todas las sagas fantásticas de los últimos veinte años). Las mismas pegatinas viejas de coches que mi hermano Fran pegó en el escritorio antes de que heredara su cuarto. Pero ya no la sentía del todo mía. En una esquina había un cesto enorme con juguetes de mis sobrinos. En otra una bici estática que mi madre había puesto para combatir el colesterol. Sabía que eso podía pasar, que mi habitación se pudiera convertir en la sala de recreo de mi casa cuando me fuera, pero era todavía peor. La habían convertido en el sitio de muchas cosas, y de mí ya no tenía casi nada. Eché de menos mi habitación minúscula de Antonio Machado y por un segundo me hubiera gustado estar allí, respirar tranquilo entre esas cuatro paredes que sentía como mías. Después me vino el olor a tostadas, tostadas con mermelada de fresa casera y mantequilla, y se me pasó todo menos el mal humor.

—Os ha faltado tiempo para meter todos los bártulos en mi habitación. —El primer mordisco a la tostada me supo a gloria —. Buscar hueco para los trastos de los niños es una cosa, pero lo de la bici estática es pasarse.

—¿Quieres un zumo de naranja con las tostadas?

—Toda la casa parece distinta.

Mi madre cogió el exprimidor y se puso manos a la obra.

—Qué tonterías dices. La casa está igual que siempre.

—Claro que no. Mira ese exprimidor, es nuevo. ¿Y qué ha pasado con el Belén de siempre? Esos Reyes Magos que habéis puesto de colorines no me gustan nada. Por no hablar del olor.

—¿Qué pasa con el olor? ¿Huele mal la casa?

—Huele diferente. No huele igual.

—Será tu padre, que todavía no se ha duchado.

Mi padre entró en la cocina, besó a mi madre en la frente y se sentó al otro lado de la mesa.

—Nena, ponme algo de comer. Tus hijos se han pasado esta mañana con la ruta. Cuarenta kilómetros sin parar con la bici.

—¿Quieres un bocadillo de jamón con tomate?

—Eso mismo. Y una cervecita fría.

—También la puedes coger tú. Tienes la nevera detrás de ti —le solté molesto.

—Pero ¿a este qué bicho le ha picado? Menos tonterías que me tienes contento. El año que viene ya te estás buscando un trabajo en Madrid y te pagas tus fiestas y tu ropa.

—Con tal de no oírte, hago lo que sea.

—¿Cómo dices?

—Tengamos la fiesta en paz. No os pongáis a discutir ahora por el dinero —dijo mi madre, tratando de mediar entre los dos.

—Claro que no. Si papá tiene razón. El año que viene me buscaré un trabajo y así tendrá dinero para comprar tres bicis. Una para Fran, otra para Álex y otra para él. A Carmen no le toca bici porque es mujer y no sabe darle a los pedales.

—¡Pues sí que estás tú bueno!

Mi padre pegó tal golpe en la mesa que el vaso de zumo se derramó por el suelo.

—Ni se te ocurra recogerlo —ordenó a mi madre—. Ahora mismo limpias todo esto. Y que sea la última vez que me hablas

de esa manera. Pero a Madrid a qué te he mandado, ¿a estudiar o a convertirte en un desagradecido?

Mi padre no había acabado conmigo. Me tenía reservado un sermón por pasarme de la raya, pero llegó mi hermano Fran con mis dos sobrinos y la casa se convirtió en un parque de atracciones del que hui despavorido. Unos meses atrás me ponía loco de contento cuando esos dos terremotos cruzaban el umbral de la puerta. Al mayor, de seis años, cada vez me unían menos cosas. Solo quería jugar/ver/hablar de fútbol. Mi hermano presumía delante de todo el mundo de que su hijo jugaría en la liga profesional. Él le llevaría la carrera y dejaría de ser el agente inmobiliario que vendía casas en pésimas condiciones. Con el pequeño todavía tenía esperanzas. Se pasaba las horas preguntándome todas las ocurrencias que le rondaban por la cabeza y le fascinaban las cubiertas de todos los libros que me veía leer. Me recordaba mucho a mí, pero ni caso le hice al pobre.

Entré en un bucle complicado, seguramente originado por mi propia frustración al darme cuenta de que alejarme trescientos kilómetros de Tito no había cambiado nada. Me seguía doliendo, con un nudo en la garganta y unos nervios agarrados al estómago que no me dejaban pensar con claridad. Pero no me hundí en el pozo. Tenía a mi superheroína a tres manzanas de mi casa y una vez más me salvó del desastre.

Antes de comer toda la familia se fue a tomar el aperitivo al bar de la esquina. Martinis para ellas y cerveza para ellos. No los acompañé, yo hice lo que hacía antes de irme a vivir a Madrid. Me compré una bolsa de pipas en la tienda de chucherías de siempre y me senté en el portal de la casa de Jimena esperando a que terminara de acicalarse. No era de emperifollarse mucho, pero se tomaba las cosas con calma por muy bocabajo que estuviera la vida de su amigo.

—¡Pichón!

Su abrazó me supo a gloria y me llenó de energía. Cuánto lo necesitaba, madre mía. Uno muy parecido me dio unas horas antes de despedirnos aquel día de septiembre. Estábamos de fiesta, borrachos, y nos estrujamos durante los tres minutos que sonó *Symphony*.

—¡Pichonza!

—Estás espectacular. *La capi* te está sentando genial.

—¿Estás de coña, no? Tú estás guapa, yo estoy en la mierda.

—¿Yo? Pero si me he puesto como una foca —dijo, rodeándose la barriga con los brazos—. Me paso el día probando recetas nuevas y termino comiéndomelo todo.

—No digas tonterías. Ahora estás como más mujer.

—Sí, como una mujer de cuarenta años con sobrepeso. —Me arrancó la primera sonrisa en días.

—Estás tan guapa como siempre.

—Bueno, que eso da igual. Vayamos a lo importante, ¿cómo estás?

Agaché la cabeza y sacudí los brazos.

—¿Damos la vuelta de siempre y te cuento?

—Damos la vuelta de siempre y me cuentas.

Cuando Jimena y yo quedábamos para salvar el mundo, es decir, para pensar en la solución a todos nuestros problemas y posibles opciones para cumplir con nuestras ambiciones personales y profesionales, siempre hacíamos el mismo recorrido. Cruzábamos el Paseo Rojo, bordeábamos el castillo y terminábamos en el parque de los Reyes Católicos, territorio en el que tu rango de popularidad te daba un sitio u otro. Si te tocaba la fuente de los patos con los niños, estabas acabado socialmente. Si subías a la Maquinilla, pasabas a formar parte de la corte del rey. Y si te sentabas en el Templete, pasabas desapercibido y nadie se fijaba en ti. Ese día, después de muchos meses, volvimos a andar lo que tanto habíamos andado, pero las cosas eran muy diferentes. Los problemas

habían cambiado, y ella ya no era la única persona en el mundo que conocía mi pequeño secreto.

—Naomi me pilló con la guardia baja. Estaba tan jodido que cuando me encontró allí tirado, me puse a llorar como un bebé y se lo conté todo. No pensé en si se lo iba a tomar bien o mal, si luego se lo contaría a los demás... Me llevó al Brillante de Atocha a comer un bocadillo de calamares, me tranquilicé y me abrí en canal.

—¿Le contaste todo?

—Todo, todo, todo. Que me gustan los chicos desde siempre. Que fui a Madrid para salir del armario y me acojoné cuando hicimos pandilla. Que me fijé en Tito el primer día de clase que apareció con su cochazo. Que me hizo la cobra en el Uñas Chung Lee. Que he estado en su casa a solas con él. Que nos hemos chupado los rabos...

—Pero ¡pichón! —Su risa escandalosa sonó en todo el parque —. ¿Y qué te dijo? ¿No flipó?

—La *jodía* lo sospechaba desde Halloween, pero no me dijo nada por si me hacía sentir mal. Dice que tenemos una química brutal y que María y el Murciano no lo ven porque están a lo suyo, pero que es muy evidente.

—¿No se lo va a contar a nadie, no?

—No, no. Es una tía de fiar y me quiere un montón, o eso espero.

—Pero está claro que en la Nochevieja universitaria salió a pillaros.

—Y menuda sorpresa se llevó.

—Pero ¿no se supone que Tito es un macho alfa a ojos de los demás?

—Se supone. Tito es el amigo guapo, «hetero» y popular. Tiene a todo el mundo engañado con su fachada de chico perfecto, a todos menos a Naomi y a mí. Pero ella tampoco le había preguntado nada a pesar de sus sospechas.

—¿Y después de lo que te ha hecho no va a hablar con él?

—No se quiere meter, Jimena. Dice que Tito no ha tenido una vida fácil, que es muy de guardárselo todo para él.

—*What*? Su amigo te pegó y te dejó ahí tirado. Lo menos que puede hacer es coger y cantarle las cuarenta. O que le cuente al matón de su amigo que a él también le va la marcha, a ver qué pasa.

—Yo qué sé, pichonza. Ya no sé ni qué pensar. Además, Naomi bastante tiene con lo que tiene. Es amiga de los dos y no quiero que se meta en movidas cuando a su madre le han diagnosticado cáncer.

—Tienes razón, tienes razón. Si es que el Tito me pone de muy mala leche. ¿Tú cómo estás?

—Llevo muchos días intentando no pensar en él, pero en cuanto me quedo solo ahí aparece.

—Eso es que te gusta de verdad.

—Me encanta, pero es un cabrón. Me lo tengo que quitar de la cabeza sea como sea.

—Bien dicho. Que le den. Ni se te ocurra escribirle ni nada por el estilo.

—No, no. Tampoco soy tan patético. Estoy buscando la forma de olvidarme de él. ¿Alguna idea?

—Pichón de agua salada, va a ser difícil, pero tarde o temprano no te acordarás ni de su nombre.

—Bueno, ya tengo experiencia. ¿De cuántos chicos me he enamorado aquí? De un porrón. Y de todos conseguí olvidarme.

Jimena me agarró del brazo como lo hacen las marujas de las casas circundantes del castillo y nos pusimos a andar sin rumbo.

—Benji, esos tíos eran amores platónicos. Nunca llegaste a nada íntimo con ninguno de ellos. Lo de Tito es distinto. ¡Os habéis pajeado!

—Calla, burra. Nos van a oír.

Era la hora del aperitivo y no había nadie a nuestro alrededor.

—Pero ¿tengo o no tengo razón?

—Claro que la tienes. Con Tito tengo la historia con la que he soñado siempre.

—Solo le sobra la parte en la que él no acepta su homosexualidad y es un imbécil.

—Exacto.

Me vinieron a la cabeza algunos de los chicos que habían tocado mi corazoncito sin saberlo.

—¿Te acuerdas de lo que me pillé de Hugo?

—Para no acordarme. ¡Eso sí que fue un drama!

—Me hubiese casado con él si hubiera querido.

—Si hubiera querido, pero es superhetero. De hecho, lo es bastante. Creo que ha cortado con Alba y ahora está con una de Valencia.

—Reconoce que era bastante ambiguo.

—El episodio en las piscinas fue raro, la verdad.

—¿Y lo de Pablo? Me daba cachetes en Educación Física.

—Lo de Pablo fue una película que te montaste en la cabeza. —Jimena puso especial énfasis en las últimas palabras—. Eso lo hacen todos los tíos y lo sabes.

—Mi vida siempre ha sido un drama, la mires por donde la mires.

Jimena me dio la razón como a los tontos y dejó que divagara un poco más entre los amores no correspondidos que habían pasado por mi vida antes de que Tito hiciera su aparición estelar y pusiera mi mundo al revés.

—Echaba de menos que me contaras tus dramas *face to face*. Y echaba de menos estos paseos.

—No te pongas sentimental y suelta por esa boquita, que mi madre me está llamando ahora mismo para ir a comer. —Mi móvil no dejaba de vibrar.

—¿Qué quieres que te cuente, pichón?

—Todo. ¿Cómo vas por Cuenca? ¿Te han puesto ya mirando para Cuenca?

—¡Pichón!

—Si has vuelto a hablar con ese que se parece a Bertín Osborne. Quiero que me cuentes todo.

—¡No se parece a Bertín Osborne! —dijo, sonrojada—. No hay novedades, pichoncito. Me gusta mucho Cuenca, aunque lo de ser maestra no sé si me convence. Lo mío es la cocina, aunque luego me lo coma todo, pero mi padre está empeñado en que haga una carrera «de verdad» y deje las sartenes para mi casa.

—Lo de tu padre es de coña. —La achuché y seguimos caminando—. ¿Y los chicos?

—Y los chicos son como los de aquí, solo me quieren para lo que me quieren.

—Pues date el gusto, mujer.

—Y me lo doy, pero ¿no podemos tomar también una Coca-Cola? Si yo soy la primera a la que le gusta...

—Que le rasquen la pepitilla.

—Qué bruto eres.

—¿Querías decir eso o no?

—El caso es que no hay chico que quiera hacer un plan que no sea follar y ya, y eso incluye a Bertín Osborne. Que yo no me quiero casar ni nada de eso, pero ¿un cine? ¿Un paseo por las Casas Colgadas?

—¿Lo ves, pichonza? Al final los dos buscamos lo mismo.

—Por lo menos tú tienes un romance de película. Lo mío no llega a la película de la tarde de Antena 3.

A todos nos cuesta mostrar nuestras debilidades, sobre todo en el terreno sentimental. Jimena intentaba hacer siempre de tripas corazón. Le gustaba guardárselo todo para ella porque no quería ser el centro de atención. Sin embargo, en nuestras

conversaciones, de vez en cuando, era muy fácil leer entre líneas.

—¿Sabes? En Madrid hay calles muy largas para nuestros paseos.

—Lo sé, y voy a ir.

—Eso dices siempre. Naomi y María están deseando conocerte. Bueno, y el Murciano, pero de él mejor aléjate que es de tomar Coca-Colas con todas.

—Pero es que Madrid es muy grande.

—Jimena, es solo un fin de semana y Cuenca no es el pueblo.

—Tampoco es tan grande.

—Tú ya me entiendes.

—Tienes razón. No tengo excusa.

—Entonces ¿vendrás?

—*I promise*.

Como era costumbre, la acompañé hasta su portal y allí, mientras comíamos pipas, seguimos salvando el mundo (nuestros mundos) unos minutos más.

Capítulo 20

Los chicos o las chicas

Jueves

Unos días después, el alcohol destilado y el atracón de polvorones me ayudaron a pensar menos en Tito. Sin embargo, estar tanto tiempo en la Mancha después de Madrid era un fastidio. Había olvidado completamente lo que era vivir bajo el mismo techo de mis padres y hacer vida familiar. Volvieron las llamadas a las cuatro de la mañana para preguntarme si seguía vivo y si tenía intención de llegar a casa antes de que saliera el sol. Volvieron las peleas con mis hermanos. Fran se enfadó porque no quise quedarme con mis sobrinos para que mi cuñada y él pudieran irse de comilona con los amigos y Carmen llevaba días sin dirigirme la palabra por no haberla acompañado a comprar los regalos de los Reyes Magos. Con Álex directamente no había relación.

También volvieron las preguntas indiscretas. Lo primero que me preguntó mi abuela Mamen cuando me vio fue si había conocido a alguna moza madrileña. Le expliqué que no, que estaba muy centrado en los estudios y ella me dijo que mejor, que las mujeres eran todas unas busconas que solo querían sacar cuartos. Le recordé su condición de mujer y que si por serlo también era todo eso que decía su verborrea. «Las mujeres de mi época estamos hechas de otra pasta», me respondió. Le dije que estaba anticuada y ella llegó a la conclusión de que mi generación estaba abocada al fracaso por «pensar tanto».

Lo que me hizo, sin embargo, echar de menos Madrid fue el

reencuentro con mis amigos de toda la vida. Las cosas se habían enfriado entre nosotros. Hasta las primeras copas las cosas no volvieron a ser como antes y tampoco llegaron a serlo del todo. Cada uno de nosotros había tomado un camino distinto y en el proceso habíamos conocido otros mundos y a otra gente. Ya no compartíamos anécdotas y se estableció, sin saber muy bien por qué, una especie de competencia absurda. «Elche es la mejor ciudad para estudiar». «Menos mal que me fui a Barcelona a hacer Publicidad». «En Cuenca todo es más barato». «¿En Madrid hay mucha gente rara, no?». También salió el tema de los romances. Todos tenían historias fantásticas que contar. Todos habían follado en los lugares más insólitos y se habían enamorado hasta las trancas. A mí, como siempre, me tocó callar, aunque me moría de ganas de contarles todo lo que me había pasado con Tito por muy fatal que fuera el desenlace de nuestra historia.

Llevaba tiempo sin saber de *Las Cuatro Españas* y ese jueves de Navidad, en medio del barullo del supermercado, Naomi volvió a escribir en el chat para recordarnos a todos que seguíamos siendo una piña, entre otras cosas.

Naomi
¡¡Chiquis!! ¡¡Estáis desaparecidos!! Os vais a vuestros pueblos y os olvidáis de mí...

21:15

María
Tía, justo os iba a escribir. ¡¡¡Qué ganas de veros!!!

21:15

Benji
¡¡Os echo de menos!!

21:16

Benji

¿¿Cómo está tu madre, Naomi?? ¿¿Ha empezado ya la quimio??

21:16

Naomi

Todavía no... A la vuelta de Navidades...

21:17

Benji

Todo va a salir genial, verás.

21:18

María

Claro que sí, ¡tía!

21:18

Naomi

¡¡Gracias, chicos!!

21:18

El Murciano

En un par de semanas estamos allí dando guerra.

21:18

Naomi

¡¡Qué ganas!!

21:18

Benji

¡¡Feliz Navidad, queridos!!

21:19

María

¡¡¡Feliz Navidad, Benjamín!!!

21:19

Naomi

¡¡Feliz Navidad!!

21:19

El Murciano

21:20

¡¡¡Vamos *gentuuuu!!!* ¡¡¡Este año va a ser la hostia!!!

Echaba de menos las risas con ellos, y entender lo que nos pasaba por la cabeza a cualquiera de nosotros con solo mirarnos. Volver a conectar, sin embargo, dio alas a Naomi para hablarme por privado y sacar el tema que llevaba esquivando desde que había regresado a mi hogar.

Naomi

¿¿Estás bien, churri?? No he querido hablarte porque sabía que necesitabas desconectar un poquito...

21:21

Benji

¡¡Hola!! Sí, estoy genial. La verdad es que en el pueblo estoy desconectando de todo.

21:21

Naomi

Estuve con Tito el otro día...

21:21

Me puse tan nervioso que se me resbaló el móvil de las manos.

Benji

¿¿No le dijiste nada, no??

21:22

Naomi

¡¡No!! ¿¿¿Estás loco??? Claro que no.

21:22

Benji

Ufff, menos mal. Me has acojonado.

21:22

Naomi

Lleva unos días de bajón y quedamos para tomar unas cervezas.

21:23

Benji

¿¿Y eso??

21:23

Naomi

Dice que movidas con sus padres, pero estoy segura de que me mintió. Es por ti.

21:23

Benji

¿Por mí?? Qué va...

21:23

Naomi

Lo primero que hizo fue preguntarme por ti. Ni por el Murciano ni por María. POR TI.

21:24

Benji

¿¿Y qué le dijiste??

21:24

Naomi

Pues ¿qué le voy a decir? Que estás pasando la Navidad en el pueblo.

21:24

Benji
¿¿¿¿Y qué dijo????
21:24

Naomi
¡¡Mucho preguntas!! Jajajá.
21:24

Benji
No, no, pero, coño, entiéndeme.
21:25

Naomi
¿¿Le echas de menos, no??
21:25

Benji
Bueno, no sé...
21:25

Naomi
Ay, Benji.
21:25

Benji
Ay, Naomi.
21:26

Naomi
¿¿Y qué vas a hacer??
21:26

Mi abuela Mamen me dio una colleja que me devolvió a la cruda realidad: estaba haciendo la compra de Nochevieja con mi madre, mi hermana y una octogenaria con incontinencia verbal y mala leche.

—Joder, abuela.

Del susto tiré varios paquetes de la estantería.

—Déjate el móvil ya. —Siguió por el pasillo, maldiciendo—. Estos críos, *to* el día con el puñetero teléfono encima. Una guerra os ha faltado vivir.

—Bueno, a ti las guerras no te pasaron ni de cerca.

—¡Qué valor! Si tu abuelo levantara la cabeza.

—Cómo te gusta pelearte con ella.

Mi hermana se colocó a mi lado y echó dos paquetes de uvas sin pepitas y una bolsa de lechuga al carro de la compra.

—¿Tú también me vas a echar la bronca?

—Claro que no, pero reconoce que has venido muy cambiado de *allí*.

—Carmen, estoy igual. Soy el Benji de siempre.

—No, ya no eres mi pequeñín. ¿Cuántas veces me has llamado estos últimos meses?

—Varias veces, ¿no?

—Solo una vez y fue para que hablara con el papá cuando te echó la bronca por gastar tanto. Ni en mi cumpleaños me llamaste. Un wasap... ¿cómo se te ocurre?

—Joder, tampoco me hagas sentirme mal ahora.

—Te lo digo en serio. Ahora tengo que contarle mis problemas a la mamá porque pasas de mí. ¿Y *Gossip Girl*, qué? Has seguido viéndola sin mí.

—Tienes razón. Perdona, ¿vale? Al final son muchos cambios y tengo a los papás encima todo el rato. Prometo que te llamaré más.

—Más te vale.

Mi abuela Mamen agitaba los brazos desde la pescadería.

—Pero ¿qué quiere esta señora ahora? —suspiré abochornado.

—Anda, sé paciente y ve a ver qué quiere.

—Pues seguramente querrá que me ponga a limpiar pescado delante de todos para hacerme un hombre. Para ella el

periodismo es un trabajo de vagos y mentirosos.

Mi hermana rio por lo bajini y me dio un picotazo en la mejilla. A lo lejos, la señora octogenaria discutía con mi madre y el pescadero.

Domingo

Última noche del año. En mi casa eso derivaba siempre en el caos absoluto desde primera hora de la tarde. Mi madre, mi abuela y mis tías llevaban cinco horas metidas en la cocina, bebiendo vermú y elaborando con mucha guasa el menú para la cena. En el salón, mi padre, mis hermanos y mis primos, vestidos con chándal y zapatos, bebían cerveza mientras escuchaban atentamente (o al menos lo intentaban) a mi sobrino el mayor tocar *Noche de paz* con la flauta dulce. Hui de ambos escenarios por mi salud mental y me encerré en mi habitación para cotillear mis redes sociales y escuchar un poco de música hasta la hora de la cena, donde aguantaría de nuevo preguntas comprometidas y chistes malos. Sin embargo, otra personita tampoco encontraba su sitio en aquella casa de locos.

—¿Tío Benji?

—Entra, peque.

Pasó, encogido, y se quedó mirando los libros de mi estantería.

—¿*Blue*? —dijo, señalando el primer tomo de *Memorias de Idhún.*

—Sí, es *blue*.

—¿*Black*? —preguntó después, apuntando el ejemplar de *Harry Potter y el misterio del príncipe*.

—Eso es *black,* muy bien.

—¿Donde vives ahora hay tantos libros?

—No, solo tengo unos pocos. No dispongo ni de la mitad de

espacio que aquí.

Se encogió de hombros y se subió a la cama conmigo.

—¿Me rascas?

—Tú tienes mucho morro.

Puso una sonrisa tan bonita que no pude resistirme. Al cabo de un rato se cansó y me pintó la mano mientras me hacía todas las preguntas que se le pasaban por la cabeza. «¿Cuántos amigos tienes en Madrid?». «¿Cuando seas periodista, vas a salir en la tele?». «¿No te da miedo estar solo en una ciudad tan grande?»... Era un niño y todo le producía tanta curiosidad que todas mis respuestas iban seguidas de un «por qué...». Mi sobrino hablaba de Madrid como si viviera en el espacio y yo, en la medida de lo posible, intentaba explicarle que tenía más opciones de venir a verme a la ciudad que de ir a Marte. Lo siguiente que vino ya me remató.

—¿Y a ti, tío, te gustan los chicos o las chicas?

Noté enseguida el calor en mis mejillas y me di la vuelta para que no me delatase mi cara de culpa. Fingí estar entretenido con algo del móvil, pero no se dio por vencido.

—Tío, hazme caso.

—¿Qué pasa, peque?

—¿Te gustan los chicos o las chicas?

—¿Y esa pregunta?

—En una serie que ve mi mami hay dos chicos que se gustan.

—¿Qué serie es esa?

—*Merlín*.

—Dirás *Merlí*.

—Eso, eso: *Merlí*.

—¿Sabes? Eres muy pequeño para pensar tanto.

—Los papis dicen que soy muy listo.

—Y lo eres.

Y lo era de verdad. De alguna manera supo que esa pregunta me incomodaba y no la formuló una tercera vez. Se tumbó y

puso la cabeza sobre mi estómago. Se quedó mirando las pegatinas que adornaban la pared y no dijo nada más. Yo abrí WhatsApp y me quedé un rato mirando la foto de perfil de Tito, pensando si seguir odiándolo era la mejor idea.

TERCERA PARTE

Benji

Capítulo 21

Propósitos de Año Nuevo

Sábado

«Próxima estación: Madrid, Puerta de Atocha. Fin del trayecto». La voz metálica se coló en el vagón. Los pasajeros más impacientes cogieron el equipaje y corrieron a la salida entre empujones y quejas. Yo me quedé sentado hasta que el coche se quedó vacío, dándome unos minutos de margen. No sé si estaba del todo preparado para el torbellino de emociones que amenazaba con volver una vez pusiera un pie en el andén.

—Chico, ¿qué haces todavía aquí? Ya hemos llegado. —El revisor apareció y me pilló distraído con mis historias para no dormir.

—Me he quedado *empanao*, perdona.

—Esta juventud, siempre con la cabeza en otro sitio.

El hombre dio media vuelta y fue en busca de nuevos polizones. Me dieron ganas de esconderme en el baño y dejar que el tren me llevara lejos de todos mis pensamientos, pero me acordé de una frase que mi abuela Mamen repetía a menudo: «Qué pena que quitaran la mili. Una de esas y se te quitaba rápido la tontería». Tenía mucha tontería encima, tocaba pasar página y seguir el consejo que me dio Jimena el día que vino a casa a comer roscón y chocolate caliente. «No te preocupes. Hay más Titos en el mundo, lo único que tienes que hacer es buscar a uno que te quiera bien». Jimena era muy del refrán «consejitos vendo que para mí no tengo», pero yo tenía la extraña manía de hacerle caso, así que me levanté, cogí la

maleta y tiré para adelante.

En el andén todos corrían de un lado a otro, sin levantar los ojos del suelo o de la pantalla del móvil. Era una jaula de locos, pero una jaula de locos que había echado tanto de menos que se me dibujó una sonrisa de oreja a oreja en cuanto me puse en marcha. Y hablando de echar de menos...

Benji
¡¡¡Gente!!!
20:36

Benji
¡¡Ya estoy de vuelta!!
20:36

Benji
¡¡¡Qué ganas de veros!!!
20:36

Domingo

—Cachorro, despierta. Cachorro, vamos.

Los párpados me pesaban muchísimo.

—¡Eres tú!

Marilia me sonreía desde los pies de la cama.

—Buenos días, mi príncipe.

Me tiré a sus brazos y ella me achuchó tan fuerte que casi me parte por la mitad.

—Pensaba que te habías ido.

—Quería darte una sorpresa.

La volví a abrazar y ella me dio dos besos en la mejilla.

—Entonces ¿has vuelto con Pablo?

Marilia se encogió de hombros.

—Estamos viendo a ver qué pasa. Voy a empezar un curso de diseño gráfico en un instituto cerca de aquí y ya veremos.

—¿Eso significa que vas a seguir siendo mi mami de Madrid?

Asintió con la cabeza.

—Ahora haz el favor de recoger esa maleta y ponerte un pijama. ¡No puedes andar en calzoncillos con el frío que hace!

—Ya sabes que soy de sangre caliente.

—Eres manchego, cachorro. Allí sangre caliente poca.

Le tiré la almohada a la cara y ella huyó de la habitación riendo y despotricando por el desorden que tenía montado. Me volví a meter en la cama y sonreí para mis adentros por haberle ganado una pequeña batalla al karma.

Lunes

Una de las cosas que más me gustaban de la Complutense era que siempre parecía primavera. Y no solo porque el césped estuviera verde y brillante y los matorrales perfectamente cortados durante todo el año, también por el estado anímico de los *jovenasos* que campaban a sus anchas por allí con las hormonas revolucionadas. El futuro del país dependía de nosotros, o eso decían los catedráticos octogenarios. Pero allí, en ese microuniverso, lo último en lo que pensábamos era en las mentiras de los políticos y los intereses de las multinacionales.

Había quedado con los chicos en el caballo de la Universidad de Medicina, una estatua libre de actos vandálicos que servía de epicentro de todas las facultades especializadas en salud. A la izquierda estaba la facultad de Farmacia; a la derecha, la de Odontología, y al fondo, con mucha columna romana y mucha bandera, la de Medicina. Era el punto de reunión de casi todo el mundo, ya fuera para beber unas birras o para tener una cita

entre los arbustos más recónditos. En mi caso esperaba a tres seres excepcionales, aunque esta vez, sin que sirva de precedente, para darnos amor (y no a la bebida) antes de volver a las clases.

—¡*Acho*, pijo, huevo! ¡Benji, cabrón!

El Murciano corrió hacia mí. Me apretó entre sus brazos y me zarandeó en el aire.

—¿Y tu pelo? ¿Qué te has hecho, Murci?

Madrid era un escaparate en el mejor y en el peor de los sentidos. Había tantos tipos de personas, y el Murciano se dejaba influenciar tan rápido... No tenía muy definida su personalidad en ningún aspecto y cada vez que escapaba a la región de la huerta ponía en práctica todas las tendencias que había recopilado en *la capi*. Esa vez decidió cortar por lo sano y se rapó el pelo como Britney Spears en 2007. Hubiera encajado en algún grupo neofascista de no ser por el chándal de trapero y la cadena de plata que le colgaba del cuello.

—Nuevo *look*, ¿no te gusta? He aprovechado que vuelvo a estar soltero y entero para hacerme un cambio de imagen.

—¿Habéis roto para siempre? ¿Quién lo iba a decir? —dije con bien de sarcasmo.

—Ya, parecía que estábamos predestinados, pero hay que seguir adelante.

—Y has adelgazado muchísimo.

—Me he puesto a dieta, ahora me tomo un ibuprofeno todas las mañanas antes de ir al gimnasio.

—¿Y eso se supone que es bueno?

—Pues claro, *bonico*. ¿No me ves que me he puesto buenorro?

Quise decirle que dejara de buscar en internet dietas milagrosas, que tenía que aceptar de una vez que era de huesos anchos, pero se acabó su tiempo. El aire se condensó como por arte de magia y el sol puso sus focos en la mujer más explosiva

del campus. Apareció a cámara lenta, como siempre, ondeando su melena al viento y caminando como solo lo haría una modelo internacional.

—Qué rica estás, morena —le piropeó un muchacho que pasaba por allí.

—Tengo otra cosa morena. ¿Quieres verla?

El chaval dio media vuelta, avergonzado, y María se sacudió el pelo como la diva extremeña que era.

—¡Mi colita!

María me abrazó y me dio todos los besos que me debía desde la última vez que nos vimos.

—Me agobias, me agobias.

—No seas desaborido, que te he echado mucho de menos.

—Hola, María —saludó el Murciano, intentando llamar su atención con una pose estudiada.

—Hola, Murci.

María le dio un par de besos por educación y el Murciano puso cara de perro abandonado por no recibir una muestra de afecto de la chica por la que bebía los vientos. El pobre no se había dado cuenta todavía de que llegaba tarde. Por muy libre que estuviera ahora, ella se había hartado de sus tonterías y había pasado página.

—Naomi me ha escrito —dijo María—. Dice que vayamos yendo, que tiene lío y llega justa.

—Pues vamos al lío.

—Bueno, ¿qué? ¿Listos para darle duro al periodismo? —preguntó el Murciano.

—Todo lo listo que se puede estar.

—Yo tengo buenas sensaciones con este cuatrimestre —auguró María—. O eso espero, porque visto lo visto mi carrera de modelo no va a ninguna parte.

—¿Seguimos sin noticias del *Boss*?

—Nada de nada. Al final va a tener razón mi madre y va a

ser todo una tapadera.

—¿Sigue sospechando lo del tráfico de personas?

—Ahora dice que es una agencia de *escorts,* que no me han llamado porque soy más pura que la virgen...

—No digas tonterías, María. Tú ahora céntrate en los exámenes y ya veremos qué pasa. Estoy seguro de que te van a llamar.

—Habrá que hacerte caso, Benjamín. ¿Vamos?

—¡Vamos, chicos! —celebró el Murciano.

María se puso en medio de los dos. Nos cogió a cada uno del brazo y como tres abuelas recién salidas de misa dejamos atrás el caballo de Medicina y la primavera anticipada. A lo lejos vislumbramos la cárcel de hormigón que ya era como nuestra segunda casa y sentí un hormigueo en el estómago. Yo también tenía buenas sensaciones para el segundo cuatrimestre.

Los exámenes estaban a la vuelta de la esquina y se respiraba un aire diferente en la facultad. En el *hall* no había tanto barullo y las conversaciones de pasillo se podían contar con los dedos de las manos. El ocio universitario ya no era una prioridad y eso, sobre todo, se notaba en la cafetería, que no tenía ese ruido ensordecedor suyo tan característico

—Un sándwich mixto —le pedí al camarero.

—¿Sabes que son exconvictos?

Un chaval más o menos de mi edad me observaba desde la otra punta de la barra. Me sonaba de algo, como todo el mundo en esta facultad, pero no terminaba de ubicarlo.

—¿Cómo dices?

El chico se acercó y en el trayecto aproveché para hacerle un repaso: pelo rizado, ropa de marca y un doble aro de plata incrustado en la nariz. Era amanerado, y no solo en su forma de hablar. Movía mucho todas las partes de su cuerpo, como si

levitara. Me costó reconocerle, pero al tenerlo tan cerca y ver el pendiente caí en la cuenta: era uno de *los chicos de la última fila*. El mismo que se me quedó mirando el primer jueves universitario cuando estaba buscando al Murciano.

—Al que le has pedido el sándwich le echaron cinco años de cárcel por un atraco a mano armada. ¿Ves al latino ese de allí? Era un capo tocho de la droga en México, un pieza. Y el gordo que te está cocinando el mixto le pegó un tiro a su vecino por robarle el felpudo.

No le di ninguna credibilidad, pero la historia fue lo suficientemente elaborada como para sacarme una sonrisa.

—Me estás vacilando.

—Quizá he exagerado un poco —dijo, tomándose la confianza de rodearme con el brazo como si fuera un colega suyo de toda la vida—, pero te juro que son personas reinsertadas en la sociedad. No tengo sus expedientes policiales, pero sus historias serán muy parecidas a las que te he contado yo.

El camarero dejó el sándwich sobre la barra y me echó una mirada letal. Me estremecí y el chico lanzó una risotada.

—Soy Lázaro.

—Y yo Benji.

Le di la mano, pero él me plantó dos besos en la cara. Me puse colorado como un tomate.

—Tranquilo, cariño, que no como. Soy un maricón muy simpático. ¿Bueno qué, vamos a clase?

—No sueles venir mucho a clase, ¿verdad?

—Qué observador. Suelo hacer bastantes pellas, pero hoy me siento productivo.

—Pues vamos para allá entonces.

María no pudo disimular su cara de sorpresa cuando aparecí en clase con Lázaro a mi lado. Se puso bizca, la boca casi se le desencaja de la mandíbula. Seguramente estaría pensando que

qué hacía yo dialogando con uno de clase con el que no había cruzado una palabra en la vida, pero no dijo nada cuando él se perdió entre las últimas filas y me senté con ella. Me dio un beso en la mejilla y cogió el móvil para entretenerse un rato *golipeando* a la gente en Instagram.

—Os quiero a todos sentados y los móviles donde yo no pueda verlos. —Ambrosia entró al aula con su paso firme y juzgándonos a todos desde la distancia—. Hoy es la última clase del cuatrimestre antes de los exámenes, así que vamos a hacer un ejercicio práctico de los que tanto os gustan.

Vi a Naomi en la otra punta de la clase y me saludó con todo el entusiasmo del mundo.

Benji
¿¿Cómo estás, bella??
10:01

La vi resoplar. Llevaba el pelo recogido en un moño sin gracia y tenía la cara muy pálida, como si llevara varias noches sin dormir.

Naomi
Poco a poco, churri. Os he echado muchísimo de menos. ¡¡¡Qué ganas de abrazaros!!!
10:01

Benji
¡¡¡En cuanto termine la clase te como a besos!!!
10:02

Ambrosia bajó del estrado.

—¿Algún voluntario? ¿Ninguno?

Naomi y yo compartimos una mirada cómplice. Los dos odiábamos hacer este tipo de ejercicios en clase porque

consistían, básicamente, en salir a la pizarra, intentar decir algo mínimamente inteligente y aguantar el chorreo de una profesora que creía tener la verdad absoluta de todo.

Ambrosia hizo un barrido general, buscando a sus víctimas. Señaló con el dedo al fondo, justo donde se sentaban *los chicos de la última fila*. Padres de familia, porretas y otros que iban por libre veían el final de clase como el lugar perfecto en el que refugiarse. Con Ambrosia, sin embargo, no había rincón en el mundo donde poder esconderse de su sarcasmo y sus ganas de dejarte en evidencia.

—Tú. Sal.

Lázaro se levantó y planeó por el pasillo que separaba la clase en dos hileras de asientos. No le importaba lo más mínimo estar rodeado de cien personas. Se contoneó por el camino con todo el descaro del mundo sin hacer caso a las risitas de algunos compañeros.

—Y tú, el de los ojos verdes y flequillo repeinado.

Estaba tan concentrado en seguir los pasos de Lázaro que cuando me quise dar cuenta todos me estaban mirando y era demasiado tarde para disimular.

—Benji, que eres tú —me susurró María—. ¿Estás *atontao* o qué? Levanta el culo.

No. No. No. Quería que me tragase la tierra.

—¿Tengo que ser yo? No me encuentro muy bien.

—¿Tienes fiebre?

—No.

—¿Dolor muscular?

—No.

—Entonces puedes hacer el ejercicio. Sal. Ahora.

En la tarima, Lázaro sonreía satisfecho.

Ambrosia colocó dos sillas, una frente a otra.

—Sentaros, por favor. El próximo gran género periodístico que daremos será la entrevista y hoy improvisaremos una.

Todo el mundo cree que es fácil entrevistar a alguien, pero hacer una entrevista, una buena entrevista, es una de las labores más complicadas del periodista.

—Si lo hace Bertín Osborne, no creo que sea muy difícil —dijo Lázaro.

—Interesante reflexión. ¿Es peor Bertín Osborne que Jordi Évole?

—La duda ofende.

—¿Es peor periodista Mercedes Milá por entrevistar a un concursante de *Gran Hermano*?

Se escucharon algunas risas.

—Se puede hacer una buena entrevista a uno de *Gran Hermano* al igual que se puede hacer una mala entrevista a un político —dije, manteniendo la cabeza fija en el suelo.

—Por ahí van los tiros —contestó Ambrosia—. Una buena entrevista depende del entrevistado, pero sobre todo depende de que el periodista haga unas buenas preguntas y sea consciente del contexto y las circunstancias. Para ver todo esto vamos a hacer un ejercicio básico de aprendizaje. Mejor que os equivoquéis aquí en clase que no dentro de unos años en la redacción de *Sálvame*.

Me entraron los sudores fríos. ¿Qué iba yo a preguntarle a un tío que no conocía de nada?

—¿Quién quiere ser el entrevistador y quién el entrevistado?

—Yo mismo seré el que haga las preguntas, si le parece bien, profe. —Se adelantó Lázaro.

—Está bien, el tema es libre. —Ambrosia se apartó para dejarnos nuestro espacio—. Ya podéis empezar.

Lázaro me buscó la mirada, desafiante. Se notaba que iba a disfrutar del momento.

—¿Por qué decidiste estudiar Periodismo?

Pregunta fácil, al menos para cualquiera de los gafapastas que nos observaban con desprecio desde las primerísimas filas.

A mí, en cambio, me parecía la pregunta más complicada del mundo, y más teniendo en cuenta que mis referentes en ese sentido habían sido Anne Hathaway en *El diablo viste de Prada* e Isla Fisher en *Confesiones de una compradora compulsiva*.

—Bueno, siempre me ha gustado escribir —dije, comiéndome alguna palabra que otra—. Siempre me ha gustado el cine, la televisión, la música... Supongo que me gustaría ser uno de esos periodistas culturales para contar al mundo las mierdas que solo me interesan a mí.

—No hay palabrotas en mi clase —me corrigió Ambrosia.

—Perdón.

—¿Cumple la Complutense con tus expectativas para convertirte en ese periodista cultural?

Ambrosia se acercó a nosotros.

—Antes de que contestes algo que me pueda cabrear y viendo el tema tan pulido que ha elegido el compañero, os propongo que habléis de algo tan manido como interesante: los propósitos de Año Nuevo.

—Está bien, profe. Siento si el tema no estaba a la altura de su clase.

—Déjate de historias y continúa, por favor.

—Benji, ¿verdad? —Moví la cabeza de arriba abajo—. Ahora que acabamos de empezar el año supongo que tendrás algunos propósitos, ¿no?

—Si a propósitos te refieres a apuntarme al gimnasio o salir menos, de momento no me lo planteo.

A María se le escapó una carcajada y Ambrosia la mandó callar.

—Se puede aspirar a más cosas. ¿Un *piercing,* por ejemplo?

—No me gustan los *piercings* —dije, aunque el doble aro de su nariz me flipaba.

—¿Tatuajes?

—Tampoco me gustan los tatuajes.

La mecha de Lázaro se estaba apagando. Había pecado de fanfarrón, de chulito, y ahora todas sus inseguridades estaban saliendo a flote. Conforme más cómodo me sentía yo más pequeño se hacía él. Balbuceó preguntas que no iban a ninguna parte y al final tuvo que echar mano del tema que cualquier adolescente en el armario teme por encima de todas las cosas.

—¿Y qué me dices del amor? El amor es muy importante. ¿Eres una persona bendecida por la flecha de Cupido o andas buscándolo?

—No, no ando buscando nada —farfullé, refugiándome en los ojos acusadores de Naomi—. Estoy bien como estoy.

—¿Y cómo estás?

—Soltero y entero.

—¿No crees en el amor?

Ahí tocó hueso. Me hubiese gustado decirle que sí, que creía en el amor, que todo el mundo debería sentir alguna vez en la vida lo que yo sentí por Tito, pero que si el amor dolía tanto como a mí me estaba doliendo no estaba seguro de si debería seguir creyendo en él. Obviamente, todo eso se quedó dentro de mí.

—Creo en el amor porque lo he visto en mis padres y en mis hermanos. Todos están felices y comen perdices, pero no sé si lo quiero para mí.

—Ese espíritu derrotista me suena de algo. ¿Te han roto el corazón, cari?

Comencé a mover la pierna, impaciente.

—¿Qué tiene que ver eso con propósitos de Año Nuevo? Te estás saliendo el ejercicio —Naomi salió a mi rescate.

—El amor es importante y me parece un tema muy interesante para tratar en esta entrevista.

—Ya te he dicho que no sé si es lo que quiero.

—¿Si quieres novia o novio?

Ambrosia, que vio el miedo en mi cara, intervino.

—Vale, la entrevista de *Salsa rosa* la dejamos mejor para otro momento. —Y se dirigió a Lázaro—. Eres un tipo incisivo, pero has perdido el control de la entrevista y has recurrido al chisme para salir del paso. Podéis volver a vuestros sitios, muchas gracias.

—Oye, Benji. —Lázaro se puso a mi lado—. Perdona si te he hecho sentir incómodo.

—Qué va, has estado genial.

Sí, me hizo sentir muy incómodo, pero él no tenía la culpa de que viviera enclaustrado en un armario con carcoma. Y mucho menos tenía que ver con el hecho de que Tito hubiera fastidiado nuestra bonita historia de amor y a mí no se me quitasen las ganas de besarlo.

Capítulo 22

San Cemento

Jueves

La universidad tenía sus tradiciones, y eran sagradas. Los profesores, sin ir más lejos, tenían bien apuntado en el calendario el inicio de curso en octubre, las vacaciones de Navidad, épocas de exámenes (febrero y junio) y el 1 de julio, que es cuando cierran actas y desaparecen del mapa hasta el siguiente curso. Los alumnos, en cambio, le daban una importancia relativa a todas esas fechas. Tenían otras más en cuenta, en las que se rendía culto a los santos universitarios con grandes cantidades de alcohol y varias fogatas de hachís.

El más celebrado era San Cemento, una cita en la que más de quince mil estudiantes con las hormonas revolucionadas tomaban el campus de la Universidad Complutense para quemar neuronas y apagar la ansiedad antes de los exámenes. Era un macrobotellón de dimensiones épicas y el grupo de *Las Cuatro Españas*, aunque a veces teníamos sentido de la responsabilidad, no nos íbamos a perder esa fiesta por nada del mundo.

Quedamos en Moncloa para comprar todo lo que se necesita en San Cemento: mucho hielo, cartones de vino, mezcla y pipas Tijuana. Al Murciano no se le ocurrió otra cosa que hacernos andar hasta el campus cargados como burras. Seguía obsesionado con las calorías y llegamos con la lengua fuera a la fiesta de todas las fiestas.

—¡Virgen santa!

Nos quedamos parados en fila frente al mundo, observando con fascinación la jarana que se nos ofrecía tan gratuitamente. El caballo de Medicina estaba hasta los topes. Universitarios y allegados se apelotonaban en círculos alrededor de la estatua, cargados de botellas y aperitivos para no fundir a negro. Algunos, incluso, tenían altavoces con la música a todo volumen. San Cemento era una especie de *rave* rural, y María, el Murciano, Naomi y un servidor, con la euforia contenida, nos adentramos entre la gente buscando un hueco en el que poder rendir culto al patrón que nos había convocado.

—Llevamos quince minutos dando vueltas. ¿Qué hacemos? —pregunté desesperado.

—¿Por qué no vamos a la facultad? —se le ocurrió a Naomi.

—¿Ahí se puede beber?

—Creo que sí...

—En la *facul* vamos a estar marginados. —La extremeña no estaba muy convencida de la propuesta.

—María, aquí es imposible, por probar no pasa nada.

Probamos y acertamos. Bajo los pilares de hormigón de Ciencias de la Información varios grupos de personas se entonaban con cerveza y sangría, incluido Lázaro.

—¡Benjamín!

Me hice el ciego y el sordo, como Shakira, pero no tenía escapatoria.

—¿Por qué no os ponéis con nosotros? Estoy con algunos de clase.

Naomi se encogió de hombros y yo me limité a fruncir el ceño. A María y el Murciano les pareció una gran idea y se sumaron al grupo rápidamente.

—¿Sabes que tu amigo el entrevistador se sienta con los *daddys* de chándal? —señaló, siempre perspicaz, Naomi.

—Lo sé.

—¿En serio nos vamos a poner con *los chicos de la última fila*?

—Naomi, no hay que juzgar a las personas por su apariencia ni por el sitio en el que se sientan en clase. No seas como mi abuela Mamen.

—Te hago caso porque te amo y eres el único cuerdo de los cuatro, pero ya sabes que no nos pueden ver con cualquiera. En la universidad, la popularidad también es importante.

—Yo también te amo, por eso te digo que salgas de las redes sociales, vuelvas al mundo real y te eches un vaso cargadito de la guarrada que ha preparado el Murciano.

Dije eso por decir. Tampoco yo me sentía cómodo con Lázaro al acecho. Parecía majo, pero ¿y si volvía con las preguntitas? ¿Y si le daba por preguntarme por mis «novios y novias»? ¿Y si María y el Murciano empezaban a sospechar? Las dudas no tardaron en desaparecer. En las fiestas universitarias todo era fugaz, intenso y contradictorio, y más si dejabas que el alcohol tomara las riendas.

Bebimos minis de calimocho por encima de nuestras posibilidades. Cuando terminaba de beberme uno, el Murciano me rellenaba otro con el noventa y nueve por ciento de vino y un escaso uno por ciento de Coca-Cola. En las fiestas era su fiel compañero y se empeñaba en ponerme etílico. Naomi también se pilló el punto. Superó sus prejuicios y se relacionó con todo el mundo. No estaba en su mejor momento, pero unas gotas de vino peinándole la garganta y volvió a ser esa chica extrovertida dispuesta a cambiar el mundo. Y María fue María. Se convirtió en el alma de la fiesta. Taconeó, cantó por Isabel Pantoja e incluso fumó. Yo ya no sabía si la gente veneraba a San Cemento o la veneraba a ella.

—Esta mujer no deja de sorprenderme.

—Y tú tampoco.

Naomi y yo nos alejamos del grupo, cada uno con su mini bien agarrado. Se auguraba conversación intensa y adoptamos las medidas de seguridad necesarias para ser todo lo discretos

que el alcohol nos dejara.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—Mejor no hablemos de esto aquí que hay oídos por todas partes.

—Ay, pero es que eres mi primer amigo gay, Benji. Entiéndeme, estoy superilusionada y no hemos podido hablar bien de esto.

—Bueno, soy tu segundo amigo...

—Eso es verdad. Ojalá, los dos de novios. Sé que se portó como un cerdo y un cabrón, pero me haríais tan feliz.

—Lo de Tito se acabó, y no me saques el tema otra vez que me pongo triste.

—Vale, ya me callo. Es que hacéis tan buena pareja que...

—Naomi, ya.

—¿Y cuándo se lo vas a decir a estos? Se van a volver locos de la alegría.

—¿Tú crees?

—Pues claro. Míralos, ¿en serio los ves juzgándote por tu orientación sexual?

—Lo voy a hacer, pero todavía necesito un poco de tiempo. Quiero hacer las cosas bien.

Me apretó los mofletes y me tatuó su pintalabios rojo en la mejilla.

—Bueno, ya está bien de tanta cháchara. —Lázaro se interpuso entre nosotros—. ¿Por qué no jugamos a la botella ahora que estamos todos un poco perjudicados? Si María sigue bailando así, se va a romper los talones.

—Ay, sí. ¡Me encanta! —dijo Naomi, entusiasmada con la idea.

Los mayores de treinta años declinaron la oferta *ipso facto,* pero mis queridísimos amigos tenían ganas de compartir gérmenes ajenos. Sabía perfectamente lo que podía pasar en

ese juego y acabé aceptando, aunque eso supusiera que mi lengua podría terminar enredada con la de cualquiera, tanto chicos como chicas. Nos pusimos en círculo. No éramos más de ocho. Lázaro colocó la botella en el centro y la hizo girar. Primero le tocó a Naomi con uno de clase. No era especialmente guapo, pero no hizo amago de pasar al siguiente. Le comió la boca sin hacer aspavientos y se quedó más ancha que larga.

La botella volvió a girar sobre sí misma. La mirábamos como medio hipnotizados, fingiendo que el juego no nos importaba demasiado, que no iba con nosotros. Sin embargo, todos los allí sentados queríamos nuestra cuota de protagonismo.

—Y una mierda —gritó María—. Yo con el Murciano no me doy un beso.

—Tía, has aceptado el juego —dijo Naomi— y las reglas son las que son.

—Y están para cumplirlas —puntualizó el Murciano.

María hizo oídos sordos, giró otra vez la botella y le tocó a Lázaro.

—¿Tú eres *marica*, no?

—Soy un buen maricón.

—Pues ven *pa acá* que te voy a comer esa boca.

Y así, sin pensárselo ni un segundo, le morreó como solo una folclórica puede hacerlo, con mucha lengua y mucha baba.

—Ha sido delicioso —dijo Lázaro mientras se limpiaba la boca con la manga de la camiseta.

—Gracias, me lo suelen decir.

—Venga, seguimos.

Turno de Lázaro. Hizo girar la botella durante un buen rato, al menos a mí se me hizo interminable. Sabía que me iba a tocar a mí. Lo sabía desde que cogió la botella y la hizo girar sin quitarme ojo. No me equivoqué.

—¡Toma! —gritó Naomi.

—Dios, que te tienes que comer la boca con un tío, Benji —confirmó el Murciano.

María directamente no fue capaz de pronunciar palabra. Se estaba descojonando viva. Lázaro vino hasta mí arrastrando las rodillas.

—No me hagas la cobra, eh.

Seguramente me vio la cara de susto y la vergüenza asomando por la comisura de mis labios. Estuve a punto de echarme atrás y pasar de la maldita botella, convertirme en el típico hetero que pone cara de asco cuando va a tener un contacto más íntimo con otro chico. Pero darle más importancia de la que tenía podría levantar sospechas.

—Claro que no. —Me puse de rodillas, como él—. Yo no soy como María. Yo cumplo las reglas.

Lázaro tomó la delantera y se me lanzó. Nos besamos como si fuera el último beso de nuestras vidas. Un morreo de manual.

—Ha sido casi igual de delicioso que el de María.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —respondí, limpiándome los restos de nuestro apasionado beso.

—La verdad es que ha sido un buen beso —dijo una voz que me era muy familiar.

El cuerpo entero me dio una sacudida cuando vi a Tito allí de pie, fuera del círculo.

—¡*Acho*, Tito!

El Murciano le dio un apretón de manos y María se puso a gritar su nombre sin parar. Solo lo miré por el rabillo del ojo y el pulso se me disparó.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Naomi, suplicándome perdón.

—Como me dijiste que ibais a venir, me he dado una vuelta con el coche a ver si os veía.

Se me revolvió todo por dentro, lo bueno y lo malo. Necesitaba salir de allí. Huir, huir antes de que me mirase y me

olvidara de lo mal que me lo había hecho pasar.

—Voy a mear —solté antes de salir corriendo.

Bordeé la facultad y crucé por la larga avenida que separaba el bloque de hormigón en el que dábamos clase con el edificio recién estrenado por los alumnos del máster. En San Cemento perdía todo su esplendor y cada esquina era utilizada para vaciar vejigas sin ser vistos por la policía.

Escuché unos pasos detrás de mí y cogí velocidad. ¿Sería Naomi? En esos momentos no quería hablar con nadie. Solo mear y estar un rato a solas para pensar bien qué hacer. El dichoso destino, sin embargo, la tenía tomada conmigo y no me lo iba a poner tan fácil.

—Benji, espera.

Tenía a Tito pisándome los talones. No paré. Seguí caminando, porque sabía que si paraba y le hacía frente iba a terminar rompiéndome delante de él.

—Benji, por favor. Vamos a hablar.

—Has tenido mucho tiempo para hablarme y no lo has hecho —le contesté, sin mirar atrás—. No sé qué cojones quieres ahora.

—Quiero explicarte bien las cosas.

De pronto, unas sirenas resonaron a los lejos y unas luces blancas y azules emergieron de la nada, desencadenando el caos en el campus. La gente salió corriendo en todas direcciones, saltando arbustos y escondiéndose detrás de los árboles para sortear a la policía.

—Ven conmigo, tengo el coche aquí al lado.

Llegué a la carretera y el 132, el autobús que me podía llevar a mi casa de ladrillos, frenó en la parada que había justo delante de mí. No lo pensé ni un segundo. No me di la vuelta, porque eso me hubiese hecho dudar, flaquear. Le di las gracias a San Cemento por jugar sus cartas y me metí en la guagua, alejándome de todo el bullicio con los nervios a flor de piel,

pero con el dulce sabor de la victoria: 1-1, Tito.

Capítulo 23

Bibliotecas, apuntes y tormentas

Sábado

Ese día me levanté temprano y me serví un cuenco de cereales con leche y una cucharada de Nesquik. Azúcar por un tubo para matar la gusa y las migajas del mal de amores. Me acomodé en el sofá para revisionar en YouTube la actuación de Aitana y Ana Guerra cantando *Lo malo* en *Operación Triunfo*. No tenía nada mejor que hacer antes de encerrarme en mi habitación para intentar ser un buen estudiante y no desaprovechar el dinero que mis padres habían invertido en mí para que me convirtiera en un hombre de provecho. Sin embargo, Jimena, que la dejé muy preocupada en Navidad por mi drama con Tito, apareció para saber si mi sufrido corazón progresaba adecuadamente.

Jimena
¿¿Cómo está mi pichón??

10:34

Odiaba los audios, pero a Jimena tampoco le gustaba escribir. Además, sabía que yo era muy de dejarla en visto y contestarle varios días después, así que hice un esfuerzo, aplacé mi sesión en bucle de *Lo malo* para más tarde y la deleité con mi preciosa y profunda voz de buena mañana.

Benji

Pues me acabo de levantar y pensaba ponerme a ver alguna que otra actuación de Aitana, pero me has fastidiado la sesión.

10:36

Jimena

Qué obsesión con *Operación Triunfo*.

10:36

Benji

Noooo, con *Operación Triunfo*, no. Solo con Aitana. Va a ser la primera diva pop de nuestro país. Sé un poco respetuosa, pichonza.

10:37

Jimena

Le tocan a su niña y saca las uñas. En fin, cambiemos de tema. ¿¿¿¿Qué tal la vuelta a los madriles???? ¿¿Noticias del Innombrable??

10:37

Benji

Mejor de lo que esperaba. Mucha universidad, mucha fiesta, mucha gente..., lo de siempre.

10:38

Jimena

Pero, pichón, ¿¿¿qué pasa con el Innombrable??? ¿¿¿O ya no se habla de él???

10:38

Benji

El Innombrable hizo su aparición estelar el otro día, pero vino la policía y conseguí escapar a tiempo.

10:40

Jimena

¿¿¿Has visto a Tito y no me has dicho nada??? Pichón, que soy tu pichonza y entre pichones nos contamos todo.

10:40

Benji

Lo vi en San Cemento. Apareció de la nada justo después de comerme la boca con Lázaro.

10:42

Jimena empezó a grabar otro audio, pero paró. Ya no estaba en línea. El móvil vibró y allí estaba ella, al teléfono, pidiéndome explicaciones.

—A ver, a ver, he tenido que llamarte porque esto ya es muy fuerte señor Benjamín López Gómez. ¿Quién es Lázaro? ¿Y qué es eso de que os pillo comiéndoos la boca?

—Tranquila, pichonza. No te vuelvas loca. Lázaro es un compañero de clase. Creo que quiere ser mi amigo. Eso o quiere follarme, todavía no lo tengo claro. Es un tío muy divertido.

Jimena me dejó sordo con su risa.

—¿Y te comes la boca con los tíos que son divertidos?

—Estábamos jugando a la botella y justo después de besarme con Lázaro apareció Tito. Salí por patas. Él me siguió, como en las películas, pero hui, también como en las películas, porque intervino la poli y todo.

—¡Qué *heavy*, pichón! ¿Y qué quería decirte?

—Pues intento no pensar mucho en eso porque me dan ganas de escribirle para decirle que es un pedazo de cabrón, pero que lo echo de menos.

—Es normal, al final ha sido tu primer amor.

Jimena no tragaba a Tito, o hacía como que no lo tragaba por mí. Me consolaba diciendo que había muchos Titos por el mundo. Pero ella, como yo, era una romántica empedernida y en lo más profundo de su ser quería que arreglase las cosas con él.

—No sé, Jimena. Yo ya no entiendo nada.

—A lo mejor quiere pedirte perdón.

—Que le den.

—Es verdad, ¡que le den! Piensa que cuando te quieras dar cuenta, entre los exámenes y las fiestas, Tito va a ser historia. Necesitas tiempo para olvidarte de él.

—Necesito echar un polvo con otro tío.

—¿Por qué no te bajas el Tinder ese?

—¿Y si me reconoce alguien?

—Maldito armario, pichón. Deberías ir pensando en deshacerte de él, que ya está para tirar.

—Eso me dice Naomi, que lo tengo que contar.

—Pues hazlo. Tanto miedo y mira Naomi, encantada de la vida contigo.

—Primero ven a Madrid y de lo otro ya hablaremos.

Lo último que necesitaba era una regañina por seguir ocultando que era el marica más marica de Castilla-La Mancha y parte de la Comunidad de Madrid. Jimena era como mi psicóloga y había abusado demasiado de su amistad y su discreción durante todos estos años. Sin embargo, en lo último que estaba pensando en ese momento era en decirle a todo el mundo que me había pasado la mitad de mi vida mintiendo.

—Tengo que colgar, Jimena. Me está llamando mi madre. Ya hablaremos pronto.

Me pareció que iba a decir algo, pero colgué y tiré el móvil para perderlo de vista. Me tumbé en el sofá y mi cabeza empezó a improvisar situaciones en las que yo decía que era gay y la gente me daba la espalda. ¡Putos miedos!

Domingo

En la universidad todo se vivía con intensidad. La fiesta era más fiesta, la amistad tenía menos barreras y el amor lo podía eclipsar absolutamente todo. Hasta ese instante había

experimentado en primera persona todo lo que ese nuevo mundo podía ofrecerme, pero me faltaba probar la maldición que perseguía a cualquier estudiante: la época de exámenes.

En mi lugar de la Mancha le daba la importancia justa. No era mal estudiante, pero no podía dedicarle más de treinta minutos a unos apuntes. Cuando la biblioteca llegó a mi vida en la adolescencia, todo se hizo mucho más ameno porque entre tema y tema podías enredarte con los últimos cotilleos, merendar una buena napolitana de chocolate o pasar el tiempo babeando por el chico que te había gustado en esa etapa.

En la universidad todo eso se multiplicaba por diez. Los exámenes producían una sensación contradictoria. Había una especie de euforia por saber que estabas experimentando lo mismo que otros miles y miles de personas. El estrés, por otro lado, se convertía en un síntoma obligatorio que había que padecer si querías encajar entre la plebe que hacía cola para coger sitio en cualquier biblioteca. De todas las que había, María Zambrano era el santo grial y allí nos plantamos Naomi y yo el Día del Señor para darle duro a Teoría de la comunicación y Lengua española.

—Hay más gente que en San Cemento —dijo Naomi nada más entrar, levantando el tono de voz más de la cuenta.

Nunca antes había visto una biblioteca tan grande y concurrida. Pero entendí su éxito en cuanto puse un pie en las instalaciones. Era un edificio diáfano, con muchas cristaleras para vigilar lo que pasaba tanto dentro como fuera. Lo que más me llamó la atención fue que no había ni estanterías ni libros, solo mesas de último diseño. Más mesas de las que se podían contar y algunos sillones distribuidos al azar para que los menos despiertos pudieran echar una cabezada.

—Esto parece el típico colegio pijo de la típica serie de Netflix —dije.

—Y nosotros somos los protagonistas, ¿no?

Me refería al ambiente que se respiraba allí. Porque aunque todos hincaban codos, literalmente, las miradas iban y venían, ansiosas y expectantes. Era la biblioteca de todo el mundo, porque todos habíamos terminado allí buscando matar los descansos, bien echando un cigarro, un café o un polvo en cualquiera de los baños que ponía a nuestra disposición la señorita Zambrano.

Estuve exactamente quince minutos frente a los apuntes de Teoría de la comunicación y ya no podía memorizar más conceptos y nombres de comunicólogos.

—Me voy a dar una *putivuelta*.

—Benji, amor, no seré yo quien te diga que te tomes muy en serio los exámenes..., pero si ¡acabamos de llegar!

—Solo voy a dar una vuelta para despejarme.

—Eres un caso aparte.

—¿Desde cuándo te importan tanto los exámenes?

—No es darles importancia, pero no quiero disgustar a mi madre. Tengo que aprobar todas sí o sí.

—¿Cómo está? ¿Ya lleva varias sesiones, no?

Naomi se esforzó por sonreír, pero sus ojos hablaban más que su boca.

—La quimio es una mierda que te mata todo lo bueno y todo lo malo, pero vamos poco a poco.

—Se va a poner bien.

—Eso dice todo el mundo. Ojalá.

—Ojalá no, seguro —dije antes de cambiar de tema—. Ahora voy a ir a despejarme de estos fructíferos quince minutos de estudio y así traigo un café para cada uno.

—Eres lo peor, Benjamín.

—Soy un culo inquieto, que lo dice mucho mi madre.

Le saqué la lengua y me fui en busca de dos cafés calentitos. Seguía empeñado en ser uno de esos amantes del café. Odiaba su sabor, me revolvía el estómago y me producía taquicardias,

pero tenerlo en la mano me daba seguridad. Era una especie de bebedor social, y si Jimena me hubiera visto con uno en la mano no habría tardado en decirme que Madrid se me había subido a la cabeza.

Tenía un café en cada mano, sabía que la luz que entraba del exterior me hacía los ojos más bonitos y me había echado unas gotitas del tío bueno de Invictus, así que aproveché el trayecto de vuelta para buscar el amor. La estadística estaba de mi parte con tanto tío..., y un clavo saca otro clavo, ¿no? Aunque todavía me lamía las heridas que me había hecho Tito, necesitaba un hombre que me diera cariño, más concretamente que me hiciera el amor de la forma más guarra posible. Me fijé en un chico que estaba espatarrado en un sofá. Tenía cara de perdonar vidas y vestía una talla menos que la suya, pero sus brazos de militar eran justo lo que necesitaba. Lo busqué con la mirada, pero mis esperanzas se fueron al traste en cuanto una muchacha se le sentó encima y le lamió la cara como si fuera un chupa-chups. Se me escapó de la boca un «qué asco» y me fui ofendido en busca de otro empotrador. En la María Zambrano, sin embargo, estaba todo el pescado vendido, o lo que es peor, todos los peces eran iguales.

Cuando me quise dar cuenta, llegué a mi sitio. Un chicarrón se había sentado al lado de Naomi. Estaba de espaldas, pero creo que nunca un tío me había dicho tanto de espaldas. Llevaba una camiseta corta que se le pegaba al brazo, tenía el pelo rubio, muy cortito, y el cuello de lo más apetecible. Estaba casi seguro de que era un heterosexual con ganas de aparearse encima de una de esas mesas (cuya idea me pareció entre ridícula y excitante al mismo tiempo). Pero se puso de perfil y los hoyuelos le delataron. ¡Maldita Naomi!

—¿Qué hace él aquí? —le pregunté a Naomi haciendo un esfuerzo por no sonar borde.

Tito se puso tenso en cuanto me vio. Me saludó con la mano

y fingió que volvía a concentrarse en uno de sus interminables volúmenes de derecho.

—Me dijo que iba a venir a estudiar a Zambrano y le invité a que se uniera a nosotros. ¿No te importa, no?

Me senté enfrente de los dos y le di a Naomi su café.

—Claro que no. ¿Por qué me iba a importar?

Naomi sonrió, dio un sorbo al café y volvió a concentrarse en los apuntes de Teoría de la comunicación.

Benji
¿¿En serio le has dicho que viniera?? ¿¿Estás tonta o qué??
11:14

Naomi
Benji, los dos sois mis amigos. Solo quiero que arregléis las cosas...
11:14

Benji
Me viste llorar en la Nochevieja universitaria, joder.
11:14

Naomi
Él necesita a alguien como tú, no gente como Óscar y toda esa gentuza.
11:15

Benji
¡¡Me da igual!! Y si no me cuentas lo que le pasa tampoco tienes derecho a meterte en medio y hacerme esta encerrona.
11:15

—¿Todo bien, Benji?

Su voz me hizo estremecer. Recé a todos los dioses de la Mancha para que me dieran fuerzas y no me hicieran perder el sentido allí mismo.

—Estoy perfectamente, gracias —contesté sin levantar la

vista de la mesa.

—Me alegro.

Volví a mis apuntes, desesperado, pero mi cabeza era incapaz de prestar atención a nada. No paraba de leer el mismo párrafo una y otra vez. En realidad no estaba leyendo, porque mi cabeza solo podía procesar una sola palabra: Tito, Tito, Tito, Tito...

Lo pillé mirándome. Agachó la cabeza rápidamente, pero yo me quedé un rato más vigilándolo. No tenía muy buena cara. Estaba ojeroso y un poco pálido, pero mantenía ese brillo natural. Me fijé en las pequitas que tenía encima de sus hoyuelos y me dieron muchas ganas de darle un beso. Se me hizo un nudo en el estómago, o quizá fueran las jodidas mariposas que volvían para recordarme lo mucho que quería estar con él. Tito me miró otra vez y cuando me pilló, se permitió el lujo de sonreír, marcar hoyuelos y volverse irresistible. Mi orgullo entonces flaqueó y él fue completamente consciente de eso.

—Voy a mear —anunció Naomi.

Se levantó y nos dejó a los dos solos. Bueno, solos, pero rodeados de media Complutense.

—¿Qué haces aquí? —La pregunta se me escapó de la boca e iba cargadita de bilis.

—Estudiar.

—¿Qué haces aquí, Tito? —levanté un poco la voz y los de la mesa de al lado me mandaron callar.

—Quería verte y hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. ¿No te quedó claro en San Cemento?

Tito tragó saliva y agachó la cabeza. Se pasó las manos por el pelo en lo que me pareció el movimiento más sexi de la historia y clavó de nuevo sus ojos azules en los míos.

—Tampoco fue para tanto. No para que estés así conmigo

tanto tiempo.

Ahí las mariposas de mi estómago explotaron en mil pedazos.

—¿Que no fue para tanto?

Me puse de pie y recogí mis cosas haciendo todo el ruido del mundo.

—Benji, ¿qué haces? ¿Otra vez sales corriendo?

—Vete a la mierda.

Me abroché la cazadora mientras centenares de ojos vigilaban mi próximo paso y hui de María Zambrano de la misma manera que lo hice en San Cemento, sin mirar atrás y con un cabreo de dos pares de narices.

—No me vas a volver a dejar con la palabra en la boca. —Tito me pilló en el *parking* de la biblioteca—. Deja de huir de mí, joder.

Ya no tenía cara de pena. Estaba enfadado, igual de enfadado que aquella vez que se me encaró en el partido de fútbol. Quise salir corriendo varias veces. Por la derecha, por la izquierda, pero nada, no había manera.

—Dime algo, Benji. Dime lo que quieras, pégame, grítame, haz lo que te apetezca.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que no fue para tanto? ¿Que no fue para tanto que un amigo tuyo me tirara al suelo y me escupiera y tú no hicieras nada? Te fuiste y me dejaste allí.

—Te dije que mi vida era complicada. Mis amigos no son como el Murciano y María. Mis amigos no entienden *esto*.

—¡Eres un cabrón! —Le pegué un empujón. Y otro. Y otro. Y otro—. ¡Me dejaste allí tirado!

Tito no dijo nada. No opuso resistencia. Y aunque las lágrimas me emborronaron la vista, hubiese jurado que él también lloraba.

—¡Me humillaste!

Dejé mis manos sobre su pecho, derrotado. Me agarró, me estrechó contra él y nuestros labios se tantearon a una

cortísima distancia.

—Lo siento —dijo, con la voz entrecortada—. Lo siento muchísimo. Tendría que haberlo parado, pero me bloqueé. No supe reaccionar y no pude defenderte.

Tito me agarró por la cintura y me abrazó. Traté de apartarme, pero echaba tanto de menos su olor, echaba tanto de menos sentirlo tan cerca que me dejé llevar y me acurruqué en su hombro. Nos quedamos así un buen rato mientras el miedo y los remordimientos nos daban un respiro a ambos.

—Perdóname, Benji. Por favor.

Tito me dio un beso en la mejilla y volvió a la biblioteca. Acababa de dejar la pelota en mi tejado. Ahora me tocaba a mí decidir si le perdonaba y vivíamos nuestro amor clandestino o poníamos punto y final a nuestra historia para siempre.

Capítulo 24

Limusinas de colores

Jueves

—¿Puedo esperar un sobresaliente?

Me acerqué a Ambrosia y le entregué el examen. En las distancias cortas no imponía tanto respeto.

—Quiero pensar que sí, pero eso depende de usted.

Me miraba con cierto entusiasmo, como si viera en mí algún potencial para el periodismo que yo, a estas alturas del curso, todavía no terminaba de ver.

—Es pronto todavía, pero dirijo el periódico de la facultad y me gustaría contar contigo el año que viene.

—¿En serio? ¿Se puede hacer eso?

—Claro, serían como unas primeras prácticas. Recibirías créditos a cambio de tu tiempo en *Infoactualidad*. Es un periódico pequeñito, pero tiene mucho tirón en la Complutense y casi todos los que han pasado por allí luego consiguen dar el salto a cabeceras importantes.

—¿Tengo que decidirlo ahora?

—Claro que no. Piénsatelo y ya me dices algo a final de curso, ¿vale? Ahora a descansar.

El Murciano apareció detrás de nosotros y le dio su examen lleno de tachones.

—¿Descansar, profesora? ¡Ahora toca reventar discotecas que es mi cumpleaños!

—Está bien, está bien. —Ambrosia torció el gesto—. Pues felicidades y que lo paséis muy bien. Ahora no molestéis a

vuestros compañeros.

Nos invitó muy amablemente a abandonar el aula y el Murciano se puso a dar saltos y gritos de alegría. En una de esas se me tiró encima y lo agarré como pude mientras me daba besos en la frente.

—Ya vale, ya vale.

—¡Que hemos terminado los exámenes y es mi cumpleaños!

—¿Ya sabes cómo quieres celebrarlo?

—Tú no te preocupes por nada. Va a ser genial.

—Pero ¿ya tienes algo pensado? Miedo me das.

—Esta noche ponte elegante que vamos a partir Madrid, mi Benji.

María salió de clase. Se quedó quieta, con la boca torcida y la mirada perdida en los apuntes que acababa de sacar del bolso.

—Voy a suspender, voy a suspender, voy a suspender.

—¿Por qué dices eso?

Me acerqué a ella y le di un beso. El Murciano intentó hacer lo mismo, pero María le dio la espalda.

—Mierda, en la definición de «empresa informativa» me he equivocado. —Leía los apuntes con la voz entrecortada y con su acento extremeño descontrolado—. Y la he cagado en el desarrollo de la «ética periodística». Joder, voy a suspender.

—Deja de lloriquear, no vas a suspender. —La abracé por la espalda y se puso a sollozar como una buena actriz de teatro.

—No valgo para esto.

—No digas tonterías, María.

Naomi salió de la clase. Me guiñó un ojo y supe que había clavado el examen.

—Seguro que te sube la nota con los trabajos, nena. No le des más vueltas.

Lo cierto es que la pobre María no las tenía todas consigo. En Historia del mundo actual puso todo su empeño en explicar la Primera Guerra Mundial cuando el tema a desarrollar era la

Guerra Fría. Pensó que era mejor demostrar que se había aprendido un tema que dejar el folio en blanco. En Ciencias políticas y relaciones internacionales intentó hacer el cambiazo, pero María es escandalosa por naturaleza y desistió cuando el profesor se puso a su lado, esperando pillarla con las manos en la masa.

Lo mejor fue en Sociología. En el examen pedían explicar los rasgos de la sociología como disciplina empírica. María no tenía ni pajolera idea de lo que tenía que decir, así que tiró de su propia cosecha para responder a la pregunta. Habló de la España despoblada, más concretamente de cómo en su pueblo se estaban quedando sin personas jóvenes para cuidar de los *guarros* con los que después hacían el jamón de bellota que tanto le gustaba al profesor, según ella.

—Va, gente. Lo hecho hecho está. Ahora toca celebrarlo.

El Murciano apareció con cuatro latas de cerveza bien frías. Él ya tenía la cabeza en otra parte y no quería que nada ni nadie estuviera con mala cara el día de su cumpleaños. A María se le escapó una sonrisa. Brindamos por nosotros y nos abrazamos por el poder de *Las Cuatro Españas*.

Dicen que del amor al odio hay un paso, y yo me había empeñado en fingir que odiaba a Tito con toda mi alma. Fingía que ya no lo quería por lo que me hizo, pero solo estaba engañándome a mí mismo. Lo hacía porque era lo correcto, lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar, pero me podían más las ganas de verlo y estaba cansado de escudarme en esa vieja pesadilla.

No podía dejar de pensar en nuestro momento en la biblioteca. Bueno, para ser sincero, no podía dejar de pensar en todo lo que tenía que ver con él. Al menos me contuve lo suficiente como para no mendigarle amor por WhatsApp y

parecer que estaba desesperado por volver a sus brazos. Lo estaba, pero podía esperar un poquito más. Solo un poquito más.

El Murciano nos citó en el intercambiador de Moncloa. Nos dijo que nos pusiéramos guapos y elegantes, pero sin ir de boda. María no hizo ni caso y se enfundó el vestido que se puso para el *casting* de modelo con el *Boss*. Había hecho una promesa, que se lo guardaría para enseñárselo a sus nietos y contarles que todo había empezado con esas lentejuelas. Sin embargo, no corrían buenos tiempos para mi amiga. El futuro se le hacía cuesta arriba y esa luz que siempre irradiaba perdió fuerza.

Tampoco siguieron el *dress code los chicos de la última fila*. El Murciano era íntimo de nuestros compañeros de clase, y eso incluía a Lázaro. Gracias a San Cemento, sin embargo, *Las Cuatro Españas* se habían abierto a la política exterior y nuestro amigo estaba encantado de la vida con juntarnos a todos en la misma celebración, a pesar de que estéticamente éramos como el agua y el aceite. Iban arreglados a su modo, con camiseta de grupo de rock, americana negra y vaqueros anchos. Lázaro, por su parte, se puso una camisa abierta hasta el ombligo y se llenó el pecho de purpurina.

—Qué discreto vas.

—¿No te gusta? A veces, uno tiene que salir de su zona de confort, aunque hay que reconocer que el estilo clásico te queda muy bien.

—Tendrías que decirme que voy hecho un pincel, no que visto como un octogenario.

Lázaro se contoneó como una serpiente y me besó la mejilla.

—Cari, estás buenísimo. Estás casi casi igual de buenorro que tu amigo.

—Estoy un poco mejor que el Murciano, ¿no?

—No estoy hablando del Murciano.

—¿Entonces?

Di media vuelta y vi a Tito a lo lejos. Estaba tan guapo que me dieron unas ganas locas de correr hasta él y plantarle un beso en los morros. Pero no. Dejé que mi imaginación lo hiciera por mí y lo saludé con la mano para no parecer el típico chico que está desesperado. Me contestó con un «Ey» de colegas antes de que Naomi se pusiera en modo maestra de ceremonias para presentarle a todo el mundo. Lázaro le regaló los oídos un rato y Tito se dejó querer, mostrándose tan encantador como siempre. Maldito.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó María.

Se empezó a escuchar follón en la carretera y se me quitaron los pájaros de la cabeza (y ese amago de celos). Miré hacia todas partes, buscando de dónde diantres venía tanto jaleo.

—No puede ser. —Naomi se quedó con la boca abierta.

—Ay, madre mía del amor hermoso. —María no podía dar crédito.

—Este chaval es un crack —dijo Tito.

De pronto, la calle Princesa de Madrid se convirtió en un festín de colores, bocinas y motor. A lo lejos, tres lujosas limusinas irrumpieron en la calzada, convirtiéndose en el centro de todas las miradas. Yo no dije nada, porque no me salían las palabras cuando vi al Murciano montado en una de ellas.

—¡Vamos, chavales!

El coche en el que iba montado mi amigo pegó un frenazo y el conductor, un señor de cincuenta años con cara de simpático, salió para abrirnos la puerta como si fuera el mismísimo mayordomo de *Tú a Londres y yo a California*. Nos invitó muy educadamente a dejarnos llevar «por el frenesí de la juventud» montados en su carruaje kilométrico. No nos lo pensamos dos veces y aceptamos la invitación entusiasmados.

—Claro que acepto la invitación, y no le como la cara porque todavía no hay confianza —dijo María mientras se agarraba el vestido para que no se le viera *to lo negro*.

Nos repartimos entre las tres limusinas, aunque nosotros ocupamos, como debía de ser, la del Murciano. Era más grande que mi piso compartido de Antonio Machado y se encontraba mejor equipada. Los asientos estaban forrados de cuero, del techo colgaban luces de neón y había botellas de champán en todos los rincones. Era como tener de amigo a Chuck Bass y recorrer el Upper East Side cogiéndote una buena cogorza, solo que esta versión *made in Spain* me gustaba todavía más porque el amigo era el Murciano y no se me ocurrían mejores calles que recorrer que las de Madrid.

—Eres el mejor —le dije al Murciano, abrazándolo muy efusivamente.

—Ni de coña os esperabais esto.

—Pensaba que nos ibas a llevar a cualquier bar de los Bajos de Argüelles a beber cerveza y chupitos de absenta, lo cual también me parecía planazo. Pero esto es una pasada.

—Te como la cara.

María se hizo un hueco entre los dos y lo besó en los mofletes como si fuera el peluche de una tómbola. El Murciano no sabía ni dónde meterse.

—¿A que ahora montada en una limusina vestida como una *Gipsy King* ya no ves tan dramático el suspenso en Teoría y práctica de periodismo? —dijo el Murciano.

—No voy vestida como una de las *Gipsy King*. ¿Verdad, corazón mío? —María me hablaba a mí, pero en su guerra era mejor no tomar partido.

Agarré una de las botellas de champán y me senté enfrente de Tito. Hablaba con Naomi sobre sus cosas. Bueno, hablaba solo Naomi, porque Tito dejó de escucharla en cuanto establecimos contacto visual.

—¿Qué te traes entre manos con el tío bueno? —Lázaro se sentó a mi lado y me quitó la botella de las manos para darle un buen sorbo.

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

—No os quitáis el ojo de encima. Y eso en mi mundo quiere decir dos cosas, estáis tramando algo o estáis deseando comeros la polla.

—Pero ¿qué dices? Estás empeñado en que sea gay.

—Yo solo estoy empeñado en que la gente sea feliz.

Tito nos miraba de reojo.

—¿No estarás enamorado de mí?

—Típico de gay en el armario, pensar que todos los maricas están enamorados de él.

—Solo era una broma. No te cabrees. —Me puse nervioso. ¿Le habría contado a sus amigos lo que sospechaba? ¿Se lo habría contado a los míos?

—Claro que sí, cielo.

Levantó la botella en señal de brindis, le dio un buen trago y se fue al otro lado de la limusina con *los chicos de la última fila* que iban en la misma que nosotros. Estaba claro que a Lázaro le funcionaba bastante bien su radar para detectar homosexuales, aunque no había que ser muy avispado para darse cuenta de que entre Tito y yo había algo más que colegueo.

El Murciano y María continuaban discutiendo, así que Naomi, después de guiñarme un ojo, se acercó para apagar el fuego y poner un poco de cordura entre los dos.

—¿Chicos, podéis dejar de pelearos aunque solo sea una noche? Murci, es tu cumpleaños. Y María, estás demasiado guapa para tener esa cara de mala leche. ¿No podéis disfrutar un poquito?

—Es él, que me chincha.

—¿Yo? Sabes que no, morenaza.

—¿Sabéis que hay un dicho que dice que los que se pelean se desean?

—Anda, *pai*.

—¿Qué dices, zagala? Estás fatal.

No se les daba nada bien disimular ese anhelo que se tenían. Reprimían sus impulsos, pero sus movimientos, sus sonrisas tan poco sutiles y ese brillo en sus ojos ya lo decían todo.

Tito se levantó. Dudó si seguir a su amiga o venirse conmigo, pero la suerte y el champán estaban de mi parte. Se sentó a mi lado, sin mirarme, pero con la sonrisa puesta. Se espatarró y extendió el brazo por el respaldo del asiento. Mi abuela Mamen le hubiese dicho que si tenía los huevos más grandes que las piernas, pero yo me quedé en silencio, pensando en una frase un poco más inteligente.

—Y aquí estamos —dijo.

—Aquí estamos.

Tenía la típica pose de macho alfa, con el mentón recto y la mirada desenfadada. La misma pose que la noche en el Uñas Chung Lee, cuando parecía que nada podía perturbarlo ni alterarlo, que tenía todo bajo control. Esos hoyuelos, sin embargo, que se le marcaban en las mejillas de tanto sonreír y la forma en la que se estaba apretando los nudillos confirmaban que estaba tan impaciente como yo.

—¿Estás cómodo conmigo aquí? —preguntó.

—Sí, estoy bien. No te preocupes. ¿Tú estás bien?

—Si tú estás bien, yo también lo estoy.

—Qué educaditos somos ahora, ¿no? Parece que estamos en una entrevista de trabajo.

Rio en alto y nos cruzamos las miradas un momento. El mundo casi se paró a coger aire.

—Si sigues mirándome así, te juro que no me hago responsable de mis actos.

—¿Mirando cómo? Te miro igual que miro a mis colegas —le

reté.

—Estoy convencido de que al Murciano no lo miras así, estás pidiendo...

—¿Estoy pidiendo qué? Perdona, es que no te entiendo. —Tenía mucho calor y la ropa me sobraba—. No deberías beber tanto, porque ves cosas donde no las hay.

Tito cogió la botella y le dio un buen trago. Después se escurrió por el asiento y se acercó a mí, como un león a su presa. Nuestras piernas se rozaron y yo aparté la mirada. Cuando me quise dar cuenta, lo tenía pegado a mí susurrándome al oído.

—Estás pidiendo que te folle y como me des tu consentimiento, te juro que esta noche te voy a reventar.

—Tito, no sé si sabes que está mal jurar en vano. —Giré la cara y nuestras narices se rozaron—. Así que tienes todo mi consentimiento.

Capítulo 25

Guarromántico

Viernes

Me costó Dios y ayuda introducir la llave en la cerradura, aunque más que por el pedo que llevaba encima era porque tenía a Tito detrás de mí, con la polla pegada a mi culo. La puerta del portal se abrió casi por arte de magia. Tito me agarró de la cintura y me empujó contra el espejo del vestíbulo. Me puso la cara pegada al cristal y me besó por el cuello mientras me restregaba todo el paquete.

—Qué ganas tenía de esto.

No dije nada. Solo apreté los glúteos contra él. Me dieron ganas de bajarme los pantalones y pedirle que me follara allí mismo, pero ya que estábamos a unos escasos metros de mi cama quería hacer las cosas bien por una vez. Di media vuelta y me encaré a él. Tito pensó que intentaba asumir de nuevo el rol de macho dominante. Me agarró las manos y me inmovilizó. Acercó su boca a la mía y los besos nos hicieron perder el control.

—Espera, espera. —Me separé un poco de él, recobrando el aliento—. Respira un poco que es un tercero sin ascensor.

—Ya no puedo parar. —Tito trató de volver a empotrarme, pero lo esquivé como pude y me puse a subir escaleras.

—Vamos, que si llegas arriba tienes premio.

Nunca antes había tardado tanto en subirlas. Nos paramos en todos los rincones, puertas y ventanas del edificio para darnos besos y meternos mano. Estábamos allanando el terreno para lo

que ya parecía inevitable. En otras circunstancias, estaría muerto de miedo, pero el champán me había desinhibido por completo. Parecía una bebida inofensiva, con sus burbujitas y su retorcido sabor a uva, pero me quitó los nervios y la vergüenza mucho más rápido que cualquier otra. Se vaticinaba la peor de las resacas, pero era justo lo que necesitaba en ese momento en el que estaba decidido a que Tito conquistara todo mi cuerpo.

Entramos al piso a oscuras y Tito se pegó un buen golpe con la mesa de la entrada cuando quiso agarrarme del cinturón. A mí me dio un ataque de risa muy tonto.

—Ríete ahora que puedes, sinvergüenza.

—Calla, que vas a despertar a mis compañeros. ¿Vienes conmigo?

—Claro que sí. —Tito me dio la mano y nos miramos como dos atracadores antes de asaltar un banco, con esa mezcla de adrenalina, nervios y confianza ciega—. Contigo voy hasta el fin del mundo.

—¿Te estás poniendo romántico?

—Solo un poco antes de sacar a la bestia.

Me agaché para encender la luz de la mesilla y temí que Tito me embistiera a traición. No lo hizo. Estaba demasiado ocupado observando mi pequeño lugar en el mundo.

—Definitivamente eres un caso perdido —dijo cuando vio el póster de *Los Vengadores* colocado al lado del de *El caballero oscuro*—. ¿Eres más de Capitán América o de Iron Man?

—Hoy soy más de SuperTito.

—¿Y qué poderes tiene SuperTito?

—Todavía no lo sé, pero estoy expectante.

Se acabó la visita guiada. Tito se abalanzó sobre mí y me arrastró con él a la cama. Le quité la camiseta y él me quitó los pantalones. Nuestros labios se encontraron un instante, nerviosos por volver a sentirse. Su lengua fue de mi boca al

cuello y del cuello a mis calzoncillos. Iban a reventar.

—¿Quieres que...?

Me adivinó el pensamiento. Tito se incorporó para desnudarse del todo. Se me puso más dura cuando se quitó los calzoncillos y se la vi.

—¿Te ha crecido desde la última vez?

—Lo dudo —respondió, apretando más el mentón—. Lo que pasa es que estoy muy cachondo.

Nos quedamos desnudos, cara a cara, esperando a ver quién daba el siguiente paso.

—Vamos, te toca a ti.

—Te voy a reventar —dijo.

Me di la vuelta y me puse contra la pared. Di un pequeño brinco cuando se colocó detrás de mí y noté la punta. Arqueé un poco más la espalda y Tito murmuró alguna guarrada inadmisible en otro contexto. Sacó un condón del pantalón, se lo puso en un pispás y me penetró.

Lo primero que hice fue quejarme. Sentía una presión muy fuerte y le pedí que parase varias veces. Era primerizo en esto del sexo anal y afortunadamente se lo tomó con calma. Le llevó un rato metérmela entera. Me dolía, pero era un dolor soportable que a medida que avanzábamos se fue convirtiendo en una sensación de placer inexplicable.

—Estás aguantando, eh —dijo, jadeando.

—Sigue, sigue.

Me masturbé con una mano. La otra me la metí en la boca para no gritar. Estaba disfrutando mucho más de lo que esperaba de esa primera vez. Él lo sabía, así que me agarró bien de las caderas y se puso a darme con fuerza. Me estaba volviendo loco del gusto. Los dos estábamos fuera de sí. Siguió un poco más. No mucho. Ninguno pudo aguantar más las ganas y nos recreamos de lo lindo cuando llegó el final feliz y nos dejamos caer sobre la cama, jadeando y recuperando fuelle.

Me despertó la luz que entraba por la ventana. Abrí los ojos temeroso de que todo hubiera sido un sueño, pero allí estaba yo, recostado sobre el pecho de Tito. Se me puso sonrisa de tonto y me acurruqué en su cuerpo desnudo.

—No me busques otra vez que estoy hecho polvo.

Tito abrió los ojos y me quedé embobado mirándolo. ¿Cómo podía alguien estar tan guapo recién levantado? Ni legañas ni ojeras ni mal aliento.

—Buenos días, guapetón.

—Buenos días, sinvergüenza.

Tito se incorporó y se quedó mirándome.

—¿Cómo puedes estar tan guapo de buena mañana? —le dije.

—Eso mismo te iba a preguntar yo.

—¿Yo? Debo de tener una cara horrible.

—No estoy de acuerdo. —Se acercó y me dio un beso—. No te ves con mis ojos.

—¿Ya te estás poniendo tonto? —Me tapé la cara con las manos—. Que me da vergüenza.

—Eres tú, que me pones así.

—Menuda noche, ¿no? Me pongo cachondo solo de pensarlo.

—Yo también.

Efectivamente, Tito también. La sábana nos cubría hasta la cintura, pero nuestras piernas estaban entrelazadas y no tardé en notar su erección rozándome la rodilla.

—Ahora no podemos. Escucho a Marilia en la cocina.

—Tranqui, no pasa nada.

Nos quedamos un buen rato así, charlando de cómo la noche nos había llevado hasta allí. El calentón en la limusina y la bomba de humo que hicimos antes de entrar en la discoteca. Le confesé que nunca me habían hecho «tras tras por detrás» y él reconoció que se había dado cuenta. También me dijo que aguanté como un campeón. Los dos queríamos repetir e

hicimos amago varias veces, pero la resaca nos despojó de toda resistencia física. Me hubiese quedado a vivir en ese instante toda una eternidad. Tito también, aunque había algo que no le dejaba disfrutar del momento.

—¿Te pasa algo? ¿No te arrepientes de lo que ha pasado, no?

—¿Arrepentirme? Qué va, ha sido increíble.

—¿Entonces?

—Me da cosa estar así contigo. Me da como vergüenza.

—¿Tito tiene vergüenza? Primera noticia.

—No sé si me merezco estar así de bien después de lo que pasó en la Nochevieja universitaria. No sé cómo pude irme sin más. —Se le borró la sonrisa de la cara—. Te miro ahora y me siento tan culpable...

—No pasa nada. —Le acaricié la mejilla—. Ya estamos bien. Eso es cosa del pasado.

—Pero no lo habíamos hablado todavía y necesito decir algo. —Se le empañaron los ojos—. No supe reaccionar. Óscar nos pilló y nadie puede saber que..., ya sabes. Mi vida es muy complicada, Benji. Tengo responsabilidades. Tengo mucha presión encima y en mi mundo los maricas no están bien vistos.

Quería preguntarle que por qué su mundo era tan complicado, por qué era más complicado que el mío, pero al verlo tan frágil entendí lo que decía Naomi. Tito tenía más fantasmas de los que pensaba. No solo era un gay en el armario como yo. Había algo más, y eso le hacía sufrir muchísimo.

—Tito, de verdad. No pasa nada.

—Sí pasa, porque te fallé.

—Oye. —Le agarré la cara—. Ya está. Míranos. Estamos en mi cama. Hemos pasado una noche de la hostia. Creo que ha sido la mejor noche de toda mi vida.

—¿De verdad?

—De verdad, pero no me vuelvas a joder, eh.

Volvió a sonreír.

—¿Y ahora qué?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—¿Ahora qué de qué?

—¿Qué va a pasar con *nosotros*?

¿Me estaba pidiendo Tito, el chico que odiaba las etiquetas, que estableciera unos términos para nuestra relación? Eso era algo que definitivamente no podía hacer con el estómago vacío.

—Ahora toca jalar. ¿Qué quieres desayunar?

Le salieron esos hoyuelos suyos y le planté un beso en sus labios perfectos.

—¿Qué voy a hacer contigo, Benji?

Capítulo 26

Siete Tetas y un atardecer

Domingo

El sol caía del cielo, dejando una tenue línea anaranjada sobre Madrid. Desde la montaña más alta del parque de las Siete Tetas, la ciudad parecía estar sumida en un profundo letargo. Intenté buscar la azotea del número 6 de Valderromán, pero desde allí todos los edificios se me antojaban iguales. Solo sobresalía El Pirulí y los cuatro rascacielos que me dieron la bienvenida en otra vida.

—Las vistas son una pasada.

—Sabía que este sitio te iba a gustar.

Tito se puso a mi lado y no pude contener mi cara de bobo enamorado cuando nos vi allí disfrutando de un atardecer como el resto de tortolitos que se hacían arrumacos a nuestro alrededor.

—Me encanta, aunque hubiese preferido que estuviésemos solos.

María, el Murciano y Naomi, con la respiración acelerada, nos alcanzaron.

—¿Os han metido un petardo por el culo? —María se inclinó y escupió en el suelo—. La madre que os parió, estoy con la lengua fuera.

—Deja de quejarte y mira al frente —le dije.

—Ay, *mamasita*. Qué preciosidad.

—Naomi, ¿por qué no nos has traído a este sitio antes? —preguntó el Murciano.

—Ella solo conoce su barrio, las discotecas y los taxis para ir de un lado a otro.

—No seas malo, Tito —contestó mi amiga con una sonrisa.

—¿Es mentira?

—Es que tengo un sentido de la orientación pésimo.

—Menos cháchara que se nos va la luz —gritó escandalosa la extremeña—. Qué buena idea has tenido, Tito. ¡Me encanta este sitio!

La idea de ir al parque de las Siete Tetas fue cosa de Tito. María no se daba por vencida en su afán por conquistar las pasarelas de todo el mundo, así que llamó a otras agencias buscando nuevas oportunidades. Casi todas le pedían el típico *book* de presentación con fotos posando como cualquier Kardashian y nos lio a todos para llevar a cabo su plan maestro. Naomi puso la cámara (de su padre); Tito, el coche y el sitio; el Murciano, la verborrea, y yo, la cerveza.

—Nena, te aviso de que no soy fotógrafa —dijo Naomi.

—Tú enfoca un poco y dale al botón.

María se quitó la chaqueta y se la lanzó al Murciano. Se bajó un poco el vestido de tubo que se había puesto para la sesión y se quitó la pinza que le agarraba toda la melena.

—Sacúdete un poco el pelo —le indicó Naomi—. Y ahora ponte diva y ve cambiando de pose.

Tito me hizo una señal con la cabeza para que los dejáramos solos. Apretamos nuestros culos en un pedrusco y abrí una cerveza para saborear mejor el paisaje que teníamos de fondo en nuestra bonita postal.

—Mira la cara del Murciano. Se le cae la baba con ella.

—Están los dos muy pillados, pero no terminan de dar el paso. No sé muy bien por qué —respondí.

—Ya lo darán, míranos a nosotros.

Cuánta razón tenía. Unas semanas atrás veía nuestro futuro tan negro como la chupa que llevaba puesta, pero ahí

estábamos, sumando momentos juntos.

—¿Estás a gusto?

—Mucho. Sois un grupito muy majo y las vistas no pueden ser mejores.

—Te refieres a mí, ¿no?

—Me refería a Madrid, pero tú también, claro.

Le di un manotazo en el hombro, un intento vago de ser cariñoso sin que lo pareciese a ojos de los demás.

—El atardecer en Madrid es espectacular.

—Todo en Madrid es espectacular.

—La verdad es que ha superado todas mis expectativas.

—¿Por qué viniste?

—¿Cómo dices?

—¿Por qué te dio por venir a Madrid? Pilla bastante lejos de tu pueblo.

Bebí un trago de cerveza y le pasé la litrona.

—Bueno, lo tenía bastante claro. Tenía que estar lejos del pueblo para...

—Para salir del armario.

—Más o menos. Sigo sin salir del armario, pero es diferente y la prueba es que estoy aquí contigo, ¿no?

—Pero podrías haberte ido a otra ciudad.

—Solo hay Periodismo en Valencia y Elche y casi todos mis amigos estudian en Valencia o Elche.

—Ni siquiera lo hubieras intentado, ¿no?

—Estudiar en alguno de esos sitios es casi como hacerlo en el pueblo. Vuelves todos los fines de semana y tu vida no cambia mucho. Y es muy difícil ser gay en un pueblo. Muy, muy difícil.

—Has aguantado mucho sin estar con un tío.

—En cuarto empecé a ir de fiesta con los amigos y mientras ellos salían solo a pasárselo bien y a liarse con la primera que pillaban, yo buscaba como loco la señal de otro tío que estuviera en la misma situación que yo. Al final, me ponía

superpedo y me pasaba los domingos deprimido porque no tenía con quién compartir la resaca. —Tito me miraba con compasión. Se moría de ganas de abrazarme—. Ahora que lo digo en alto suena un poco triste, pero estoy bien, eh. Las cosas llegan cuando llegan.

—Aquí las cosas tampoco son fáciles, sobre todo si vienes de una familia como la mía.

—Pero Madrid es enorme. Puedes liarte con un tío una noche y no volverlo a ver en toda tu vida.

—Hablas por experiencia, ¿no? —lo dijo en un tono jocoso.

—Ya sabes que no, pero si hubiera pasado aquí bachillerato otro gallo hubiera cantando. Me hubiera descargado Grindr o alguna de esas aplicaciones en las que no hace falta poner cara, quedas en un sitio discreto y *ale*.

—¿Y ahora tienes Grindr?

—¿Eso que veo en tu cara son celos?

—Claro que no. Es solo curiosidad.

La risa sarcástica le delató.

—No, no me hace falta Grindr.

—¿Por qué?

—Porque te conocí muy pronto y porque tampoco tengo mucha idea de redes para ligar. Tendría que pedirle ayuda a Lázaro y no es cuestión.

—Qué suerte la mía que te vi primero.

Escuchamos unos pasos detrás de nosotros y nuestra pompa de jabón explotó.

—Estáis para una foto, chicos. —Naomi se puso de rodillas, colocando la cámara en el ángulo perfecto.

—Da igual, hombre. Estarás cansada de tanta foto —dije, pensando más en Tito que en ella.

—¿Ya has terminado con María y necesitas nuevos modelos? —bromeó Tito.

—Les he dejado haciéndose *selfies*, que se estaban poniendo

pesaditos.

—Venga, dispara.

—¿Seguro? —le pregunté.

—Segurísimo —contestó, pasándome el brazo por encima.

Sin levantarnos, Naomi inmortalizó ese momento para siempre: Tito ofreciendo su mejor sonrisa y yo mirando fijamente su cara de guapo.

Capítulo 27

Superhéroes y supersecretos

Domingo

—¿Dónde me llevas?

—Es sorpresa, guapetón.

—Contigo no sé si me gustan las sorpresas.

—La que tengo entre las piernas te gusta bastante. —Tito quitó un segundo la vista de la carretera para dedicarme una de sus miradas penetrantes.

—¿Me estás pidiendo que te haga una paja mientras conduces?

—Me encantaría. —Cogió mi mano y se la puso en el paquete —. Pero si lo haces, sacas a la bestia. Y si sacas a la bestia podemos tener un accidente.

Le estrujé la polla por encima del pantalón y él dejó escapar un suspiro.

—Benji, pórtate bien.

—¿No me llevarás al Zouk ese?

—¿Dónde?

—Ese hotel que ofrece «una atmósfera íntima y romántica» a «parejas que buscan intimidad y discreción». Lázaro y el Murciano no paran de hablar de él. Dicen que las habitaciones tienen piscina privada con cascada. —La sola idea de bañarme con Tito, los dos desnudos en un lugar privado, me ponía a cien.

—Eso suena muy bien, pero no. Hoy quiero que hagamos algo más que guarrear.

—¡Dime adónde me llevas, por favor!

—No seas impaciente. Ya casi estamos.

Tenía toda la razón. Estaba nervioso, impaciente y expectante con nuestra cita de ese día. Nuestra relación sin etiquetas se había convertido en un bucle de aquí te pillo aquí te mato. A veces en su coche, otras en un hostal a las afueras. Estábamos consumando la reconciliación de lo lindo. El cuerpo, sin embargo, ya nos pedía hacer más cosas que follar, comer para coger fuerzas y volver a follar.

—¿Eso es lo que creo que es? —A lo lejos de la carretera, tras un descampado amarillento, se veía una torreta de metal y una montaña rusa de color rojo—. ¿Es un parque de atracciones?

—Todavía mejor.

—¡Es el Parque Warner! ¡Qué dices!

Quise comérmelo a besos hasta dejarlo sin labios, pero anulé ese impulso porque no quería que pensara que el romanticismo de Hollywood se me había subido a la cabeza... otra vez.

—Ayer me acordé del póster de *El caballero oscuro* en tu habitación y de la basura de película que me hiciste ver en nuestra primera cita. Bueno, y lo pesado que te pones hablando de superhéroes en general. Y para ser un friki completo tienes que haber ido a la Warner.

—Dios, me encanta —dije, encogiéndome en el asiento—. Joder, muchas gracias.

—¿Por qué te pones tristón? ¿No te mola el plan?

—No, no. Estoy flipando.

—Y te has puesto un poco sentimental, ¿no? —Tito apretó el brazo en señal de victoria—. ¡Objetivo cumplido!

—Qué tonto eres.

—Soy el tonto que acaba de tocarte la fibra.

El Benji de doce años, siempre tan presente, se puso loco de

contento en cuanto cruzó el arco de la entrada. Y también Tito por mucho que intentara disimular que toda la adrenalina y la excitación que se respiraba en el ambiente no iba mucho con él.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero subir a todo.

—Eres como un crío.

—Y eso te encanta.

Me dio un empujón y adoptó esa cara recurrente de heterosexual con demasiada testosterona.

—¿Qué voy a hacer contigo, Benji?

—De momento, subir al Superman.

Nos montamos en todas las atracciones. De Metrópolis con Superman saltamos a Gotham para visitar el manicomio de Arkham Asylum con unas gafas 3D que solo me quité una vez para comprobar que Tito lo estaba gozando tanto como yo. No dejaba de sonreír. En la montaña rusa de madera nos dejamos la espalda, aunque allí, desde las alturas, aprovechamos para meternos mano. Me temblaban las piernas de tanta adrenalina, pero no podía parar. Quería más. Me gustaba el subidón que provocaba el momento antes de la caída. Y gozaba todavía más de la cara que ponía Tito antes de que el maquinista encendiera los motores. Me miraba con tanta intensidad que estuve tentado más de una vez de decirle lo mucho que lo quería, porque así era, lo quería como nunca había querido a nadie en toda mi vida.

—¿Eres feliz? —me preguntó a gritos antes de precipitarnos al vacío la segunda vez que subimos al Superman.

—¡Muchísimo!

Los dos estábamos eufóricos y nos salía amor por las orejas. No aguantábamos más. Nos moríamos de ganas de besarnos, así que cuando bajamos de ese último viaje, Tito me llevó a un fotomatón y dejó caer sus labios sobre los míos durante un

instante que me supo a gloria.

—La cerveza del señor.

—Gracias, gracias.

Tito se sentó a mi lado.

—No te pongas cómodo que en un rato tenemos Loca Academia de Policía —le recordé.

—No te cansas.

—¿Tú sí? —Dio un sorbo a su Coca-Cola, apoyó el codo en la mesa y me escudriñó con la mirada—. ¿Por qué me miras así?

—Porque me gusta mirarte. ¿Me dejas?

—Claro, mírame todo lo que quieras.

—Te estás poniendo rojo.

—¡Tito!

—Vale, ya paro, ya paro.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté ilusionado.

—Muy, muy, muy bien. Me gusta hacer planes contigo.

—¿De verdad?

—Me gusta cuando sacas ese lado friki que tienes, te hace bastante adorable.

—Capullo. —Puso la mano sobre la mesa y me hizo una señal para que pusiera la mía encima. Nuestros dedos se entrelazaron—. Nos van a ver.

—¿Qué planes tienes para verano? —Realmente me sorprendió con esta pregunta.

—¿Cómo? ¿Para verano? Pues no tengo ni idea. Creo que es la primera vez en mi vida que no tengo planeado el verano. ¿Tú qué vas a hacer?

—Mis padres tienen una casa en Asturias. Suelo pasar allí los veranos.

—Nunca he estado en Asturias.

—¿Y te gustaría ir?

—Claro que me gustaría.

—¿Y si vamos juntos? Una semanita los dos solos.

—Estás de coña.

—Claro que no. Hay unas rutas chulísimas y las playas son espectaculares. Además conozco algunos rincones ocultos para pasarlo bien.

—¿Y qué le vamos a decir a la gente?

—No hay que dar tantas explicaciones, Benji. Nos vamos y punto.

—Te estás ganando un buen beso en los morros.

—Creo que hoy me he ganado algo más, ¿no?

Tito me estaba regalando uno de esos días que se graban en la memoria para siempre. Por fin, todo funcionaba entre nosotros, pero había algo que no me dejaba disfrutar del día. Un presentimiento, quizá. Porque la felicidad completa no existe y cuando las cosas van bien, la vida se convierte en un castillo de naipes con una carta capaz de derribarlo todo.

—Ay, espera. Me están llamando. —El himno del Real Madrid se cargó todo el romanticismo de nuestra conversación de futuro—. Mierda, Olivia.

—¿Cómo? ¿Quién es Olivia?

Los ojos de Tito se abrieron como platos y me pareció ver cómo le temblaba la comisura de los labios. Me dejó allí con un «espera aquí» y se escondió detrás de una fuente. Algo no iba bien. Agitaba mucho los brazos y se movía de un lado para otro sin parar. Apuré la cerveza cuando volvió fuera de sí.

—Nos vamos.

—¿Qué pasa? Va a empezar *Loca Academia de Policía*.

—Benji, me tengo que ir. Me ha surgido algo y...

—Pero ¿a qué viene esa cara? ¿Ha pasado algo grave?

—Nada grave, pero nos tenemos que ir ya.

—Pero...

—Sin peros, joder. He dicho que nos vamos y nos vamos.

Me levanté de la mesa haciendo mucho ruido.

—Tampoco me lo tienes que decir así.

—Pues no hagas tantas preguntas.

—Yo me voy a ver el espectáculo —dije, apretando los puños, tanto que me hice daño.

—¿Qué dices?

—¿Por qué tienes que estropearlo todo? Estaba siendo una cita de la hostia y, de repente, te pones hecho una furia, no me das ninguna explicación y ¿tengo que obedecer como si fuera un crío?

—No te tengo que dar explicaciones de nada. He recibido una llamada importante y tengo que encargarme de algo. ¿Qué parte no entiendes?

—¿Te ha llamado tu amigo Óscar para decirte que eres un maricón de mierda por quedar conmigo?

—¿A qué viene eso ahora? No todo gira en torno a ti, Benji. Madura de una vez.

—Claro que no. Todo tiene que girar en torno a ti.

Los ánimos se crisparon y subimos el tono de la conversación. Tito se dio cuenta cuando un grupo de la mesa de al lado se nos quedó mirando.

—Mira, hemos pasado un día genial. ¿Tan importante es para ti ver un espectáculo de mierda? ¿No ha sido suficiente todo lo demás? ¿Tan difícil es que te entre en la cabeza que he recibido una llamada importante y me tengo que ir?

—¿Quién te ha llamado? ¿Qué es eso tan importante que tienes que hacer para dejarme tirado? Hoy era nuestro día y quieres salir por patas sin darme una explicación. ¿Eso es normal?

Tito me cogió de la camiseta con rabia y me tiró hacia él.

—Me ha llamado la madre de mi hija, ¿vale?

—¿Qué estás diciendo ahora, Tito?

—Lo que oyes. Hoy tenía que recoger a mi hija a las seis de

la tarde para llevarla al parque, pero se me ha olvidado. He pasado un día tan de puta madre contigo que me he olvidado hasta de mi propia hija. ¿Contento?

—¿Estás de coña, no?

—No es coña y ahora cierra el pico o te vuelves en autobús.

Capítulo 28

De bruces con la realidad

Lunes

El reloj marcó las once y media y el profesor de Estructura y sistema mundial de la información, harto de nuestros bostezos, dio por terminada la clase. Los primeros en levantarse fueron los periolistos de la primera fila. Se acercaron al estrado para preguntar dudas, o más bien para hacer el tipo de afirmaciones que hace uno para demostrar que sabe más de lo que dice. El Murciano se quedó en su sitio hablando con Lázaro de sus dietas milagro y María se había fumado la clase para echar el currículo en una tienda de ropa de Las Rozas. Pero con ninguno de ellos quería cuentas. La única con la que tenía una conversación pendiente era con Naomi y la perdí entre el mogollón que se apelotonaba en la puerta. Salí al *hall* de la quinta planta, con el gesto serio y una idea muy difusa de lo que quería decirle. Me pareció ver su pelo rubio oxigenado entrar al baño de chicas del fondo y fui directo a por ella. La encontré en el lavabo con los ojos llorosos y el maquillaje corrido.

—¿De qué vas? ¿Tiene una hija y no me dices nada?

—Benji, ahora no.

—¿Ahora no? ¿Estamos locos? Sabes perfectamente que lo pasé como el culo y orquestaste todo para que volviera con él sabiendo que tenía una hija.

—Yo no soy nadie para contarte su vida.

—¡Eres mi amiga, claro que me lo tienes que contar! ¿Qué se

supone que tengo que hacer ahora? ¿Ser el padrastro de esa niña? Es todo surrealista.

—Eres mi amigo y Tito también lo es. ¿O qué quieres, que guarde tu secreto, pero el suyo no? Por esa regla de tres tendría que ir ahora mismo a contarle al Murciano y a María lo tuyo.

—No es lo mismo, Naomi.

—Ya te lo dije: la vida de Tito no es fácil.

—¡Ya vale con esa mierda! ¿Y para mí lo es?

—No eres el ombligo del mundo, Benji. La gente tiene problemas peores que un armario. Sé valiente y dile a todo el mundo que eres gay. ¡No pasa nada! —Eso me dolió y ella se dio cuenta—. Pero no te compares con él. Su tío se murió de sida y su vida se fue a la mierda. ¿A ti te ha pasado algo parecido? ¿No, verdad?

—No, pero...

—Pero nada. Tito era el ojito derecho de su tío, pasaban muchísimo tiempo juntos, eran como uña y carne, y a su madre se le fue la pinza cuando su hermano murió. Estaba convencida de que iba a terminar igual que él. Hasta se parecían físicamente. Lo machacó tanto que no pudo aguantar la presión y se empezó a juntar con malas compañías. Desaparecía fines de semana enteros, se metía de todo y hacía cosas de las que luego ni se acordaba.

—No me ha contado nada de eso.

—Porque no tiene que ser fácil. Nadie se presenta diciendo: «Hola, no supero la muerte de mi tío, odio a mi madre y, para colmo, no tengo muy clara mi orientación sexual. Ah, y tengo una hija». Ponte en su lugar. Tú más que nadie deberías ponerte en su lugar. Sabes lo que es esconder un secreto por miedo a que te rechacen. Y tú solo estás ocultando tu orientación sexual. Él pasó varios años muy malos con todo esto.

—Pero es que sigo sin entender lo de la hija.

—Una noche que iba de vuelta y media se tiró a una tía en los baños de una discoteca. Sin condón y sin nada y pasó lo que pasó. La vio esa noche y un día sin más apareció en la puerta de su casa con un barrigón de cinco meses. —Naomi vio mi cara de estupefacción y continuó—: Y sé que ahora lo ves como algo muy loco, pero esa niña lo cambió todo. Se dio cuenta de que su vida se estaba yendo a la mierda, que tenía algo que de verdad merecía la pena y se lo curró. Se quitó de mierdas, le pidió a su padre que lo llevara a un psicólogo...Y ahí lo tienes, estudiando Derecho, cuidando de su hija y empezando algo bonito contigo.

—No sé qué decir.

—En parte por eso quería que arreglarais las cosas. He visto cómo te mira y sé que Olivia es lo más importante de su vida, pero tú también te has convertido en alguien muy importante para él. Le haces mucho bien, Benji. Os hacéis mucho bien mutuamente.

El cristal del cuarto de baño me devolvió el asombro que tenía incrustado en los ojos.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? Joder, es que no sé cómo gestionar todo esto. Cuando se lo cuente a Jimena, se va a caer de plancha.

—Tu amiga tiene que estar harta de Tito —se le escapó una sonrisa—, pero que tenga paciencia con él, y tú también. Dale tiempo y no quieras saber todo sobre él tan rápido. Es un tío muy reservado, se avergüenza mucho de toda esa época, pero poco a poco irá abriéndose a ti. Estoy segura.

—Vale...

—Y que sea la última vez que me hablas así. Soy Naomi, joder. Soy tu amiga y ni te has parado a pensar por qué tengo esta cara horrible.

—Tienes razón, pero llevaba desde que volví de la Warner aguantando la bilis para escupírtela en la cara.

—Eres un imbécil, Benjamín.

—Soy lo peor.

Naomi sacó unas toallitas de bolso y se limpió los restos de maquillaje de la cara.

—No te preocupes. Ahora me retoco y aquí no ha pasado nada.

La abracé, dejando caer mi barbilla sobre su hombro.

—No, cuéntame qué te pasa, anda.

—Ahora te pones cariñoso, ¿no?

—¿Me perdonas?

—Claro que te perdono.

—¿Y por qué estás así?

—Por lo de siempre, Benji. Mi madre tiene que volver a darse quimio. Se le ha disparado todo en los últimos resultados.

—Joder.

—Puto cáncer. —Le temblaba el labio—. Pero no voy a llorar más porque todo va a salir bien.

—Conmigo puedes llorar todo lo que quieras.

—Calla, que menudo disgusto me has dado tú también.

—Lo siento. Monto el drama cada dos por tres y me olvido de que en el mundo hay cosas peores.

—Mucho peores, por eso te digo: menos drama y más empatía. Consejo de amiga.

—¿Te puedo dar un beso?

—Y dos también.

Capítulo 29

Estacionados

Martes

Ser un gay en el armario da para fantasear mucho, quizá demasiado. Desde que supe que me gustaban los chicos me fui enamorando de algunos compañeros del instituto. Pensé muchas veces en dar el paso por si sonaba la flauta (literalmente), pero nunca lo hice, de modo que aprendí a soñar despierto con todos aquellos amores platónicos que se cruzaban conmigo entre clase y clase. Los que jugaban al fútbol solían ser mi debilidad, y algunos eran tan ambiguos que me daban alas para montarme una buena película en mi cabeza. También me pillé por el padre de una amiga. Era el típico madurito sexi y divorciado que se follaba todo lo que se le pasaba por delante, y yo pasaba delante de él muy a menudo por si acaso.

Cuando mis padres me dijeron que podía estudiar en Madrid, supe que mi vida iba a cambiar para siempre, que por fin iba a poder conocer a ese tío que llevaba esperando todos esos años en los que había fingido ser un hetero más del pueblo. Me tiraba en la cama horas y horas escuchando *Teenage Dream,* de Katy Perry, soñando que un buen día iba a aparecer esa persona que pondría mi vida patas arriba. Mira que barajé muchas opciones, pero nunca se me pasó por la cabeza que me pillaría tanto por un chaval que reunía todos los contras de mis amores platónicos: ser ambiguo, ser forofo del fútbol y ser padre.

Salí del número 6 de Valderromán con el pijama y las zapatillas de estar por casa de Capitán América, el modelito perfecto para entablar una conversación sincera y llena de compresión.

Tito me esperaba en su coche, aparcado en doble fila.

—Hola.

—Hola. —Me senté en el copiloto y clavé la vista al frente.

—¿Qué quieres decirme? Tengo prisa.

—Quiero decirte muchas cosas, Tito.

—Pues empieza.

Me merecía su desprecio.

—Sé que me porté como un niñato el otro día. Entiendo que tienes una obligación. Bueno, todavía no he procesado del todo el hecho de que eres papá de una criatura. Solo decirlo me parece de locos, pero sé por mi hermano Fran lo que es hacerse cargo de un bebé.

—Lo entiendes, pero has estado dos días sin cogerme el teléfono ni responder a mis wasaps.

—Entiéndeme tú también a mí. Coño, esto hay que procesarlo. —«Y hablar con tu amiga para que me haga comprender lo que te pasa», pensé para mí.

—Admito mi culpa. No quería que te enteraras así, pero tu reacción fue exagerada.

—Contigo siempre me pasa lo mismo, Tito. Todo va bien y de repente ocurre algo que lo estropea todo. No digo que tu hija lo haya estropeado, pero desde que te conozco lo *nuestro* se ha convertido en una montaña rusa. A veces estamos bien y a veces estamos mal. Primero me dices que no eres gay, que te gusta probar un poco de todo. Después, una noche te plantas en mi casa y me prometes amor eterno. Cuando el asunto empieza a ir bien, pasa lo de la Nochevieja universitaria. Lo arreglamos, volvemos a estar bien y ahora me entero de que tienes una hija.

—Menuda carta de presentación.

—No, en serio. No te lo digo a malas.

—Lo sé, has venido en chándal. Si estuvieras cabreado, te hubieras presentado con camisa y vaqueros ajustados. —Puso su mano sobre mi pierna y los dos liberamos tensiones—. Benji, en mi familia han pasado muchas cosas. Yo he pasado por muchas fases. Adoro a esa chiquilla, pero entiende que no lo lleve tatuado en la frente. No es fácil y mis padres no hacen más que complicarme la vida.

—Pues habla conmigo, cuéntame las cosas.

—No sabes qué alivio poder hablar contigo de Olivia.

—Me gusta el nombre de Olivia.

Menuda sonrisa se dibujó en sus facciones perfectas.

—A mí también.

—Me parece impensable que tus padres no quieran saber nada de ella. Mis sobrinos son pesadísimos, pero no los cambio por nada del mundo.

—Bueno, también tuve una época mala.

—Pero ¿qué tiene que ver Olivia? Son sus abuelos.

—Es más difícil de entender de lo que crees, tengo un pasado un poquito oscuro que te iré contando cuando me vea preparado. No quiero que salgas corriendo.

—Puedes contarme las cosas, no me voy a ir a ninguna parte.

—Lo sé. Tú no eres como los demás, pero necesito tiempo igual que tú necesitas tiempo para asimilar lo de Olivia. Está siendo un año de locos y tú tienes casi toda la culpa. Tenía las ideas claras hasta que tú apareciste.

—¿Te estoy haciendo la vida imposible?

—Me estás haciendo replantearme muchas cosas.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como por ejemplo invitarte a cenar a mi casa.

—Estás de coña. ¡Tus padres me matan!

—Puede ser, pero vamos a probar suerte, ¿no? Estoy harto de esconderme. Quiero hacer las cosas bien contigo y para eso yo

también tengo que dejar algunos miedos a un lado. Si me quieren, me tienen que aceptar con todo lo que viene conmigo, y eso os incluye a Olivia y a ti.

—¿Se acordarán del día que casi nos pillan follando en tu casa? Ahí solo era un amigo.

—Ahora los vas a conocer como lo que eres.

—¿Y qué soy?

—Mi chico.

Capítulo 30

Fiestas kapitales

Viernes

Era cuestión de tiempo que Jimena viniera a visitarme a Madrid. Desde que la Complutense aceptó mi solicitud para hacer Periodismo en la facultad de Ciencias de la Información, mi mejor amiga había jurado que sus curvas manchegas se contonearían por las calles de la ciudad. Lo juró y lo perjuró en cada videollamada, en cada uno de nuestros paseos, pero le costó dar el paso. Quizá porque Madrid era demasiado grande o quizá porque tenía miedo de venir y no encajar en mi nueva vida. Sin embargo, Jimena llevaba varias semanas de bajón. Seguía sin encontrar a ese chico que la quisiera más por su inteligencia que por sus tetas. Necesitaba el cariño de su pichón, consejos y cambiar de aires, y Madrid le ponía todo eso en bandeja.

Quería que fuera todo un acontecimiento, pero Jimena venía a Madrid en una semana especialmente complicada. Con Tito las aguas volvían a su cauce, aunque no terminaba de encajar lo de la niña por mucho esfuerzo que le ponía durante mis largas sesiones de consulta con la almohada. Tampoco *Las Cuatro Españas* estaban en su mejor momento. La madre de Naomi llevaba días ingresada en el hospital. Ella se quedaba todas las noches con ella y apenas tenía fuerzas para hacer nada durante el día. No iba a clase y tampoco quedaba con nosotros. El Murciano y María, como siempre, eran un caso aparte. Él estaba más raro de lo normal. No hablaba mucho y

cuando lo hacía era para reírle las gracias a María. Ella, en cambio, seguía haciendo un esfuerzo titánico por mantener las distancias.

Las cosas, definitivamente, estaban raras, pero le prometí la mejor fiesta a Jimena y se la iba a dar. Naomi era la mejor organizando saraos, pero no podía pedirla que me echara una mano. Ahora su madre era lo más importante, y no quería molestarla con bobadas. Por suerte, Lázaro se ofreció a darme ideas y tomando una cerveza en la cafetería de la facultad se le ocurrió el plan perfecto. Poco a poco íbamos estrechando lazos. Sus sospechas no habían desaparecido, pero ya no estaba obsesionado con sacarme del armario y ayudarme a planear el fin de semana de Jimena le hizo ganar muchos puntos.

—Hay una discoteca en Madrid a la que todavía no habéis ido y es perfecta para impresionar a unos provincianos como vosotros —dijo Lázaro, triunfante.

—No vale Chueca.

—Que no es Chueca. Soy marica, pero conozco más sitios.

—¿Y bien?

—Es una discoteca de siete plantas.

—¡Kapital!

—Exacto, Kapital.

—¿Cómo no se me ha ocurrido a mí?

—Porque no eres tan listo como yo.

—¿Y por qué no hemos ido todavía?

—Porque estáis empeñados en no salir del Uñas Chung Lee ese.

—¿Tienes respuestas para todo?

—¿De verdad quieres comprobarlo?

La popularidad de Kapital hablaba por sí sola: siete plantas con siete fiestas. Estaba convencido de que Jimena alucinaría y ese era mi único objetivo: impresionarla.

—¿Vendrás, no?

—Con un amigo manchego tengo suficiente, pero seré simpático con tu amiga.

—Gracias por tu colaboración.

—De nada, guapo.

Jimena llegó a Madrid el viernes por la noche, casi a última hora. Tito se ofreció a ser nuestro chófer, pero sabía perfectamente el efecto hipnótico que causaba de primeras y ella, para colmo, conocía además cada coma y cada punto y seguido de nuestra historia. Este detalle no lo conocía Tito y eso a ella le provocaba más ansiedad. Mi amiga no podía mentir, se le notaba en la cara y balbuceaba cuando intentaba hacerlo, así que decidimos que lo mejor era que le conociera junto al resto en Kapital. Entre luces de neón y chupitos de Jäger era más fácil desenvolverse en una primera toma de contacto.

Antes de dormir y con la maleta a cuestas, llevé a Jimena al kilometro 0 de Sol. Nuestra primera foto en Madrid. Nos tomamos entre los dos una *yonkilata* de cerveza y echamos a andar. Reanudamos nuestros paseos, pero con un cambio importante de escenario. Las calles del pueblo no estaban mal, pero el paseo del Prado y la Castellana de fondo quedaban mejor mientras hablábamos largo y tendido de nuestras cosas. No tardamos en ponernos al día, aunque tampoco había mucha novedad. Ella se había dado por vencida con los hombres de la Mancha y fantaseaba con la idea de conocer a un madrileño rico y venir a *la capi* a formarse como chef. Podríamos hacer ese mismo paseo todos los días, como en los viejos tiempos. Le conté que lo mío con Tito iba en serio, que pronto conocería a sus padres *especialitos* y que después tenía intención de contarle a todo el mundo mi pequeño secreto. Todas las noticias las celebró con un sonoro *«What?!»* y con muchas preguntas. A ella le habían enseñado desde pequeña a preguntar lo que no entendía y lo que había entre Tito y yo tenía tantos cabos

sueltos que me pasé el camino de vuelta a casa resolviendo sus dudas (y las mías).

Me guardé para mí lo de la hija de Tito. Ni siquiera yo lo había digerido todavía y sabía que Jimena me bombardearía con las mismas preguntas que me hacía yo: ¿Tiene contacto con la madre? Entonces ¿es bisexual? ¿Me presentará a la niña? No quería tratar el tema como un chisme barato, así que me lo quedé para mí. Entre amigos no hay que contárselo todo, una lección de Naomi que me la quedé para siempre.

Sábado

En Madrid había cinco cosas que cualquier forastero de bien tenía que hacer sí o sí: ver el atardecer desde el Templo de Debod, con el Palacio Real y la Catedral de la Almudena de fondo; comerse un bocadillo de calamares en la Plaza Mayor; tomar unas cañas por las coloridas calles de Malasaña y vivir la noche en una de esas discotecas en las que tienes que ponerte elegante antes de perder toda la vergüenza. Le prometí a Jimena que haríamos todas esas cosas cuando viniera a visitarme, pero en ningún momento le especifiqué en qué orden y, para ser sinceros, prometí más de lo que podía cumplir en un fin de semana.

No vimos ningún atardecer y tampoco nos dejamos embriagar por los olores y sabores de Malasaña (lo *hipster* no iba mucho con Jimena). Tampoco comimos bocadillos de calamares, pero sí la llevé a probar las mejores bravas de Madrid. También fuimos de compras por Gran Vía, pero fue un mero trámite. Jimena se empeñó en comprarse un vestido «discreto, pero pechugón» y yo estuve muy cerca de hacerme con otra camisa azul. Por suerte, mi conciencia estuvo muy presente. También la voz de ultratumba de mi padre

amenazándome con cortarme el grifo si seguía viviendo por encima de mis posibilidades o como bien decía mi abuela Mamen: «Este niño se cree que vive en la serie esa de *Gochi Ger*». Después de comer volvimos a mi casa de ladrillos y nos encajonamos en mi cama de noventa para recuperar la energía que habíamos perdido entre probadores mientras vaticinábamos posibles episodios que podrían ocurrir durante la fiesta.

—Ojalá terminéis tú y mi amiga María dándolo todo en la tarima —dije mientras intercambiaba wasaps subidos de tono con Tito.

Tito
Esta noche voy a tener que atarme las manos, porque como te coja...
16:21

Benji
¿¿¿Como me cojas qué???
16:21

—Mi tiempo de tarimas ya pasó, pichón. La última vez que me subí a una fue en tu fiesta de despedida en el Paco Bar, así que fíjate.

Tito
Como te coja te voy a llevar al baño y ya sabes perfectamente lo que tú y yo hacemos allí.
16:21

—Esta noche, cuando estés etílica, terminarás subiéndote. María es la reina de las tarimas, pero no tendrá problema en compartir su momento estelar contigo. Va a ser genial.

Benji

¿¿Estás seguro?? No sé a qué te refieres.

16:22

Tito

Tranquilo, nene..., esta noche te refresco la memoria.

16:22

—Oye, pichón, ¿crees que le caeré bien a tus amigos?

—Seguro que sí, pero cuidado con el Murciano que es bastante mujeriego y tú, borracha, no distingues.

—Pero ¿si tiene algo con María, no?

—Por eso, tienes que ser fuerte y no caer en la tentación.

—Bueno, el chaval no es para tanto.

Tito

Te adelanto que te va a doler un poco, pero lo vas a disfrutar mucho.

16:22

Benji

Para, que se me está poniendo dura y tengo aquí al lado a Jimena.

16:23

—Pero ¡pichón! ¡¿Que se te está poniendo dura?!

Lancé el móvil al otro lado de la habitación y me tapé el paquete con las manos, intentando disimular la erección que se asomaba a través de los vaqueros que llevaba puestos. Jimena se levantó de la cama, haciendo todos los aspavientos del mundo. Rio tan fuerte que despertó a Marilia de su siesta.

—¿Pero y este jaleo?

Marilia entró en la habitación sin pedir permiso. Se quedó delante de la cama, con los brazos cruzados y esperando una explicación por habernos entrometido en su sueño más profundo.

—Te juro que ha sido culpa de Jimena. Cuando empieza no

puede parar.

Mi amiga trató de decir algo, supongo que quería disculparse, pero se estaba ahogando con su propia risa.

—Madre de mi vida, le va a dar algo a esta niña. ¿Quieres un poco de agua?

—Perdón, perdón. Es que Benji es muy gracioso —dijo por fin Jimena, cogiendo un poco de aire.

Marilia arqueó una ceja.

—La verdad es que el niño tiene su gracia, pero... En fin, os dejo solos. He hecho un bizcocho de zanahoria, por si os apetece comer un trozo después de cenar. Y esta noche no me vengáis mamados, que luego pasa lo que pasa. Menudo movimiento hay en este cuarto últimamente...

—¡Marilia!

—¿Acaso miento, cachorro? —Mi compañera de piso me guiñó un ojo y se fue —. Cómo son estos manchegos, madre mía. ¡Cómo son!

—Perdona, Jimena. Es que Tito...

—Menudo pichón. Yo preocupada porque no sé si le voy a caer bien a tus amigos y tú haciendo *sexting* con tu novio. *I can't believe it*!

Me di la vuelta y metí la cabeza debajo de la almohada.

—Qué vergüenza, por Dios.

—Estás descontrolado. Yo no sé qué voy a hacer contigo.

—Quererme, que es lo que te toca.

—Menuda noche me espera.

—Va a ser genial, ya lo verás.

Jimena cruzó los dedos, dijo algo más del Murciano, y volvimos a acurrucarnos en mi diminuta cama. Cerramos los ojos y seguimos soñando con el desmadre de después, porque lo hubo y bastante gordo.

Todos llegamos puntuales esa noche. Al final de la calle Atocha, justo al lado de un KFC, nos fuimos agrupando poco a poco. Jimena y yo llegamos los primeros. Compramos unas latas de cerveza y nos quedamos ensimismados observando la fachada del edificio, tan iluminada como el Cine Capitol cuando toca *première* de cine. Siete plantas. Siete fiestas. Y a sus puertas, una cola kilométrica de gente con ganas de jarana. El Murciano se presentó poco después con su labia habitual y, tal y como preveía, se mostró especialmente atento con Jimena, aunque ella ni siquiera se dio cuenta. Todavía no conocía cuáles eran sus técnicas de seducción, pero todos sabíamos lo que pasaba cuando Murci se enderezaba y fruncía mucho el ceño. Lázaro y María fueron los siguientes. Él se arregló como si fuera a la Fashion Week de Madrid. Sin embargo, ella, una vez más, volvió a ser el centro de atención. Se onduló el pelo y se lo recogió en una coleta en plan Camila Cabello en el videoclip *Hey Ma*. Además se colocó una minifalda guerrera y se subió a unos tacones transparentes que la empoderaban más de lo que ya lo estaba. Jimena se quedó con la boca abierta cuando la vio venir. Se ganó a la extremeña en cuanto le lanzó un par de piropos.

El último en llegar fue Tito, porque los chicos como él siempre acuden tarde, y más en una noche como aquella. Apareció más guapo de lo normal, si eso era posible. El Murciano le dedicó un cumplido. Por muy macho que fuera sabía reconocer cuándo tenía delante a un chico que podría robarle el foco en la discoteca. Lázaro fue más allá y le dio una cachetada en el trasero. «Necesito saber si ese melocotón es de verdad», soltó. Y Jimena no dijo nada. Solo con verlo lo entendió todo. Tampoco pudo evitar resoplar cuando Tito me estrechó la mano y nos miramos con una complicidad capaz de todo.

—Bueno, ¿qué? ¿Preparados para partir Kapital? —dijo el

Murciano.

—Yo estoy preparadísimo.

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Adónde vamos primero? —preguntó Jimena, un poco sobrepasada—. ¿Aquí todo es tan a lo grande?

—Tú tranquila, cari. —Lázaro se puso al lado de Jimena y le ofreció el brazo—. Para eso estoy yo aquí, para haceros el *home tour*.

María dio un paso hacia delante y posó como Beyoncé lo hace antes de salir a escena.

—Pues venga, *pa'* dentro que estoy seca.

Planta baja

—*Oh, my god*! ¿Es un teatro?

Jimena abrió la boca en cuanto accedimos a la pista principal. Kapital era un viejo teatro convertido en discoteca. En lugar de butacas había mucha gente dejándose llevar por la melodía que pinchaba el DJ desde el escenario, y de los palcos abarrotados salían pequeñas jaulas en las que los más valientes ponían a prueba sus dotes para el baile.

—Te doy dos cubatas si te subes ahí arriba —le dije a María.

—¿Ya quieres que saque a la gogó que llevo dentro?

—Sabes que disfruto viéndote mover el pandero.

—Pues hoy estás de suerte, porque vengo con ganas de perrear.

—Yo también quiero, guarri. Pero antes vamos a por unas copichuelas, ¿no? —soltó Lázaro, que estaba atento a todo.

María y Lázaro corrieron a la barra más cercana.

—¿Jime, tú qué bebes? —Oficialmente, el Murciano estaba interesado en mi amiga.

—Vodka rojo sin nada, pero voy contigo. No hace falta que...

—No, es tu primera vez en Madrid y te vamos a tratar a cuerpo de reina. ¿Tito, me acompañas?

—Claro, tío. —Tito rodeó al Murciano con el brazo y se me quedó mirando—. ¿Benji, te pido lo de siempre?

—¿Sabes qué es lo de siempre?

—¿Ron limón? Ya son muchas noches juntos —contestó él, entrando al trapo.

—Ron limón está bien. Gracias, tío.

Tito me guiñó un ojo antes de darse la vuelta y perderse con el Murciano entre la gente.

—Madre mía, pichón. ¡Estoy sin palabras! Te estaba follando con la mirada. ¡Y es guapísimo! Casi me atraganto cuando lo he visto. ¿Cómo pueden quedarle unos vaqueros así?

—El cabrón me tiene loco, y lo peor es que lo sabe.

—Pichón, y tú le vuelves loco a él. Es que madre mía, estoy en *shock*. Se nota muchísimo que hay algo entre los dos. Normal que Naomi se lo oliera tan pronto.

—María y el Murciano nunca. Y tú porque sabes toda la historia que si no...

—No, no. Hay muchísima química entre vosotros.

Me gustó escuchar aquello. Sabía que entre los dos había algo especial, pero que mi amiga fuera capaz de verlo hacía que lo nuestro fuera todavía más real.

—¿Y tú y el Murciano qué? Te está metiendo todas las fichas del mundo.

—¿Qué dices, pichón? Solo está siendo amable.

—Jimena, escúchame. El Murciano nunca va a por una copa que no sea para él o para la tía que quiere ligarse.

—¿Y qué hago?

—No hagas nada.

No tuve la oportunidad de decirle a mi amiga que si el Murciano intentaba meterle morro, mejor que diera media vuelta y lo dejara con el calentón porque las consecuencias

podrían ser terribles y no quería fisuras en *Las Cuatro Españas*. Pero los chicos volvieron con el *agua con misterio* que nos iba a hacer a todos perder la cabeza, y se me fue el santo al cielo.

Planta 1

En la pista principal bailamos, reímos, nos abrazamos y gritamos eufóricos cada vez que el Megatrón caía sobre nosotros. Perdimos la vergüenza y antes de abandonar también la noción del tiempo fuimos a descubrir lo que el Teatro Kapital nos tenía reservado.

Subimos a la primera planta, donde los más privilegiados disfrutaban de los reservados de la discoteca. Bebida cara, vestidos caros y gente con mucha cara, como nosotros. María y Jimena se colaron en el de unos pijos que buscaban cariño. Se dejaron agasajar y bailaron juntas *Flying Free*. Cuando vieron que la diversión de estos chicos pasaba por la droga, hicieron bomba de humo, no sin antes robarles una botella de ron de cien euros. Aquella hazaña y dos tragos de esa bebida terminó blindando la amistad de mis dos amigas.

Planta 2

Subimos más escaleras, sorteando a borrachos, fumadores escondidos en las esquinas e *instagramers* haciéndose fotos frente a cualquier pared de mármol que luciera bonito en cámara. El glamur más *underground*.

Escuchamos a unos chicos cantando *Cómo te atreves*, de Morat, y corrimos por un pasillo oscuro y siniestro siguiendo sus voces hasta llegar al karaoke, un karaoke con todas las letras. María y el Murciano enloquecieron de la emoción y Tito

y Jimena se escondieron en la barra del fondo, alejándose del micrófono todo lo posible. Me entraron los sudores fríos. Cuando Jimena se pasaba con el vodka rojo, perdía toda la vergüenza y, en la intimidad de una conversación y sabiendo todo lo que sabía, podría decirle cualquier cosa.

—¿No vais a cantar?

—Pichón, sabes que lo mío no es cantar, pero creo que tendríais que salir vosotros. Por ejemplo, *Dos hombres y un destino*.

—¿Yo? Si canto fatal —le soltó Tito, con una sonrisa segura en su rostro.

—Bueno, la voz no es lo más importante. —Jimena bebió de su copa y por encima del labio superior se le quedó marcada una línea roja—. Se necesita algo más.

Le advertí con la mirada que no siguiera por ahí.

—¿Ah, sí? ¿Qué más se necesita?

—En un dueto tiene que haber buena sintonía y creo que Benji y tú tenéis muy buena sintonía.

—Claro, Benji se hace querer.

—Sí que es verdad. Se hace querer hasta cuando se lo haces pasar mal. —Y la condenada seguía sin parar de beber ni de hablar—. No hablo de ti, me refiero en general, claro.

—Al final va a ser verdad que todos los manchegos os hacéis notar.

—No le hagas caso, va pedo. —No sabía dónde meterme ya.

—Pero si no he dicho nada, pichón. —Jimena manoseó el brazo de Tito y le entró la risa floja—. ¿Qué le voy a decir yo a semejante hombre?

—Gracias por el piropo, pero creo que deberías tomarte ese vodka con un poco más de calma.

—Te estás poniendo fina.

Jimena se bebió todo de un trago.

—Fíjate, Tito. No te conozco de nada. Nos hemos visto hoy

por primera vez en la vida, ¿verdad?

—Verdad.

—No sé nada de ti, no porque no seas importante, pero ya sabes que Benji es muy reservado. —La quería matar—. Pero se me dan bien las personas, y tú eres como este vodka rojo. A la vista eres bonito, llamas mucho la atención, pero cuando lo pruebas hay un regustillo que no te termina de convencer.

—¡Jimena!

—Sin embargo, no puedes parar de beberlo, es casi adictivo.

—Anda, calla que salen ya a cantar —avisé, agradecido a ese golpe de suerte que puso punto y final a aquella conversación abocada al desastre.

El Murciano y María subieron al escenario dispuestos a cantar *Escondidos,* la balada con la que Bisbal y Chenoa tuvieron en vilo a media España cuando mis hermanos eran más pequeños. La estampa, salvando las distancias, me recordó a Sandra Bullock y Ryan Reynolds en *La proposición*. Entre ellos también había *feeling*, alcohol de por medio y muchas ganas de cantarse el amor que se tenían, ese que ninguno de los dos se atrevía a confesar.

—Prepárate, que después de ellos vamos nosotros. —Lázaro *levitó* hacia mí.

—¿Qué? ¿Estás de coña, no?

—He pedido una canción para los dos.

—¿Qué canción?

—*Lo malo*.

—Yo no voy a cantar.

—¿Y si te dejo cantar la parte de Aitana?

—Pues que no me queda otra que ser Aitana War contigo.

—Ese es mi Benji.

Lázaro me dio un beso en la mejilla y Tito torció el gesto. Apuré el ron con limón y disfruté de la actuación de María y el Murciano que como sospechaba causó sensación, aunque nadie,

salvo nosotros, sabía lo que había implícito para ellos en la letra de la canción.

> Escondidos,
> solos tú y yo.
> Atrapados sin poder salir del interior, del interior,
> mientras que hacemos el amor.

Planta 3

Un letrero luminoso nos invitaba a entrar a The Apartment, la sala de Kapital preferida para los que saben moverse. Akon, Rihanna, The Weeknd y Drake formaban el cuarteto favorito de la tercera planta y algunos de nosotros nos atrevimos a bailar como si lleváramos toda la vida haciéndolo.

Apenas había luz en esa sala y casi no nos veíamos las caras, así que nos fuimos desperdigando.

—Por fin solos.

Tito me rodeó y se apoyó en la barra, pensativo.

—Menuda es tu amiga Jimena.

—No la puedo sacar del pueblo. Se ha soltado la melena y está descontrolada.

—¿Has visto que se ha ido con el Murciano, no?

—¡¿Qué?! La madre que la parió.

—Y me ha dejado claro que sabe lo que hay entre nosotros.

—Pero es la única persona que lo sabe —le mentí en la cara —. Además, ¿qué más da? ¿Qué más da que lo sepa la gente? Jimena lo sabe porque es mi mejor amiga, lo sabe todo de mí desde siempre, pero quiero que lo sepa todo el mundo.

—¿Cómo dices?

—Creo que ya va siendo hora de que lo cuente, ¿no crees? Las cosas van bien, Tito. Tú y yo estamos genial. Y voy a

conocer a tus padres. Salga bien o salga mal con ellos, a mí me toca cumplir con lo que me prometí a mí mismo cuando vine a Madrid.

Tito resopló y me dio la espalda.

—¿Y también vas a contar lo de Olivia?

—No, no. Eso claro que no. —Esa cara de angustia ya me era familiar, y sabía lo que venía después: la espantada—. ¿Qué pasa, Tito? No volvamos a lo mismo. Tenemos que dar este paso de una maldita vez. ¿No lo ves? Estamos preparados.

—Vale, vale. La verdad es que Jimena me ha tocado las pelotas con bastante gracia.

—Y ahora se ha perdido con el Murciano. ¿Qué hago?

—Ve a buscarlos a la cuarta planta y yo voy al karaoke por si María continúa pegada al micrófono, ¿vale?

—Cuidando de mis amigos, así me gusta.

—Aunque no te lo mereces.

Levantó su copa a modo de brindis, me lanzó un beso en el aire y se fue andando como un *cowboy* a punto de domar a la fiera.

Planta 4

Hice caso a Tito. Subí una planta más, la cuarta todavía. Ahí solo servían cócteles y apenas había gente. Ni rastro de María, Jimena, el Murciano o Lázaro. Me pedí un mojito para el camino y seguí la búsqueda, rezando a los dioses de la Mancha por que Jimena no hubiera caído en las garras de mi amigo.

Planta 5

Cuando entré en la oscura e interminable quinta planta, supe

que allí los encontraría. Era la sala del perreo, en la que todos estaban con todos, y entre reguetón y reguetón localicé a María y Lázaro bailando hasta abajo. María llevaba un pedo terrible. Se abalanzó sobre mí y me dijo lo mucho que me quería. Apenas podía vocalizar y a duras penas se mantenía en pie.

—¿Y Jimena?

—¿Estará con el Murciano, no? —dijo Lázaro—. La última vez que los vi estaban juntos.

María se puso rígida y su cara se transformó.

—¡Hay que salvar a tu amiga, Benjamín! ¡Ese seguro que se la quiere follar!

Que no estuvieran los dos ahí terminaba de confirmar todas mis sospechas. También las de María, que no tenía un pelo de tonta, por muy pedo que fuera.

—El Murciano solo está siendo majo con ella, María. No te rayes.

—Cariño, hay que ser justos y llevaban un tonteo fuerte.

—Lázaro, no metas mierda. —Pero María ya no atendía a razones y cuando nos quisimos dar cuenta, ya subía por las escaleras hecha un miura—. Corre, vamos a por ella.

Planta 6

El *lounge* de Kapital. Sofás de diseño, cortinas transparentes y parejas de todas las edades dándose amor. Con lo que no contaban todos esos tortolitos era con que una extremeña rota de celos les iba a cortar todo el rollo. A unos los pilló en faena, y la chica pegó un grito, escandalizada. Otra pareja la invitó a unirse a la fiesta, y María se echó las manos a la cabeza. Los llamó pervertidos, el segurata le dio un toque de atención y la amenazó con echarla de la discoteca si seguía molestando a la clientela. Le recomendó beber un poco de agua y salir a tomar

el aire a la terraza. Se dio por vencida hasta que escuchamos a un chico hablar con un acento murciano tan marcado como reconocible.

—Pedazo de cabrón. —A María se la transformó el rostro.

—*Oh mon dieu* —dijo Lázaro.

El Murciano y Jimena se daban el lote en una esquina, justo detrás de la barra del bar. Lo hacían como lo hacen dos quinceañeros cuando experimentan lo que es el toqueteo y los besos con lengua.

—¡Espera, María!

Mi grito llamó la atención de Jimena, que se apartó del Murciano en cuanto vio a la extremeña yendo hacia ellos hecha una furia.

—¡Cógela, que los mata! —grité a Lázaro.

Salimos tras ella, pero no pudimos hacer nada para evitar la tragedia.

—Eres un asqueroso y un sinvergüenza.

—*Acho*, pero ¿qué dices María?

—Que eres un guarro y que te tiras todo lo que se menea. Qué bien he hecho en pasar de ti y no caer en tus tonterías.

—María, de verdad. Perdona, no teníamos que haber hecho nada. —No era el momento de pedir disculpas, pero sabía perfectamente cómo se sentía Jimena.

No era el tipo de chica que se convierte en la amante y tiene todo el foco de atención. Se sentía avergonzada y culpable.

—María, relájate. Vente con Lázaro y conmigo y vamos a hablar esto tranquilamente.

—Benji, no te metas. Tú no te lías con nadie. No sabes de qué va el tema, así que mejor cállate.

—Nena, tampoco te pases —dijo Lázaro.

María arrinconó al Murciano en una esquina.

—Mira, *bonica*. Te lo he puesto a huevo un montón de veces y siempre te has hecho la digna. Ahora no tienes derecho a

venir a montarme ningún pollo, así que largo.

—¿Que me lo has puesto a huevo un montón de veces? ¡Me tirabas los trastos mientras salías con la tipa esa del Uñas Chung Lee y guarreabas con otras diez a la vez! ¿Me has visto cara de idiota o qué?

—Pues un poco sí.

María le soltó un bofetón y el Murciano, incrédulo, se llevó la mano a la marca roja de su cara.

—No, el idiota he sido yo, que he ido detrás de ti como un tonto y has pasado de mí. Solo te liabas conmigo cuando ibas así de pedo y luego no me dejabas contarle nada a estos porque te avergüenzas de mí, y ya estoy harto.

—¿Que os habéis liado? —Lázaro formuló la pregunta para la que los demás ya teníamos respuesta desde hacía tiempo.

A María se le hincharon los ojos. Estaba a punto de ponerse a llorar. Antes de que nadie la viera dio media vuelta sacudiendo la melena y tapándose la cara. Demasiado orgullosa como para llorar delante del chico que le gustaba, por mucho que insistiera en no aceptarlo.

Planta 7

Lo más alto del Teatro Kapital estaba cubierto por un lucernario precioso. Era como estar en el Palacio de Cristal del Retiro, solo que en la cúspide de una discoteca. Allí no había música, pero sí una buena sesión de cine. Al fondo, una enorme pantalla presidía la planta y los que huían del alboroto disfrutaban de *Los Goonies* mientras saboreaban unas porciones de pizza barbacoa entre palmeras y luces naranjas. Compramos un trozo para cada uno, pero María se los comió todos. Primero el de Lázaro, luego el mío y al final acabó devorando también los que habíamos cogido para Tito, el Murciano y Jimena, que

habían desaparecido del mapa.

—¿Estás mejor?

Llevaba el *eyeliner* corrido y la salsa barbacoa le caía por la barbilla. Se me quedó mirando y asintió con la cabeza. Me dio pena verla tan hundida, desprovista de todo su carisma. Me acordé mucho de Naomi, si hubiera estado con nosotros, no habría pasado nada de eso. Sabía controlar este tipo de situaciones mejor que yo, aunque ahora ella tenía que lidiar con algo muy diferente y ninguno de nosotros sabíamos cómo ayudarla.

Tito
No los encuentro por ningún lado.
04:30

Benji
Tranqui, ya ha habido drama.
04:30

Tito
Entonces ¿¿¿haría usted el favor de bajar conmigo a la pista principal???
04:30

Benji
¿¿No puedes subir tú?? María está destrozada.
04:30

Tito
Ven, anda. Echamos unos bailes tú y yo y volvemos a subir.
04:31

Benji
Vale...
04:31

Le pedí a Lázaro que cuidara de María con una excusa barata y cogí el ascensor que conectaba las siete plantas de Kapital para ir al encuentro del chico más guapo de toda la discoteca. En la planta baja, el mundo bailaba ajeno a todos nuestros conflictos sentimentales y allí, justo debajo del Megatrón, me esperaba él, sonriéndome con los hoyuelos puestos.

—Una noche movidita, ¿verdad?

—Jimena no va a volver a Madrid nunca más.

—No digas tonterías.

—Y quería que fuera una noche perfecta...

—Todavía no ha terminado, ¿no?

—Todavía no.

—Me encanta cuando pones esa cara. No sé si estás cabreado, si estás deseando que nos pongamos a follar o si simplemente quieres un beso.

—Qué tonto eres.

—Tú me tienes tonto.

Nos quedamos allí quietos, el uno frente al otro, mirándonos intensamente mientras el resto del mundo bailaba a nuestro alrededor sin prestar atención. Solo el DJ supo ver lo que había entre nosotros y dejó caer el gas denso del Megatrón. Tito me agarró en ese preciso instante, me cogió la cara con las dos manos y me besó. No fue un beso de buenas noches y tampoco el beso húmedo que viene antes de echar un polvo. Fue el beso definitivo, ese que se da antes de pronunciar las dos palabras mágicas.

—Te quiero.

Lo solté así, sin avisar, sin saber si quería o no una respuesta. Bueno, no era cierto, sabía lo que quería oír... El gas se disipó y vi los ojos de Tito brillando como nunca. Esperaba un «y yo a ti, Benji» o algo por el estilo, pero no dijo nada. Se me quedó mirando y nada más. Supe entonces que ese «te quiero» y esa noche tendrían consecuencias, y vaya si las tuvieron.

Capítulo 31

A cuatro voces

María Jiménez

Conseguí dormirme a las cinco de la mañana. Al final me tuve que tomar un lexatín, de los que mi madre enviaba en el paquete de Correos entre los *tuppers* de lentejas y el chorizo envasado al vacío. La Resu nunca hacía nada por casualidad y sus envíos siempre tenían un porqué. Las lentejas me las comí para cenar y el chorizo me lo zampé mientras intentaba coger sueño viendo *Los Serrano* en Factoría de Ficción. Un plato de cuchara, embutido extremeño y la droga para digerir el mal trago de los exámenes.

En qué maldita hora me metí al Campus Virtual para ver las notas. No había aprobado ni una puñetera asignatura y ya no me quedaban ni lágrimas ni pañuelos para sonarme los mocos. Quería ser la reportera más dicharachera de la tele para demostrarle al mundo que las guapas también somos listas, pero periodismo se me había atragantado y ya no sabía qué hacer con mi vida.

—¿Estás mejor, María? —me preguntó mi compañero de piso cuando abrí el ojo.

Me miré en el espejo del salón y no me gustó lo que vi. Tenía las ojeras negras como el tizón, me habían salido granitos en la frente y el albornoz de felpa que me acompañaba desde hacía días no me ayudaba a verme ni guapa ni deseable.

—No me mires, Toñito. —Me tiré en el sofá—. Estoy hecha un adefesio.

—Anda, tonta. Solo tienes un mal día. Bueno dos.

—Dios te oiga.

Llegó la hora de comer, pero no tenía apetito. Ni ganas de acicalarme, así que cogí el móvil para leer todos los wasaps que tenía mientras hacía hambre. Me escribieron Naomi y Benji para darme ánimos. Ellos habían aprobado con nota, los cabrones. ¿Era yo muy tonta o ellos muy listos? ¿Y si simplemente el periodismo no era lo mío?

También tenía un mensaje de Fleita: «¿Y esa llamada de anoche,

gatita? ¿Tenías ganas de marcha por la cam?».

—Imbécil...

—¿Quién es un imbécil, María? —Mi compañero me miraba con cara de lástima.

—El Fleita, Toñito, el Fleita.

—¿Qué pasa con el Fleita?

—Que es un imbécil, un patán.

—Claro que lo es. ¿Sigues viéndote con él?

—A veces, cuando estoy falta.

—¿Falta de qué?

—Pues falta de cariño, Toño. Falta de cariño en mis partes, para ser más concreta.

—No me cuentes esas cosas, hija.

—Has preguntado tú.

Toño se encogió de hombros y siguió viendo un documental sobre terneros.

—El Fleita no es para mí, yo lo sé. —Toño ya no escuchaba, pero seguí hablando—. El *jodío* es gracioso y come muy bien la pepitilla, pero en lo único que piensa es en meterla y salir de fiesta con los amigos.

—Pues como todos, María. Todos los tíos somos iguales.

Se me vino a la cabeza la cara del Murciano. Mejor dicho, la cara de imbécil del Murciano. Su boca de besugo sonriendo y sus ojos verdes, a los que no podía mirar más de treinta segundos para no delatarme.

—Desde luego.

—¿No has conocido a nadie en Madrid? Todavía no has traído a casa a ningún chavalín.

—Toño, tú mismo lo has dicho. Todos los tíos sois iguales, y eso también incluye a los de Madrid.

—Bueno, siempre hay excepciones.

Me ajusté el albornoz y miré a Toño, que estaba embobado con el apasionante mundo de las vacas. Puse los ojos en blanco y me metí en Instagram para *golipear* el perfil del Murciano. Esperaba que hubiese colgado algo de la fiesta en Kapital, pero llevaba sin subir nada desde su cumpleaños. En la última fotografía salíamos Benji, Naomi y yo, abrazados a él en la limusina que alquiló. «La familia que uno elige», escribió en el pie de foto. Me quedé un rato mirando la cara de felicidad del Murciano y por una milésima de segundo me olvidé de lo capullo que era.

—Ay, *mamasita*. Que me está llamando el *Boss*.

—Qué susto, María. ¿Quién es el *Boss,* algún tipo de mafioso?

—¡El de la agencia de modelos, *atontao*!

—¿Qué dices? Corre, cógelo.

—Pero ¿por qué me llama? Si ya se me había olvidado lo de ser modelo. ¿O será para decirme que me peine? Que el karma no para de darme palos. ¿Y se va a tomar la molestia de llamarme para decirme que no valgo un duro?

—Hija mía, ¡cógelo!

—Ay, por Dios —respiré hondo—. ¿Dígamelo?

—¿María? ¿María Jiménez?

—Sí, soy yo. Dígame.

Me puse de pie y anduve por todo el salón hecha un manojo de nervios.

—Soy el *Boss*, de la agencia, aunque habrás reconocido mi inconfundible voz, supongo.

Abrí tanto la boca que casi se me rompe la mandíbula.

—Claro, *Boss*. ¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo! —Puse mi voz de locutora, pronunciando todas y cada una de las sílabas.

—Perdona, cielo. Aquí no paramos.

—Claro, lo entiendo. ¿Y en qué te puedo ayudar?

—Pues si estás dispuesta, puedes salvarme la vida.

—¿Salvarte la vida?

—¿Podrías venir a la oficina? Tengo una oferta que hacerte.

—¿Una oferta? —Me escondí el teléfono en el sobaco—. Toñito, que me quieren hacer una oferta.

—Los de Barcelona han visto tu material y están muy interesados. Te quieren allí. Habría que redefinir tu imagen, tu vocabulario y pensar en un buen seudónimo con el que empezar a trabajar, pero, de todas las chicas del catálogo, solo les interesas tú, querida.

El móvil se me resbaló de la oreja y cayó al suelo. No podía ni moverme.

—María, ¿estás bien?

—Ay, Toño. Tengo el *chichi* a punto del infarto.

El Murciano

Le di un trago a la Coca-Cola y me puse cómodo en el sillón de La Bicicleta.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté.

—Vengo mucho, sí. Es mi pub favorito de Malasaña.

Conocí a Eva en la biblioteca de la facultad. Estaba en tercero de Periodismo y cuando me vio con los apuntes de Sociología, quiso echarme un cable. En realidad me habló porque no pudo resistirse a mi acento murciano y al *sex appeal* que desprendo de manera natural. Era una zagala muy mona. Pelo corto, morena y gafas de pasta que me ponía un poco burro.

—Yo no suelo venir mucho por aquí. Me va más el Uñas Chung Lee o El rincón de Serrano.

—No tienes pinta de pijo.

—Y tú no tienes pinta de *hipster*.

Eva torció el morro. No le gustó mi respuesta ni a mí la suya, pero a estas alturas del día era salvar la cita o irme a casa sin haber probado bocado.

—Va, no seas *desaboría* —Le pegué otro trago a la Coca-Cola, pensando en sacar un tema que liberara toda la tensión que había entre nosotros. Recurrí a lo típico—. ¿Tienes ya pensado qué quieres hacer cuando termines la carrera?

—No me gusta pensar en el futuro, vivo en el presente, en el ahora.

—Eso está muy bien pensado. Debería hacer lo mismo.

—Claro, no hay que darle muchas vueltas. Ahora estoy centrada en terminar el curso con matrícula para acceder a la beca de Televisión Española el año que viene. Si todo va bien, me graduaré con un contrato fijo en algún formato cultural de La 2.

—*Acho*, pues va a ser verdad que no te gusta pensar en el futuro...

—¿Y tú qué? ¿Algún plan?

—Pues de momento no lo sé. Terminar primero y ya iré viendo. Hay días que me encanta lo de Periodismo y otros que me apetece dejar la carrera y hacer algo como Filología inglesa para poder viajar y leer a Shakespeare y a toda esa pandilla. Si hay algo que tengo claro es que soy un chico de mundo.

—Veo que lo tienes todo bastante claro. Qué agobio, ¿no?

—En realidad es todo lo contrario.

No nos entendíamos o no nos queríamos entender.

—Pues es muy acogedor este sitio —dije mientras echaba un vistazo por encima al móvil. Tenía varios mensajes de Jimena y uno de Benji que me preguntaba si había escuchado lo que María había puesto en el grupo de *Las Cuatro Españas*.

—Voy a mear, ¿vale?

—Como quieras —dijo Eva con indiferencia.

Fui a toda prisa al cuarto de baño. Mi instinto de *murcianico* me decía que tenía que escuchar el audio de María en ese momento, aunque en mala hora lo hice.

María

Madre mía, madre mía y madre mía, chicos. No sé ni cómo contaros esto. —Se tira un eructo—. Me ha llamado el Boss y me ha dicho... —Se tira otro eructo—. Perdonad, es que estoy nerviosita perdida. ¡Que me quieren en Barcelona! A los de allí les flipa mi perfil y si les gusto en la entrevista presencial, me piro. Me pagan todo: apartamento, dietas, traslados... Madre mía, es que no me lo creo. ¿Debo aceptar, no? Pero si acepto ya no os vería. ¿Y mi familia, tías? Ay, tengo taquicardias, me voy a tomar una cerveza para tranquilizarme. ¡Os adoro!

19:37

—Mierda.

Marqué el número de Benji. Un tono. Dos tonos. Tres tonos.

—¿Estás flipando igual que yo, no?

—¿En serio se va a ir? ¿Y qué pasa con nosotros? Me refiero a nosotros, al grupo de *Las Cuatro Españas*.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio. Benji se dio cuenta de mi estado de ánimo y se mostró menos animoso con la noticia.

—Murci, ella no es feliz del todo en Madrid, y tú lo sabes.

—Lo sé, pero me parece un poco precipitado.

—Yo creo que esto ha sido cosa del destino. No le ha ido bien con el periodismo y esto es una buenísima oportunidad para ella. Ha nacido para ser la noticia, no para darla. Entiendo lo que dices. Todos la vamos a echar de menos, especialmente tú, pero hay que pensar en ella.

—Lo sé, pero nos vamos a quedar a medias.

—¿Te refieres a vosotros dos?

—Sí..., ¿y si luego se arrepiente de no haberlo intentado?

—Murci, habéis tenido varias ocasiones. Está claro que lo vuestro no va a ninguna parte.

—Qué directo eres. Menos mal que eres amigo mío, *jodío*.

—Te lo digo así y te lo digo ahora porque sé lo que estás pensando. Estás viendo que la pierdes y es ahora cuando te ha entrado el acojone, pero sería muy egoísta por tu parte si vas ahora y te declaras. Si tenéis que estar juntos lo estaréis, pero dale tiempo, deja que ella se dé cuenta de que te necesita, si es que te necesita.

—¿*Acho*, desde cuándo sabes tanto de amor?

—No sé nada de amor, pero sé que a nuestra amiga le va a venir bien

irse.

—Escribiré entonces a Jimena, a ver qué tal.

Otro silencio al otro lado de la línea.

—Murci, te lo digo con todo el cariño como amigo tuyo que soy: prueba a estar solo un tiempo. ¡Y deja a mis amigas!

Cuánta razón tenía Benji. Había llegado tarde y ahora iba a perder a la única zagala que me había tocado el corazoncito de verdad. Me obligué a poner buena cara, un murciano como yo estaba obligado a terminar una cita como Dios manda. Total, el día ya no podía ir a peor, o eso pensaba. Salí del baño y no había ni rastro de Eva. Había hecho una bomba de humo y un *sinpa*, la muy *jodía*.

Naomi

«Tía, cuánto me alegro. ¿Y cuándo te irías? ¿Vas a dejar el resto del curso? Esto tenemos que celebrarlo como Dios manda. Tú déjame, que yo me encargo de organizarlo todo. ¡Qué fuerte, tía!». Mandé el audio y me quedé un rato reflexionando, pensando en la suerte que tienen algunas personas cuando se ahogan en los problemas más triviales. Después del drama de los exámenes, el karma la recompensaba con un billete de ida a Barcelona para convertirse en supermodelo. Me preguntaba cuándo el karma me tendría a mí en consideración.

—¿Qué pasa, Noemí? ¿Te han dado una buena noticia? —La voz de mi madre sonaba ahogada, pero sacaba energías de cualquier rincón para hablar conmigo.

—Mamá, ahora no hables.

—Pero cuéntame, que nos quedan dos horas largas aquí.

La arropé con la manta y me fijé en la aguja que le atravesaba el brazo, con el veneno pasando de la sonda a su sangre para matar todo lo bueno y lo malo que tenía dentro de su cuerpo.

—María se va a Barcelona. Le han ofrecido un trabajo como modelo.

—No me digas. ¿Esa es tu amiga de la universidad, no?

—Sí, la espectacular. Un poco mal hablada, pero seguro que se convierte en la *top model* más famosa de España.

Mi madre empezó a reírse, pero la tos le desdibujó la sonrisa.

—Mamá, no tienes que hablar.

—Tonterías. —Bebió un poco de agua y me cogió la mano—. ¿Te hacen feliz esos amigos tuyos, verdad? ¿Cómo me dijiste? ¡*Las Cuatro*

Españas! —Volvió a toser.

—Son lo más. Me gustaría que los conocieras cuando estés un poco mejor. Te van a caer genial. María es, además de guapa, un torbellino. Te partes con ella. Luego está el Murciano, que es un caso aparte. No sabes por dónde va a salir. Y, por último, mi Benji, que es como yo, pero en chico.

—¿Ese es el que ha hecho muy buenas migas con Tito?

—Sí, se llevan genial. Cuando empezó el curso me daba un poco de palo juntar a los del cole con los de la uni, pero hice bien en que se conocieran. Muy bien.

—¿Saben lo de la niña?

—Solo Benji.

—El pobre Fernando lo ha tenido que pasar fatal.

—Lo importante es que ahora está bien y sus únicas preocupaciones, aparte de Olivia, son la resaca y pillar cacho en la discoteca.

—Y las tuyas también deberían ser esas, y no estar aquí conmigo.

—No digas tonterías. No todo es fiesta en esta vida, o eso me decías tú hace nada.

—Antes era antes, cariño. Y ahora lo único que quiero es que disfrutes todo lo que puedas y que no te prives de nada.

—Ahora lo importante es que te pongas bien.

—Lo sé, lo sé. Pero hazme el favor y disfruta de esta edad, que es maravillosa.

—No te pongas cursi, mamá. —Me eché a sus brazos y me invadió ese perfume suyo de lavanda que me ponía supernostálgica.

La enfermera se acercó.

—¿Cómo estás llevando la sesión de hoy?

—Muy bien, gracias.

—Veo que hoy la acompaña su hija.

Forcé una sonrisa.

—El mayor hoy tenía que trabajar y la tonta se ha vuelto a saltar la clase para que no viniera sola.

—Qué buena hija.

—La mejor.

Marilia

—Pero, cachorro, ¿a qué viene tanto escándalo? —grité desde la cocina

mientras le daba vueltas a la carne fiesta en salsa.

—¡Que una amiga mía se pira a Barcelona a trabajar de modelo! Estoy flipando.

—Anda, acércate y prueba la salsa a ver si está bien de sal.

—Mmmm, está buenísima.

—Tan bueno como tú.

—No, como tú.

Le di un beso de madre y él me lo devolvió.

—Últimamente estás muy contento.

—Estoy como siempre.

—Anda, siéntate. —Yo me senté al otro lado de la mesa de la cocina—. Comparte con tu mami de Madrid ese momento feliz que estás viviendo.

—Estoy contento por mi amiga, pero ya está.

—¿Y el mozo que durmió en casa la otra noche no tiene nada que ver?

—¿Tito? —Benji se puso rojo como un tomate—. Claro que no. Ya te dije que se tuvo que quedar a dormir porque perdió las llaves de su casa. Es un desastre.

—¿Sabes que puedes contarme lo que sea, verdad?

—Ya lo sé. —Evitaba mirarme porque sus ojos no podían mentirme—. ¿Por qué estás hoy tan intensita?

—Vale, vale, ya no pregunto más. Sea lo que sea, me alegro de verte tan bien, cachorro.

Le di la espalda y escurrí las patatas que tenía friendo.

—Marilia, tú que sabes mucho de la vida...

—Odio cuando me pones de vieja pelleja. —Le fulminé con la mirada—. A ver, dime...

—No eres una vieja, pero has vivido diez años más que yo y sabes más de todo.

—Suéltalo, cachorro.

—Vale, te cuento. —Benji bebió un trago de agua y prosiguió—: Una amiga mía le dijo el otro día a un chico que lo quería y el otro no le contestó. ¿Eso es malo?

«Una amiga mía», dice.

—¿No contestó nada?

—Nada de nada. Dice que se puso un poco nervioso, que la tomó por una alcohólica y después la acompañó a casa. ¡Ah! Y echaron un polvo. Pero no recibió el «te quiero» de vuelta.

—Entiendo. Y tu amiga ahora está comiéndose la cabeza con el tema, ¿no?

—Claro, imagínate.

—Claro, claro. Pues dile a tu amiga —puse especial énfasis en la palabra «amiga»— que no todo el mundo tiene la misma facilidad para decirlo. Hacer el amor también es una forma de expresarlo. Incluso cocinar.

—Bueno, ellos más que hacer el amor lo que hacen es follar. Follar salvajemente.

—¡Cuánta información, muchacho!

—Perdona. Entonces ¿es eso, no? Cada uno necesita su tiempo.

—Claro, cuando era pequeña siempre le echaba en cara a mi madre que nunca me decía «te quiero». ¿Sabes lo que me decía? Que me lo demostraba de otra manera, llevándome al colegio, haciéndome la comida que más me gustaba... A veces, los actos son más importantes que las palabras.

—Entonces ¿ella hizo mal en decirlo?

—Por supuesto que no. Cada uno tiene su manera, pero dile que no se preocupe y que se fije más en las acciones de ese chico. Si la quiere, ella lo sabrá.

—¿Ves cómo sabes mucho de la vida?

Le tiré el trapo a la cara.

—Mira que eres *cabrito*, cachorro.

—Es verdad, al final llevas mucho tiempo con Pablo. Si alguien sabe de relaciones sentimentales, esa eres tú.

—Algo sé.

—Menos mal que lo habéis arreglado. Solo de pensar que te podías ir del piso me entraban los siete males.

—Benji...

No podía fastidiarle la fiesta. Sabía que estaba saboreando un buen momento y que ese tal Tito tenía mucho que ver. También estaba convencida de que fue culpa suya que estuviera semanas como un alma en pena por la casa y que le debía un «te quiero» a mi cachorro. Pero lo habían arreglado y de momento no quería preocuparle con mis cosas.

Quería contarle que lo mío con Pablo no tenía arreglo. Que me había pillado de otro hombre y que si seguía en esa casa era porque el cuerpo me pedía cuidar de él. Pero mis días allí se habían acabado. Tenía que irme. Era lo mejor para Pablo y para mí. También para Benji, que tenía que volar solo sin una madre postiza que lo cuidara y le consintiera todo. En ese instante, solo rezaba porque antes de que eso pasase, mi pequeño cachorro se liberase por fin de ese secreto que se moría de ganas de

contar. Y es que sabía que cuando eso pasase, porque iba a pasar, necesitaría el mayor de mis achuchones.

Capítulo 32

Todo saldrá bien

Viernes

Hay «te quieros» que lo valen todo y «te quieros» que no valen nada, «te quieros» que se escapan de la boca fácilmente y «te quieros» que no salen nunca. Yo no era muy dado a regalarlos, y eso me venía de familia. Con mi padre y mis hermanos era impensable. Cualquier intento de expresar amor hubiera sido devuelto con algún comentario del estilo «mariconadas las justas» o «déjate de sentimentalismos». Luego estaba mi hermana, que lo decía tanto que le había quitado todo el valor que pudieran tener esas dos palabras.

Ellos, que representaban todo lo contrario a lo que defendían las películas romanticonas, me enseñaron que en la vida hay un bono limitado de «te quieros». Cinco como muchísimo. El primero lo gasté con mi madre. Le dije que la quería cuando se murió mi abuelo. La vi tan mal que me salió casi sin darme cuenta. El segundo se lo ganó Jimena cuando me llevó a casa tras una cena de bachillerato en la que terminé para el arrastre. Y el tercero y último fue para Tito. Me dejé llevar por la emoción del momento. Lo sentía, claro, pero en plenas facultades no lo hubiera dicho por vergüenza y por miedo a no obtener respuesta. Se calló. El muy cabrón no dijo nada, aunque estaba convencido de que me quería tanto como yo a él. Quizá él también tuviera un bono de «te quieros» y el mío lo tenía reservado para una ocasión especial.

—¿Así voy bien?

—¿*Hello*, pichón? ¡Estás guapísimo!

Jimena parecía entusiasmada desde el otro lado de la pantalla del ordenador. Sabía que era un día importante para mí y me iba a dar todo el protagonismo que merecía.

—¿Parezco el yerno perfecto?

—Benji, estás genial. No te mires más.

—Creo que nunca he estado tan nervioso.

La familia de Tito no era la típica familia. Vivían en un casoplón en el barrio más caro de Madrid y tenían la clase de problemas que tienen los ricos de *Gossip Girl*. No quería desentonar por nada del mundo, de manera que fui a una de esas peluquerías que te guardan el abrigo en el ropero y me compré una americana en el Zara que daba el pego.

—Tienes que estar tranquilo, Benji. Son ricos, no extraterrestres.

—Son ricos y son mis suegros, por no mencionar que se van a enterar de que tienen un yerno y no una nuera.

—Verás cómo no va a pasar nada, todo va a salir bien. Déjate de dramas y disfruta, que ya te toca.

—Para ti es fácil decirlo. Seguro que cuando conozcas a la familia del Murciano no hay tanto conflicto.

—¡Pichón!

Reí a gusto.

—Es broma, es broma. Necesito relajarme y cambiar un poco de tema de conversación.

—¿María sigue odiándome?

—No digas tonterías. No te odia, y si te odia se le va a pasar en cuanto llegue a Barcelona y conozca a cuatro modelazos.

—Espero. —Cruzó los dedos—. Todavía no sé cómo hice lo que hice.

—Te viniste arriba con el vodka rojo y no pudiste resistirte a los morros del Murciano.

Jimena se tapó la cara con las manos, avergonzada.

—*Oh, my god!* Volvamos a los mundos de Benji, anda. Cuéntame, ¿cuál es el plan para la cena?

—No sé qué menú hay, la verdad.

—No, tonto. ¿No te ha dicho Tito cuál va a ser el «protocolo» a seguir?

—No hemos hablado mucho de la cena. Si yo estoy nervioso, imagínate él... —dije, intentando encajar los pies en los zapatos de boda—. Supongo que llegaré, dirá que soy su chico y la madre pondrá el grito en el cielo o caerá redonda al suelo. Se producirá un momento incómodo y su padre sacará unas copas de cava para romper el hielo. Después nos pondremos a cenar, quizá algún menú estrella Michelin que hayan encargado al restaurante más caro de Madrid. Sus padres se interesarán por mis estudios, mis notas del primer cuatrimestre y lo que quiero hacer cuando termine la carrera. Responderé con una larguísima sonrisa y muy buenos modales, y mientras Tito me meterá mano por debajo de la mesa.

Jimena soltó una de sus carcajadas contagiosas.

—Lo tienes todo pensado.

—También me preguntarán que qué tipo de periodismo quiero hacer y yo diré que hay varias opciones que me interesan, pero que todavía me estoy descubriendo como periodista y que necesito más tiempo para reflexionar sobre qué es lo que quiero.

—Muy bien, pichón. Así me gusta.

—He barajado todos los escenarios posibles y me quedo con este.

—Este suena bien, pero ¿y después? ¿Qué va a pasar después? —Jimena se calló un momento, pensativa—. ¿Me estoy pasando con las preguntitas, verdad?

—Hoy estás especialmente preguntona, pero eso sí lo tengo claro, pichonza. Mañana por fin voy a hacer lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo.

—*What*? ¿Lo vas a contar por fin?

En todos estos años, Jimena había demostrado ser una buenísima amiga. Me había guardado el secreto y había sacado la cara cuando en el instituto circulaban rumores sobre mí. También había aguantado como una jabata todos mis dramas de homosexual en el armario. Ya era hora de liberar de esa carga a Naomi y a ella.

—Sí, pichonza. Lo hablé con Tito en la fiesta de Kapital y ya es hora, ¿no? Por fin la gente va a conocer todos los mundos de Benji.

—Me he puesto hasta nerviosa. ¿Tienes miedo?

—Estoy acojonado, pero todo va a ir bien.

—¡A comerte el mundo, pichón!

Esa noche Madrid tenía una luz especial. No sé si eran las farolas, las tiendas caras de Serrano, que alumbraban más de la cuenta, o yo, que veía todo de color de rosa, pero la ciudad estaba más bonita de lo normal. Con los nervios controlados, decidí ir a casa de Tito dando un paseo. No era una noche cualquiera y quería disfrutar de esa sensación lo máximo posible. Me puse los auriculares, busqué en Spotify *Teenage Dream* y me dejé llevar por las calles de *la capi* mientras escuchaba la banda sonora de mi vida.

You make me
feel like
I'm living a Teenage Dream.
The way you turn me on,
I can't sleep,
let's runaway
and don't ever look back,
don't ever look back.[2]

Llegué puntual. Me planté frente al portal y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tenía el guapo subido y eso me quitaba cualquier inseguridad que amenazara con echarlo todo a perder. No obstante, por si no resultaba lo suficientemente encantador, compré una botella de vino de las caras, por aquello de aparentar delante de mis futuros suegros. Si el plan A fallaba, siempre podría recurrir a la química industrial para que me vieran con buenos ojos, aunque solo fuera bajo los efectos del alcohol.

El móvil me vibró en el bolsillo y solté un pequeño grito. Me temblaba todo. Una señora que pasaba por allí me miró como si estuviera loco. Respiré hondo y saqué el teléfono. Un wasap de Lázaro:

Lázaro
¡¡¡Cari!!! Esta noche salgo con unos amigos por Chueca. ¡¡Vente!!!
21:06

Benji
¡¡Eyy!! ¿¿Otro día, vale?? Hoy ya tengo planes...
21:06

Lázaro
¿¿¿Has quedado con el guaperas???
21:07

Benji
Ya hablaremos largo y tendido, ¿¿vale??
21:07

Lázaro
Uy, ¿¿me tienes que contar algo?? ¡¡¡El lunes tomamos café donde los exconvictos!!!
21:07

Benji

¡Eso está hecho!

21:07

Puse el móvil en silencio y conté hasta diez. Uno, dos, tres..., toqué el timbre. Ya no había marcha atrás. Mi vida estaba a punto de cambiar y, aunque me temblaban las piernas igual que a un quinceañero antes de salir a la pista de baile en la fiesta de fin de curso, estaba preparado para dar el salto. Llevaba toda la vida preparándome.

—¿Diga? —Reconocí enseguida la voz apagada del padre de Tito.

—Hola, soy Benji. ¿Qué tal?

Empujé la puerta, pero no se abrió.

—Hola, ¿qué tal?¿Eres algún amigo de Tito?

—Sí, ¿me abres?

—Tito no está en casa.

—Pero habíamos quedado para...

—Se acaba de ir. Nos ha dicho que volverá tarde. —Eché un vistazo al móvil por si tenía alguna llamada perdida o un wasap suyo—. ¿Quieres que le diga que has preguntado por él?

—No, no te preocupes. Ahora le pego un toque.

—Como quieras. Adiós.

—Adiós.

Marqué el número de Tito. «Hola, soy Tito. Puedes decirme lo que quieras después de la señal. Piiiii». Colgué. Volví a llamarlo. Buzón de voz.

Benji

Tito, estoy en la puerta de tu casa. Me acaba de decir tu padre que te has ido y que vas a llegar tarde. ¿Habíamos quedado a las nueve, no?

21:08

No estaba en línea. Volví a llamarle... hasta cinco veces, y

recibí la misma respuesta: «Hola, soy Tito. Puedes decirme lo que quieras después de la señal. Piiiii». Era imposible que se hubiera olvidado de la cena. Esa misma mañana habíamos hablado por teléfono y todo estaba bien.

Benji
¿Tito, ha pasado algo? ¿Está todo bien? ¿Ha pasado algo con tu hija?
21:10

Anduve de un lado al otro de la calle sin saber qué hacer. No leía mis mensajes y tampoco cogía mis llamadas. Si hubiera pasado algo, me habría avisado. Es más, ¿si hubiera pasado algo con la niña, no lo sabría su padre?

Benji
Tito, por favor, dime algo. Dime que está todo bien, por favor.
21:12

Escuché entonces el rugir del motor de su coche. No sabía mucho del mundo del automovilismo, pero ese sonido lo hubiera reconocido en cualquier parte. Corrí hasta una cafetería que hacía esquina, mirando hacia todos lados. Cada vez lo escuchaba más cerca, pero no lo veía. ¿Serían alucinaciones mías? No lo eran, aunque me hubiese gustado que sí. Justo en el carril de enfrente, el BMW negro de Tito frenó delante de un semáforo en rojo.

—¡Tito! ¡Tito, estoy aquí!

No se giró. Lo volví a llamar y tampoco se giró. Venían coches del otro lado, pero me dio igual. Salté a la carretera y corrí hacia el BMW. Un coche casi me lleva por delante y una moto tuvo que pegar un frenazo para no atropellarme. Oí algunos insultos, pero no les presté atención y tampoco pedí disculpas. Tenía que llegar hasta Tito sí o sí.

Puse las manos sobre la ventanilla, desesperado. Se giró sin mirarme a los ojos. En cuanto lo vi así, cabizbajo y con el mentón tan tenso, supe lo que pasaba por su mente.

—Tito, por favor. —Se me hizo un nudo en la garganta y las palabras me salían a trompicones—. No te vayas. No me dejes solo otra vez. Vamos a hablar, ¿vale? No pasa nada. Ábreme y hablamos, Tito. Por favor.

El semáforo se puso en verde y el coche que esperaba detrás tocó el claxon varias veces. Tito puso las manos en el volante.

—No, espera. Tito...

Pisó el acelerador y desapareció. Todo mi mundo se paró en seco. Dejé de escuchar el runrún de la carretera y los murmullos de las personas que me miraban desde la acera, incrédulas. Pensarían que era algún trastornado, un bala perdida que se había metido algo para abstraerse de todo. Lo parecía. Solo veía el rostro ensombrecido de Tito, incapaz de mirarme por la culpa que llevaba tiempo consumiéndolo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? En los planes de Tito nunca estuvo presentarme a sus padres. Él nunca les diría quién era realmente. Su vida estaba llena de secretos y prefería vivir atormentado, ocultándolos, que hacerles frente y estar conmigo.

Me dejé caer en la acera, me puse a llorar y escondí la cara entre las rodillas. No quería que nadie viera mis lágrimas. No quería que nadie se diera cuenta de que era ese pobre chico al que le habían vuelto a romper el corazón.

Capítulo 33

El lugar donde todo empezó

Sábado

La persiana hacía tope con el alféizar y apenas pasaba una mota de luz por la ventana. Mi habitación del número 6 de Valderromán reconvertida en un búnker. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad después de tantas horas allí encerrado. Perdí la noción del tiempo. No sabía si era de día o de noche. Lo mismo me daba que fuera hiciese sol o que saliera la luna llena.

Escuché unas voces en el pasillo, alguien me buscaba. Tocaron a la puerta dos veces. Me hice un nudo sobre el colchón y escondí la cabeza debajo de la almohada. *Toc, toc* otra vez y un silencio de iglesia. Cambié de postura y los muelles de la cama rechinaron.

—¿Se puede saber cuántas horas llevas aquí metido? Huele que apesta, churri.

Naomi cerró la puerta detrás de ella. Pasó de lado por el hueco que había entre la cama y el escritorio y subió la persiana con un buen tirón. Abrió la ventana de par en par y una ráfaga de aire se coló en la habitación.

—¿Qué haces aquí? —murmuré con desgana.

—Hablar contigo. Como no contestas mis mensajes y no me coges el teléfono cuando te llamo, pues aquí que me he plantado. Y menos mal que lo he hecho, porque estás peor de lo que pensaba. Por cierto, ¿y esas cajas de fuera? No me digas que te vuelves al pueblo.

—Son de Marilia, es ella la que se va. También me abandona.

—Benji, va. Levántate y habla conmigo.

—No tengo nada que hablar, estoy bien. Todo me va bien. Soy feliz, ¿no me ves? —Naomi se sentó en el borde de la cama y me hizo cosquillas en el pie. Di un respingo y solté algún que otro improperio—. En serio, Naomi. Vete.

—Tito me lo ha contado todo.

La cabeza me daba tantas vueltas que me pareció haber escuchado mal.

—¿Cómo?

—Vino a mi casa y me lo contó todo.

—¿Qué es todo?

—Todo es todo, Benji. Halloween, Navidad, citas, lo de la cena en casa de sus padres... —Me levanté combatiendo toda la pesadez de mi cuerpo y me quedé un buen rato observándola, intentando averiguar si decía la verdad—. Tienes peor cara que yo.

—No estoy para bromitas, Naomi.

—Ya lo sé, ven aquí.

Me senté a su lado, sin mirarnos.

—Mira que lo he visto mal muchas veces, pero nunca como esta vez.

—¿Que él está mal? ¿Y yo? ¡Fue horrible, joder! Me dejó allí tirado en la carretera como si no fuera nadie, como si todo lo que nos ha pasado no hubiera existido nunca...

—No he venido a defenderlo. Estoy aquí para apoyarte porque me siento un poco responsable. No tendría que haberme metido en lo *vuestro*.

—Tendrías que haber dejado las cosas como estaban.

—Ya te he dicho que me siento como el culo, no me hagas sentir peor.

Nos quedamos un par de minutos en silencio, ella intentando encontrar las palabras adecuadas y yo procurando dominar las

corrientes de rabia que iban y venían.

—Naomi, sabes perfectamente lo que venía buscando en Madrid. No buscaba amigos ni un futuro profesional. Todo eso ha sido una consecuencia. Vine aquí para sentir que le importaba a alguien, ¿sabes? Sentir que le importaba a alguien para poder ser yo mismo de una puta vez.

—Y le importas, le importas muchísimo.

—Sí, lo sé. Sé que me quiere. Aunque no haya tenido los huevos de decírmelo a la cara, se lo he visto en los ojos un millón de veces. Pero con eso no basta. No puedo seguir así.

—Necesitas contarlo de una vez.

—Cuando me dijo que fuera a cenar a casa de sus padres, me volví loco. Pensaba que si él estaba dispuesto a presentarme a sus padres significaba que por fin íbamos a hacerlo público, que lo *nuestro* iba en serio. Me puse tan contento que me dio igual que me ocultara lo de Olivia, que no me contara lo de su tío ni esos años chungos que pasó en el instituto.

—Y te volvió a decepcionar.

—No, no me decepcionó porque algo en mi cabeza me decía todo el rato: «No lo va a hacer, no lo va a hacer, no lo va a hacer». Porque un tío como Tito nunca va a decir que está con un chico. No puede. Tiene tantos fantasmas a su alrededor que es incapaz, por mucho que quiera estar conmigo.

—Díselo.

—¿Cómo dices? Él ya sabe todo esto.

Naomi se puso de pie y fijó sus ojos grandotes en los míos.

—Haz que lo entienda, que lo entienda de verdad.

—¿Me estás vacilando? ¿Escuchas lo que te estoy diciendo?

—¿Te estás escuchando tú? Benji, tú ya sabes lo que tienes que hacer. Deja que se explique y explícate tú. Os debéis una última cita. Mañana a las doce en nuestra facultad. No faltes.

—¿Cómo? ¿Qué dices? Acabas de decir que no te ibas a meter más. ¡Deja las cosas como están!

—Confía en mí. A las doce, en las escaleras de Ciencias de la Información.

Naomi salió de mi habitación con paso firme. Se despidió de Marilia y me dejó allí, con la boca abierta y la cabeza encajando las últimas piezas de mi puzle.

Domingo

No había ni un alma en el campus de la Complutense. Los fines de semana, sin exámenes de por medio, la universidad parecía el decorado de una película apocalíptica. Solo merodeaban por allí algunas parejas que buscaban un sitio en el que intimar. El Murciano solía traer aquí a sus citas. Dejó de hacerlo cuando Lázaro nos contó que la arboleda que había entre Ciencias de la Información y Derecho era zona declarada de *cruising*.

Con Tito quedé donde todo empezó, en las mismísimas puertas de la facultad. Ese bloque de hormigón fue testigo de nuestras primeras miradas al comienzo de curso. Él, llegando a cámara lenta como lo hacen los guapos en cualquier comedia romántica; yo, embobado como un adolescente con acné que anhela un poco de cariño. Contemplé durante un buen rato la fachada del edificio. Se me escapó una sonrisa cuando me acordé de lo que nos contó Ambrosia en una de sus primeras clases. «Nuestra facultad es uno de los ejemplos más representativos del brutalismo, un movimiento artístico que busca mostrar los materiales en bruto con hormigón. Al principio os costará apreciar su belleza, pero os terminará conquistando». Qué razón tenía. Ya no veía ese bloque de hormigón con los mismos ojos. Me seguía pareciendo un horror arquitectónico, pero allí me sentía como en casa, protegido y tranquilo.

El reloj del móvil marcaba las doce y media cuando Tito

apareció por la carretera de la izquierda. Llevaba la ventanilla bajada y me pareció escuchar la voz de Dani Martín cantando *Qué bonita la vida*. Aparcó y salió del coche. Tuve que tragar saliva. Iba en chándal y despeinado, con barba de varios días, pero tan guapo que se me hacía insoportable mirarlo a la cara. No tardé en experimentar ese cosquilleo en el estómago que se siente cuando uno está enamorado hasta las trancas. Comprendí entonces que no iba a ser fácil y en cuanto nos miramos se confirmaron todas mis sospechas.

—Hola, Benji.

—Hola.

Tito se acercó peligrosamente. No sé si con la intención de besarme o de darme un abrazo. Me senté en el borde de la escalera antes de que hiciera cualquier cosa que me desestabilizara y diera al traste con todo el discurso que me había costado horas interiorizar.

—¿Me dejas que hable yo primero?

—La cagué, lo sé. Me agobié y no pude hacerlo. No me atreví y lo siento, lo siento muchísimo.

—Tito, no he venido aquí para echarte nada en cara.

—Pero ¿me entiendes, verdad? No sé qué coño me pasa que no paro de cagarla contigo. —Se agachó y se puso frente a mí. Nuestras rodillas se rozaron y agaché la cabeza—. Solo necesito un poco más de tiempo para procesarlo todo, para....

—Tito, escúchame.

—Me bloqueo con estas cosas, me bloqueo cuando me pides más. Por eso salgo corriendo y te hago daño.

—Y ahí está el problema. Que te pido más porque necesito más y tú no puedes dármelo. Hasta ahora me daba igual, me conformaba con tenerte a ti, pero así no voy a ser feliz.

—Eso no es verdad. Quiero que vengas a casa, que conozcas a Olivia y que poco a poco vayamos haciendo una vida juntos y que seamos una pareja normal como quieres tú. Solo necesito

tiempo, allanar el terreno, hacer que los demás lo entiendan...

Me temblaba todo el cuerpo, pero hice un esfuerzo descomunal para que mi voz sonara serena.

—Pero es que ya no tengo más tiempo.

—Estoy haciendo un esfuerzo por cambiar, Benji. ¿No lo ves?

—Si dependiera de ti, nos pasaríamos la vida escondiéndonos de todo el mundo.

—¿Y no estamos bien así? Cuando estamos juntos, los dos solos, todo está genial.

—No es lo que quiero, Tito. Vine a Madrid para ser cien por cien yo y la gente no ha conocido ni el veinte por ciento. Quiero compartir con mis amigos las cosas que me importan, y todo lo que me vaya pasando. Quiero que María se escandalice cuando le cuente que me hice unas pajas con un tío en el baño de un centro comercial. Que mi abuela Mamen ponga el grito en el cielo cuando se entere de que tiene un nieto gay. No quiero mentirle a mi sobrino pequeño cuando me pregunte si me gustan los chicos o las chicas. Estoy cansado de mentir a todo el mundo. Lo llevo haciendo desde que me pillé por el novio de una amiga en segundo de la ESO. Llevo toda mi vida aparentando ser una persona que no soy por miedo a que me rechacen, y estoy harto.

—Harto de mí.

—No, harto de liarme con tías cuando empiezan los rumores. Harto de no poder decir en voz alta que un chico me parece guapo. Harto de no poder contarle a la gente que estoy pilladísimo por ti. Me gusta ser gay, joder, y quiero que todo el mundo lo sepa.

—Benji, escúchame, por favor. —Tito me tendió su mano y, casi por un acto reflejo, la agarré—. Reconozco que me va a costar, no te digo que no, pero necesito tiempo para adaptarme a toda esa vida que quieres. Las cosas no son tan fáciles como las cuentas. Cada vez que estamos más cerca, cada vez que

alguien sospecha, pienso en todo lo malo que nos puede pasar si la gente se entera y...

—Cuando dos personas se quieren, no pasan cosas malas, Tito.

—Hay gente que no lo va a entender. No todo el mundo es Naomi. Mira lo que te hizo mi amigo Óscar. Hay millones de Óscar por ahí.

Lo vi tan vulnerable que me entraron unas ganas terribles de besarlo, de decirle que el nuestro era uno de esos amores de película y que no me importaba hacer borrón y cuenta nueva otra vez. Pero no podía. Habíamos dejado que nuestros miedos llegaran demasiado lejos. Yo ya les estaba haciendo frente, pero a Tito le quedaba todavía un largo camino por recorrer.

—Sé que no quieres hacerme daño, pero me lo estás haciendo. Yo mismo me lo estoy haciendo.

—Que no vayas diciendo por ahí que te gustan los chicos no significa que no seas tú mismo. —Tito me agarró la cara, con sus ojos azules suplicándome—. Escúchame, por favor.

—Tito...

—Benji, sabes que te quiero, que te quiero muchísimo. Lo sabes, por favor.

—Y yo a ti. No te haces una idea de cuánto. Y si volviera a ese primer día de universidad, pasaría otra vez por todo.

—¿Entonces?

—Pero ahora lo que necesito es avanzar, avanzar solo y no depender de ti.

Se le empañaron los ojos y agachó la cabeza para que no lo viera llorar.

—Joder, joder, joder. No puedo estar sin ti, no puedo, Benji. No voy a poder.

—Tito, mírame. —Nuestros labios se encontraron una última vez—. Claro que vas a poder, y cuando estés mal no estaré yo, pero tendrás al lado a una pedazo de amiga que te va a ayudar.

A los dos nos va a ayudar a pasar *esto*.

Sabíamos que sería el último beso y no dijimos nada más. Nos quedamos de pie, abrazados. Queriéndonos unos minutos más antes de separarnos para siempre.

Capítulo 34

Los mundos de Benji

Mi armario de marica era como uno de esos de Ikea. Tenía módulos de automontaje, con sus cajones y una barra incrustada de un lado al otro llena de perchas. Sin embargo, en lugar de colgar camisas, me había dedicado toda mi vida a colgar inseguridades, miedos y mentiras. En los cajones no guardaba calzoncillos y calcetines, sino que iba metiendo a porrillo todos los amores platónicos que había ido coleccionando a lo largo de los años. Tito tenía un lugar muy especial en ese armario y lo tendría siempre en mi corazón, pero llegué a Madrid con la intención de deshacerme de él y, aunque me había costado lo mío, ya estaba listo para hacer mi puesta de largo y dejar atrás esas cuatro paredes de madera en las que me había refugiado toda mi vida.

Lunes

—No me digas que tú también te vas a Barcelona a ser modelo —dijo el Murciano.

Hacía uno de esos días en los que apetecía hacer de todo menos ir a clase. El sol picaba en la cara y el cuerpo nos pedía a gritos tumbarnos en el césped para disfrutar de la vida contemplativa. Todos estuvimos de acuerdo en hacer pellas, pero en lugar de hacer vida en el campus, agotando las existencias de cerveza de la cafetería, les pedí que nos

fuéramos a dar un paseo para admirar la belleza de la ciudad.

Todos me miraron como si me hubiera vuelto loco, todos menos Naomi que conocía mis intenciones. Nosotros no éramos de dar paseos. Sabíamos manejarnos entre las zonas verdes de la Complutense y subidos a una tarima. Caminar sin rumbo mientras hablábamos de las cosas de la vida nos dejaba fuera de juego. Sin embargo, era la única manera de hacerlo. Quería salir del armario sin alcohol de por medio, con la cabeza despejada. Y para dar el paso, además, necesitaba estar en movimiento.

—Ay, Benjamín, qué miedo me das. ¿A qué viene tanto misterio? —María me miraba preocupada.

—Tío, es verdad. ¿Qué pasa? Dime que no te vuelves al pueblo, que me da un infarto. Con que se vaya una del grupo es suficiente. —El Murciano miró de reojo a María.

—Queréis callaros ya, pesados —dijo Naomi.

—Estoy cansadita de andar. Estamos llegando a Moncloa y no has soltado prenda. ¿No estarás haciendo todo esto para robarme el protagonismo? Mira que lo de ser *top model* cuesta superarlo.

Las palabras se atropellaban en mi cabeza. Tenían que ser las correctas, porque lo que dijera en ese momento lo iba a cambiar absolutamente todo. Me sudaban las manos y me entró un tembleque en las piernas que no podía disimular.

—Benji, te estás poniendo pálido. No me asustes. —La extremeña estaba preocupada de verdad.

Costaba. Costaba muchísimo abrirse en canal así, sin anestesia y con el corazón hecho añicos. Iban y venían las ideas, a cada una peor que la otra. Se me ocurrió, por ejemplo, decirles que era un poco bixesual, por aquello de amortiguar el golpe. También se me pasó por la cabeza tirar del humor y berrear con el mejor acento manchego algo así como «Soy maricón, maricón *perdío*».

Me veía encima de un acantilado. Con mucho vértigo y todos esos miedos que me cohibían. Qué suerte la mía poder pisar el borde atado a dos cuerdas con sus buenos mosquetones.

Jimena
Es hoy el día, ¿¿¿no??? Qué orgullosa estoy de ti, mi pichón.
10:45

Naomi
Vamos, Benji. No pasa nada, estoy aquí contigo.
11:50

—Me gustan —carraspeé—, me gustan los chicos.

Seguí andando.

—¡Serás cabrón! —El Murciano se descojonó, incrédulo—. ¿Estás de coña, no?

María me miraba con esa cara que pone cuando no entiende lo que está pasando.

—Te ha costado sacarlo, eh. —Me aferré a Naomi sin poder contener la emoción—. Te quiero, churri.

—Pero ¿es verdad? —El Murciano se quedó quieto, dubitativo.

Creí que iba a dar media vuelta y no me iba a hablar nunca más. Cuando me miró a los ojos y vio que lo que decía era verdad, se abalanzó sobre nosotros.

—Ay, *mamasita*..., ¡mi Benji maricón! —exclamó María.

Los cuatro nos fundimos en un abrazo que ojalá hubiese durado años. Gritamos de alegría y dimos vueltas en círculo agarrados de la mano. La gente se nos quedó mirando, seguramente pensando que íbamos colocados de alguna droga chunga, pero nos daba igual. Era el abrazo que buscaba, el abrazo que quería.

—Os lo tenía que haber contado antes, pero...

—Nada, nada, no digas tonterías —dijo María—. No tiene que ser fácil. En Riolobos, el Juli le robó el micrófono a la de la orquesta, lo soltó en medio de todo el pueblo y se puso a vomitar como un becerro.

—Lo que no pase en Riolobos... —bromeó Naomi.

—Y yo con miedo de que me ibas a quitar a todos los ligues. ¡Esto hay que celebrarlo!

—Entonces ¿no estáis cabreados por haberos mentido? Si hasta me he liado con tías delante de vosotros. He sido otra persona...

—¿Otra persona? Benji, te gustan los chicos y no pasa nada, ¿verdad? —Naomi se agarró a mi brazo—. Sigues siendo el Benji de siempre. El Benji que le ha dado un abrazo al Murciano cuando se ha puesto cabezón. El Benji que se ventiló las clases para acompañar a su amiga a un *casting*. Y el Benji que ha conseguido que no esté todo el día pensando en la enfermedad de mi madre. Eres nuestro Benji, nuestro Benji de siempre, así que deja de decir tonterías y vamos a tomar unas cervezas que me atacan los nervios de lo intensita que me he puesto.

—Bueno, el de siempre no —puntualizó María—. Que ahora come culos.

—¡María! —gritamos los tres, escandalizados.

—Por María —alcé la jarra de cerveza del 100 Montaditos—, porque pronto serás chica Pantene y te veremos por la tele.

—No, no, por mí no. Por mi Benji, que es un *gayer* y ahora se va a comer todas las pollas de Chueca.

—¡Qué burra eres! Mira, por ninguno de los dos. Por nosotros, queridos —propuso Naomi—. Por *Las Cuatro Españas*.

María levantó la jarra, ondeando su melena al viento para demostrar que, aunque era una buena aficionada a la cebada,

lo de ser modelo iba en serio. El Murciano y yo la imitamos con nuestra brusquedad habitual, y los cuatro brindamos como lo hacen los vikingos, voceando y derramando toda la cerveza por la mesa.

—Todavía no me creo que seas marica, mi *picha* loca.

—Todavía no me creo que te vayas a Barcelona.

—Yo hasta que no subas a Instagram una foto en la Barceloneta no me lo creo, tía —dijo Naomi.

—¿Y quién te va a hacer la foto, chiquilla?

El Murciano se armó de orgullo, fingiendo que no le afectaba en absoluto su marcha, pero todos (incluida María) sabíamos que llevaba la pena por dentro, por mucho que se empeñara en tirar de su humor de *barriga verde* para disimular.

—Murci, en Barcelona hay millones de personas. Habrá algún catalán majo que le haga todas las fotos que quiera. ¡Seguro que hasta te sale novio, tía! —se le escapó a Naomi.

—Anda, *pai* —respondió ella.

—¿Y qué vas a hacer con el catalán? Porque tú muy bilingüe no eres, María.

—Allí también hablan el castellano, *alelao*. Para ser periodista tienes muy poca cultura general.

—¿Cuándo vamos a poder ir a visitarte? —Naomi le pegó una patada al Murciano por debajo de la mesa antes de que soltara otra de sus guasas contra María.

—Podéis venir cuando queráis. En cuanto me instale, os sacáis los billetes y montamos una gorda en la Divina Familia.

—Es la Sagrada Familia —le corrigió el Murciano, riéndose a carcajadas—. ¡La de la cultura general!

—Qué ganas de perderte de vista. ¡Es que no te soporto!

María y el Murciano se enzarzaron en la discusión más previsible de la historia. Se pusieron a gritar como si estuvieran en el salón de su casa y a mí me hicieron feliz de la vida. Porque así éramos nosotros: María y el Murciano metidos en

una trifulca que podría durar siglos, Naomi intentando poner nuestras vidas en orden y yo gestionando mis pajas mentales mientras bebía cerveza.

Naomi corrió la silla y se puso a mi lado, harta de mediar entre los dos.

—¿A ti qué te pasa, que estás tan pensativo?

—Me estoy poniendo melancólico antes de tiempo.

—¿Me estás diciendo que vas a echar de menos todos estos gritos?

—Voy a echar de menos muchas cosas, pero estos gritos me dan la vida.

—¿Y ahora que lo has dicho eres un poco más feliz?

Tito seguía orbitando alrededor de mi mundo, muy presente en cada uno de mis pensamientos. Sin embargo, hoy lo pensaba menos que ayer, y mañana lo pensaría menos que hoy. Eso lo tenía bien claro.

—Ahora sé que lo voy a ser.

Epílogo

El metro penetró en el andén de Antonio Machado con un fuerte estruendo. Bajé las escaleras mecánicas dando saltos y casi me llevé por delante a una anciana que se interpuso en mi camino. Le pedí perdón, pero uno tiene que hacer cualquier cosa antes que llegar tarde a una primera cita. Un pitido avisó del cierre de puertas y entré de milagro.

Me senté en el único asiento libre que quedaba y me puse los auriculares para rayar un poco más los primeros singles de Aitana y Lola Índigo. Todavía no había decidido si la canción del verano sería *Teléfono* o *Ya no quiero ná*. Las dos llegaron en un momento de mi vida en el que necesitaba actualizar mi lista de reproducción con nuevas divas del pop y canciones que hablasen de empoderamiento.

Ese día tenía una cita con un chico que había conocido en Tinder. Lázaro, como buen maestro, me introdujo en el fascinante mundo de las redes sociales para ligar y después de mucho pensármelo hubo un muchacho, un estudiante de Medicina, que me convenció para dar el paso. En las fotos parecía un chico normal. Pelo rizado, ojos verdes y pecas en la nariz. Ah, y tenía conversación. Me saludó con un «hola» de toda la vida y no preguntándome si en la cama era activo o pasivo. La mayoría solo buscaba echar un polvo, sin presentaciones y sin preguntas. Yo también quería follar, para qué engañarnos, pero necesitaba saber que había algo de *feeling* antes de ponerme de rodillas.

Poco a poco, las cosas se fueron normalizando, empezando

por mi familia. Tuve que soportar que mi abuela Mamen me diera una charla sobre el VIH cuando le conté lo mío, aunque se lo tomó mejor que mi madre, que se pasó varias horas fregando los mismos platos; o mi padre, que se quedó mirando la foto de familia hasta la noche sin decir palabra. A todos les costó asimilarlo al principio, incluso a mi hermana. Sin embargo, con el tiempo fueron encajando la noticia y atando cabos. Porque sí, mi homosexualidad se convirtió en un tema muy recurrente en las comilonas familiares.

También en *Las Cuatro Españas* vivíamos un momento de cambio. Todos, de una u otra manera, estábamos buscando nuestro sitio en el mundo antes de perder esa prórroga que nos da la adolescencia cuando decides volar del nido casi sin pensarlo.

María Jiménez estaba viviendo su sueño de ser modelo. Se instaló en Barcelona y empezó a formarse. Le costó hacer amigos. En el mundo de la moda no todos aceptaban que una chica guapa comiera chorizo entre horas y hablara en el dialecto de Plasencia. Pero los terminó haciendo, aunque con ellos no estableció el mismo vínculo que con nosotros, o eso nos dijo. Pronto haría su primer desfile con uno de esos diseñadores que visten a las famosas y terminaría codeándose con la *jet set*. Ella había nacido para ser una estrella y si no lo era como presentadora de informativos, como le prometió a su padre cuando tenía siete años, lo sería encima de una pasarela.

El Murciano continuaba sin tener claras sus prioridades, sorprendiéndonos cada día con sus idas y venidas. Un día lloraba por María y decía que se iba a presentar en Barcelona para pedirle que fuera su novia, que a él las relaciones a distancia le motivaban. Y al día siguiente tenía una cita con una chica que había conocido en el autobús y se le pasaba todo. También intercambiaba muchos mensajes con Jimena, incluso me pidió que lo llevara a las fiestas de mi pueblo para

poder pasar tiempo a solas con ella. Le dije que se dejara de historias, que sentara la cabeza y que se olvidara de cualquier mujer con la que yo tuviera una relación de amistad. Se enfadó y me amenazó con sabotear mis futuros ligues del Uñas Chung Lee, porque en eso se había convertido el Murciano desde que le conté mi secreto mejor guardado: en un casamentero obsesionado con que yo hiciera el amor y conociera al hombre que me diera lo mío.

Por suerte, sus ocurrencias nos hacían reír, especialmente a Naomi. Todos nos volcamos con ella después de lo de su madre. Le dimos su tiempo, para que llorara y pasara el duelo con la familia, pero en cuanto estuvo preparada, allí estábamos los de siempre, esperándola para tenderle la mano y darle cariño infinito. Ella, que siempre exprimía y disfrutaba de cada momento de la vida, nos dio una lección de superación a todos y no tardó en volver a ser esa chica con espíritu de líder y ganas de cambiar el mundo.

Marilia volvió a Canarias. Tuvo que irse a casa de sus padres para desconectar y poner en orden sus ideas. Me acordaré siempre del abrazo que nos dimos en la boca de metro de Antonio Machado. Lloramos sin parar y le confesé que el día que la conocí me espantó su acento. Me dio una colleja, con la misma efectividad que mi madre me tiraba el zueco cuando me ponía delante de la televisión porque no me dejaba ver *Phineas & Ferb*. También le eché en cara que no se llevara con ella las horribles ratas del salón y que no me hubiera regalado un manual de instrucciones para entender a Pablo. Nuestra despedida acabó como nuestra historia, con un *tupper* bajo el brazo, unas risas y un achuchón enorme.

La que más me preocupó durante una temporada fue Jimena. Dejó la carrera de Magisterio, abandonó Cuenca a su suerte y volvió al pueblo indefinidamente. Pensé que sería su fin, que su visita a Madrid la había traumatizado tanto que abrazaría la

vida sedentaria y no se haría una mujer de mundo. Me equivoqué. Volvió a Madrid para acompañarme en mi primer Orgullo Gay, volvió a liarse con el Murciano y regresó a nuestro lugar de la Mancha con unos panfletos de Le Cordon Bleu, una escuela como la de *Élite*, pero para cocineros.

Todos ellos, María, el Murciano, Naomi, Marilia y Jimena, me enseñaron a no tener miedo, a coger el toro por los cuernos para ser un poco más feliz en la vida. Ellos fueron los culpables de que abriera los ojos y me diera cuenta de que mi historia es solo mi historia, que soy yo quien la escribe y que no dependo de nadie más que de mí para que eso ocurra. Aunque todo eso no lo comprendí hasta pasado un tiempo.

La última vez que vi a Tito fue en el funeral de la madre de Naomi. Nos saludamos, intercambiamos miradas y nuestros labios se echaron en falta. El recuerdo de nuestra historia seguía vivo, tan vivo que allí, en ese escenario tan triste, recordé todo lo bueno que nos había pasado juntos. La cobra que me hizo en el Uñas Chung Lee. Los besos que nos dimos en su habitación durante la fiesta de Halloween. Cómo perdí la virginidad con él en el número 6 de Valderromán. Y ese «te quiero» sin respuesta bajo el gas a presión del Megatrón que lo cambió todo.

Lo nuestro fue intenso, fugaz y real, tan real que por suerte aprendí de todo lo bueno que tuvimos, pero también de todo lo malo que ocurrió entre nosotros y que nos hizo tomar caminos distintos: las idas y venidas, las promesas vacías, pensar antes en el qué dirán que en nosotros mismos... Seguía siendo un fan empedernido de *Cómo perder a un chico en 10 días, Chicas malas* y *Una cenicienta moderna*, pero acepté que el amor no pasa a cámara lenta como el tráiler de una película y que no siempre se comen perdices al final de cada historia.

A la cita con el chico de Tinder iba sin ninguna pretensión, un poco nervioso por estrenarme en el mercado, pero con los

pies en la tierra. La vida no siempre es como una película romántica o una canción de Taylor Swift. Hay días en los que te sientes inmerso en un drama al más puro estilo *made in Hollywood*, y otros en los que crees que las letras de amor están escritas solo y exclusivamente para ti. La clave está en que sepas aprender con el final de cada una de esas historias. Sean como sean. Esa fue la lección que saqué de mi historia con Tito. Y, solo por eso, estaré en deuda con él toda mi vida.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a todo el equipo de Penguin Random House por hacer esto posible. Gracias, Gonzalo, por darme la oportunidad y por enseñarme tanto en el camino. No me voy a cansar nunca de darte las gracias. También a Ana, mi editora. Qué suerte tenerte en este proyecto.

Gracias, Cristina Boscá, por ser tan generosa. Eres increíble.

Gracias a Noelia, Zara, Palao y Cristina Zavala por haber sido los primeros en conocer «los mundos» de Benji. Confiasteis en mí e hicisteis que yo confiara en mí mismo.

Gracias a toda mi familia. Especialmente quiero darte las gracias a ti, mamá. ¿Qué haría yo sin una llamada tuya cada día? Y a ti, papá, te echo mucho de menos.

Gracias a mis amigos de Almansa, mi *family*. Habéis estado siempre al pie del cañón y mi vida siempre es mejor con vosotros al lado.

Gracias, Rosa, Noemí, Pablo, Reichel, Diana, Cris, Laura S., Silvia, Pedro, Carmen, Isa y Toni por cruzaros en mi camino. Los primeros años universitarios fueron alucinantes y esta historia tiene un poco de cada uno de vosotros.

Gracias, Alfonso, por estar siempre ahí y quererme tan bien. Contigo las palabras sobran.

Gracias a ti, lector, por entrar en mi mundo. Ahora tú también formas parte de esta historia.

¿Y si nos atrevemos juntos?

Benji lleva varios años ocultando quien es. Por eso, dar el paso y estudiar la carrera de Periodismo en Madrid suponen una gran oportunidad para ser por fin él mismo. El primer día de clase conoce a la que pronto se convierte en su nueva familia. Ese grupo de amigos que será testigo de sus correrías universitarias en fiestas donde la diversión, las hormonas y el atrevimiento campan a sus anchas. Una de esas noches se cruza en su camino un chico llamado Tito y Benji se enamora al instante. Solo hay un pequeño inconveniente: Tito no es gay… ¿o sí?

Adriano Moreno (Almansa, Albacete, 1990) estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y más tarde cursó el máster de Guion de Cine y TV en la Universidad Carlos III. Hizo de la pequeña pantalla su profesión y fichó por el Grupo PRISA en 2016 como responsable de Televisión del área digital de LOS40 y la Cadena SER. *Seriéfilo* empedernido y fan de los clásicos *teen*, devora ficción por encima de sus posibilidades y todavía espera recibir su carta de Hogwarts. *Si me dijeras que sí* es su primera novela.

Instagram y Twitter: adrianoamoreno

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Adriano Moreno
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona
Ilustración de portada: © Elliot Manresa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-504-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinlibros
Twitter: sumadeletras
Instagram: penguinlibros

[1] Romeo, tómame,/ en algún sitio donde podamos estar solos./ Estaré esperando,/ lo único que queda es correr./ Tú serás el príncipe/ y yo la princesa./ Esto es una historia de amor./ Baby, solo di sí.

[2] Me haces/ sentir como si/ estuviera viviendo un sueño adolescente./ La forma en que me enciendes,/ no puedo dormir,/ vamos a huir/ y nunca mirar atrás,/ nunca mirar atrás.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Si me dijeras que sí

Primera parte. Sus mundos

- Capítulo 1. Toma de contacto
- Capítulo 2. Periodismo, periolistos y hormigón
- Capítulo 3. Luces de neón
- Capítulo 4. Besos
- Capítulo 5. Resaca emocional
- Capítulo 6. Dicharacheros
- Capítulo 7. Truco o trato
- Capítulo 8. ¿Qué cojones?
- Capítulo 9. Mal de amores

Segunda parte. Su mundo

- Capítulo 10. Menuda papeleta
- Capítulo 11. Fútbol, futbolistas y cheerleaders
- Capítulo 12. Secretos de familia
- Capítulo 13. Love Story
- Capítulo 14. Operación, ¿triunfo?
- Capítulo 15. Etiquetas
- Capítulo 16. Planes

Capítulo 17. La primera cita
Capítulo 18. Fiesta en el infierno
Capítulo 19. La Mancha después de Madrid
Capítulo 20. Los chicos o las chicas
Tercera parte. Benji
Capítulo 21. Propósitos de Año Nuevo
Capítulo 22. San Cemento
Capítulo 23. Bibliotecas, apuntes y tormentas
Capítulo 24. Limusinas de colores
Capítulo 25. Guarromántico
Capítulo 26. Siete Tetas y un atardecer
Capítulo 27. Superhéroes y supersecretos
Capítulo 28. De bruces con la realidad
Capítulo 29. Estacionados
Capítulo 30. Fiestas kapitales
Capítulo 31. A cuatro voces
Capítulo 32. Todo saldrá bien
Capítulo 33. El lugar donde todo empezó
Capítulo 34. Los mundos de Benji
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Adriano Moreno

Créditos

Notas